

# REVISTA DE HISTORIA MILITAR



INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR

NUESTRA PORTADA:

*Reinado de Carlos IV.  
Enseñas e instrumentos bélicos.*

Reproducción autorizada por la Real Academia de la Historia de la lámina 118 del álbum *El Ejército y la Armada*, de Manuel Giménez y González, obra editada por el Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército.

INSTITUTO DE HISTORIA  
Y CULTURA MILITAR



**Revista  
de  
Historia  
Militar**

Año LII

2008

Núm. 104

Los artículos y documentos de esta Revista no pueden ser traducidos ni reproducidos sin la autorización previa y escrita del Instituto de Historia y Cultura Militar.

La Revista declina en los autores la total responsabilidad de sus opiniones.

**CATÁLOGO GENERAL DE PUBLICACIONES OFICIALES**  
<http://www.060.es>

Edita:



NIPO: 076-09-090-7 (edición en papel)  
ISSN: 0482-5748

Depósito Legal: M-7667-1958

Imprime: Imprenta Ministerio de Defensa

Tirada: 1.000 ejemplares

Fecha de edición: marzo 2009

NIPO: 076-09-091-2 (edición en línea)



## NORMAS PARA LA PUBLICACIÓN DE ORIGINALES

La Revista de Historia Militar es una publicación del Instituto de Historia y Cultura Militar. Su periodicidad es semestral y su volumen, generalmente, de doscientas ochenta y ocho páginas.

Puede colaborar en ella todo escritor, militar o civil, español o extranjero, que se interese por los temas históricos relacionados con la institución militar y la profesión de las armas.

En sus páginas encontrarán acogida los trabajos que versen sobre el pensamiento militar a lo largo de la historia, deontología y orgánica militar, instituciones, acontecimientos bélicos, personalidades militares destacadas y usos y costumbres del pasado, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar de hoy, el estudioso de la historia y jóvenes investigadores.

Los trabajos han de ser inéditos y deberán precisar las fuentes documentales y bibliográficas utilizadas. Se presentarán en soporte papel, **por duplicado**, y en soporte digital (CD o DVD).

El procesador de textos a emplear será **Microsoft Word**, el tipo de letra «**Times New Roman**» y el tamaño de la fuente **11**.

Los artículos deberán tener una extensión mínima de veinte folios y máxima de cuarenta, incluidas notas, bibliografía, etc.

En su forma el artículo deberá tener una estructura que integre las siguientes partes:

- Título: representativo del contenido.
- Autor: identificado a través de una nota.
- Resumen en español: breve resumen con las partes esenciales del contenido.
- Palabras clave en español: palabras claves representativas del contenido del artículo.
- Resumen en inglés.
- Palabras clave en inglés.
- Texto principal con sus notas a pie de página.
- Bibliografía: al final del trabajo, en página a parte y sobre todo la relevante para el desarrollo del texto. Se presentará por orden alfabético de los autores y en la misma forma que las notas sin citar páginas.
- Ilustraciones: deben ir numeradas secuencialmente citando el origen de los datos que contienen.

Las notas deberán ajustarse al siguiente esquema:

a) Libros: Apellidos en mayúsculas seguidos de coma y nombre en minúscula seguido de dos puntos. Título completo del libro en cursiva seguido de punto. Editorial, lugar y año de edición, tomo o volumen y página de donde procede la cita (indicada con la abreviatura p., o pp. si son varias). Por ejemplo:

PALENCIA, Alonso de: *Crónica de Enrique IV*. Ed. BAE, Madrid, 1975, vol. I, pp. 67-69.

b) Artículos en publicaciones: Apellidos y nombre del autor del modo citado anteriormente. Título entrecomillado seguido de la preposición en, nombre de la publicación en cursiva, número de volumen o tomo, año y página de la que proceda la cita. Por ejemplo:

CASTILLO CÁCERES, Fernando: «La Segunda Guerra Mundial en Siria y Líbano», en *Revista de Historia Militar*, 90, 2001, p. 231.

c) Una vez citado un libro o artículo, puede emplearse en posteriores citas la forma abreviada que incluye solamente los apellidos del autor y nombre seguido de dos puntos, *op. cit.*, número de volumen (si procede) y página o páginas de la cita. Por ejemplo:

CASTILLO CÁCERES, Fernando: *op. cit.*, vol. II, p 122.

d) Cuando la nota siguiente hace referencia al mismo autor y libro puede emplearse *ibidem*, seguido de tomo o volumen y página (si procede). Por ejemplo:

*Ibidem*, p. 66.

e) Las fuentes documentales deben ser citadas de la siguiente manera: archivo, organismo o institución donde se encuentra el documento, sección, legajo o manuscrito, título del documento entrecomillado y fecha. Por ejemplo:

A.H.N., *Estado*, leg. 4381. «Carta del Conde de Aranda a Grimaldi» de fecha 12 de diciembre de 1774.

Se deberá hacer un uso moderado de las notas y principalmente para contener texto adicional. Normalmente las citas, si son breves se incluirán en el texto y si son de más de 2 líneas en una cita a pie de página.

Para su publicación, los artículos deberán ser seleccionados por el Consejo de Redacción.

Los originales se enviarán a: Instituto de Historia y Cultura Militar. *Revista de Historia Militar*, Paseo de Moret, núm. 3. 28008-Madrid. Telefax: 91-780 87 42. **Correo electrónico: rhmet@et.mde.es**

# Sumario

Páginas

## ARTÍCULOS:

- *La espada y la cruz. La Batalla de Muret*, por don **Alberto Raúl ESTEBAN RIBAS**, Historiador ..... 11
- *La Guerra de Marruecos en una ciudad del interior: Salamanca, de Annual al golpe de estado*, por doña **María GAJATE BAJO**, Investigadora Universidad de Salamanca ..... 73
- *1808-2008: ¿Qué pasó en la defensa del Parque de Monteleón?*, por don **José Manuel GUERRERO ACOSTA**, teniente coronel de Ingenieros, Instituto de Historia y Cultura Militar ..... 139
- *¿Cómo se arengaba al ejército según la historiografía clásica? El caso de Amiano Marcelino*, por doña **María Luisa HARTO TRUJILLO**, Universidad de Extremadura ..... 175
- *La algarada de Cavite de enero de 1872: El primer intento independentista filipino fracasa en el Fuerte de San Felipe y en el Arsenal de Cavite*, por don **Manuel ROLANDI SÁNCHEZ-SOLÍS**, investigador histórico .. 201
- *Motín de los sargentos de La Granja en 1836*, por don **Santos VELAZ SÁNCHEZ**, Licenciado en Historia, comandante de Artillería en la Reserva ..... 257
- OBRAS EDITADAS POR EL MINISTERIO DE DEFENSA ..... 293
- BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN ..... 302



## ARTÍCULOS



# LA ESPADA Y LA CRUZ. LA BATALLA DE MURET

Alberto Raúl ESTEBAN RIBAS<sup>1</sup>

## *RESUMEN*

El 12 de septiembre de 1213, en la llanura de Muret, el rey Pedro II de Aragón, al frente de una coalición de nobles occitanos, fue derrotado y muerto por las fuerzas cruzadas de Simón de Monfort. Bajo el pretexto de erradicar la herejía cátara, los cruzados llevaban más de cuatro años saqueando las ricas tierras tolosanas y provenzales, atacando personas y propiedades tanto de católicos como de cátaros, todos ellos vasallos del rey de Aragón. En defensa de sus derechos feudales, y manteniendo una honda reverencia por sus compromisos vasalláticos, el rey Pedro II se erigirá en el firme defensor de la causa occitana frente a la agresión, y en última instancia, con la mente puesta en el objetivo de crear un reino que abarcase desde las orillas del Ebro hasta el Ródano, con los Pirineos como columna vertebral. Pero los sueños del monarca se verán truncados en la pesadilla de Muret: sus fuerzas, en su mayor parte inexpertas, serán derrotadas por las veteranas fuerzas de Monfort. Tradicionalmente se han dado unas explicaciones genéricas al desarrollo táctico de la batalla, sin tener en cuenta la experiencia guerrera del monarca y de sus principales consejeros, ni las especiales características del terreno, así como los condicionantes y tensiones políticas existentes en el bando hispano-occitano sobre la dirección política de la guerra y del planteamiento táctico.

En este artículo se ha pretendido aportar un poco de luz en el debate, siguiendo un desarrollo argumental basado en la constatación de hipótesis, tras un exhaustivo análisis de fuentes y de hechos, utilizando la información militar disponible y evaluando las diferentes alternativas existentes. Así, tras

---

<sup>1</sup> Historiador.

un pormenorizado estudio, se esboza un planteamiento táctico totalmente diferente a las versiones tradicionales, permitiendo comprobar como el joven rey Pedro II actuó de una manera profundamente profesional y honorable, buscando la batalla como elemento político de presión para concluir la guerra a favor de la Corona de Aragón.

*PALABRAS CLAVE:* Muret, Pedro II, Aragón, Cataluña, cátaros, 1213, medieval, Simón de Monfort, batalla, cruzada.

### *ABSTRACT*

On September 12, 1213, in the plain of Muret, the king Pedro II of Aragon, at the head of a coalition of Occitanian nobles, was defeated and died by the crusaders forces of Simon of Monfort. Under the pretext of eradicating the Cathar heresy, the crusaders ones were going more than 4 years plundering the rich lands tolosains and provenzals, excelling themselves in their mission, and attacking persons and properties of Catholics, vassals of the king of Aragon. It will be in defense of his feudal rights, and supporting a sling he reveres for his feudal commitments, the king Pedro II improve to defend road surface of the Occitanian reason opposite to the aggression, and in last instance, with the mind put in the aim to create a kingdom that it was including from the shores of the Ebro up to the Rhone, with the Pyrenees as vertebral column. But the dreams of the monarch will meet truncated in Muret's nightmare: his forces, in its most inexpert, will be defeated by the veteran forces of Monfort.

Traditionally the special characteristics of the area have given themselves a few generic explanations to the tactical development of the battle, without bearing in mind the warlike experience of the monarch and of his principal counselors, not, as well as the determining ones and political existing tensions in the Hispanic-Occitanian decree on the political direction of the war and of the tactical exposition. In this article it has tried to throw a bit of light in the debate, contributing a plot development based on the contrastación of hypothesis, after an exhaustive analysis of sources and of facts, using the military available information and evaluating different alternative existing. This way, after a detailed study, there is outlined a tactical approach totally different from the traditional versions, allowing to verify as the young man king Pedro II acted in a deeply professional and honourable way, looking for the battle as political element of pressure to conclude the war in favour of the Crown of Aragon.

*KEY WORDS:* Muret, Pedro II, Aragon, Catalonia, cathars, 1213, medieval, Simon of Monfort, battle, crusade.

\* \* \* \* \*

### *Introducción*

La batalla de Muret, el jueves 12 de septiembre de 1213, representa una fecha emblemática para la historia de Cataluña, Aragón, Francia y las tierras occitanas. Ese día se decidió el futuro de una región, la supervivencia de un determinado modelo de sociedad y el desarrollo de la historia actual que conocemos. Los interrogantes que se plantean ante la pregunta de qué hubiera pasado si en Muret los cruzados hubiesen sido derrotados, muestran un camino en la historia europea que podría haber sido totalmente diferente.

Para Francia significó la apertura hacia nuevos territorios, ricos y fértiles, que permitirían a la dinastía Capeto reinante consolidar su poder y asentar las bases de la potencia medieval francesa.

Para las tierras occitanas significó el inicio del fin de su sociedad, de sus leyes y costumbres, y de ver truncado un camino hacia su unificación.

Para la Corona de Aragón la derrota de Muret significó mucho más que un revés militar, representó el cierre de una expansión ultrapirineica iniciada dos siglos atrás, la pesadilla que enturbió el sueño de crear un estado que abarcase desde el Ebro hasta el Ródano, con las montañas de los Pirineos como columna vertebral. Pero a su vez, también significó un giro en la política estratégica catalano-aragonesa, que, tras la derrota, se centró en el ámbito estrictamente peninsular, y que le reportó las bases para que, a la larga, se consolidase como potencia marítima durante dos siglos.

La batalla de Muret, dentro del contexto político-ideológico medieval, significó, a los ojos de sus contemporáneos, un auténtico Juicio de Dios, una legitimación divina del bando vencedor, y una condena moral para el derrotado. Y, sin embargo, a la luz de los acontecimientos posteriores de la cruzada albigense, la batalla no significó una sentencia definitiva de muerte para la causa occitana; de hecho, en los años siguientes, los occitanos se recuperaron del revés y reconquistaron buena parte de su territorio a los invasores cruzados del Norte; la guerra se alargaría por espacio de más de

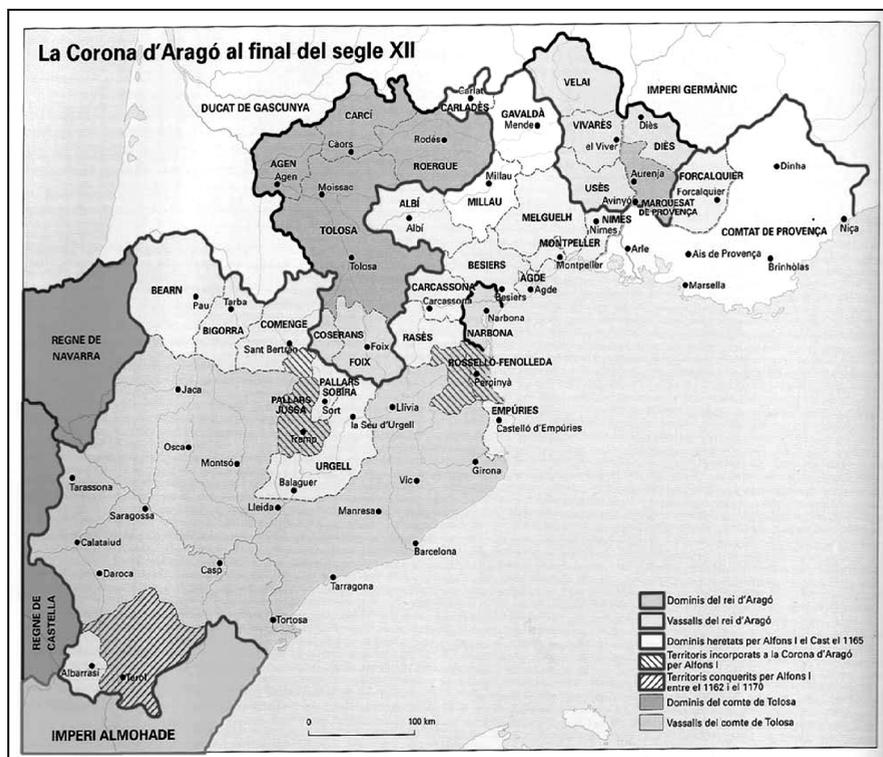
40 años, y no será hasta la plena implicación de la monarquía francesa cuando el conflicto llegue a un desarrollo significativo<sup>2</sup>.

Por el contrario, para el bando catalano-aragonés, la derrota representó un cataclismo de connotaciones impredecibles en aquellos momentos. Y sin embargo, el hecho en sí, una derrota militar, no tendría por qué haber supuesto tal catástrofe. Pero fueron las especiales circunstancias de Muret las que la configuran como una batalla decisiva para la historia de la Corona de Aragón: allí moría un rey, un soberano que había sido un jefe guerrero toda su vida y que, cuando empezaba a madurar como monarca, perdía la vida. Pero a su vez, su hijo, un muchacho de apenas 5 años, era llamado al trono justamente cuando estaba bajo la custodia del verdugo de su padre; difícil porvenir se le planteaba al futuro Jaime I en aquel otoño de 1213.

El historiador moderno, a la hora de reconstruir y narrar los hechos acontecidos en el pasado, se encuentra, entre las muchas dificultades que entorpecen su camino, con dos escollos importantes: en primer lugar, cuenta con la supuesta ventaja –que en ocasiones, se transforma en un auténtico inconveniente– de conocer los hechos, de saber qué ocurrió, por lo que se tiende a justificar, explicar, sugerir o corregir las actuaciones de los actores, teniendo toda la información y sin tener en cuenta el contexto real de cómo se desarrollaron aquellos hechos y justamente conocer cuál era la información y recursos disponibles de los intervinientes, comportándose como un demiurgo que, actuando ahistoricamente, relativiza los hechos pasados en función del contexto presente. El otro error es partir de la base de que los

---

<sup>2</sup> Las campañas militares de la cruzada albigense se pueden dividir en los siguientes períodos:  
De 1209 a 1215: cruzada de la Iglesia y de Monfort; éxitos iniciales de los cruzados en Occitania, a las órdenes de Simón de Monfort, que conquista la mayoría de los territorios meridionales. La intervención de la Corona de Aragón queda anulada con la muerte del rey Pedro II en la batalla de Muret (1213). Tras la batalla, los señores occitanos huyen del territorio, y se alcanza una paz ficticia.  
De 1215-1225: reconquista del territorio occitano. El conde Raimon VII inicia junto a su padre, Raimon VI, una exitosa campaña de reconquista de todas las posesiones perdidas. La muerte de Monfort, durante el asedio a Tolosa (1218) hace zozobrar el liderazgo militar del bando cruzado.  
De 1225-1229: intervención real francesa. El rey Luis VIII inicia una campaña de conquista del territorio tolosano. El conde Raimon VII y el rey de Francia firman la paz en 1229, con el Tratado de Meaux-París: una de las cláusulas del tratado establecía el matrimonio de la hija del conde, Juana de Tolosa, con un hermano del rey, Alfonso de Poitiers, y la condición que si del matrimonio de los anteriores no había descendencia, las tierras del condado pasarían a la corona de Francia.  
De 1229-1244: represión de la Inquisición. Firmada la paz, la Inquisición actúa en territorio occitano, reprimiendo cualquier actividad cátara. Ante sus abusos, se producen numerosas revueltas y sublevaciones urbanas. En 1242 el conde Raimon VII intenta organizar la rebelión, pero la monarquía francesa logra imponerse. El conflicto alcanza su cenit en 1244, con la conquista de la fortaleza de Montsegur, sacro refugio cátaro. Con la toma del último reducto cátaro, Queribus (1255), finaliza la larga guerra. El matrimonio de Juana y Alfonso de Poitiers no tuvo descendientes; Juana morirá en 1268, y Alfonso en 1271, por lo que el condado de Tolosa se integrará definitivamente en el reino de Francia.



Occitania y la Corona de Aragón

tiempos pasados constituyen épocas donde los planteamientos, teóricos y prácticos militares están totalmente faltos de madurez, sin criterios tácticos adecuados, donde sólo impera la fuerza bruta: en el caso concreto de la historia militar medieval, esto conduce al error de plantear cualquier batalla como un combate confuso, tosco y brutal entre caballeros, a los cuales solo les guía el ansia de notoriedad y reconocimiento caballeresco. Se tiende, pues, a dar explicaciones en base a nuestras concepciones actuales, valorando un hecho, una frase, una acción o una omisión, teniendo en cuenta nuestra moral, nuestros conocimientos, sin situarnos en el contexto estricto del momento que se analiza.

Los historiadores reconstruyen Muret recurriendo a los mismos argumentos y con las mismas explicaciones sobre las tácticas, pero sin llegar a analizarlas, banalizando sobre las consabidas leyendas sobre el rey Pedro, recurriendo a los mismos tópicos una y otra vez sin llegar a un estudio directo y racional de la batalla en sí misma. Es por ello que alrededor de la

batalla de Muret, y en el marco general de la cruzada albigense, se han creado un conjunto de preconceptos y prejuicios, mezclando hechos con ideologías, historia con política, visiones parciales y enfoques subjetivos<sup>3</sup>.

La figura trágica del rey Pedro II es la pieza principal del drama de la batalla de Muret; estudiado y juzgado por los historiadores, de él nos ha pervivido una imagen fragmentada, borrosa, y sobretudo parcial y maniqueísta. En Pedro se unen tanto las virtudes del orden de la caballería –nobleza, honor, orgullo y valor– junto a los vicios de un señor feudal –lujuria, prodigalidad, soberbia–. Además, todos los males, todos los errores de la batalla nacen en su persona, en sus defectos; de hecho, no son pocos los que culpabilizan únicamente al rey Pedro del resultado final de la batalla de Muret<sup>4</sup>.

Y sin embargo, si analizamos la trayectoria vital del soberano, de sus experiencias bélicas<sup>5</sup>, y las encardinamos en el contexto histórico de aquel

---

<sup>3</sup> Buena parte de la historiografía francesa, occitana y catalana explican la batalla de Muret y, por extensión, la Cruzada albigense, como un conflicto internacional entre tres naciones, culturas y sociedades diferentes, y cada parte sacraliza a su bando y demoniza a sus antagonistas; así, para muchos historiadores catalanes y occitanos, los franceses significaban la invasión de hordas bárbaras que, sedientas de riqueza y sangre, se abalanzan sobre los ricos territorios occitanos, destruyendo su liberal y aperturista civilización. Por ende, los historiadores franceses destacan el *proceso natural* de unificación de Francia, y como la Cruzada albigense permitió conjurar la amenaza expansionista catalano-aragonesa.

<sup>4</sup> Pedro aparece como un libertino, que sucumbe a los pecados de la carne, y por ello pagará en el campo de batalla; también nos es descrito como un alocado y mal estratega que imprudentemente se sitúa en el centro de sus tropas –en lugar de la retaguardia– y, además, con la armadura de otro caballero, que, supuestamente, ha intercambiado tras perder una apuesta de juego.

<sup>5</sup> La experiencia militar del rey Pedro II abarca, a parte de su período de instrucción como caballero, desde 1195 a su muerte en 1213. Su primera acción bélica fue en el verano de 1195, cuando participó en una breve campaña militar con Alfonso VIII de Castilla, contra tierras leonesas; en 1197, Pedro II forma parte de una expedición castellana de saqueo de tierras andalusíes; pero ante el avance de un fuerte contingente de tropas musulmanas las fuerzas combinadas cristianas se retiran al castillo de Madrid, sin entrar en combate campal; en 1198 realiza una incursión en tierras navarras, ocupando las villas de Roncal, Burgui y Aibar. Hacia diciembre de 1204 está al frente de una expedición contra el condado de Forcalquer, en apoyo de su hermano Alfonso, conde de Provenza; posteriormente, en febrero de 1205 dirige operaciones militares en la región de Albi, en la que se apodera de varios castillos; de hecho, en julio de ese mismo año, Inocencio III escribe una carta a sus legados en la que les indica que entreguen el castillo de Escura al rey Pedro, en agradecimiento por que éste lo había conquistado meses atrás a los herejes cátaros. Durante el verano de 1206 se realiza una campaña contra el conde de Forcalquer, que había roto la tregua de paz con Provenza. Entre junio y agosto de 1210 reúne un ejército para emprender una expedición contra Valencia; las operaciones iniciales se centran en la toma de los castillos de Ademuz, Castellfabit y Sertella. La acción militar que le reportó más prestigio como soldado y renombre internacional como jefe cristiano y estratega, fue la campaña de las Navas de Tolosa: su actuación fue decisiva en la victoria de los reinos españoles sobre los almohades, destacando un cuerpo de ballesteros montados en el flanco de los musulmanes, con el fin de hostigar al enemigo; su ataque fue sincronizado con la carga cristiana, para facilitar la ruptura de la línea.; de la actuación personal del monarca, de su valentía y habilidad en el combate dan testimonio las crónicas de la batalla. Y a

verano de 1213, las opiniones sobre el rey Pedro deberían ser otras bien diferentes. Desde un punto de vista político-militar, Pedro II de Aragón aparece como un jefe guerrero experimentado y prudente, que recurre a la guerra sólo como un último recurso, y como tal, la empleará, como diría Clausewitz, por ser la «continuación de la política, por otros medios». Pedro no persigue en Muret la destrucción del ejército cruzado, busca la solución negociada al conflicto occitano; la victoria en el campo de batalla le hubiera permitido obtener una paz duradera y afianzar su dominio en los territorios meridionales de la antigua Galia romana. A diferencia de otros soberanos, Pedro luchó y murió en el fragor del combate, frente a la caballería más potente de Europa, transmitiéndonos la idea romántica de su ideal caballeresco, pero cabría decir aquí que Pedro no eligió morir como un destino determinado, ni por vanidad ni por gloria, sino que las circunstancias lo condujeron a ello; su empeño en permanecer cerca del lugar de la acción se emmarcó en su capacidad de liderazgo, en su intento de motivar a sus hombres, que con su ejemplo pudieran mantener la cohesión y el espíritu de lucha frente al enemigo. No fue, pues, un acto de búsqueda de gloria personal, ni de reconocimiento de su valentía y heroísmo, sino un acto de sacrificio y de valor táctico que, siglos después se puede justificar y dignificar.

En el presente estudio se ha pretendido arrojar algo de luz sobre la batalla de Muret, su significado, el por qué de la misma, cuáles fueron los hechos relevantes que marcaron los acontecimientos, quienes fueron los principales actores del drama y cuáles fueron los planteamientos tácticos que decidieron el transcurso de la batalla.

### *Antecedentes*

Pedro II el Católico nació hacia 1177<sup>6</sup>. Era hijo de Alfonso II el Trobador y Sancha de Castilla. Proclamado rey por las Cortes en Daroca, en 1196,

---

finales de agosto y principios de septiembre de 1213, en su itinerario hacia Tolosa, asiste a la rendición de las fortalezas de la cuenca del Garona, que se rinden a su paso. Sin embargo, la rapidez de movimientos del soberano (cruza los Pirineos entre el 28 y el 30 de agosto, y aparece en las cercanías de Tolosa, entre el 7 y el 9 de septiembre, según las fuentes) hace pensar que en estas acciones no hubo un desarrollo bélico, y que se trató de rendiciones pactadas.

<sup>6</sup> Para indicar la fecha de nacimiento, seguimos la obra de Antoni Rovira i Virgili, *Història de Catalunya*. Otras fuentes indican el nacimiento de Pedro hacia 1174, 1175 o 1178; el lugar de nacimiento también presenta dudas, puesto que tanto Jaca, Huesca y Tarragona se disputan el honor. Respecto de la ordenación del monarca, se opta por seguir la nomenclatura general del reino de Aragón a la hora de nombrar a sus reyes; así, Pedro II de Aragón y I de Cataluña.

tras la muerte de su padre<sup>7</sup>, heredó el reino de Aragón, los condados de Barcelona, Gerona, Osona, Besalú, Cerdaña, el Pallars Jusá, Rosellón y Ribagorza; su hermano Alfonso heredaba el condado de Provenza, de Millau, de Gavaldá y Rases. La política interna del rey Pedro II se centró en reafirmar el poder de la monarquía frente a la nobleza, especialmente en Cataluña<sup>8</sup>. Como rey de Aragón contó con el apoyo de la nobleza aragonesa, que lo veía como continuador de la obra de su padre Alfonso. Desde su posición de conde de Barcelona, contó con el apoyo de los barones catalanes, si bien tuvo que actuar como *primus inter pares* con los otros condados independientes (Empúries, Pallars, Urgell).

En su reinado (1196-1213) se distinguen dos etapas, relacionadas con los sucesos en tierras occitanas. Una primera etapa abarca sus primeros doce años de reinado (1196-1208), período en el que Pedro busca su afirmación real, la consolidación de su figura a nivel interno –fin del tutelaje político de su madre, coronación en Roma, alianza con Castilla– y externo –expansión diplomática en Occitania, boda con María de Montpellier–; en esta primera parte de su reinado contó con la ayuda de los buenos consejeros<sup>9</sup> que habían probado su valía en tiempos de su padre Alfonso II el Trobador.

El siguiente período (1209-1213) se centra en su política occitana, con el intervalo de la campaña de las Navas de Tolosa, y finaliza con su dramática muerte en la llanura de Muret. En estos años el rey Pedro intentó buscar una salida negociada al conflicto generado por la cruzada albigense en las tierras occitanas, que afectaban por igual a tierras tolosanas como a señoríos ligados por lazos feudales a la Corona de Aragón, de tal manera que se salvaguardara el prestigio de la Iglesia católica, pero a la

---

<sup>7</sup> La muerte sorprendió, a los 45 años, a Alfonso II en Perpiñán, a donde había acudido con la intención de recabar recursos para mantener su política expansionista. Como dice Ferrán Soldevila, la muerte de Alfonso le sustraía de sus pueblos, tal y como había sucedido con su padre y con su abuelo, en el momento que había alcanzado su madurez política y había dejado atrás los impulsos juveniles.

<sup>8</sup> En la asamblea de Barcelona (1198) el rey tuvo que ceder a las presiones de la nobleza de quedar exenta del alcance de la jurisdicción de la Paz y Tregua –que permitía al soberano intervenir como árbitro en las causas entre señores y agricultores o en las luchas entre vasallos de un mismo señor–. Esta pretensión fue reafirmada en la siguiente asamblea de Barcelona (1200) y en la de Cervera (1202), donde los nobles consiguieron que la Paz y Tregua se aplicase sólo en las posesiones del rey, dejando a un lado las tierras de los nobles.

<sup>9</sup> Según Miret y Sans, en su *Itinerario*, en estos primeros años el rey Pedro cuenta con la ayuda de su madre, doña Sancha, el conde de Empúries y el vizconde de Cardona. A nivel oficial, los consejeros de Aragón serán los nobles Guillem de Castellazol, Pedro Ladrón y Eximen de Luesia; para Cataluña, los asesores son Pere, sacristán del obispado de Vic, Guillem Durfort y Guillem de la Granada.

vez se protegiesen los intereses de los nobles occitanos vasallos y los de la Corona<sup>10</sup>.

El recuerdo que ha pervivido hasta nosotros de este monarca siempre ha presentado una doble visión, un balance positivo –especialmente al principio del reinado– y un resultado negativo –que culmina con su muerte en Muret–. Así, Pedro II se presenta como un caballero fiel a los ideales de su tiempo, incluso hasta sus últimas consecuencias. Jovial, aventurero e impetuoso, pero a la vez inmaduro, disoluto, algo irreflexivo y temperamental. Quizás en el rey no se den ni mejores ni peores virtudes que en otros monarcas de su tiempo o de su linaje, pero los acontecimientos que derivaron hasta su muerte quizás han pesado más en el pensamiento y juicio colectivos, y la imagen ensombrecida de su recuerdo es la que ha perdurado hasta nosotros.

### *La cuestión militar*

Probablemente muy pocas artes están dominadas por la tradición como el arte militar<sup>11</sup>. Esta actitud ha estado tan generalizada que pensadores militares de la categoría de sir B.H.Lidell Hart consideraban a la Edad Media como una etapa oscura y gris<sup>12</sup>: los caballeros se lanzaban a la batalla, en pos de la gloria personal, en violentos combates individuales, donde imperaba la fuerza sobre la táctica.

La guerra medieval, a pesar de la imagen popular creada, no se basaba en las batallas<sup>13</sup>; las guerras de asedio y defensa de plazas, las cabalgadas

<sup>10</sup> Siguiendo a Miret y Sans, en su *Itinerario*, los consejeros de Pedro en este período son: Miguel de Luesia, García Romeu y Ximén Cornel para los asuntos de Aragón, y Dalmau de Creixell, Guillem de Cardona y el senescal Guillem Ramón de Montcada para las cuestiones de Cataluña.

<sup>11</sup> CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*. Pág. 86. El gran medievalista francés era también de la opinión que el rasgo característico de la guerra feudal era la caballería pesada, armada con lanza y espada, modelo que predominaría en todo el continente.

<sup>12</sup> Según Lidell Hart «El espíritu militar de la caballería occidental era enemigo del arte, aunque la estupidez gris de sus acciones se ve iluminada por algún aislado fulgor (...). Finalmente, tras unos siglos de vacío absoluto, llegaba Oliver Cromwell, calificado como el primer gran estratega de la época moderna». Encyclopaedia Británica. Edición 1948. A parte de suponer una extrema simplificación de una historia militar que abarca mil años, merece la pena destacar la coletilla final referida a Cromwell: el etnocentrismo de Lidell Hart le hace prescindir de las figuras de Gonzalo Fernández de Córdoba, Hernán Cortés, Fernando Álvarez de Toledo, Álvaro de Bazán, Alejandro Farnesio, Mauricio de Nassau, Ambrossio Espinola, Albrecht von Wallenstein, Gustavo II Adolfo de Suecia, el príncipe de Condé, el vizconde de Turenna...

<sup>13</sup> La cruzada que asoló las tierras meridionales de Francia se prolongó durante más de 40 años (1209-1255). Durante los primeros veinte años se desarrollaron las acciones más violentas y crueles de la guerra, acciones centradas, desde el punto de vista militar, en operaciones de asedio y conquista de ciudades y fortalezas, y donde solo se pueden encontrar dos acciones campales: Castelnou d'Arri (1211) y Muret (1213).

en territorio enemigo –con su equivalente musulmán de las *razzias*–, las acciones de pillaje y saqueo, etc. eran las formas más comunes de la acción bélica. En la época se usaba una expresión para referirse a este concepto, la «guerra guerreadora»<sup>14</sup>, basada en la conquista de plazas y ciudades<sup>15</sup>, en emboscadas, correrías y cabalgadas<sup>16</sup>, en la destrucción de los puntos y zonas de avituallamiento del campo enemigo, etc.

En términos estrictamente militares, la guerra medieval es una *guerra limitada*, cuyas características prevalecerán en Occidente hasta el siglo XVIII –con la irrupción de la Revolución Francesa y Napoleón Bonaparte–; supone la intervención de efectivos relativamente reducidos, con unos objetivos limitados –corregir fronteras, someter a un vasallo, prestigio personal–, sin la finalidad de una guerra de aniquilación. Con todo, la batalla campal, la confrontación en campo abierto era considerada como el clímax de la guerra, el acontecimiento que daba sentido heroico a una campaña, y el punto culminante de las aspiraciones de los contendientes. Independientemente de los protagonistas que afectaba, una batalla era un acontecimiento de entidad y relevancia independientes de cualquier otro hecho, digna de ser contada. La abundante literatura que ha pervivido hasta nuestros días indica de la aceptación de este fenómeno; a su vez, el detalle con que determinados hechos son descritos –hazañas de los reyes, lances de los caballeros– mientras que otros detalles de los combates son prácticamente obviados en las crónicas –como la composición y tamaño de las fuerzas, acciones de los peones, asedios, correrías, etc.– son reveladores del interés y motivación personal y social de los cronistas.

La imagen del choque frontal entre masas de caballería e infantería ha pervivido en el imaginario doctrinal y popular, durante generaciones; acciones heroicas, cargas de caballería, confusos combates, duelos singulares a espada, rápidas cabalgadas, etc. vienen a nuestra mente cuando rememora-

<sup>14</sup> El término proviene de la Crónica de Ramón Muntaner: *guerra guerrejada*.

<sup>15</sup> La conquista de una región discutida sólo podría ser conseguida por la ocupación o la destrucción de sus castillos: En España, la línea de fortificaciones de Castilla la Nueva, en Francia, las fortalezas del Vexin, y en Inglaterra, la red de castillos en Escocia y en Gales.

<sup>16</sup> En la Península Ibérica se formó una tradición militar propia basada en acciones limitadas y golpes de mano, con la intención de hostigar el territorio enemigo y detraerle recursos económicos minando su moral. Los siguientes términos expresan diferentes tipos de acción: Algarada: incursión por sorpresa; se basa en la utilización de la emboscada y el ataque por sorpresa, generalmente sobre un objetivo concreto y determinado (castillos, torres de vigía, aldeas, convoyes); realizada la acción, las fuerzas incursoras se retiraban a sus bases de partida, sin solución de continuidad. Cabalgada: incursión en campo enemigo, con objetivos delimitados y más amplios que en la algarada; en la cabalgada se trataba de internarse en campo enemigo, con la intención de destruir recursos y saquear el territorio. La acción podía realizarse durante varios días o semanas y en una extensión amplia de territorio enemigo. Según el número de participantes, la cabalgada se hacía a descubierta (sin ocultarse) o encubierta (cuando el número de participantes obligaba a pasar más desapercibidos).

mos un combate medieval. Y sin embargo, esta ensalación de la batalla no se correspondía con la realidad de la guerra medieval. Los estudios histórico-militares revelan cómo los conflictos medievales no se basaban en confrontaciones campales, y que sólo en contadas ocasiones éstas se constituían en decisivas en los conflictos. Sin embargo, el hecho que las batallas fuesen acontecimientos excepcionales e infrecuentes no es óbice para que no sean tenidas en consideración; en ocasiones las batallas tuvieron consecuencias políticas y estratégicas de muy largo alcance:

- En la consolidación (los Capeto en Bouvines, 1214) y destrucción (los Hohenstaufen en Benevento, 1266) de dinastías.
- En la formación de reinos (la batalla de Vouillé, entre francos y visigodos, 507).
- En la conquista de nuevos territorios (Guillermo de Normandía en Inglaterra, en la batalla de Hastings, 1066), el avance de las fronteras (los reinos cristianos frente al-Andalus, en la batalla de las Navas, 1212).
- Reafirmación de la soberanía nacional (la batalla de Courtrai, entre franceses y flamencos, 1302), etc.

Las circunstancias y consecuencias que rodeaban la batalla hacían que un jefe experimentado en la mayoría de las ocasiones, rehuyera plantear combate campal y prefiriera acciones tácticas como asedios, cabalgadas, etc. Una derrota en el campo de batalla podía comportar consecuencias irreversibles: muerte de un monarca, destrucciones en el país, imposición de tributos, pérdida de territorios y de soberanía e incluso la aniquilación de una determinada sociedad, etc. La aceptación de una batalla sólo podía obedecer a dos circunstancias: el aprovechamiento de una ventaja táctica o una necesidad extrema; en Muret, las fuerzas enfrentadas se encontrarían cada una por su lado, ante tales condicionantes. Las lecciones que enseñaba el *Epítoma Rei Militaris* de Flavio Vegecio<sup>17</sup>, el tratadista militar romano de

---

<sup>17</sup> Junto a Vegecio, podemos encontrar otros autores y libros clásicos que, formando parte de la educación medieval, podían enseñar lecciones de táctica y estrategia a los guerreros feudales:

Eneas el Táctico: *Poliorcética*

Flavio Josefo: *La guerra de los judíos*

Frontino: *Stratagema*

Jenofonte: *Anábasis*

Jordanes: *Origen y gestas de los godos*

Julio César: *La Guerra de las Galias, La Guerra Civil*

Livio: *Historia*

Polibio: *Historias*

Polieno: *Estratagemas*

Silio Itálico: *Púnica*

Suetonio: *Los Doce Césares*.

Salustio: *La guerra de Yugurta*.

mayor influencia en la Edad Media, indicaban que la batalla campal, para el perdedor, significaba la destrucción de todas sus esperanzas y posibilidades; en cuestión de horas se podía perder la labor de meses, años y generaciones enteras.

Otra de las imágenes estereotipadas de la guerra en la Edad Media es la correspondiente al tamaño de los ejércitos; tradicionalmente se consideraban como ciertas las cifras relativas a miles y miles de combatientes por bando. Fue J.F. Verbruggen en su *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages*, quien se cuestionó el valor de los datos presentados por los historiadores, fundamentalmente anglosajones, puesto que según él, tendían a exagerar el tamaño de los ejércitos medievales —además de reducir conceptualmente las batallas medievales a simples peleas, desorganizadas, basadas sólo en combates individuales y en que falta cualquier coherencia táctica—. Para Verbruggen las fuerzas militares eran mucho más pequeñas que las consideradas anteriormente, que los guerreros montados luchaban en pequeñas unidades tácticas, y que los comandantes mostraban habilidad táctica considerable en la maniobra y la ordenación de sus unidades. Pero, por muy cuidadosas que fueran las acciones preparatorias del combate, disponer de un terreno favorable para el despliegue táctico, poseer información fehaciente sobre el enemigo, mantener una logística adecuada, presenciar presagios favorables, reunir a fuerzas suficientes, etc. el desenlace final de una batalla era impredecible; cualquier pequeña circunstancia o imprevisto<sup>18</sup> podía decantar la balanza hacia un contendiente o el otro. Los guerreros conocían que, a veces, la fortuna podía contar en una batalla tanto como la experiencia, la disciplina, el valor, o la justicia de la causa, por lo que, dentro del fervor religioso de la época, se invocaba la intercesión divina para alzarse con la victoria.

### *Las tácticas*

La guerra medieval se basó principalmente en la toma de fortalezas y zonas de recursos del enemigo; era una guerra estática, de posiciones, y no

---

<sup>18</sup> Los elementos que podían incidir en el devenir de la batalla pueden agruparse en diferentes tipos: morales (baja moral, falta de moral de combate, estallidos de pánico o exceso de euforia, malos presagios, complejos de superioridad, desprecio del enemigo), tácticos (cálculos equivocados, órdenes mal expresadas o comprendidas, descoordinación, movimientos mal ejecutados o no ejecutados, acciones precipitadas, ausencia de órdenes), de información (informaciones erróneas, rumores inquietantes, traiciones e infidelidades) y de instrucción (contingentes sin preparación o desorganizados, armamento inadecuado, actos de indisciplina).

de maniobras. Las operaciones campales estaban muy limitadas en la práctica. No obstante, y puesto que trabajo libro trata de la batalla de Muret, nos centraremos en esbozar las principales líneas operativas de las tácticas militares en los albores del siglo XIII.

El elemento definidor por antonomasia de la táctica en este período es el papel de la caballería feudal, por un doble motivo: por su profesionalidad y por su potencia de choque. A pesar de su reducido número en relación con el resto de fuerzas de un ejército (lanceros, arqueros, especialistas, etc.), la caballería será el elemento vertebrador de la mayoría de los ejércitos feudales. Su papel de liderazgo militar apareció tras la batalla de Andrianópolis (378) y se incrementará con el paso de los siglos, siendo el inicio de su apogeo el ejército de Carlomagno (s.VIII); la caballería constituía el núcleo de cualquier ejército medieval, y la carga de la caballería pesada era por definición la expresión máxima de la guerra feudal. A ello hay que añadir que la élite de la sociedad feudal era la que nutría las filas de la caballería<sup>19</sup>. No será hasta que se consoliden fuerzas profesionales de infantería cuando la caballería pierda su supremacía en el campo de batalla: en las guerras de asedio, la infantería y los especialistas siempre habían mantenido su papel principal.

El camino que había llevado a la caballería a ser el elemento de choque de un ejército medieval se centraba en la introducción de mejoras tecnológicas, como la introducción en Europa del estribo, que había acrecentado enormemente la importancia de la caballería; ésta dejará de ser una fuerza apta sólo para operaciones de reconocimiento o de combate contra otras fuerzas de caballería o de hostigamiento de la infantería, para convertirse en una auténtica arma independiente, capaz de derrotar por sí misma a cualquier tipo de fuerzas.

El siglo XI fue muy importante en la historia militar de la Edad Media, especialmente en lo referente a la caballería, por la introducción de la táctica de la lanza a la *couched*; hubo pocas modificaciones substanciales desde el siglo XI hasta mediados del siglo XIII, y los cambios provinieron básicamente por las modificaciones en el armamento, fundamentalmente en que las armaduras se hicieron más complejas y pesadas, y los caballos ganaron en peso y defensas. No obstante, tradicionalmente la historiografía ha considerado la figura del caballero pesadamente armado como el arquetipo de

---

<sup>19</sup> Durante los siglos VII-X los caballeros no estaban intrínsecamente asociados a una determinada élite social, sino que el término sólo hacían referencia a su condición de guerreros profesionales. Con el desmoronamiento del imperio carolingio y la extensión del feudalismo, sólo aquellos que posean un feudo y recursos podrán mantener un armamento de caballero, por lo que, de manera casi natural, el término irá asociándose ya a una determinada clase social.

la guerra medieval, generalizando y sintetizando en él la naturaleza de los ejércitos de la época. Las fuentes son las primeras que conducen al error; no hay que olvidar que nos encontramos en un período donde la profunda estratificación social conlleva la separación en mundos radicalmente opuestos y prácticamente incomunicados entre sí. Los cronistas medievales, en sus diferentes facetas, no escriben para el conjunto de la sociedad, si no para un selecto y reducido grupo; es a ellos a los que van dirigidos los cantares, crónicas, romances, poesías, etc. y se les proporciona el tipo de diversión que desean y esperan recibir de los hombres a su servicio.

Es por ello que tanto la literatura como las manifestaciones pictóricas consagraron la figura del caballero medieval, de su liturgia y de su espíritu<sup>20</sup>. Los artistas estaban al servicio o formaban parte de esta élite social, conocían perfectamente que los destinatarios de estas obras deseaban ver retratado su propio mundo, idealizado. Es por ello que los protagonistas indiscutibles –prácticamente absolutos– fueron los caballeros, prescindiendo de los detalles, obviando la figura y el papel de otras clases sociales<sup>21</sup>.

Por todo ello, la imagen de las batallas campales, resueltas con una irresistible carga de caballería pesada, donde las hazañas individuales de los caballeros, combatiendo en lances arriesgados, constituyen el elemento esencial de la acción, no son más que idealizaciones y simplificaciones de la guerra medieval, sólo justificadas por las circunstancias anteriormente explicadas. Un análisis más detallado de la realidad y contexto medievales indica que los hechos históricos, tal y como se narran en las crónicas, sólo reflejan una parte de lo acontecido:

1. Debido a la escasez de recursos y a la concepción y mentalidad medievales, de sus objetivos estratégicos y tácticos, la búsqueda de la resolución del conflicto mediante una batalla campal no era la prioridad en las operaciones militares feudales. Las guerras buscaban la conquista de territorio enemigo y no la destrucción y aniquilación de las fuerzas contrarias<sup>22</sup>, y una batalla campal implicaba demasiados riesgos, que un jefe experimentado sólo asumiría en contadas ocasiones. La guerra se resolvía mediante una combinación

---

<sup>20</sup> Durante buena parte de la etapa plenomedieval se mantuvo la idea que cien caballeros tenían un valor equivalente al de 1.000 infantes.

<sup>21</sup> En la *Crònica dels Feits* del rey Jaime I, cuando narra el asalto a las murallas de Valencia, se relacionan las hazañas de los cuatro primeros caballeros que entran en la ciudad. La crónica no hace mención que varias decenas de infantes ya estaban combatiendo dentro de sus calles.

<sup>22</sup> Napoleón, por su parte, consideraba esencial la destrucción de las fuerzas enemigas, y la conquista inmediata de sus centros políticos. De igual manera pensaba y actuaba Ulysses S. Grant en la Guerra Civil americana.

de conquistas de plazas y castillos enemigos, con operaciones de destrucción de villas, quema de cosechas, sometimiento de la población civil, etc.

2. La caballería pesada no constituía el elemento principal de los ejércitos medievales, incluso en ciertos países su papel era meramente testimonial. La infantería constituía el núcleo esencial de las fuerzas, y la proporción en la que se encontraba con respecto a las fuerzas de los caballeros se situaba alrededor de 5:1, si no en porcentaje mayor. Aunque relacionásemos también las otras fuerzas de caballería –como los sargentos, escuderos y otros auxiliares–, la proporción seguiría siendo elevada a favor de la infantería.
3. La idea de choque mediante el empleo de la carga de caballería supone una simplificación de la táctica medieval, porque en numerosas ocasiones los caballeros combatían a pie; no hay que obviar el hecho que los nobles constituían una fuerza tremendamente acorazada, y su uso a pie firme no era despreciable para un jefe experimentado<sup>23</sup>.
4. El empleo de la carga de caballería sólo podía surtir efecto totalmente efectivo ante una fuerza enemiga inmóvil, sin elementos de caballería –ligera<sup>24</sup> o pesada–, pero que además, necesitaba el concurso de un proceso previo de hostigamiento –arqueros, ballesteros, escaramuzas de los peones–, que limitase su capacidad combativa –mediante el cansancio o la desmoralización–. Sólo cuando las fuerzas enemigas mostraban signos de flaqueza, la carga daría resultado<sup>25</sup>.
5. Se desarrollaron tácticas específicas para que las fuerzas de infantería pudieran contrarrestar el choque de la caballería pesada. Son numerosos los ejemplos medievales de fuerzas de infantería que des-

---

<sup>23</sup> En las Cruzadas, los arqueros turcos hicieron de las monturas de los caballeros cruzados uno de sus principales objetivos; esto provocó que muchos de los jinetes cristianos combatesen a lomos de mulas o a pie. Durante la II cruzada (1144-1150), el cronista Guillermo de Tiro describía la táctica de los caballeros germánicos de combatir a pie en los momentos de crisis, aumentando así la determinación de combatir de los soldados de infantería, además de proporcionar protección acorazada frente a las descargas de los arqueros enemigos.

<sup>24</sup> Las crónicas sobre las Cruzadas son tremendamente vividas al relatar las tácticas de los guerreros musulmanes frente a los pesados caballeros francos: acoso constante mediante el empleo de arqueros montados, provocaciones de la caballería ligera, con la idea de provocar una carga intempestiva de los cruzados, para que éstos abrieran sus formaciones. Si la fuerza cristiana perdía su cohesión y se disgregaba en pequeños grupos, los musulmanes podían batirlos individualmente.

<sup>25</sup> No hay que olvidar el tremendo efecto psicológico que tenía entre la infantería la visión del avance al galope de una carga de caballeros y esperar con ansiedad el inminente choque de la caballería pesada.

barataron una carga de caballería<sup>26</sup>. Ante una fuerza disciplinada de infantería<sup>27</sup>, los caballeros podían estrellarse una y otra vez sin conseguir ninguna ventaja táctica.

Las batallas medievales no se pueden reducir a simples cargas sucesivas de guerreros a caballo contra las líneas enemigas, de la suma de los combates individualizados entre caballeros. El orden y la disciplina eran usuales y complejos. Tradicionalmente se ha descrito el despliegue clásico de un ejército medieval en una vanguardia, un centro y retaguardia, cada una de ellas compuesta por una abigarrada fila, llamada «batalla», de infantes y jinetes, siempre desplegados bajo el mismo esquema; pero esta idea es una reducción de la realidad, puesto que los jefes militares creaban tantas batallas como consideraban adecuado; incluso la organización de un ejército en vanguardia, centro y retaguardia no siempre era utilizada. La división de las fuerzas en dos flancos y un centro era siempre constante, pero no así la distribución de las tropas entre estas posiciones: la caballería podía situarse en la primera línea, para promover una ruptura rápida del frente, o se podía colocar a la infantería en primera línea, justamente para detener el asalto de los jinetes, o incluso se podían alternar en las líneas fuerzas de los dos tipos.

Son varios los ejemplos que ilustran cómo los comandantes organizaron sus tropas en función de sus efectivos, de su nivel de instrucción, de la entidad y calidad del enemigo, del terreno del campo de batalla, etc. Así, ejemplos de formaciones en sólo una línea, las encontramos en la batalla de Levounion, en las fuerzas pechenegas contra las bizantinas (29 de abril de 1091); en la batalla de Sirmium, en las fuerzas del conde húngaro Benes (8 de julio de 1167) contra otro ejército bizantino, o en la batalla de Legnano (29 de mayo de 1176), en la formación presentada por el emperador Federico I Barbarroja contra las milicias milanesas

---

<sup>26</sup> Las fuerzas de infantería derrotaron a los caballeros en las batallas de Manzikert (1177), Bannockburn (1314), Crecy (1346), Agincourt (1415). En la batalla del lago Copais (1313) los almogávares derrotaron y aniquilaron a los caballeros francos; el impacto de su victoria les permitió conquistar buena parte de Grecia y asegurar el dominio aragonés de esos territorios durante 80 años.

<sup>27</sup> La infantería, para protegerse de estas cargas de caballería, solía poner delante de sus líneas cuerdas embreadas tensadas, que, en teoría, detenían el primer choque, y con las lanzas clavadas en el suelo con la punta hacia el enemigo. Los infantes podían combatir presentando un muro (una línea de combatientes formando una sólida muralla de escudos), una muela (cuando la infantería se disponía en círculo) o un corral (posición defensiva en forma de cuadrado, reforzado por cuerdas o cadenas delante de los infantes, que clavan sus lanzas en el suelo con la punta hacia el enemigo). Son famosos los ejemplos de fuerzas de infantería disciplinada que se opuso con éxito a cargas de caballería: los piqueros suizos, los ballesteros genoveses, los arqueros ingleses o los lansquenetes alemanes.

Respecto de batallas con ejércitos formados en dos líneas, hallamos los siguientes ejemplos: las tropas bizantinas del emperador Romano IV Diógenes frente a los turcos, en la batalla de Manzikert (26 de agosto de 1071); con el rey Luis VI en Brémule (20 de agosto de 1119) contra los ingleses del rey Enrique I; en Alarcos (19 de julio de 1195) en el despliegue del rey Alfonso VIII contra los almohades, y en Bouvines (24 de julio de 1214) en las fuerzas del rey Felipe Augusto frente a las imperiales de Otón IV.

El despliegue táctico en tres líneas fue utilizado por las fuerzas almorávides de Yusuf Ibn Tasfin en Zalaca (23 de octubre de 1086) contra el rey Alfonso VI, el cual usó un despliegue similar en la batalla de Uclés (29 de mayo de 1108) contra los almorávides; también de igual manera el rey Alfonso I el Batallador desplegó sus fuerzas contra los almorávides en la batalla de Cutanda (17 de junio de 1120), y también obraron de la misma manera las fuerzas cristianas aliadas en las Navas de Tolosa (16 de julio de 1212). Incluso acontecieron batallas donde se formaron más de tres líneas, como las fuerzas normandas de Roger II de Sicilia, en la batalla de Nocera (1132), con cuatro líneas de dos divisiones cada una.

En todas estas batallas, la fuerza operativa de maniobra y choque residía en las tropas de caballería. El caballero es el guerrero medieval por excelencia, el paradigma de la guerra feudal. Sin embargo, la identificación del caballero como núcleo de los ejércitos medievales, identificándolo además con una élite social y profesional fue como consecuencia de un largo proceso, que se inicia con los ejércitos carolingios, y se conforma en un proceso en tres etapas: la aparición de una caballería profesional especializada, el surgimiento del concepto de caballería y la posterior identificación de la caballería con la clase social de la nobleza. El mantenimiento de fuerzas profesionales y con una relativa estabilidad temporal desaparece del mapa europeo tras la disolución del imperio carolingio; en los siglos IX-X no existe en Europa occidental un estado lo suficientemente desarrollado y poderoso en el que se pueda consolidar una estructura militar permanente.

Entre otras características, el sistema feudal que se instaura en esos siglos desde el punto de vista militar, conlleva una red de alianzas y obligaciones de servicio militar que obligan mutuamente a las partes. Pero sólo los señores más poderosos pueden concentrar su actividad en el entrenamiento militar, y/o sufragar los gastos a otros guerreros para que reciban esa formación y formen parte después de su casa. Para el noble guerrero medieval, toda su vida giraba alrededor del caballo y con las armas en la mano; la guerra era su oficio, su ocupación y su distracción. El aprendizaje real del arte de la guerra se hacía en la misma guerra; sin embargo, puesto que batallas y guerras no tenían lugar muy a menudo, la práctica de la caballería tenía

que conseguirse en otros lugares y el entrenamiento por otros medios: de ahí la necesidad de comenzar muy pronto, casi al inicio de la adolescencia. El camino para ser nombrado caballero comenzaba cuando el aspirante –de ascendencia noble– entraba al servicio de un caballero que haría las veces de tutor y maestro –a menudo, un familiar o amigo íntimo del padre del chico–. El entrenamiento del joven residía en un constante y prolongado ejercicio de monta de caballos, carga con la lanza, aprendizaje de la esgrima de la espada desde la silla y el dominio y ejecución de maniobras a caballo. La instrucción en armas a caballo sería completada con un entrenamiento igual en armas para luchar a pie. Con ello se insistía en crear unos buenos conocimientos de base, en un lento madurar, en la progresión en la asunción de responsabilidades y en ir acumulando las experiencias con el transcurso de los años. La transmisión verbal de los conocimientos, así como una constante práctica, permitían que los jefes militares adquirieran su propio bagaje conceptual sobre tácticas y estrategias militares; la guerra era el oficio de las élites gobernantes, que viajaban constantemente, por lo que no era excepcional que en alguno de sus periplos, los nobles conociesen a otros señores feudales que habían combatido en las Cruzadas, o en Italia o la Península Ibérica, por lo que los intercambios de experiencias, anécdotas e historias de guerras y batallas deberían ser relativamente generalizados.

Las unidades de caballería solían agruparse en unidades de entre 10 a 20 hombres<sup>28</sup>, llamadas *conrois*, hueste, mesnadas o lanzas. Los miembros de cada *conrois* estaban frecuentemente ligados por relaciones de vasallaje o familiares, que se entrenaban y combatían juntos: de su educación militar se hacía énfasis no sólo en la destreza de las armas, sino también en la capacidad de actuar como un equipo con férrea disciplina y lealtad a los compañeros<sup>29</sup>. En combate, el *conrois* se ordenaba en una o varias hileras –a lo sumo tres– con los caballeros en la primera, y los sargentos y escuderos en las posteriores o en los flancos. Los movimientos se coordinaban, en tiempo de paz, mediante el entrenamiento continuo. Cualquier ejercicio a caballo podía considerarse como una preparación a la guerra, tanto la práctica de la caza como las justas y torneos. Los jine-

---

<sup>28</sup> Los *conrois* franceses podían consistir en agrupaciones en múltiplos de cinco, en grupos de hasta 25 y 50 jinetes.

<sup>29</sup> La nueva montura de pico elevado y largos estribos, en la que los caballeros prácticamente iban montados de pie, era un elemento básico de la carga con lanza en ristre, pero también significaba que si el caballero era desmontado, le era sumamente difícil volver a montar en el fragor de la batalla: sus compañeros del *conrois* se agruparían a su alrededor protegiéndole hasta que estuviera de nuevo seguro en lo alto de su montura.

tes aprendían a distinguir el significado de los diferentes toques de cuernos y trompetas, y a seguir las señas de estandartes, de guiones y banderolas –llamados *gonfanon*– en las lanzas del jefe del grupo o de su ayudante, cosa que permitía una rápida ubicación y servían de punto referencia para el reagrupamiento tras una carga. En combate, las rutinas aprendidas durante los ejercicios de entrenamiento se ponían a prueba en la dura práctica de la guerra. Los *conrois* se agrupaban en unidades mayores, los haces o batallas, que servían para formar las líneas de carga en la batalla y de los cuerpos en el avance y la marcha<sup>30</sup>. Las diferentes agrupaciones de batallas daban lugar a formaciones mayores, los cuerpos. El orden de combate de los ejércitos feudales seguía el patrón estandar de los tres cuerpos: vanguardia, centro y retaguardia. Esta división se mantenía tanto en la marcha por columnas, en el avance en línea y el combate, si bien se adaptaba en función de la geografía y el terreno. Se establecían unidades de caballería ligera como exploradores y como unidades de flanco, conocidas como alas, y las unidades de infantería solían situarse en el cuerpo central, el más poderoso. El papel táctico del caballero medieval era el choque: abrirse paso a través de las filas del enemigo aprovechando el ímpetu, el peso y la velocidad de la carga. Si se tenía éxito y traspasaban las filas, se procedía a atacar por la retaguardia; de no lograrlo, los caballeros se reagrupaban y volvían a cargar. El esbozo de esta táctica no debe llegar a la conclusión que en esta etapa del medioevo las maniobras militares estaban reducidas a la mínima expresión; por el contrario, en múltiples batallas la táctica principal de la carga se combinaba con huidas fingidas –Rimini, Arques, Hastings– y con maniobras de flanco –las Navas de Tolosa–.

Los enfrentamientos empezaban con una carga de la primera línea –de una batalla, o de un cuerpo–; los caballeros iniciaban el movimiento al trote, para ir incrementando el ritmo hasta el momento de pasar decididamente al galope. Los caballeros embestían con la lanza. Después del primer choque, la línea se retiraba para dejar campo al asalto de la siguiente carga. Los caballeros del primer choque se reagrupaban, siguiendo el estandarte de su señor, tras la protección de la infantería, y se preparaba una nueva carga. Cuando la lanza se rompía, se desenvainaba la espada o se combatía con maza contra los infantes u otros caballeros enemigos. La carga tenía como

---

<sup>30</sup> La batalla, en situación de marcha, formaba de frente en tres líneas sucesivas, de unos efectivos nominales de unos cincuenta caballeros por línea. Esta formación se adaptaba en las formaciones en columna. Los sargentos, escuderos y ballesteros a caballo podían formar en los flancos y retaguardia de cada batalla, estableciendo una pantalla de protección.

objetivo principal romper el frente enemigo<sup>31</sup>, y las sucesivas oleadas debían lograr ese objetivo; es por ello que la sincronización de las mismas era de vital importancia, puesto que podía decidir el destino final de una batalla: golpear con dos cargas muy consecutivas podía implicar que los caballeros de la primera no se hubiesen retirado todavía del campo, y que la fuerza de la segunda oleada se debilitase intentando evitar el choque con los caballeros amigos. Por el contrario, demasiado tiempo entre las sucesivas cargas dejaría al enemigo la posibilidad de reagruparse y realinear las fuerzas de su defensa.

Cuando una carga de caballería no conseguía abrir la línea enemiga, la batalla se transformaba en ocasiones, en multitud de combates singulares entre caballeros. En el peor de los casos, los infantes aprovechaban la *mêlée* para descabalar a los caballeros y acuchillarles en el suelo. El poder de la carga y de la unidad compacta de caballeros –bien en *conrois* como en batalla– y su éxito en los combates residía también en un plano psicológico<sup>32</sup>: la pertenencia de los caballeros a la élite social medieval, su liturgia, etc. motivaban que fueran vistos por los infantes como seres superiores. Existía una doble guerra entre caballeros e infantes: la militar y la social. Unos y otros pertenecían a clases sociales diferentes, distantes, existiendo entre ellos un abismo.

La teoría social existente en la Edad Media era aquella que dividía la sociedad en una estructural piramidal estratificada en tres grupos bien diferenciados, social, económica y funcionalmente: los campesinos –trabajar–; los sacerdotes –rezar– y los guerreros –luchar–. Los nobles se adjudican esta función social –y por ello serán conocidos como los *bellatores*, «los que luchan»–, de tal manera que su predominio respecto de las otras clases se justificará en base a su dedicación a la guerra y a la protección del orden feudal. Esta actividad bélica se convertiría en el elemento central de su sociedad, alrededor de la cual se desarrollarían las relaciones socioeconómicas: de hecho, la posición que un individuo ocupaba en una hueste no era

---

<sup>31</sup> A diferencia del choque entre masas de caballería pesada, donde el objetivo es llegar al contacto con el enemigo para destruirlo, uno de los objetivos de la carga contra unidades de infantería es la intimidación de éstas, para que huyan del campo de batalla: si se lograba que una parte de la línea de defensa cediese, toda la fuerza enemiga quedaría debilitada. Si se mantenía ejerciendo la presión, con sucesivas cargas, que se introdujeran dentro de la brecha abierta, se lograría que el ejército contrario huyera –como en la batalla de Civitate (18 de junio de 1053), entre los normandos y las fuerzas combinadas imperiales y papales–.

<sup>32</sup> Con la proliferación de fuerzas de peones disciplinados, hombres de armas de infantería, se inició el declive de la caballería. La sofisticación de las armaduras de los caballeros –siglos XIV-XVI– no fueron más que un vano intento de mantener el prestigio militar y social de la élite, pero que a la larga, no pudo evitar que la infantería recuperase el prestigio perdido tras Andrianópolis (378 d.C.).

más que el reflejo de su posición social. Así, los nobles caballeros mantenían unos lazos de afectividad mucho más fuertes con los caballeros enemigos que no con sus propios infantes; así, un noble, aunque enemigo, era un igual al que se debía de honrar y tratar con respeto —y por el que, no hay que olvidarlo, se podía pedir un rescate, si se le mantenía con vida—; en cambio, un infante pertenecía a otra clase social, era un súbdito del que se servía y del que se podía prescindir. Es por ello que cuando los infantes contemplaban cómo los caballeros enemigos se avalanzaban sobre ellos, una mezcla de miedo y rencor social les invadía. Si los caballeros penetraban en las filas de los peones, rara vez éstos podían volver a la cohesión y la línea de defensa se rompía: como en Muret, la infantería desorganizada servía de carnaza para una masacre. Sin embargo, si los infantes poseían la suficiente templanza como para resistir la carga enemiga, los caballeros, desorientados por el rechazo, descabalgados, eran fácil presa para los peones, que volcaban todo su rabia sobre los nobles<sup>33</sup>.

Merece especial comentario el singular papel de los Guardias, o escolta personal de los monarcas. Los reinos germánicos heredaron de la tradición imperial romana el concepto de Guardia, de tal manera que el soberano tuviera a su disposición una fuerza permanente, disciplinada y leal, que a todos los efectos, le sirviera tanto como de fuerza de choque, elemento vertebrador de un ejército o simplemente como tropa que le garantizase su poder sobre el resto de nobles. Así, por su modo de vida y su continuidad en el servicio de armas, se les puede suponer un alto grado de disciplina, entrenamiento, motivación e incluso especialización, que les conferiría un estatus de élite respecto de las otras fuerzas. A lo largo de la Edad Media los ejemplos de fuerzas o guardias reales son constantes: los *fideles* de los visigodos, los *armati* merovingios, los *scara* carolingios, los *housecarls* escandinavos, la *familia regis* anglonormanda, etc.

Los monarcas de la Corona de Aragón contaban con una guardia personal, la Mesnada Real, formada por una treintena de caballeros selectos, todos ellos caballeros aragoneses, con la misión de proteger al soberano. La mesnada real era una institución militar aragonesa integrada fundamentalmente por miembros no primogénitos de las casas nobiliarias de los barones o ricoshombres, así como infanzones que se entregaban a la Casa Real, para su cuidado y formación. Cuando el rey convoca a los nobles para la guerra, llama a sus mesnaderos, diferenciándolos claramente de los ricoshombres aragoneses y catalanes o de las mesnadas concejiles. La mesnada

---

<sup>33</sup> Ejemplos de esta brutalidad especial del campo de batalla las encontramos en la batalla del lago Copais (1313) y en Bannockburn (1314).

real, al igual que la del rey de Castilla, era mantenida directamente por el monarca –de ahí las constantes necesidades financieras del rey Pedro, especialmente en la campaña de las Navas y en la expedición de Muret–; la hueste real llevaba los colores del soberano en el campo de batalla, y formaba alrededor del Alférez Real, cargo designado personalmente por el rey. Los miembros de la Mesnada real no solían pertenecer a las familias de la gran nobleza aragonesa (comúnmente denominada las Doce Casas –las familias Cornel, Luna, Azagra, Urrea, Alagón, Romeo, Foces, Entenza, Lizana, Ayerbe, Híjar y Castro–); eran miembros de unos linajes engrandecidos por los soberanos, por su especial atención a la monarquía, por su lealtad de mayor antigüedad o por haber tomado partida por el rey en momentos complicados y que eran premiados con motivos reales en su heráldica. En Muret, la mayoría de los miembros de la guardia real aragonesa murió alrededor de su rey.

### *El problema de las cifras*

Una de las principales dificultades con las que recurrentemente se encuentran los historiadores de todos las épocas es el de la fiabilidad de la información relativa al tamaño y composición de los ejércitos. Sin ir más allá<sup>34</sup> y ciñéndonos al contexto medieval, cuando las fuentes se refieren a «caballeros» u «hombres a caballo» las dudas se presentan en el significado o acepción de los mismos. Un caballero, sin extensión del término, implicaba sólo a un guerrero, perteneciente a la nobleza y con los honores del orden de caballería, a lomos de un caballo de guerra. Más allá, este caballero necesitaba tanto de unos sirvientes –para su manutención, servicio personal, aseo, impedimenta, etc.–, como también de unos auxiliares armados que le servían de apoyo. Éstos podían ser «escuderos» –tanto profesionales como jóvenes aspirantes a su vez para ser armados caballeros–, hombres a caballo armados con lanzas, ballesteros y arqueros montados e incluso infantería montada.

La evolución del armamento en el siglo XII trajo consigo, entre otros factores, que sólo los caballeros de las familias más ricas pudieran costear-

---

<sup>34</sup> Es de sobra conocida la tradicional costumbre griega de sobrevalorar las fuerzas persas en las Guerras Médicas y en las campañas de Alejandro Magno. De igual modo, las cifras aportadas por Julio César en su crónica de la guerra de las Galias parece a todas luces, exageradas. El tamaño de los ejércitos bárbaros, germánicos, partos y sasánidas, frente a los romanos, también parecen desproporcionados.

se un equipo completo y moderno. Esta diferenciación se remarcará en el siglo XIII, acentuándose la separación entre caballeros ricos y pobres, apareciendo la distinción entre caballeros adalides *–primi milites–* y los simples caballeros<sup>35</sup> *–milites gregarii–*. El aumento de peso progresivo del equipo caballeresco produjo un incremento de su coste, y por ende, conducía a una restricción de su difusión, reservándose sólo para una élite de fortuna y de nacimiento; pero a la vez, esta propia autoexclusión de las clases acomodadas llevó a la exaltación de su modo de vida, del espíritu caballeresco, cosa que llevó aparejada la negativa a calificar como tal a todo aquel que no hubiera pasado el ritual de ser armado caballero.

Se hace difícil barajar una cifra exacta, pero en función de la riqueza del caballero, éste podía contar con el servicio de uno o dos escuderos, y de un número no inferior a cuatro hombres a caballo de diferentes categorías. Existía un vocabulario variado para denominar a estos auxiliares, cuyo papel y calificación para la batalla eran muy diferentes, como también lo era su condición social: los criados<sup>36</sup> (latín: *valletus*), los muchachos (latín: *garcio, puer*) y escudero (latín: *armiger, scutifer*). Los «escuderos» solían ser de origen noble –a la espera de ser armados caballeros– o guerreros profesionales<sup>37</sup> –hombres libres con un pequeño pedazo de tierra insuficiente para ganarse las espuelas de caballero o sirvientes a sueldo de su señor–; su armamento era de características similares a la de los caballeros, pero de confección más modesta o antigua –igualmente usaban cota de mallas, casco, lanza y espada–. En combate, solían formar en las líneas posteriores de cada *conrois*, o en los flancos; sus caballos no eran *destriers*, pero sí que podían ir ligeramente armados, en función de sus posibilidades económicas. Por su parte, los «muchachos» iban armados de manera más ligera: casco, espada y cuchillo, y protecciones personales de cuero –o incluso alguna cota corta–. No solían formar parte de la caballería, si no que realizaban funciones auxiliares, como por ejemplo, introducirse en las filas enemigas para descabalar a los jinetes contrarios.

Ante tal diversidad de nombres y conceptos, cuando se mencionan cifras de fuerzas de caballería, se hace muy difícil valorar, en función de la

---

<sup>35</sup> CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*, pág.87

<sup>36</sup> Los criados ejercían tareas de sirvientes de su señor y del resto de la comitiva: aprovisionamientos, acomodación, preparación de las comidas, de las armas, de las tiendas, etc. En combate permanecían en el campamento, al cuidado de los bagajes.

<sup>37</sup> Estos guerreros profesionales fueron distanciándose cada vez más en la calidad del equipo acorazado de sus señores, pero no por ello fueron apartados del campo de batalla. A partir de la segunda mitad del s.XII se les empieza a distinguir con diferentes nombres: *servientes equites, servientes loricati, famuli, scutiferi, satellites equestres, clientes, servientes, armati, militis*.

traducción de cada término, si estamos delante de datos referentes a un total de las fuerzas presentes en un ejército, o solamente se refieren a un determinado colectivo. Por ejemplo, respecto del millar de jinetes que acompañaban a Pedro II en la expedición a tierras occitanas hacia Muret, queda la indeterminación de si se refieren sólo a los caballeros o si incluyen también a sus servidores. Dadas las cifras de población de la Corona de Aragón, así como de los efectivos desplegados un año antes en la batalla de las Navas, los 1.000 «caballeros» podían englobar a los diferentes tipos de hombres de armas a caballo anteriormente indicados. Es significativo el hecho que las fuentes contemporáneas o relativamente cercanas a los hechos establezcan siempre la diferenciación entre caballeros, jinetes y otros tipos de guerreros. Así, la Crónica de Jaume I nos habla que el rey Pedro contaba con una fuerza de unos 1.000 *hombres a caballo*, distinguiendo este valor de otros pasajes cuando se refiere a *caballeros*. De igual manera se expresan tanto la Crónica de Bernat Desclot como la *Canzó de la Crozada*. Se ha de tener en cuenta que esta discusión no es baladí; partir de una cifra de 1.000 caballeros, cabría pensar entonces una cifra total del doble o tripe de jinetes, en proporción de 3 o 2 guerreros a caballo –sargentos y escuderos– por cada caballero presente.

Teniendo en cuenta las fuerzas presentes de la Corona de Aragón en la batalla de las Navas, así como las fuerzas disponibles por Jaime I en la expedición naval a Mallorca, la cifra de caballeros presentes en Muret podría situarse alrededor de 400-500, y una cifra de 700-800 guerreros no caballeros<sup>38</sup>. Para F.X. Hernandez la explicación de la diferencia de fuerzas entre la campaña andaluza y la expedición occitana podría deberse a varios motivos: la inexistencia de un botín identificable, las bajas producidas en la batalla en tierras andaluzas, la negativa a sumarse a la defensa de herejes de la fe católica; el prestigio militar de los caballeros franceses –considerados la mejor caballería en Europa–, etc. Una de las características esenciales de los ejércitos plenomedievales radica en la ausencia de permanencia, de continuidad en su establecimiento; prima el carácter temporal –incluso estacional– de las fuerzas combatientes. Sólo un núcleo de combatientes tendrá una clara vocación de permanencia, ya sea por sus obligaciones como señores feudales, como vasallos con obligaciones militares, –sargentos, escuderos, peones especializados– o como aventureros y mercenarios –*farfans*, *routiers*, *brabançons*, etc.–.

---

<sup>38</sup> En la batalla de Bouvines (1214), los franceses derrotaron a las tropas anglo-imperiales, con un ejército entre 1.000 y 1.200 caballeros, unos 2.000-2.500 guerreros a caballo y alrededor de 10.000 soldados.

Salvo estos grupos militares con un grado de continuidad y permanencia, la parte más significativa de un ejército medieval se reunía específicamente para el desarrollo de una determinada campaña<sup>39</sup>. Si ponemos en relación las características anteriormente descritas con el hecho que Monfort disponía de fuerzas permanentes, con un amplio núcleo de caballeros y servidores entrenados y experimentados –muchos de ellos ya veteranos de la cruzada de 1209, sino antes–, con disciplina y moral, frente a las fuerzas de Pedro II, una amalgama de guerreros, unos cuantos experimentados en las guerras peninsulares –cabalgadas, escaramuzas y asedios–, pero con una mayoría de fuerzas inexpertas y con una moral desigual, y diferente a la de sus enemigos, entonces, el balance comparativo de las fuerzas nos indica que Monfort podía tener una clara ventaja sobre los meridionales y sus aliados hispanos. Por el contrario, el bando aliado presentaba una heterogeneidad de fuerzas que, a pesar de su mayor número, no concedían una ventaja táctica militar contundente. Así, la calidad de la caballería era dispar, no tenía experiencia de maniobra ni de liderazgo conjunto.

El rey Pedro acudió a Muret con sus tropas personales, con las fuerzas de caballería de sus nobles allegados y con un contingente de soldados profesionales, pagados de antemano<sup>40</sup>. Los nobles occitanos se presentaron con sus propios contingentes, algunos ya con experiencia militar –Foix–. La campaña que debía iniciarse en Muret podría ser considerada como una estrategia de recuperación del territorio a través de una guerra de asedios; no había sido planteada para entablar una batalla campal. De haberse planificado como tal, sin duda alguna los dirigentes del ejército hispano-occitano habrían realizado algún tipo de operación de combate a menor escala con la que haber dado a sus tropas la experiencia militar necesaria para afrontar una contienda de mayor envergadura.

---

<sup>39</sup> Los ejércitos medievales de esta época constituían una variopinta hueste, formada por combatientes y no combatientes (servidores, mercaderes, tahures, prostitutas, etc.), sin una estructura administrativa –mínimamente eficiente, a menos– o financiera, sin entrenamientos colectivos, a nivel de todo el ejército.

<sup>40</sup> Se ha cuestionado el papel de estas tropas del rey Pedro, afirmando que se trataba de mercenarios –llamados en el lenguaje de la época *ribalds*, *routiers* o *brabançons*–. Lo cierto es que se trataban de tropas feudales reclutadas a sueldo para evitar el inconveniente del licenciamiento después del período de servicio. De la misma manera que los cruzados tenían la limitación del servicio de 40 días, los contingentes feudales servían a su soberano bajo determinadas condiciones; desde el momento que aceptaban la contraprestación monetaria, estos condicionantes desaparecían. Es de comentar, pues, la previsión del rey Pedro, que quizás temiendo una campaña larga y ardua, planificó la estructura y composición de su ejército a tal fin, porfiando la posible retirada de las tropas que hubiesen expirado su servicio feudal.

*La batalla*

En primer lugar, describiremos lo acontecido en la batalla con las palabras del rey Jaime I, en su *Llibre dels Feits*: «*Simón de Montfort estaba en Muret, acompañado exactamente de ochocientos a mil hombres de a caballo y nuestro padre vino sobre él cerca de aquel lugar donde él estaba. Y fueron con él, de Aragón: Don Miguel de Luesia, Don Blasco de Alagón, Don Rodrigo Liçana, Don Ladrón, Don Gómez de Luna, Don Miguel de Rada, Don Guillem de Puyo, Don Aznar Pardo y muchos otros de su mesnada y de otros de los cuales no nos podemos recordar. Pero bien recordamos que nos dijeron aquéllos que habían estado y conocían el hecho, de que salvo Don Gómez de Luna, Don Miguel de Rada, Don Aznar Pardo y algunos de su mesnada que murieron, los otros lo abandonaron en la batalla y huyeron. Y fueron, de Cataluña: Dalmau de Creixell, N'Hug de Mataplana, Guillem d'Horta y Berenguer de Castellbisbal; éstos huyeron con los otros. Sin embargo, bien sabemos con certeza, que Don Nuño Sanç y Guillem de Montcada, que fue hijo de Guillem Ramon de Montcada y de na Guilleuma de Castellví, no estuvieron en la batalla, pero enviaron mensajeros al rey diciéndole que los esperara, y el rey no les quiso esperar, y dio la batalla con aquéllos que eran con él. Y aquel día que dio la batalla había yacido con una mujer, ciertamente que Nós oímos decir después que durante el Evangelio no pudo estar derecho, sino que permaneció sentado en su setial mientras que se decía misa.*

*Y antes de que tuviera lugar la batalla, Simón de Montfort quería ponerse en poder suyo para hacer aquello que el Rey quisiera, y quería avenirse con él; y nuestro padre no lo quiso aceptar. Y cuando el conde Simón y aquellos de dentro vieron eso, hicieron penitencia y recibieron el cuerpo de Jesucristo, y dijeron que más se amaban morir en el campo que en la villa. Y con eso, salieron a combatir todos a una, de golpe. Y aquéllos de la parte del rey no supieron formar las líneas de batalla ni ir juntos, y cada caballero acometía por su lado, y acometían contra las reglas de las armas. Y por la mala ordenación, y por el pecado que tenían en ellos<sup>41</sup>, y también*

---

<sup>41</sup> El rey Conquistador narra escuetamente la batalla de Muret, sin detenerse en explicar las razones de su padre para librar aquella batalla –en la que tanto se jugaba la dinastía–, y sin narrar os acontecimientos previos a la batalla. El monarca atribuye la derrota a dos causas: por un lado, la excusa religiosa –el pecado–, por el otro, la militar –la desorganización–. Así, en el terreno moral, las críticas vertidas sobre su padre se centraban en el no cumplimiento de las ceremonias previas al combate –castidad y celebración de la misa–, y no tanto por una supuesta lujuria –que el rey Jaime apenas menciona–. El otro error del soberano residía en no haberse sabido imponer a sus súbditos, no haberles marcado una estricta línea de obediencia, en la que la figura del monarca prevalece y hace de eje de cualquier decisión de poder: la natura de armas se traduce en obedecer al rey, siempre y por encima de cualquier circunstancia.

*porque de los que estaban a dentro de la plaza no encontraron merced, la batalla tenía que estar perdida. Y aquí murió nuestro padre. Y así siempre lo ha seguido nuestro linaje, en las batallas que ellos han hecho y en las que Nós haremos, que es vencer o morir. Y Nós permanecemos en Carcassona, en poder del conde, porque él nos hacía educar y era señor de aquel sitio».*

Muret se encuentra a unos 20 Km al sur de Tolosa, en la confluencia del río Garona con su afluente el Loja. Era una ciudad de tamaño medio, con un perímetro en forma trapezoidal, con una extensión máxima en su eje principal de no más de 500 metros. Cerca de la orilla izquierda del Loja se extiende una llanura limitada, por un lado por el Garona y por el otro, por el terreno ascendente de las colinas de Perramon, situadas a unos dos kilómetros al oeste. La llanura en invierno era una zona de marismas, pero en verano estaba cubierta de hierba, y atravesada por varios arroyuelos de poco caudal. Su superficie llana era ideal para la maniobra de fuerzas de caballería.

La ciudad estaba dividida en tres núcleos diferenciados, de oeste a este: la villa nueva, con su propio recinto amurallado, la villa vieja, alrededor de la iglesia de San Serni y con muralla propia, y el castillo, en un islote separado de la ciudad por un puente levadizo sobre un canal del río Loja en su unión con el Garona; del castillo nacía directamente el camino hacia Tolosa por el nordeste. El castillo contaba con dos torres y una poderosa torre del homenaje, de imponentes dimensiones.

La ciudad contaba con cuatro puertas:

- La del camino a Seysses/Tolosa, al norte, que se deslizaba por un terreno prácticamente llano.
- La del camino de Tolosa, al nordeste, a través del portón de San Serni, y que serpenteaba por la orilla de los meandros del río Garona.
- La del camino de Fanjaux/Carcassona, al sudeste, que cruzaba el río Garona por un amplio puente de madera, y que desaparecía por la llanura occitana.
- La del camino de Salas, al sudoeste, que ascendía siguiendo el curso del río Garona.

Pese a su tamaño, la ciudad presentaba importantes dificultades para su conquista. El flanco sur estaba protegido por el río Garona, amplio –más de 120 metros de anchura, frente a Tolosa–, profundo y de fuertes corrientes; un ataque por esta zona necesitaba del asalto al puente de madera y de su puerta, en una zona donde apenas había espacio para maniobrar entre la muralla y el cauce del río. El asalto por el castillo también implicaba riesgos: cruzar primero el canal y su puente, lanzarse a la toma del islote del castillo, para después avanzar hasta el puente levadizo que unía el castillo con la ciudad vieja. El norte y el oeste mostraban unos accesos relativa-

mente practicables: el río Loja no era tan caudaloso, tenía una anchura media de unos 10 metros, y con unas escarpaduras de unos 3-5 metros. Una vez cruzado, y a poniente de la ciudad nueva se abría una faja de tierra de unos trescientos metros, entre el río Loja y el Garona, espacio suficiente para la maniobra de la infantería y los trabajos de asedio. Por el contrario, en esa zona, las defensas de Muret contaban con una sólida muralla, con varias torres y un amplio foso.

En la batalla de Muret los bandos enfrentados consistieron en una coalición de fuerzas hispano-occitanas contra fuerzas de voluntarios cruzados. La coalición estaba formada por la Corona de Aragón, el condado de Tolosa y los principales nobles feudales transpirenáticos, que se encontraban ligados a los dos primeros por razones feudo-vasalláticas. Los



Muret en la actualidad; la señal indica el lugar de salida de las fuerzas cruzadas, el círculo el campo de batalla, y el rectángulo el lugar del campamento hispano-occitano.

principales jefes aliados eran el rey Pedro II de Aragón, el conde Raimon VI de Tolosa, el conde Roger Bernat de Foix, el conde Bernat IV de Comminges, y el vizconde Gaston VI de Bearn. Por el otro bando, los cruzados se encontraban liderados por Simón de Monfort, a pesar que, nominalmente, el legado papal Arnau Amalric era el jefe político y espiritual de la cruzada.

Respecto del tamaño de los ejércitos que participaron en la batalla, y de igual manera que sucedía con las fuerzas reunidas para la cruzada de 1209, se han barajado cifras muy elevadas para los contendientes<sup>42</sup> de Muret; pero estas ingentes cifras parecen no tener en cuenta la propia demografía de la época, las condiciones de reclutamiento y servicio, y especialmente, los problemas logísticos y de abastecimiento. Las fuerzas

---

<sup>42</sup> La controversia sobre el tamaño de los ejércitos se sigue planteando hasta fechas todavía recientes; en su libro *Batallas decisivas de la Historia de España*, Juan Carlos Losada menciona las siguientes cifras: 42.000 hombres para el ejército hispano-occitano y 7.000 para los cruzados. Otros historiadores, como Xavier Escura en su libro *Els mites de Muret i Montsegur*, aportan cifras también muy elevadas respecto de los efectivos tolosanos: el conde de Tolosa dispondría de 3.000 caballeros, y más de 20.000 hombres de infantería; teniendo en cuenta las fuerzas disponibles por otros países (Francia, Inglaterra, Sacro Imperio), puede parecer excesivo que los tolosanos hubiesen podido reunir tantas fuerzas. No hay que olvidar que los cronistas medievales no hacían fe de la cifra objetiva de los ejércitos, sino que tan solo querían poner de manifiesto la ingente cantidad de personas aglutinadas en aquel ejército. Es por ello que creer como exacta una cifra que tan solo intenta reflejar una idea, un concepto de magnitud, parece ejercicio casi quimérico. Las fuerzas efectivas medievales eran los «peones», soldados armados, bien con espada y escudo, lanza y escudo, o con largas picas, auxiliados por ballesteros y en menor medida, por arqueros –excepto en Inglaterra–. Pero no hay que olvidar que junto a estos contingentes de hombres de armas –ya fuesen mercenarios o huestes permanentes– encontramos soldados no profesionales, milicias ciudadanas, levas de siervos provistos de armas de fortuna, que se encuadraban en los ejércitos feudales con mayor o menor entusiasmo. Y junto a ellos, la pléyade de sirvientes, siervos, mercaderes, etc. que acompañaban a los ejércitos en sus desplazamientos. Es por ello que las cifras comentadas en las crónicas, de no ser examinadas en profundidad, pueden conducir a erróneas interpretaciones y conclusiones: frecuentemente los cronistas destacaban la cifra total de personas que viajaban en un ejército, pero no atendían a clasificarlos, identificando específicamente los soldados de todos aquellos no combatientes; no hay que olvidar que la profunda estratificación social existente en la Edad Media, que creaba un auténtico abismo social e ideológico entre la casta nobiliaria y la religiosa, separándolas del pueblo llano, del vulgo, de aquellos que formaban una masa anónima, tenía también su reflejo en la literatura: los datos sobre caballeros pueden llegar a ser exactos, pero las cifras del «resto», incluyendo tanto soldados como acompañantes civiles, no tendrían un valor objetivo, sino tan solo intentarían transmitir una realidad, una idea de una fuerza numerosa, de una muchedumbre a las órdenes de los nobles. Además, si hiciéramos caso de aquellos que afirman que las fuerzas de infantería tolosana eran más de 15.000 soldados, puede surgirnos la siguiente pregunta: ¿por qué ahora, después de 4 años de guerra, con un territorio circunscrito solo a la ciudad de Tolosa y a Montauban, pudo el conde Raimon reunir tan imponente ejército? ¿Cómo se podría haber alimentado esa masa humana si los alrededores de Tolosa estaban devastados? ¿Podía reunir el condado de Tolosa tan ingente fuerza, cuando el todo el Imperio alemán, en la batalla de Bouvines, al año siguiente, no pudo reunir más de la mitad de esa cifra?

combinadas de tolosanos y aragoneses podían ascender, a lo sumo, alrededor de 12.000 hombres<sup>43</sup>:

- 800 guerreros a caballo catalano-aragoneses.
- 1.000-2.000 guerreros a caballo occitanos, gascones y mercenarios.
- 5.000 a 10.000 peones de infantería, en su mayoría milicias ciudadanas de Tolosa, Montauban y sus alrededores<sup>44</sup>.
- A estas cifras hay que añadir un contingente de unos 200 caballeros y 400 hombres a caballo, a las órdenes de Nuño Sanç y Guillem de Montcada, que cruzaban los Pirineos para unirse al rey Pedro en la ciudad de Tolosa; sin embargo, estos refuerzos estaban todavía lejos del escenario de Muret: la víspera de la batalla se situaban cerca de Narbona<sup>45</sup>, siguiendo el camino de la costa, a más de 170 Km de Muret. Recorrer esta distancia que les separaba del rey implicaba varios días de marcha: en una jornada media, de unas 8 horas de marcha, el caballo se desplaza a una velocidad media de 8 a 10 km/h.

No hay duda que este heterogéneo ejército, a pesar de su número, no formaba una masa compacta, ni en experiencia ni en fiabilidad. Los caballeros catalano-aragoneses contaban en su mayoría con la experiencia adquirida el año anterior en las Navas de Tolosa, pero en cuanto a las huestes occitanas, no se podía decir lo mismo: sólo se podría confiar en la profesionalidad de los pequeños contingentes de tropas personales de los nobles occitanos –especialmente de los hombres de Foix–, y la calidad de la

<sup>43</sup> Las fuerzas disponibles por el rey Pedro son un elemento más de discordia entre las fuentes. Estas cifras son las aportadas por F.X. Hernández en su obra *Història Militar de Catalunya*. Podría parecer temerario que el rey Pedro hubiese iniciado la expedición sólo con hombres a caballo, sin contar con el apoyo de infantería, pero hay que tener en cuenta que en aquellos momentos el monarca conocía la situación delicada en la que se encontraba Monfort, y que la urgencia para actuar era extrema; por ello era necesario iniciar una marcha veloz, que solo podría lograrse si se contaba con fuerzas de caballería. Además, los informes que recibía el rey le indicaban que la masa de infantería de los meridionales, a pesar de su inexperiencia, contaba con una entidad suficiente para, de alguna o de otra manera, ser de utilidad para el desarrollo de la campaña.

<sup>44</sup> Estas cifras deben considerarse siempre en una dimensión a la baja. No hay que olvidar que, junto a las dificultades en las que se encontraba el condado de Tolosa, hay que añadir las propias limitaciones demográficas y logísticas de la época. Así, por ejemplo, el conde Guillermo el Conquistador sólo pudo reunir, para su campaña de conquista del trono de Inglaterra, una fuerza máxima de unos 14.000 hombres, de los cuales unos 10.000 fueron infantes; el emperador Federico Barbarroja, en sus campañas italianas –y en el apogeo de su poder– pudo reunir un ejército de una fuerza máxima de 15.000 hombres, un tercio de los cuales serían de caballería. Para la expedición contra la Corona de Aragón, en 1285, el rey francés Felipe III contó con un ejército de unos 8.000 hombres, de los cuales 1.500 eran caballeros y escuderos. Todas estas fuerzas solo podían ser operativas durante un período muy limitado de tiempo, consumiendo una gran cantidad de abastecimientos, forzando al límite los recursos de los territorios en los que operaban.

<sup>45</sup> ROVIRA I VIRGILI, Antoni. *Història de Catalunya*. (Vol IV). La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao, 1977. Pág. 485.

milicia de infantería era a todas luces cuestionable para sostener no ya un prolongado asedio, y mucho menos una batalla campal.

Respecto del tamaño del ejército cruzado, todos los historiadores contemporáneos coinciden en indicar que su fuerza era muy inferior respecto del contingente hispano-occitano. Ello se debía a las especiales características del servicio militar en el bando cruzado: excepto por un núcleo de fuerzas personales feudales de Monfort y sus nobles, el resto del ejército se componía de voluntarios que se enrolaban por un período determinado de campaña, tras el cual podían regresar a sus hogares con la indulgencia papal. A lo largo del año 1213 –y gracias a los esfuerzos diplomáticos del rey Pedro–, el apoyo de Roma a la guerra en Occitania había disminuido hasta el punto extremo que incluso se llegó a plantear el cese definitivo de las hostilidades, los contingentes militares cruzados eran significativamente menores que en las campañas anteriores: se ha barajado la cifra aproximada de unas fuerzas totales de 1.000-1.200 hombres a caballo y alrededor de 1.500-2.000 infantes y arqueros<sup>46</sup> en todo el territorio occitano ocupado por los cruzados. Las noticias y rumores que recorrían el territorio informando de la llegada del ejército hispano del rey Pedro habían motivado que Monfort, para mantener el control de la población ocupada, destinase a buena parte de su ejército a tareas de guarnición, a la espera de la identificación del punto de invasión. Al no haber podido contar con los refuerzos habituales de la campaña de primavera, Monfort no disponía de ninguna fuerza de maniobra de envergadura con la que oponerse al avance del rey. Es por ello que el conde tuvo que arriesgarse, para poder socorrer a la guarnición de Muret, a despojar a sus otras fortalezas de la mayoría de las respectivas guarniciones, dejando sólo en cada una de ellas una fuerza mínima. Recurriendo a esta drástica medida, parece que pudo reunir para su fuerza de socorro a unos 700-800 jinetes y unos centenares de peones.

Independientemente de la cifra real de fuerzas cruzadas presentes en Muret, de lo que no cabe duda es que Monfort se encontraría en inferioridad numérica; de ello se encargaron de propagarlo los cronistas pro cruzados. No hay que olvidar que las fuentes de la época intentaban glorificar la

---

<sup>46</sup> Los efectivos cruzados no provenían únicamente del territorio real francés, de Flandes o el Imperio; ya que junto a ellos aparecen guerreros occitanos, como Balduino de Tolosa –hermano del conde Raimon VI de Tolosa–, que aleccionados por la cruzada, unen sus armas y destinos al de Monfort. Diferentes fueron los motivos que les llevaron a tomar las armas contra sus vecinos: ferviente y sincera devoción católica, búsqueda de beneficios personales, venganzas, rencores y ultrajes pasados, etc. Frecuentemente olvidados, tratados simplemente como *traidores*, su apoyo al bando cruzado no haría más que mostrar la inestabilidad política y social que imperaba en Occitania antes y durante la cruzada. Definitivamente, la idílica sociedad trovadoresca, galante y pacífica, imaginada e idealizada, no se correspondería con la cruda realidad.

hazaña de los cruzados, hasta alcanzar un simbolismo cuasi divino; por ello las fuentes habrían mantenido sus cifras expresamente a la baja. A pesar de su inferioridad numérica, Simón de Monfort era consciente que sus tropas tenían mayor experiencia de combate que sus oponentes. No en vano, el núcleo principal de sus fuerzas residía en las tropas veteranas de la campaña de 1209, en aquellos voluntarios que habían permanecido con él desde los primeros días de la lucha, que preferían la nueva vida de riquezas –y muerte– en tierras occitanas; muchos ellos, además, poseían la experiencia bélica previa de la guerra en Tierra Santa y de la guerra de Normandía. Pero Monfort, profundo devoto y experto conocedor de la mentalidad de su tiempo, tampoco descuidó la moral de sus guerreros: convocó a los obispos de Tolosa, Carcassona, Nîmes, Uzes, Lodève, Agde y Besiers, a los abades de Clairac, Vilamagna y Saint-Thibéry y al legado Arnau Amalric, con la intención que les acompañaran en la expedición. Monfort sabía que de aquella campaña sólo podía salir un vencedor, y estaba dispuesto a contar con la ayuda divina.

El 10 de septiembre, el ejército aliado llegaba delante de las murallas de Muret, protegida sólo por treinta caballeros y *sarjeants* cruzados y una fuerza pequeña de peones. Monfort, que se encontraba estratégicamente situado en la villa de Fanjaux, a la espera de las noticias de la invasión –circunstancia que temía desde hacia varias semanas–, se pone en marcha con sus fuerzas para ir a socorrer a la guarnición. A lo largo de todo el día los cruzados cabalgan para recorrer la distancia de 60 Km que separa Fanjaux de Muret; al atardecer, Monfort y los suyos llegan a Saverdun. La intención original de Monfort era cabalgar toda la noche para cubrir los 35 Km que separan las dos ciudades, y llegar a Muret antes del alba, pero los obispos que lo acompañaban, agotados por la dura jornada, querían descansar; la tropa, también exhausta, se sumó a esa petición. Monfort, según Pierre des Vaux de Cernay, consciente de las necesidades de su ejército, accedió.

Al día siguiente Monfort y sus tropas entraron en la ciudad asediada. Para los cruzados, aquello podía significar un alivio momentáneo, pero visto en perspectiva, no se trataba más que de una ratonera ideada por el rey Pedro; dentro de la villa, Monfort evaluó la situación: sus tropas sumaban unos 800 jinetes y alrededor de 700 soldados de infantería, y los víveres escaseaban. Para un experto jefe militar como él no podía pasar desapercibido que no se podría soportar un asedio; la encrucijada tenía dos únicos caminos: combatir al día siguiente, contra un ejército muy superior, o el deshonor de una retirada. Simón de Monfort, tras conversar con sus oficiales y con sus curtidos veteranos, se reunió con los legados, solicitándoles permiso para entablar batalla al día siguiente. Los eclesiásticos se pronun-

ciaron negativamente. El conde se retiró a sus aposentos y pasó la noche en vigilia, orando junto a su confesor<sup>47</sup>.

Pero los obispos, a pesar de la tranquilidad aparente de Monfort, de sus palabras de confianza en la victoria, seguían sumidos en una creciente desesperación, y decidieron enviar una embajada de dos sacerdotes al campo hispano-occitano, para rogar que el rey abandonara a los enemigos de Dios. Los emisarios salieron al alba de la villa de Muret y lo hicieron descalzos, en señal de humildad. El rey se negó a recibirlos. A lo largo de aquellas horas, los obispos enviaron hasta 3 embajadas, sin ningún resultado satisfactorio.

En el bando hispano-occitano, la actividad se inició a primera hora de la mañana: tras oír misa, el rey Pedro convocó un consejo de guerra, con la presencia de los principales barones y capitanes del ejército. El soberano inicia su parlamento dando ánimos a sus hombres, exhortándoles a que mostraran la misma audacia que les había valido la gloria en las Navas de Tolosa un año antes; invitó a cada caballero a distinguirse por su valentía en el campo de batalla y cedió la palabra a aquel que quisiese intervenir<sup>48</sup>. El conde Raimon VI, el hombre de más edad de los presentes y enemigo tradicional de la Corona aragonesa en Occitania, si bien reciente aliado—, conocedor de la falta de experiencia de las tropas tolosanas, deseaba evitar una batalla campal: proponía fortificar el campamento con una línea de empalizadas, tal y como había hecho en Castelnou d'Arri (1211), y repeler a los cruzados con ballestas, si intentaban forzar el asalto del campamento; de esta manera se podrían contener los ataques enemigos, manteniendo a las fuerzas de caballería en reserva para lanzar prestos un contraataque una vez desgatada la ofensiva cruzada. En el supuesto que los cruzados no atacasen el campamento, el conde proponía proseguir con el asedio.

Pero estas propuestas contradecían frontalmente los planes del rey Pedro: éste tenía ya en mente presentar batalla, considerando que en Muret no solamente se tenía que derrotar al enemigo, sino también conseguir la paz, pero desde una posición de fuerza. Y eso sólo se puede conseguir con la victoria en un campo de batalla, no venciendo tras un asedio. Toda la

---

<sup>47</sup> Son constantes las referencias de las fuentes a las comparaciones y contraposiciones entre las actitudes de los dos jefes: mientras Simón de Monfort pasaba la noche en vela junto a su confesor, el rey Pedro yacía con una cortesana y sucumbía a los pecados de la carne. Más allá de la interpretación anecdótica de los hechos reales, se manifiesta una voluntad unívoca de mostrar que Dios solo se podía poner de parte de los cruzados.

<sup>48</sup> Era costumbre que el jefe de un ejército, en un consejo de guerra, tras su exposición del planteamiento táctico a seguir, ofreciese la palabra a todo aquel oficial y noble que estuviese presente: a pesar de la jerarquía, en estas reuniones reinaba una relativa transparencia, primando la sinceridad y fundamentación de las opiniones, por encima de estatus y relaciones vasalláticas.

Cristiandad ha de ver cómo el rey de Aragón derrota a Monfort en buena lid. El rey es consciente de las enormes posibilidades políticas que se abren con la derrota de Monfort en el campo de batalla. Nadie duda de la ortodoxia del rey Católico, quien ha ganado fama internacional tras la batalla de las Navas, pero su apoyo a los barones occitanos, excomulgados por Roma, plantea una cuestión religiosa y moral de difícil resolución; es por ello que, venciendo a Monfort, y dentro del razonamiento medieval, la derrota de los cruzados mostrará a todos que la Verdad no está de parte de Monfort y los suyos, sino que éste se ha excedido y abusado de sus prerrogativas, y no se comporta como un buen cristiano ni como caballero: por un lado, se ha valido de la Iglesia y de la idea de santa cruzada para atacar a otros católicos y despojarles de sus tierras; por otro, se ha alzado en armas contra su señor feudal el rey de Aragón. La lógica feudal, pues, obliga a que el conflicto se dirima en una batalla campal. El rey, muy hábilmente, plantea el conflicto en un plano personal: quiere vencer a Monfort, no derrotar a Roma.

La victoria sobre el ejército cruzado a manos de un rey con el prestigio de Pedro II, permitiría a éste negociar directamente con el Papado la posibilidad de una paz negociada; no es difícil imaginar cuáles serían las condiciones del armisticio: a cambio de establecer medidas políticas y religiosas efectivas contra los cátaros, la retirada de todo apoyo feudal a la herejía y el restablecimiento de la supremacía eclesial romana, Pedro II exigiría a cambio la restitución de las tierras y posesiones a sus legítimos propietarios, la desmovilización del ejército cruzado y el encarcelamiento del noble rebelde Simón de Monfort —el cual, en sentido estricto, se había alzado en armas contra su señor feudal, el rey Pedro—.

Pero no hay que olvidar que las crónicas prooccitanas que nos relatan el consejo de guerra —*Canzó de la Cruzada* y la Crónica de Guilhem de Puy-laurens— fueron escritas más de dos décadas posteriores a los sucesos, y en ellas hay una intención manifiesta en destacar el papel que juega la casa de Tolosa en el conflicto occitano<sup>49</sup>; de ahí el papel relevante que se pretende asignar al conde Raimon: con el recuerdo de la derrota de Muret, y para ensalzar a los condes de Tolosa, en éstos relatos se pone de relieve la prudencia de Raimon, frente a la irreflexiva gallardía del rey Pedro. Los cronistas, pues, no entran a reflexionar las motivaciones del rey, sino sólo trans-

---

<sup>49</sup> En esta época, el conde Raimon VII —presente en Muret— es el jefe de la resistencia contra el dominio real francés, que a partir de 1225 había intervenido militarmente en el conflicto. Las actuaciones de Raimon VII fueron mucho más enérgicas y activas que las de su padre, pero no por ello los cronistas tenían que desmerecer o minusvalorar la actuación del anciano conde; sin lugar a dudas, mientras se narraban los hechos, el papel del conde de Tolosa en Muret se maquilló para reflejar una imagen política adecuada, si bien alejada de la realidad.

miten lo anecdótico: la disputa entre los dos líderes. El rey Pedro, al rechazar de plano la propuesta del conde Raimon, sólo logra enemistarse con él: Raimon se retirará a su tienda, de las crónicas se desprende que apenas participó en los acontecimientos posteriores de la batalla. El alférez real, Miguel de Luesia, lanzó un furibundo ataque verbal al conde de Tolosa<sup>50</sup> que, lejos de corresponderse a un exaltado ideal caballeresco, podrían responder al recelo que él mismo como caballero, el rey Pedro y los suyos mantenían respecto de los tolosanos:

- a) Durante generaciones habían sido los tradicionales enemigos de la Casa de Aragón en la pugna por la supremacía en esas tierras meridionales, y que sólo ahora, bajo la extrema presión de los cruzados, habían accedido a la pleitesía y protección de Aragón<sup>51</sup>.
- b) La estrategia dubitativa y temporizadora de los condes de Tolosa frente a la agresión de la Cruzada; en un primer momento, el conde Raimon intentó unirse a los cruzados y desviar el ataque hacia el vizcondado de los Trencavell, súbditos de Pedro II; posteriormente, sus reiterados intentos de llegar a una solución negociada y evitar la conquista de sus tierras. Pero además, todos los meridionales y los catalano-aragoneses conocían perfectamente la actitud que había mostrado el conde en la batalla de Castelnou d'Arri, cuando el conde de Foix se alzaba con la victoria frente a Monfort, lejos de apoyarle, guardó una postura defensiva que permitió a los cruzados contraatacar y alzarse con la victoria.
- c) El conde de Tolosa usaba su condición de noble para imponer su consejo por encima de la veteranía de guerreros experimentados. En aquella época no existía una cadena de mando permanente y el ejercicio del liderazgo de una hueste medieval frecuentemente no provenía de la experiencia de combate si no del linaje, pero se aceptaba la voz de los jefes militares curtidos, aunque no perteneciesen a grandes casas nobiliarias; la propuesta de Raimon VI chocaba de plano

---

<sup>50</sup> Luesia reprobaría al conde Raimon la oportunidad y calidad de sus consejos en cuestiones militares, cuando el conde no había sabido conservar ninguno de sus dominios ante las fuerzas cruzadas.

<sup>51</sup> La Gran Guerra Meridional (1112-1190) significó una herida abierta en las tierras occitanas, una lucha constante que impidió cohesionar el territorio alrededor de un poder estable y fuerte. Los tolosanos nunca pudieron llevar la iniciativa estratégica; sus compromisos internacionales (Francia, Tierra Santa), sus delicadas finanzas y sus díscolos vasallos les impidieron poder actuar como el revulsivo de la unidad occitana. El colapso tolosano pudo llegar en 1159, cuando fuerzas catalano-aragonesas avanzaron sobre Tolosa; sólo con la ayuda francesa el conde Raimon V pudo mantener su feudo y conjurar el peligro. Tal y como indica Alvira Cabrer, los tolosanos nunca enviaron fuerzas más allá de los Pirineos.

con las ideas del rey, pero éste no podía manifestarse abiertamente contra los consejos de su recién aliado, por lo que, en boca de su amigo de Luesia, exponía la postura de los que contaban con la experiencia adquirida en los últimos años junto a Pedro, y especialmente con el recuerdo de la jornada de las Navas. Así, frente a la opinión del tolosano, de resguardarse tras los parapetos del campamento, Luesia aspiraba a sacar todo el partido de la superioridad táctica de los meridionales en una batalla campal, que indudablemente se ofrecía difícil, pero no imposible.

Y a pesar de todo ello, la táctica de Raimon VI de Tolosa ha sido valorada positivamente por los historiadores –tanto por los coetáneos del momento como por nuestros contemporáneos– y es calificada como brillante. Soldevila va más allá y argumenta que la mentalidad burguesa y culta del conde de Tolosa se pone de relieve con esta táctica y, de hecho, de seguir sus consejos, la batalla –y por ende, la guerra, la cruzada y el destino de Occitania y Cataluña– hubieran sido totalmente diferentes.

Esta apreciación no puede ser aceptada tácticamente; en primer lugar, resulta ilógico pensar que el pensamiento burgués y mercantil de los meridionales pudiera crear y materializarse en una doctrina militar superior a la de los caballeros –del norte o de más allá de los Pirineos–, curtidos en años de experiencia en los campos de batalla de Normandía, Aquitania, Flandes y Tierra Santa; en segundo lugar, el repliegue hacia el campamento aliado otorgaba a Simón la iniciativa táctica –y estratégica– de la campaña de 1213; en tercer lugar, no permitía una conclusión de la guerra, y posponía la resolución del conflicto, con el riesgo de la intervención oficial francesa.

Como prueba de la limitada capacidad táctica del conde tolosano encontramos el hecho de basar, justamente, su estrategia de batalla en la suposición que Monfort se lanzaría al ataque sobre el campamento aliado –que, recordemos, albergaba a una fuerza de unos 10.000 soldados–, en lugar de plantear una batalla campal o retirarse. Imaginar que el líder cruzado lanzaría su escaso millar de hombres, contra una fuerza diez veces superior, con todas las vías de salida constantemente vigiladas, en campo abierto, tras vadear un caudaloso río, puede resultar un ejercicio de fe, más que de la razón. De hecho, el propio Monfort decía que si no podía atraer al enemigo fuera de sus tiendas, tendrían que retirarse. Se pone, pues, de relieve, que la táctica de Tolosa era totalmente errónea, aunque muchos en la actualidad crean justo lo contrario. Salve decir que, salvo en pocas excepciones, una defensa exclusivamente estática nunca puede conceder la victoria a un ejército: la línea Maginot, la muralla del Atlántico, la línea Sigfrido, las barre-

ras de arena en el Canal de Suez, las defensas del desierto en la Guerra del Golfo, etc. son ejemplos de defensas «inexpugnables» que fueron rebasadas y conquistadas. Este razonamiento, pues, tan alejado no ya de los ideales caballerescos que podía hacer gala el rey Pedro II, sino de las más elementales consideraciones tácticas –que sí habían sido consideradas por el monarca– revela la causa por la cual la guerra había sido, hasta aquel momento, tan desfavorable para el bando occitano: sin un liderazgo fuerte, respetado y experimentado en cuestiones políticas y militares, los meridionales habían sido derrotados uno a uno por un ejército inferior en número.

Además, el conde de Tolosa pretendía el uso de la ballesta para contrarrestar una carga de caballeros cruzados. Hay que tener en cuenta que el empleo de la ballesta estaba repudiado por los usos militares de la época, al menos en teoría: la ballesta era considerada un artefacto para cobardes. Según el estricto código de honor de los caballeros medievales, las armas «nobles» eran la lanza, la espada, el hacha, la maza y la daga, armas de honor, directas y personales.

Pero el empleo de armas arrojadas era considerado como un acto vil, propio de los peones. Es por ello que la aristocracia sentía un profundo desprecio –y terror<sup>52</sup>– por el arma propulsada a distancia, puesto que el impacto del virote de la ballesta traspasaba las cotas de malla.

Para un noble, entrenado desde la infancia en el arte de la guerra, protegido con un costosísimo armamento defensivo, era intolerable la posibilidad de ser vencido o muerto no por un igual sino por un plebeyo escasamente adiestrado, cobarde por definición<sup>53</sup> y desde una distancia tal que era imposible la mera defensa. La muerte acechaba ahora no en el campo de batalla, en un combate singular, sino en cualquier escaramuza, al doblar un recodo del camino, una muerte anónima, sin gloria. Este tipo de muerte, sin gloria, rompía la concepción moral de la época, y podía alterar el orden social establecido; es por ello que el II concilio de Letrán (1139) prohibió el empleo de la destreza mortífera de arqueros y ballesteros pero, eso sí, sólo contra otros cristianos. Paradójicamente, y en aras a una mayor efectividad militar, estas prohibiciones eclesiásticas serían ignoradas desde un principio por buena parte de los nobles feudales.

---

<sup>52</sup> Para la nobleza cristiana y para la Iglesia de Roma la ballesta fue un arma despreciada cuando no maldita, no en vano una de sus representaciones más antiguas en la iconografía era en manos de un demonio.

<sup>53</sup> De hecho, mientras que un caballero capturado era normalmente respetado por sus pares, por solidaridad de clase y para conseguir un rescate, los arqueros y ballesteros eran masacrados como asunto de rutina e incluso los nobles de un ejército podían aplastar con los cascos de su caballo a sus propios ballesteros si se interponían en su camino.

Es por ello que, dentro del contexto de aquellos momentos, plantear una batalla en base al empleo de la ballesta, en manos de fuerzas «herejes» contra caballeros cruzados, además de estar parapetados detrás de fortificaciones, en lugar de entablar batalla campal, representaba una afrenta, no solo para el código de honor y moral de los caballeros, sino que iba más allá, y cualquier victoria así obtenida no podía esperar la aprobación ni el prestigio necesario como para ser determinante en el conflicto ni a escala internacional.

Sin duda, la postura de Raimon de Tolosa podría corresponder más a la apreciación de las debilidades de su caballería y de la escasa preparación y armamento de las milicias y peones tolosanos que les acompañaban. Es por ello que el conde buscara la protección del campamento, no tanto por un concepción táctica más avanzada, si no por el hecho de no sucumbir en una batalla trascendental, sin las debidas garantías de victoria. Es desde este razonamiento que la posición de Raimon VI se podría considerar como aceptable.

Existen, pues, dos claras visiones del conflicto: el conde Raimon cree que venciendo a Monfort en combate, la guerra se resolverá favorablemente y la situación internacional podrá volver al *status quo* existente en 1209. Por su parte, el rey Pedro confía en que la derrota de Monfort, en batalla campal, sirva para que los legados y Roma accedan a resolver el conflicto de manera negociada.

Una estrategia defensiva quizás habría dado la victoria en Muret<sup>54</sup>, pero no habría significado el fin de la guerra –si al menos, de la campaña de 1213–. El Papa Inocencio III habría redoblado esfuerzos y Francia podría intervenir directamente –si se prescinde de la amenaza que sufría la monarquía francesa, también en aquellos momentos, provenientes del Imperio y de Inglaterra, sucesos que alcanzarían su cénit en 1214, con la batalla de Bouvines–.

Tras el incidente con el conde, el monarca acuerda con sus barones levantar la reunión, y los guerreros se preparan para el combate. Finalizado el consejo de guerra, las crónicas retoman la acción del combate: fuerzas de infantería meridionales avanzan hacia las murallas, y toman la parte nueva de la ciudad. En el bando cruzado hay enorme preocupación ante el avance

---

<sup>54</sup> Con la opción de la defensa estática se prescinde de tres hipótesis principales que surgen ante tal circunstancia: en primer lugar, Simón de Monfort podía haber abandonado Muret y no presentar batalla, con lo cual la guerra hubiera continuado; en segundo lugar, Monfort podía atacar el campamento, salir con vida y obtener nuevos refuerzos y continuar la guerra; en último planteamiento, y simplificando otros escenarios, los cruzados podían haber arrollado el campamento aliado y alzarse con la victoria.

occitano: los preladados esperan todavía que el rey Pedro escuche sus súplicas y no prosiga el combate, y es por ello que se niegan a autorizar el combate hasta que no se conociesen las nuevas del rey. Pero Monfort, al igual que Pedro II, sabe que se trata del combate definitivo, y así plantea a los legados la necesidad de entablar batalla, ante la contundencia de los asaltos de la infantería enemiga a las murallas de la ciudad. Los obispos ceden.

En una reunión con sus lugartenientes, Monfort expone su plan de batalla, meditado tras horas de estudio de la situación; la valoración de la situación que hace el jefe de los cruzados expresa la necesidad de arriesgarse a una batalla en campo abierto, o sino, serán aniquilados. Monfort dirá: «*Si no podemos hacer que se alejen un buen trecho de sus tiendas, no nos quedará más remedio que correr*<sup>55</sup>». Tras el consejo guerra<sup>56</sup>, Monfort ordena que las tropas formen en la plaza del mercado, en el lado suroeste de la ciudad, a la espera de sus instrucciones. Antes de armarse, se detiene brevemente en la capilla del castillo para orar: de nuevo aparece la profunda religiosidad del líder cruzado, en contraposición con la ausencia de liturgias católicas en el ejército del rey Pedro.

Son muchos los historiadores que han tratado la batalla de Muret, aportando luces –y sombras– al debate sobre los acontecimientos que se desarrollaron en aquel lejano 12 de septiembre de 1213. Sin embargo, si comparamos las hipótesis planteadas por los principales especialistas en la materia<sup>57</sup> se pueden establecer cuáles son los elementos comunes en las diferentes teorías y también cuáles son aquellos elementos en los que existe la discordia.

Podemos avanzar que las cinco teorías existentes se agrupan, bajo diferentes matices, en aquellas que plantean una batalla desarrollada en dirección Este-Oeste –salida de las fuerzas cruzadas por la puerta de Salas, rodeo de la muralla y paso por el puente de san Serni– y aquellas otras hipótesis

<sup>55</sup> Es muy significativo el hecho que Monfort planificase una acción decisiva a campo abierto, sin considerar ni el mantenimiento del asedio ni tampoco atacar el campamento aliado. Tanto Monfort como Pedro II compartían, pues, el mismo planteamiento táctico: si el rey hubiese aceptado los consejos de Raimon VI, Monfort hubiese escapado de Muret, con lo que de nuevo la iniciativa estratégica de la guerra hubiese pasado a manos del cruzado. Por supuesto que nadie puede aventurarse a afirmar que hubiese pasado en esta nueva fase de la guerra, pero las oportunidades de tener neutralizado a Monfort, como en aquellos días en Muret, difícilmente se hubiesen repetido.

<sup>56</sup> Paradójicamente, y a diferencia del rey Pedro II, Monfort no cede la palabra a ninguno de sus oficiales, ni permite la existencia de ninguna alternativa: su plan ha sido inspirado directamente por Dios, tras pasar rezando toda la noche. No hay, pues, posibilidad de cuestionar nada: la victoria vendrá decidida por su apoyo a la causa de la Cruzada.

<sup>57</sup> Nos hemos centrado en las referencias de los siguientes especialistas: Delpech (*La Bataille de Muret et la Tactique de la cavalerie au XIIIe siècle*), Dieulafoy (*La bataille de Muret*), Ventura (*Pere el Catòlic i Simó de Monfort*) y Hernández (*Història militar de Catalunya*).

que lo sitúan en un eje de ataque Sur-Norte –salida por la puerta de Salas, avance por la orilla del Loja y un posterior cruce por un vado–. En todas ellas –excepto en la versión de F.X. Hernández–, se destaca que las fuerzas hispano-occitanas estaban previamente formadas para la batalla.

La falta de precisión sobre el orden de combate aliado en las fuentes hispano-occitanas podría responder a una falta de información, pero también podría responder a una deliberada ocultación para no mancillar el honor de alguno de los participantes; todo parece indicar que sería la figura del conde Raimon de Tolosa la que se querría proteger: el parlamento ante el rey, su táctica «razonable» expuesta con claridad, rechazada por el rey, etc. pero, significativamente, se guardaría silencio sobre su protagonismo en la acción bélica. De hecho, los historiadores solo pueden establecer conjeturas acerca de si tomó parte o no en la batalla.

La idea general transmitida es que el rey actuó como un caballero impulsivo y optó por la batalla campal, persiguiendo su ambición de gloria y fama, sin valorar las consecuencias, cediendo la ventaja táctica al acorralado Simón de Monfort. De hecho, en un momento en que la literatura medieval se recreaba en historias caballerescas, no podía concebirse imagen más sublime que la de un rey a la cabeza de sus huestes<sup>58</sup>. Así se nos ha transmitido la imagen, por ejemplo, de la actuación personal de los tres monarcas en la batalla de las Navas, que fue fundamental para la victoria cristiana; los reyes de Navarra, Aragón y Castilla se lanzaron al combate, en el momento más delicado de la batalla, con la intención de motivar a sus hombres, prescindiendo de ocupar un puesto seguro en retaguardia, tal y como aconsejaba la prudencia militar. El planteamiento del rey Pedro II de una batalla campal no puede valorarse a la ligera, como una falta de responsabilidad del monarca, optando por una insegura confrontación campal y rechazando de plano la segura –y, siguiendo este planteamiento, exitosa– opción de la defensa del campamento.

El rey Pedro contaba con una dilatada experiencia de combate, tanto en guerra de asedio, como en cabalgadas, pero también en batallas. Su concurso en las Navas de Tolosa tuvo que representar un enorme bagaje y fuente de conocimientos para el rey y el resto de sus tropas. El soberano era

---

<sup>58</sup> Las crónicas narran que en la batalla de Alarcos, el rey Alfonso VIII, ante la derrota que se avecinaba, se lanzó con su mesnada al centro del combate, con la intención de servir de ejemplo a sus tropas, involucrándose personalmente en la batalla, con la única idea de alcanzar la victoria u obtener una muerte gloriosa, puesto que el ideal caballeresco exigía el sacrificio personal antes que una vida de deshonor. La postura heroica del rey castellano no logró resolver a su favor la batalla, y los consejeros y miembros de la mesnada real consiguieron que el monarca desistiera de su postura y se retirase con los restos del ejército.

consciente de la heterogeneidad de sus fuerzas, de la calidad de los caballeros que formaban en su ejército; falta de la experiencia y potencia de los caballeros de las órdenes militares, sólo podía confiar realmente en su hueste catalano-aragonesa y en las fuerzas del conde de Foix.

Es por ello que, basándose en las lecciones aprendidas a lo largo de su carrera militar, Pedro II planificó el siguiente despliegue táctico:

- El lugar de la batalla tendría que ser forzosamente la llanura del norte de Muret, al otro lado del río Loja, y no en la zona del oeste de Muret, en el triángulo de tierra formada entre el Garona, el Loja y la ciudad. El rey había elegido muy hábilmente este escenario: obligará a salir a campo abierto a los cruzados, pero previamente deberán cruzar el río Loja, por lo que sus filas quedarían desorganizadas antes de entrar en combate; además, la elección de ese emplazamiento provocará que Monfort combata de espaldas al río Loja, encerrado por el Garona por su derecha, y lejos del apoyo de la guarnición de la ciudad, sin apenas posibilidad de garantizar una ruta de retirada segura.
- En vanguardia, para ralentizar la carga cruzada, los caballeros de Foix y un numeroso grupo de caballeros catalanes. Los primeros tenían experiencia de combate, especialmente en la batalla de Castelnou d'Arri; los segundos, de la campaña de las Navas. La elección como jefe en el conde de Foix<sup>59</sup> era obvia, tras su destacado papel a lo largo de toda la guerra. No hay que olvidar que en las campañas de la Reconquista, acciones en las que Pedro estaba versado, la punta de lanza de las fuerzas cristianas, su élite guerrera, residía en las órdenes militares<sup>60</sup> y en los voluntarios cruzados europeos. En las Navas de Tolosa se había contado con la decidida carga de los monjes-guerreros para romper el frente enemigo: la infantería y caballería ligeras almohades —a pesar de su

---

<sup>59</sup> La casa pirenaica de los Foix eran vasallos de los condes de Tolosa; su creciente poderío les hizo enemistarse con sus, teóricos, señores feudales; es por ello que a lo largo del siglo XII orbitaron hacia la causa de la Corona de Aragón. El conde Ramon Roger de Foix fue el prototipo del caballero medieval: gran guerrero, valiente, enérgico y sin escrúpulos. Participó en la III Cruzada, al lado del rey Felipe II de Francia. Cuando estalló el conflicto occitano, combatió en un primer momento al lado de los legados papales, contra sus vecinos de Tolosa y Comminges. Al calor de la depredación de los cruzados y al giro político de los acontecimientos, decidió oponerse a los invasores del norte. Su liderazgo político y militar fue evidente —como demostró en la batalla de Castelnou d'Arri—, llegando a ser la personalidad occitana más relevante e influyente del rey Pedro II.

<sup>60</sup> En 1201, el rey Pedro II de Aragón, en agradecimiento por la asistencia del santo patrón Jorge a sus ejércitos, crea la Orden de San Jorge de Alfama en la localidad de Alfama (Tarragona), con la misión de proteger la frontera entre el Coll de Balaguer y el delta del Ebro, territorio casi desértico, utilizado por piratas y ladrones para guarecerse y como base de partida para expediciones de saqueo de los alrededores de Tarragona y Tortosa. Los primeros miembros de la nueva Orden serán voluntarios de la Orden de Calatrava.

ingente número— habían cedido, y se había llegado al contacto decisivo contra las tropas regulares almohades<sup>61</sup>. Es por ello que sabía de sobra lo difícil que era poder repeler el impacto de una carga de caballería pesada como la cruzada, de ahí el despliegue de los dos grupos de caballeros; confiaba, además, que los jinetes catalanes podrían dar mayor cohesión a los meridionales y amortiguar el impacto de los cruzados. Las fuerzas de este primer cuerpo, barajando las cifras aportadas por las diferentes fuentes, serían de unos 400 guerreros a caballo occitanos y unos 200 catalanes, entre caballeros, y escuderos.

- El centro, comandado por el propio rey Pedro<sup>62</sup>. En este grupo formaban junto al rey, los componentes de la mesnada real<sup>63</sup> y el resto de caballeros y guerreros a caballo catalano-aragoneses: junto a los veteranos de las Navas<sup>64</sup> formarían los nuevos caballeros y sus servidores. Juntos podían constituir un núcleo de caballería pesada capaz de oponerse a la fuerza de los cruzados, que, en teoría, tendría que estar debilitada al traspasar las líneas de los caballeros de Foix y los catalanes. Las tropas de esta batalla podían sumar alrededor de 300 guerreros a caballo<sup>65</sup>.
- El esquema básico de un despliegue táctico plenomedieval incluía un tercer cuerpo, en retaguardia. Pedro II había comprobado en las Navas la necesidad de tener una reserva, descansada y preparada para cargar,

---

<sup>61</sup> Los caballeros de las Órdenes militares fueron rechazados y perseguidos por las fuerzas almohades; el uso adecuado de las reservas castellanas y el simultáneo ataque por los flancos de las tropas aragonesas y navarras, permitieron estabilizar de nuevo la batalla, y traspasar las líneas musulmanas hasta el campamento del califa al-Nassir.

<sup>62</sup> Están también las afirmaciones de Guillem de Puylaurens, el cual dice haber oído a Raimon el Joven, hijo del conde de Tolosa, que estaba presente en el combate, que el rey de Aragón se alineó en orden de batalla; que el conde de Foix era la vanguardia con los caballeros provenientes de Cataluña. La presencia del jefe del ejército en el segundo cuerpo de batalla no era una excepción: Carlos de Anjou ocupó esa posición en la batalla de Benevento (1266), con la intención de mantener un mejor control táctico y para elevar la moral de su heterogéneo ejército.

<sup>63</sup> La fidelidad hasta la muerte de la guardia personal del soberano se remonta a las narraciones germánicas, que sirvieron de base al cuerpo espiritual de la caballería medieval, en las que se consideraba un deshonor que los guerreros sobrevivieran a su señor en el campo de batalla. Uno de los ejemplos clásicos de este pensamiento es el destino glorioso y trágico de los *housecarls* y *thegns* sajones en la batalla de Hastings (1066), que se lanzaron a una carga final contra los normandos tras la muerte de su rey Harold II.

<sup>64</sup> Entre ellos encontramos al mayordomo real Miguel de Luesia y Aznar Pardo, entre otros. Estos caballeros, que había combatido contra los almohades, conocían de sobras las tácticas y la efectividad de los caballeros francos.

<sup>65</sup> A pesar que en la mayoría de relatos se indica que el rey de Aragón sólo estaba rodeado por su mesnada personal, no hay que olvidar que los relatos de la época se centran, casi exclusivamente, en las hazañas de los nobles. Así pues, teniendo en cuenta que la vanguardia del ejército contaba con la presencia de 200 jinetes catalanes, se hace difícil poder ubicar al resto de las fuerzas catalano-aragonesas que no sea junto a su rey.

lista para el golpe definitivo. Ello induce a pensar que en Muret también debería existir un cuerpo con esa finalidad. Aunque Pedro no confiase en los tolosanos, debía contar con ellos ante una eventualidad. Es por ello que lo más plausible fuera destacar al conde de Comminges, noble de su confianza, al frente de este tercer contingente de tropas.

Sin embargo, el papel de Raimon VI y de sus tropas continúa siendo una incógnita. La visión tradicional de la batalla indica que el conde mandaba la retaguardia del ejército hispano-occitano, y que tras conocer la noticia de la muerte del rey, y ante la desbandada generalizada de las tropas, viéndolo todo ya perdido, se retiró con sus hombres. Pero conviene detenernos en analizar estos presupuestos, para poder arrojar algo de luz ante aquellos acontecimientos. El rey debió de considerar largamente la posición del conde Raimon: la discusión en la tienda de mando, la experiencia bélica del tolosano, la tradicional enemistad y rivalidad política, hacían de Raimon un aliado inestable, y militarmente incapaz para dirigir una posición táctica de relevancia, a pesar que los tolosanos constituían la principal fuerza de caballería del contingente aliado –más de la mitad de las fuerzas presentes– y la espina dorsal de las fuerzas de infantería. Tenía que compaginar por un lado, el respeto hacia el rango del conde de Tolosa, y por otro lado, garantizar que su papel y el apoyo de sus tropas fuera realmente útil.

Algunas fuentes cuestionan que existiese un cuerpo de reserva del ejército meridional, y mucho menos que este cuerpo estuviera comandado por el conde de Tolosa. Se deduce que él lo mandaba por el simple hecho que la mayoría de fuentes lo omiten del orden de batalla meridional. Ante esto, se plantean varias hipótesis:

1. El conde de Tolosa, tras la negativa del rey a establecer una defensa estática contra los cruzados, se retira con sus tropas, o permanece inactivo en el campamento, sin la intención de formar en el plan de batalla. Esta hipótesis permitiría explicar el silencio de las fuentes sobre la ausencia e inactividad del conde y sus tropas, y el deseo de otorgarle protagonismo en las deliberaciones previas de la batalla. Además, y en ello es especialmente significativo, justificaría el por qué el rey Pedro se situaría en el segundo cuerpo de batalla, en lugar de la tradicional posición de la retaguardia<sup>66</sup>.

---

<sup>66</sup> En la batalla de las Navas de Tolosa, en el planteamiento táctico inicial, los tres reyes cristianos se desplegaron ocupando su posición de batalla en el ala izquierda (Pedro II), centro (Alfonso VIII) y ala derecha (Sancho VII); cada cuerpo formó en tres batallas (vanguardia, centro y retaguardia), ocupando los soberanos su puesto en la zona de retaguardia. Cabe pensar, pues, que el rey Pedro había ocupado la posición más responsable para su rango y para el desarrollo de la batalla en las Navas, y haría lo mismo en Muret.

2. Otra hipótesis, partiendo de la misma argumentación anterior, indicaría que el rey Pedro, consciente de la poca predisposición del conde –y quizás de la calidad de sus caballeros– lo sitúa en retaguardia, con la doble misión de constituir la reserva y de protección del campo aliado. Sin embargo, esta explicación no arrojaría ninguna luz sobre la inactividad del conde, que, simplemente, se limitó a contemplar cómo los cruzados traspasaban la primera línea meridional, alcanzaban la hueste del rey Pedro y acababan con ellos. Es demasiado simplista considerar que el conde no hizo nada, ni tan siquiera envió refuerzos cuando los cruzados entraron en contacto con las unidades aragonesas.
3. Por último, se podría considerar la posibilidad que el conde formara parte del orden de batalla aliado, y que realmente actuase en la batalla, pero por alguna razón, las fuentes no informasen al respecto. Quizás se debiera a que tal actuación no fuese ni brillante ni decidida, justificando que en las crónicas no figurase. Ya se ha comentado con anterioridad como la información disponible se encuentra tanto muy limitada como muy sesgada, especialmente desde el punto de vista francés. De hecho, y teniendo en cuenta cómo la monarquía francesa se anexionó los territorios del condado de Tolosa, se pudiera justificar que los cronistas pro cruzados y franceses intentaron dar una visión de la batalla en la cual los tolosanos –súbditos, ahora ya, del rey de Francia– aparecían como actores secundarios de los acontecimientos, evitando recordar que en aquella época habían decidido apoyar a la Corona de Aragón, en su lucha por preservar su soberanía frente a los cruzados franceses.

Pero, a la luz de los acontecimientos anteriormente descritos, la explicación dada por Delpesch sería la que más se aproximaría a la realidad: Raimon VI no combatió por razones políticas; dolido y humillado por los comentarios aragoneses, y por su falta de carisma, Raimon VI se retiró con parte de sus tropas hacia el interior del campamento. La negativa del conde habría constituido un nuevo argumento de peso a las razones del rey a situarse en la segunda línea de combate: de hecho, no le quedaría más remedio que situarse en esa posición si quería mantener el control efectivo de sus tropas en el transcurso del combate.

El rey Pedro concentraría todas sus fuerzas en sólo dos batallas: la vanguardia, a las órdenes del conde de Foix, y el centro, bajo su mando personal, un lugar que le permitiese estar relativamente cerca de la acción, pero sin comprometerse en ella. En definitiva, se tiene que romper con el mito que el rey de Aragón ocupó una posición durante la batalla deliberadamen-

te expuesta por una cuestión de orgullo personal de caballero o por exceso de confianza. Sólo los tópicos existentes sobre el carácter del rey podrían explicar esta disfunción de la realidad. La negativa del conde Raimon a unirse al combate estaría en la base de la justificación de su comportamiento en las crónicas: el conde prudente expone su plan al rey, que se niega a escucharle; al final del día, el rey yacerá muerto por no haber seguido los consejos del conde de Tolosa. Poco importaría que Raimon VI no hubiese acudido en ayuda de su soberano: los cronistas se encargarían de minimizar tal detalle.

El rey Pedro II ideó un despliegue táctico de contención, donde el primer cuerpo meridional absorbería el impacto de la carga cruzada, el segundo cuerpo –comandado por él personalmente– sería el encargado de asestar el golpe definitivo o de mantener la posición<sup>67</sup>, en el caso que los cruzados traspasasen la primera línea; por último, y aprendiendo la lección de las Navas, se habría dispuesto que una pequeña reserva, comandada por algún noble de confianza del rey –ante la falta de colaboración de los tolosanos– efectuase un flanqueo de las huestes cruzadas<sup>68</sup>, con la intención de rodearlas, aislarlas de una posible salida de Muret, cortarles la posibilidad de retirada y, finalmente, aplastarlas. Este movimiento de flanqueo podría realizarse o bien por un solo flanco o por los dos<sup>69</sup>. En la primera opción, el flanqueo tendría que haberse efectuado por el suroeste, por un terreno más llano y sin los obstáculos de los arroyos existentes, además del impacto psicológico que podría ocasionar entre los defensores de Muret, que, desde las

---

<sup>67</sup> La experiencia vivida en las Navas tuvo que servir de inspiración y modelo para el desarrollo táctico de Muret. Pedro conocía cómo en julio de 1212 habían derrotado al imponente ejército musulmán: en el cénit de la batalla, la práctica totalidad del ejército almohade combatía contra los dos tercios de las fuerzas cristianas, que a través de dos demoledoras cargas sucesivas habían conseguido romper el frente enemigo.

<sup>68</sup> En la batalla de las Navas, los cristianos mantuvieron reservas listas para entrar en acción, tanto para sostener el frente si era necesario como en su uso ofensivo. Sin embargo, la decisión de su entrada en acción fue uno de los momentos más decisivos de la batalla: Alfonso VIII quiso lanzarse al ataque cuando vio que las fuerzas cristianas cedían terreno, pero fue aconsejado de esperar a que las fuerzas musulmanas estuviesen totalmente implicadas en el combate.

<sup>69</sup> En la batalla de las Navas resultaron decisivos los movimientos envolventes de los reyes de Aragón y Navarra, que permitieron sobrepasar a las tropas musulmanas, extendiendo el radio de envolvimiento y alcanzar el campamento almohade en una acción de convergencia del centro cristiano junto a las alas formadas por las reservas. Paradójicamente, las fuentes de la época, al recoger los testimonios de los hechos, ensalzaron la actuación de los monarcas cristianos, concediendo la gloria del éxito a un determinado monarca, en función de la historiografía de cada reino. La victoria fue conseguida de manera conjunta, una acción múltiple en la que los esfuerzos de los combatientes de los distintos reinos cristianos se aunaron para lograr el éxito, a pesar que, desde una limitada y reducida visión de la batalla, los combatientes y cronistas de cada uno de los tres cuerpos pudiesen considerar que era su rey el que estaba conduciendo al resto al triunfo final.

murallas, podrían contemplar, sin posibilidad de ayudar, como los meridionales rodearían a los caballeros cruzados.

La opción de un doble flanqueo podía permitir asegurar un cierre definitivo de los cruzados, pero el movimiento por el nordeste podía ralentizarse por el cruce de los arroyos anteriormente comentados. Este planteamiento es puramente hipotético, pero no por ello imposible. Si miramos detenidamente el mapa, veremos que el terreno escogido por el rey Pedro era muy ventajoso para realizar las maniobras necesarias para ejecutar su plan; el enemigo tenía que cruzar una corriente de agua y luchar teniendo este obstáculo en su retaguardia. Además, las fuerzas de Pedro tenían los flancos guardados; el uno, por el campamento tolosano y el otro, por los pantanales y por la torrentera. El planteamiento táctico ideado por Pedro, pues, correspondería a una táctica ambiciosa y reflexionada, nada fruto de la improvisación. A parte de la táctica planeada para el combate entre las fuerzas de caballería, Pedro esperaba contar con una baza importante a su favor: el nerviosismo que la situación podría provocar en el ánimo de Monfort. El rey le había dejado entrar en la villa de Muret sin hostigarlo, pero una vez aislado tras los muros de la ciudad, Monfort se enfrentaba a una dura decisión: arriesgarse a atacar a las muy superiores fuerzas enemigas o quedarse tras las murallas y esperar la derrota tras un largo y penoso asedio. El rey esperaba que Monfort actuase a la desesperada, pero éste, cuya pericia como general había superado en el Languedoc todas las pruebas, no sólo aceptó las condiciones de Pedro II, sino que las superó con éxito, alzándose con la victoria en el campo de batalla.

Llegados a este punto, tras describir el despliegue de las tropas de caballería hispano-occitanas, nos queda por descubrir cuál fue el verdadero papel en la batalla de las fuerzas de infantería. Tradicionalmente se ha criticado al rey Pedro por no haber utilizado a su abundante masa de infantería en la batalla. Sin embargo, hemos de recordar que, aunque parezca que exista una superioridad nominal importante en infantería, en la práctica, son fuerzas que no tienen ni coordinación ni veteranía para entablar una batalla convencional. Oman delimitó el problema indicando que no participaron en los combates, o al menos, su intervención en la batalla campal fue nula. Sin embargo, las fuentes nos indican que la milicia tolosana estuvo asediando Muret, y que fueron cogidos por sorpresa tras la derrota de la caballería aliada. Es, pues, interesante conocer el por qué el rey Pedro prescindió de los infantes en su planteamiento táctico; ¿acaso fue un sentimiento de desprecio feudal hacia los burgueses y campesinos occitanos? ¿desconfianza ante su inexperiencia bélica? ¿susplicia por la actitud del conde de Tolosa?. El rey Pedro, curtido en batallas y asedios sabe que sólo una infantería disci-

plinada y entrenada puede conservar los nervios frente a una carga de caballería pesada y obtener la victoria; y en Muret no dispone de fuerzas con estas características. Plantear una batalla campal con esas fuerzas de infantería es colocarse frente a una derrota segura.

El rey sabe que las tropas y la milicia tolosanas son poco aguerridas, y aunque la mayoría desea luchar, no tienen la preparación ni la experiencia para una batalla campal. Su único empleo efectivo, y con relativo riesgo para el desarrollo del plan del monarca, es su empleo como fuerza de asedio<sup>70</sup>.

De las diferentes fuentes se puede unificar el hecho que en la mañana del jueves 12 de septiembre de 1213 la infantería tolosana avanzó con la intención de proseguir con el asedio iniciado en la jornada anterior. No obstante, las fuentes discrepan sobre la intensidad de las acciones: si para unos se trató de unos claros esfuerzos para tomar la ciudad, para otros no se trató más que de una finta para forzar la reacción de Monfort y que saliera a combatir a campo abierto; esta última explicación se ajustaría más al esquema de batalla planteado, puesto que el rey Pedro buscaría ejecutar una finta con el ataque a las murallas, para provocar una respuesta inmediata en Monfort; de hecho, recordemos que cuando los primeros proyectiles silbaron por el cielo hacia la ciudad, cundió el pánico entre los cruzados: Monfort pidió permiso para atacar, pero los legados insistieron en esperar hasta que llegaran noticias del rey. Lo cierto, pues, es que Pedro envió a la milicia tolosana con sus máquinas para hostigar las murallas, trasladando la presión de los hechos al bando cruzado: tendrían que efectuar una salida para desbaratar el asedio<sup>71</sup>, y el rey les estaría esperando con sus fuerzas desplegadas, conforme al plan expuesto con anterioridad.

Mientras todo esto sucedía en el campo hispano-occitano, ¿qué estaba planificando Simón de Monfort? En las fuentes más próximas a la causa cruzada no hay una descripción detallada del orden de combate del ejército de Montfort. La mayoría repiten el dato de la organización en tres

---

<sup>70</sup> De ser ciertas las afirmaciones que el rey disponía de una cifra ingente de soldados –incluso se ha barajado la cifra de más de 20.000 infantes– el planteamiento táctico hispano-occitano no se hubiera limitado a mantener a la infantería en una posición tan limitada: su número habría compensado de sobra su inferioridad táctica. Pero lo cierto era que el ejército aliado no disponía ni un contingente tan numeroso ni tan preparado para acometer tal responsabilidad.

<sup>71</sup> La versión de Rafael Dalmau, exculparía al rey Pedro y responsabilizaría directamente a los tolosanos de la derrota; cuando los cruzados se abalanzaron sobre la infantería tolosana, el desorden provocado por su huida frente a la carga cruzada habría impedido que la caballería catalana hubiese formado correctamente, sin posibilidad de desplegarse. En un último intento de mantener el frente, el rey Pedro se lanzaría al combate con su mesnada, para infundir ánimo a sus hombres, y moriría heroicamente en batalla.

cuerpos, pero poco más. Este desinterés histórico o militar contrasta, sin embargo, con un hecho muy relevante desde una perspectiva ideológica: la frecuente identificación de este orden en tres cuerpos con la Santísima Trinidad. De nuevo las crónicas cruzadas unen la realidad con su particular visión del mundo, totalmente condicionada por cuestiones religiosas y morales: incluso en batalla, Monfort honra a Dios y a la Iglesia, organizando sus fuerzas conforme a la doctrina católica –hecho, objetivamente, que carece de fundamento: los cruzados se organizaron en tres cuerpos, siguiendo el tradicional despliegue en vanguardia, centro y retaguardia–. Monfort organizó las tropas formadas en la plaza del mercado de Muret, en tres cuerpos, el primero bajo Guillaume de Contres, el segundo bajo Bouchard de Marly y el tercero, como reserva, a las órdenes del propio Monfort. Se puede comprobar la contraposición que existe entre las diferentes fuentes, no ya a nivel ideológico, sino también a nivel subjetivo-narrativo: mientras Vaux de Cernay destaca en todo momento el papel de Monfort, cosa que le lleva a prescindir de comentar aspectos esenciales de la batalla –que seguramente conocía de primera mano–, la *Canzó* destaca como hecho principal la muerte del rey Pedro, ensalzando sus últimos instantes.

Monfort conoce personalmente al rey Pedro, y sabe de su experiencia guerrera, pero también sabe que es un hombre de honor, y que presentará batalla. Ahí radica la clave del éxito de Monfort: conoce las virtudes y defectos de su adversario, de sus propias fuerzas y las del enemigo, y planteará la batalla a tal efecto<sup>72</sup>. Mientras que el monarca aragonés se encuentra ligado por su propia ética caballeresca, Monfort –que ha combatido en Francia, en Tierra Santa y en Occitania–, se encuentra moralmente libre para acudir a cualquier tipo de táctica: la bendición de la Iglesia y su profunda convicción religiosa le permitirá, en fin, poder hacer valer que realmente, «el fin justifica cualquier medio». El caudillo cruzado se encuentra acorralado en una ciudad, lejos de sus bases operativas. Cuenta con una fuerza numerosa, disciplinada y veterana, pero se enfrenta a un numeroso ejército, a las órdenes de un afamado guerrero. La táctica que deberá usar, si quiere alzarse con la victoria, no se puede basar en un despliegue tradicional; no será suficiente con la veteranía de sus hombres, porque también el enemigo cuenta con guerreros curtidos. Monfort ha de ser capaz de sorprender al ejército enemigo, de dislocar su despliegue, de anticiparse a la maniobra del rey Pedro. Los cruzados están informados de la potencia y

---

<sup>72</sup> «El que conoce a su enemigo y se conoce a sí mismo dirigirá cien combates sin riesgos», dice Sun Tsé en su libro *El Arte de la Guerra*.

número de efectivos del ejército meridional<sup>73</sup>, por lo que la batalla ha de plantearse a tal efecto; si Monfort quiere alzarse con la victoria, sólo puede lograrlo evitando que el ejército enemigo en pleno pueda formar correctamente en orden de batalla; solo tiene una opción: evitar su despliegue y combatir a sus unidades por separado. El conde necesita crear algún tipo de argucia que provoque que el enemigo no pueda formar correctamente para la batalla. Monfort conoce que todas las puertas de la villa están permanentemente vigiladas, y que no cuenta con tiempo ni con espacio suficiente para efectuar ninguna salida. ¿Qué hacer entonces?

La huida fingida será el plan perfecto<sup>74</sup>. Así lo cuenta Puyllaurens en su Crónica:<sup>75</sup> «*Ellos (los cruzados) decidieron no ir directamente contra el*

---

<sup>73</sup> La táctica empleada por Monfort, realizando primero una huida fingida, para después emplear una demoledora carga frontal para obligar a fijar y dislocar la vanguardia enemiga, y asestar el golpe definitivo mediante el movimiento de flanco, parece indicar que los cruzados eran conscientes de la envergadura y calidad de buena parte de las fuerzas hispano-occitanas, que respetaban a su enemigo, y que no se dirigían a combatir contra un ejército improvisado que todavía descansaba en sus tiendas, sino que se enfrentaban a una fuerza formada para el combate.

<sup>74</sup> Como ejemplos de exitosas huidas fingidas tenemos la batalla de Hastings y la batalla de Cocherel. En Hastings (1066), la caballería normanda estrellaba sus esfuerzos ante las murallas de escudos de los sajones; el duque Guillermo, temiendo el fracaso, planeó un cambio de táctica: ordenó a parte de sus caballeros que simularan realizar una carga infructuosa, para después fingir iniciar una retirada. Sus caballeros así actuaron, y lograron que los sajones, convencidos de su victoria, rompieran su línea de escudos, con la intención de saquear y obtener botín; a una señal convenida, la caballería normanda volvió grupas y se abalanzó sobre los desprevenidos sajones. Con la victoria del duque Guillermo se abrió en Inglaterra una nueva etapa en su historia, la Inglaterra normanda. Por su parte, en la batalla de Cocherel (1357), en el transcurso de la Guerra de los Cien Años, Bertrand du Guesclin se enfrentó a un contingente de mercenarios navarros que defendían posiciones en lo alto de una colina. Du Guesclin ordenó a sus lanceros montados que cargasen montaña arriba, pero a mitad de camino, ordenó un repliegue ordenado de sus hombres, en retirada fingida; los navarros, superiores en número y confiados en su victoria, abrieron filas y corrieron colina abajo en pos de sus atacantes, los cuales, reagrupados en la llanura, cargaron contra ellos, derrotándolos.

<sup>75</sup> Es necesario incidir aquí como las propias fuentes presentan dificultades en su interpretación razonada, especialmente si no se sitúan en el contexto determinado y en relación con otras fuentes. Así, Puyllaurens alude en su relato al temor de los cruzados por los proyectiles de los tolosanos, justamente la idea de defensa propuesta por el conde de Tolosa, según el mismo autor. No cabe duda que Puyllaurens deseaba, al escribir su crónica unos 50 años más tarde la batalla, otorgar protagonismo al conde de Tolosa. El autor ni siquiera había nacido en aquella época, y tuvo que recabar necesariamente de la ayuda y el testimonio de supervivientes de la batalla, seguramente veteranos tolosanos. Puyllaurens también confunde el lugar de salida de los cruzados y la ubicación del campamento aliado, invirtiendo los lugares, quizás por el hecho de desconocer personalmente la zona o por un error en el testimonio de un superviviente. Lo cierto es que insiste que los aliados creyeron que los cruzados realmente estaban huyendo, y ésta impresión solo podía realizarse teniendo en cuenta que el lugar de salida era el oeste y desde la posiciones hispano-occitanas se tenía una amplia visión de la llanura de Muret y alrededores. A lo largo del texto Puyllaurens ha caído en otras confusiones; una de las más relevantes es su afirmación que la batalla se celebró el día 13 de septiembre, día de la Exaltación de la Cruz; ésta es la fecha en que los prelados escribieron su famosa carta narrando la batalla y loando la victoria de la Iglesia frente a la herejía.

*enemigo, puesto que caballeros y monturas estarían expuestos a los proyectiles de los tolosanos; ellos salieron por una puerta que daba al este, como sea que el campo de sus adversarios estaba en el oeste, el enemigo, no conociendo su propósito, pensaría que estaban huyendo. Entonces ellos avanzaron un trecho, cruzaron el río y volvieron a la llanura, cara al enemigo».*

La explicación al misterio de la batalla pasa necesariamente en analizar la huida fingida con la irrupción posterior de los cruzados, de manera totalmente sorpresiva. Si los cronistas de la época<sup>76</sup> mencionan específicamente la huida de Monfort, es que necesariamente se tuvo que producir algún tipo de movimiento de los cruzados, y no tuvo que ser una mera finta, ni pudo producirse, como afirman la mayoría de autores, rodeando la muralla de la ciudad –a todas luces una maniobra lenta, descoordinada y que podía fracasar ante las empalizadas de la puerta de Sant Serni–. Es por ello que debemos ir más allá: la huida fingida se produjo, pero tuvo ser de mayor alcance que el que las fuentes nos indica; Monfort tuvo que recorrer varios kilómetros para dar la sensación de huida. Bernat Desclot, en su Crónica, relata también esta huida, y añade un interesante detalle, que los cruzados desarmaron a sus caballos, para poder «huir más deprisa»; este dato no es baladí, sino que puede indicarnos cómo Monfort priorizaba la maniobra sobre el choque: parte de sus caballos irían casi sin protección para poder evolucionar en el campo de la manera más rápida posible. La sorpresa sobre el enemigo debería ser total.

Monfort, pues, ideó un plan que contrarrestó la táctica del rey Pedro: a la vista del enemigo, los cruzados inician una salida en dirección suroeste, fingiendo una huida. Monfort no podía atacar directamente a los aliados, por la sencilla razón que sus fuerzas no estaban organizadas para la batalla tras cruzar el río; es por ello que necesitaba alejarse del enemigo, tanto para poder organizarse sin recibir hostigamiento de los hispano-occitanos, pero también para confundirles, hacerles creer que el campo estaría despejado y que no habría batalla campal. El plan de Simón de Monfort se basa en el empleo de la maniobra como forma de aproximación y combate efectivo; el caudillo cruzado planea simular una huida, confiando en que sus enemigos consideren que abandona el campo, para después abalanzarse sobre ellos, en formaciones cerradas, descargando toda la fuerza de sus armas y monturas, en tres oleadas sucesivas. Con ello, Monfort espera atravesar todo el despliegue aliado: el enemigo se presenta tan numeroso que una batalla de

---

<sup>76</sup> Tanto la Canzó de la Cruzada como la Crónica de Guilhem de Puylaurens hacen mención de la aparente huida de la caballería de Monfort del campo de combate.

resistencia, de larga duración, es impensable, por lo que solo cabe una acción decidida, resuelta y rápida.

¿Cómo fueron, pues, los acontecimientos?

Aquel día 12 de septiembre, el rey Pedro II ordenó a sus fuerzas de infantería que volviesen a atacar las murallas de Muret; el asalto se inició con el lanzamiento de proyectiles, y trabajos de aproximación de asedio: el monarca tanteaba las defensas de la villa –que ya habían cedido a la presión el día anterior– y confiaba que el ejército cruzado respondiera a la agresión desplegándose para entablar combate, siguiendo el modelo tradicional de tres cuerpos, lanzando sucesivas cargas sobre las fuerzas hispano-occitanas.

El ejército hispano-occitano estaba dispuesto para la batalla, seguramente ya en formación de combate, o en el peor de los casos, en estado de alerta para poder intervenir ante una eventual salida de los cruzados para entablar batalla.



Muret en la actualidad; las señales indican el movimiento realizado por las fuerzas cruzadas, el círculo el campo de batalla, y el rectángulo el lugar del campamento hispano-occitano.

Pero pasan las horas y no hay ninguna respuesta. Monfort quiere exasperar la paciencia de los hispano-occitanos: mantiene una defensa firme en las murallas de la ciudad, pero el grueso de sus fuerzas de caballería se encuentra concentrada en la plaza del mercado, a la espera de sus órdenes. Cuando el conde considera que los combates por la posesión de las murallas pueden llegar a un punto crítico, Monfort decide que ha llegado el momento de responder al ataque del rey Pedro. Ordena a sus hombres que se apresten al combate y planea la maniobra y el desarrollo del combate a sus oficiales: las tropas, formadas en tres escuadrones, saldrán de Muret por la puerta de Salas, arrollarán al retén de vigilancia allí estacionado y se dirigirán, al galope, hacia el suroeste, siguiendo el cauce del río Loja. Cuando lleguen al vado que se encuentra a unos cuatro kilómetros, cruzarán el río y volverán a la llanura de Muret, a combatir y a obtener la victoria.

A una señal de Monfort, la puerta de Salas se abre y los cruzados ejecutan el plan. Desde el campo aliado suena la alarma: el enemigo sale a presentar batalla. El rey ordena detener el asalto de la infantería: no desea mantener una batalla en dos frentes. Los infantes se retiran y las fuerzas de caballería toman posiciones en la llanura de Muret. Pero los sorprendidos hispano-occitanos comprueban como los cruzados, lejos de desplegarse para la batalla, huyen por el camino de Salas, dejando atrás la ciudad casi desguarnecida. Sin duda alguna una sensación de victoria recorrería los ánimos de los presentes: la euforia se desata en el bando de los aliados; el odiado enemigo huye. La victoria es segura. Confiado al ver como los últimos jinetes cruzados desaparecen en el horizonte, el rey Pedro ordenará a la infantería que reinicie el asalto hacia la desprotegida villa, mientras los caballeros rompen filas y se retiran al campamento.

Mientras, los cruzados prosiguen su frenético avance hacia el sur: al llegar al vado del Loja, los guías indican que es el momento de cruzar. Ya en la otra orilla, Monfort ordena que las fuerzas se reagrupen: es el momento crucial, una vez que se dé la orden de atacar, ya no habrá tiempo ni espacio para efectuar cambios. Los *conrois* se agrupan ante sus banderas e inician la marcha, primero al paso, después al trote, y cuando están cerca de las estribaciones de las colinas de Perramon, a poco más de 2 kilómetros del campamento aliado, se inicia un frenético galopar, siempre en orden, manteniendo la formación.

Un caballo, al paso, camina a 6 km/hora, trota a una velocidad de unos 10 km/h y puede llegar a galopar a una media de 18 km/h, si bien pueda alcanzar una punta de velocidad de entre 55 km/h hasta los 70 km/h, en distancias relativamente cortas; en función de la raza del animal, de los cuidados y alimentación recibidos, del peso de las protecciones, de las condicio-

nes del terreno y del medio, y por supuesto, del peso del jinete y su armadura, estas velocidades sufren de importantes variaciones. Sin duda alguna, Monfort, conocedor de estas cualidades, supo sacar el máximo provecho de ellas para poder regresar a la llanura de Muret, acelerando el ritmo de sus fuerzas a medida que se dejaban atrás los meandros del Loja y ante ellos se abría los llanos de Pesquies y las estribaciones de Perramon. No hay que olvidar que un caballo puede alcanzar su velocidad máxima a los 300 metros de largada, o alrededor de 7 a 10 segundos, por lo que a unos 500 metros de su objetivo, Monfort daría la señal de cargar al límite de sus fuerzas.

En la llanura de Muret, nadie es capaz de imaginarse los acontecimientos que están a punto de sucederse. Mientras los infantes aproximan las máquinas hacia las fortificaciones de Muret, los caballeros se retiran hacia el campamento, para descansar; algunos cabalgan lentamente por el campo, con sus sirvientes, contemplando el espectáculo de la victoria: la ciudad está madura para ser tomada. En aquel momento, mucho tiempo después que el último jinete cruzado hubiese desaparecido tras los meandros del Garona, de repente, cuando nadie se lo espera, aparece en la lejanía un cuerpo de caballería al galope, en formación de ataque: son los cruzados, que han regresado, tras dar un gran rodeo, y avanzan imparables por la llanura. En el campamento aliado corre la voz de alarma<sup>77</sup>; los caballeros corren a armarse, mientras los sirvientes aprestan las armas y ensillan a los *destriers*. Las órdenes que se imparten son las de formar en el orden de batalla establecido: hombres de Foix y catalanes en primera línea, los aragoneses en el centro. En pocos minutos los hispano-occitanos han formado sus fuerzas, pero no han tenido tiempo suficiente para organizarse conforme al plan trazado, tan solo pueden formar una confusa y abigarrada línea.

Sólo la explicación de la sorpresa entrada en escena de los cruzados, cuando las fuerzas de caballería aliadas se dispersaban hacia el campamento o cuando buena parte de ellas ya estaban desarmándose, puede explicar aquello que el rey Jaime diría en su crónica, que los catalano-aragoneses se lanzaron a la lucha sin guardar la cohesión que exigía la *natura de armas*<sup>78</sup>.

---

<sup>77</sup> El poema épico de la Canzó relatará así los hechos: *Los hombres de Tolosa todos han corrido, que ni el conde ni el rey fueron creídos, porque no supieron nada hasta que los cruzados hacia ellos fueron.*

<sup>78</sup> Los cronistas y combatientes medievales eran conscientes que la precipitación provocada por la ruptura del orden de combate antes de recibir las órdenes adecuadas conducía invariablemente a la derrota. El rey Jaime había sido consciente de ello en la única batalla en la que participó a lo largo de sus 80 años de vida, la batalla de Porto Pi: el rey se centra en explicar los preparativos ceremoniales del combate, especialmente en el terreno religioso –misa de campaña y alocuciones del rey a la tropa, etc.–, pero no detalla ningún consejo de guerra ni el orden de batalla establecido; sólo los acontecimientos en las que aparece la figura del monarca son descritos con minucio-

La precipitación de los acontecimientos produjo que los caballeros hispano-occitanos fuesen al combate en grupos poco compactos, cada caballero y sus sirvientes en su propio *conrois*, sin poder desplegarse en línea, mezclados los pesados caballeros con sus sargentos y escuderos en la misma línea, sin garantizar ninguna defensa cohesionada y sin desplegar correctamente las alas del ejército.

Por su parte, los cruzados estaban dispuestos según un despliegue clásico de batalla: en las primeras líneas, los caballeros, con su armadura y armamento pesado, y detrás de ellos y en los flancos, en función de su equipo, los escuderos y sargentos; con este despliegue se conseguiría que el impacto de las cargas sobre las filas enemigas fuese, sencillamente, demolidor. Los caballeros cruzados podrían penetrar profundamente en la vanguardia hispano-occitana, y el concurso de los sirvientes les permitiría mantener el empuje y atravesar la formación enemiga.

De hecho, la táctica que planteaba Monfort, vista con objetividad, realmente es suicida: cargar frontalmente contra fuerzas muy superiores en número. Es cuestionable, pues, que un hombre con la experiencia militar de Monfort se limitase sólo a ejecutar un único movimiento, a arriesgarse todo en una alocada cabalgada de destino incierto. No hay que olvidar que Monfort había combatido en Tierra Santa, contra tribus turcas y árabes, por lo

---

sidad, de tal manera que, a la luz de la Crónica, la batalla solo podía tener un único resultado: la victoria del rey Jaime. Pero de los párrafos de la narración se vislumbra que la batalla no se sucedió de una manera ordenada y planificada, y que el soberano apenas pudo dirigir a sus tropas, ni transmitir ningún orden ni plan de batalla. Los nobles de la familia Montcada –los mismos que en 1213 formaban el segundo cuerpo de ejército del rey Pedro II, y que no llegaron a entrar en combate por encontrarse todavía en marcha de aproximación–, iniciaron por su cuenta el avance hacia el enemigo –con miras a acrecentar su prestigio y fortuna–; el rey Jaime no pudo detenerles –por su escaso liderazgo y prestigio militar– y mientras intentaba poner orden en su cuerpo de ejército, la vanguardia cayó en una emboscada. Apresuradamente, el rey partió con su mesnada aragonesa y tropas reales hacia la batalla, mientras enviaba mensajeros para que la retaguardia –comandada por su tío-abuelo Nuño Sanz–, apresurase su marcha para unirse al combate. En estas alturas del relato se observan las deficiencias tácticas del monarca: no ha establecido ningún plan de batalla, no ha impuesto su autoridad entre los capitanes de su ejército, no ha enviado exploradores que reconozcan el terreno, no despliega alas en el avance, resuelve el desarrollo del combate mediante cargas frontales –sin tener en cuenta la maniobra–. Imprudentemente, Jaime I, a la vista del presumible desastre, se dirige directamente hacia la batalla, apenas escoltado por un grupo de caballeros –tal y como se describe la actuación de su propio padre en Muret, ¿casualidad?–. En su Crónica el rey Jaime reconstruyó los hechos de la batalla a su propia conveniencia, pero no hay duda que ocultaba en sus pasajes una profunda vergüenza por su propia incapacidad militar: ¿es descabellado pensar que, en el relato de Muret el monarca no hubiera vertido sus propias vivencias, y que esas palabras fueran una llamada a la obediencia de sus súbditos? ¿Acaso el monarca podía reconocer que su padre –realmente mucho más experto que él mismo en cuestiones de guerra– le había podido superar en táctica militar? ¿Podían cometer los mismos errores un maduro y curtido guerrero Pedro, de 37 años, que un joven imberbe de 21 años?

que conocía de la eficacia de la táctica por encima de la simple fuerza bruta; los musulmanes gustaban de utilizar ardides (huidas falsas, emboscadas, contramarchas, flanqueos y envolvimientos) con lo que el caudillo cruzado tendría un amplio repertorio de tácticas a las que recurrir en aquellas circunstancias. Por ello se tiene que recurrir necesariamente a pensar que Monfort tenía en mente algún tipo de táctica más sofisticada que, simplemente, confiar en la pericia y profesionalidad de sus tropas.

Los cruzados siguen su frenético galopar; pocos son los metros que les separan de las líneas enemigas; experimentados guerreros, los soldados de la Cruz saben perfectamente que cuando se efectue el choque contra las primeras líneas hispano-occitanas, rápidamente deben traspasar esa primera *batalla*, de manera que no se de al enemigo tiempo de volver a agruparse, y así, mantener la ventaja numérica en cada uno de sus ataques. A su encuentro se lanzan los hombres del primer contingente aliado; alrededor de 300-400 jinetes catalanes y de Foix chocan sus armas con los cruzados. Los dos cuerpos de batalla cruzados, con gran experiencia, lograron sincronizar enormemente sus cargas, por lo que los efectos de su choque fueron mayores.

En el momento del combate, la superioridad cualitativa de los cruzados se impuso: los aliados, sorprendidos por la carga cruzada, no formaron una línea compacta, y tras el choque inicial, la acción se desarrolló en un conjunto de combates a pequeña escala, primando el desorden a la cohesión. Vaux de Cernay relata que los aliados estaban listos para el combate y «numerosos como el universo»; si bien con estas palabras sólo haría más que honrar y magnificar la figura de Monfort —que gracias a su condición de *miles Christi elegido*, triunfará sobre los enemigos de la Iglesia, a pesar de su número—, nos permite deducir que, a pesar de la improvisada reunión de las tropas de caballería del ejército hispano-occitano, éste pudo formar en buen número, hasta llegar al punto de prácticamente absorber la carga de los caballeros cruzados. La eficacia de la táctica del choque de caballería pesada residía en poder mantener una línea compacta, hasta el momento del contacto con el enemigo. Sólo fuerzas entrenadas y bien disciplinadas podían efectuar completamente esta acción. El hecho que los caballeros se agrupasen en *conroi*, los continuos entrenamientos, etc. permitían que una fuerza pudiera alcanzar ese grado de profesionalismo necesario para poder rehuir del individualismo innato del caballero medieval.

Los aliados no habían combatido juntos, y muchos de ellos tenían poca experiencia de combate. No obstante, no hay que olvidar que en la primera batalla aliada formaban las fuerzas de Foix —veteranos de la guerra albigena y vencedores morales de Castelnou d'Arri— y junto a ellos, tropas catalanas —también entre sus filas habrían veteranos de las Navas—. Por ello

se hace difícil dar como respuesta que los hispano-occitanos hiciesen gala de un individualismo tal que les provocara el desastre, o que simplemente, formaron inadecuadamente y que rompieron filas en búsqueda de la gloria personal. Rechazando, pues, la tradicional visión de Muret, que basa la derrota de los aliados, a causa del innato desprecio deliberado a las órdenes del mando, en beneficio de acciones individuales de prestigio, la batalla de Muret se explica sólo por la precipitación sobrevenida con la aparición de los cruzados. Si los aliados hubiesen formado en la formación ideada por el rey Pedro, y en una correcta línea de batalla conforme a *natura d'armes*, habrían absorbido las cargas cruzadas, como indica el propio Vaux de Cernay.

La dureza de los combates debió ser extrema: la primera oleada de caballeros cruzados abrieron una brecha entre las formaciones hispano-occitanas, y el segundo cuerpo impactó momentos después, con lo que los caballeros de Cristo, que se habían adentrado profundamente en la primera línea aliada, se vieron envueltos por todos lados por el enemigo. Ante la imposibilidad de retirarse y formar de nuevo para lanzar una nueva carga, se iniciaron así unos violentos combates cuerpo a cuerpo, donde la lanza, rota en el primer impacto, era sustituida por la espada y la maza. Los cruzados, veteranos, combatieron amparados en la fortaleza de sus *conrois*, siempre unidos y disciplinados. Poco a poco, los cruzados van atravesando la formación hispano-occitano, hasta llegar a campo abierto; enfrente se encuentran con el segundo cuerpo aliado, con los estandartes de Aragón ondeando al viento. Están enfrente del corazón enemigo. Ahora o nunca.

Hasta aquel momento, la táctica del rey Pedro había resultado efectiva, a pesar de la improvisación de las formaciones. Sin embargo, el monarca era consciente que la primera batalla aliada estaba perdiendo fuerza y resistencia, y que el resultado final del combate dependería del choque con el centro del ejército hispano-occitano. Cuando el rey vio aparecer las enseñas de Monfort por entre las líneas de los soldados de Foix, debió comprender que el momento crucial había llegado y ordenó una carga. Por su parte, una vez desbaratada la vanguardia hispano-occitana, los cruzados avistan las enseñas reales en el segundo cuerpo, y espolean sus monturas hacia el corazón del ejército enemigo.

Los franceses, a pesar de estar superados en número, entre el primer y segundo cuerpo de los hispano-occitanos, van abriéndose camino gracias a su veteranía: lentamente, se aproximan combatiendo hacia donde ondea el emblema real; finalmente, algunos caballeros alcanzan su objetivo y se enzarzan en un brutal cuerpo a cuerpo con los hombres de la mesnada real: el rey Pedro, que por motivos de seguridad portaba una armadura sin las

enseñas reales<sup>79</sup>, se ve rodeado por los cruzados, y a pesar que se identifica –dicen los cronistas que gritó varias veces «Soy el rey»–, la violencia del combate no da resquicio a la clemencia: los franceses acometen contra él y acaban con su vida y con sus escoltas.

Mientras aquellos sucesos acontecían, la marcha de la batalla todavía estaba indecisa: los cruzados estaban rodeados por los hispano-occitanos, y desbordados por su número, parecía que iban a sucumbir. Pero la táctica de Monfort escondía una última maniobra, una estratagema hábilmente desarrollada que le permitiría alzarse con la victoria...

En las fuentes se indica que Simón de Monfort cargó de flanco contra el ejército hispano-occitano, totalmente desguarnecido; a pesar que del relato de Vaux de Cernay parece desprenderse que el flanqueo no fue ideado de antemano, sino que Monfort, a la vista de los acontecimientos, con sus batallas totalmente rodeadas de fuerzas enemigas, decidió flanquear a sus enemigos, no hay que olvidar que el monje cronista podría estar embelleciendo los relatos de la batalla, con el único objetivo de servir de ensalzamiento a las hazañas de su benefactor, el conde Monfort.

No parece extraño, pues, pensar que Monfort tenía ya de antemano ideado el ataque de flanco: la aproximación táctica que había realizado desde el este, la imposibilidad de poder sincronizar las cargas –cómo si habría podido hacer en el caso que hubiese mantenido una posición lineal y estática de batalla– indicarían que Monfort siguió un movimiento de carga conocido como *echelon*:<sup>80</sup> mediante este despliegue, las fuerzas atacantes avanzaban en varias líneas sucesivas, pero ligeramente desplazadas respecto del eje de avance de la línea anterior. Bajo este supuesto, Monfort, desde su posición, podría haberse desplazado casi totalmente paralelo al combate entre sus dos cuerpos y las fuerzas hispano-occitanas. El ataque lateral de Monfort fue decisivo para completar la destrucción del dispositivo aliado,

---

<sup>79</sup> La leyenda negra del rey Pedro incide en este hecho, y explica que, supuestamente, el rey había mantenido una apuesta con uno de sus caballeros, la noche antes de la batalla; puesto que el monarca perdió la partida, gentilmente le regaló su armadura: por ello Pedro II fue al combate con una armadura de inferior calidad. La explicación de tal hecho es mucho más compleja: el monarca, forzado a combatir con solo dos cuerpos, puesto que el conde de Tolosa no se había incorporado al despliegue, y consciente que él debía estar presente en el orden de combate, busca proteger su persona, portando la armadura de otro caballero, mientras un hombre de su entera confianza se presenta voluntario para llevar los emblemas reales: protegido por sus guardias, y bajo el anonimato de una armadura corriente, el rey Pedro puede dirigir la batalla desde una posición táctica de primera línea.

<sup>80</sup> Una variante muy sofisticada, derivada del despliegue táctico del *echelon*, fue el orden oblicuo, usado ya por los tebanos en la batalla de Leuctra (371 aC) y por Federico II el Grande en la batalla de Leuthen (1757).

pero, por lo anterior se desprende que no constituyó un elemento total en la batalla, puesto que tras la muerte del rey, los aliados se desmoronaron.

La noticia de la muerte del rey paraliza al ejército aliado, impidiendo que el resto del ejército pueda intervenir a tiempo; de hecho, parece que dos tercios del ejército hispano-occitano abandonaron el campo de batalla sin haber combatido. Las fuentes de la época loaron el comportamiento valiente y caballeresco del rey, incluso las crónicas francesas, las cuales, obviamente, ahondan en sus defectos y lo definen como «defensor de herejes». De hecho, los cronistas sólo destacan la figura del rey, sin tener en cuenta a otros personajes históricos del bando hispano-occitano, o sin relatar con esmero el despliegue táctico o los propios avatares de la batalla; solo trasciende la actuación individual del rey Pedro como caballero, que haciendo honor a su nobleza de sangre, se dirige a la lucha, sin valorar ninguna circunstancia. Constituye, pues, el paradigma del caballero medieval.

Todos los autores coinciden en el hecho que el combate fue intenso pero muy breve, parece que menos de media hora, a lo sumo. En todo caso, nos daría la imagen que el grueso de las tropas aliadas ya estaría en combate; fue entonces cuando las noticias de la muerte del rey Pedro provocarían el desmoronamiento de las fuerzas aliadas. Con la huida generalizada de las fuerzas de caballería combatientes hispano-occitanas, el miedo se transformó en pánico, y la retirada se convirtió en una auténtica huida generalizada. Los grupos que intentaron resistir fueron dispersados por la marea de fugitivos que huían en todas direcciones. Una vez despejado el campo de batalla, Monfort dirigió sus fuerzas hacia la infantería tolosana que seguía asediando la villa de Muret, ajena al combate de caballería.

La milicia tolosana, de una calidad bélica mínima, sin armamento adecuado, no contaba con ninguna posibilidad de resistir a la carga cruzada. Los infantes fueron perseguidos y cazados, a lo largo del camino de Muret hacia el campamento aliado; muchos de ellos intentaron alcanzar las barcas que habían llevado los suministros y las armas desde Tolosa. Otros fueron menos afortunados, y buscaron la salvación en las aguas del Garona, intentando cruzar a nado el río; la mayoría acabaron ahogados. En Muret, la masacre que se cernió entre las fuerzas tolosanas alcanzó una cifra tal que las fuentes magnificaron en grado sumo: entre 10-15.000 infantes murieron en la llanura de Muret y en las aguas del río Garona. En Tolosa, «todas las casas tuvieron que guardar luto, porque en todas había muerto algún miembro de la familia», se diría más tarde. De cualquier manera, el impacto de la masacre fue total.

En Muret, rey y pueblo llano sucumbieron ante la fuerza de los guerreros de Cristo, aquellos que confundieron sus propios intereses con los de la

Iglesia, aquellos que, con la excusa de erradicar una concepción religiosa diferente, buscaban destruir todo aquello que significaba diversidad y libertad espiritual. La muerte del rey Pedro en el campo de batalla significó el principio del fin de la concepción caballeresca medieval, el inicio de un nuevo modelo de sociedad en Occitania, el punto de partida de la expansión francesa, y el cambio de rumbo en la historia de la Corona de Aragón.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALVIRA CABRER, Martín: *El jueves de Muret (12 de septiembre de 1213)*. Universidad de Barcelona. Barcelona, 2002.
- ANGLADE, Joseph: *La bataille de Muret, 12 septembre 1213*. Édouard Champion. París, 1913.
- BAGUÉ, Enric: «Pedro el Católico», en *Los primeros condes reyes. Colección Historia de Cataluña*. Ediciones Vicens-Vives. Barcelona. 1991
- BARBER, Richard: *The Knight and Chivalry*. Woodbridge Boydell Press. Londres, 1995.
- BEELER, John: *Warfare in Feudal Europe 730-1200*. Cornell University Press. Londres, 1971.
- BELPERRON, Pierre: *La Croisade contre les albigeois et l'union du Languedoc a la France 1209-1249*. Plon. París, 1946.
- CALPENA, Enric i JUNQUERAS, Oriol: *Guerres dels catalans*. Pòrtic. Barcelona, 2003.
- CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*. Labor. Barcelona, 1984.
- DALMAU FERRERES, Rafael: *La herejía albigense i la batalla de Muret*. Rafael Dalmau Editor. Barcelona, 1960.
- DELBRÜCK, Hans: *History of the art of war within the framework of political history*. Greenwood Press. Westport. 1975-1982.
- DELPECH, Henri: *Un dernier mot sur la bataille de Muret*. Picard. París, 1878
- DESCLOT, Bernat: *Crònica*. Edicions 62. Barcelona, 1982.
- DIEULAFOY, Marcel Auguste: *La bataille de Muret*, IMNF. París, 1899
- ENCEL, Frédéric: *El arte de la guerra. Estrategas y batallas*. Alianza Editorial. Madrid, 2004.
- ESCURA i DALMAU, Xavier: *Crònica dels càtars. El genocidi occità, la batalla de Muret i l'enigma del Sant Grial*. La Magrana. Barcelona, 2002.
- ESCURA i DALMAU, Xavier: *Els mites de Muret i Montsegur*. Rafael Dalmau Editor. Barcelona, 2003.
- FLORI, Jean: *La Caballería*. Alianza Editorial. Madrid, 2001.
- GARCÍA FITZ, Francisco: *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media europea*. Arco Libros. Madrid, 1998.
- GARCÍA FITZ, Francisco: *Las Navas de Tolosa*. Ariel, Barcelona, 2005.
- HERNÁNDEZ, Francesc Xavier: *Història militar de Catalunya*. Rafael Dalmau Editor. Barcelona, 2002, vol.II.
- JAIME I: *Crònica*. Edicions 62. Barcelona, 1982.

- JOMINI, Antoine Henri de: *Compendio del arte de la guerra*. Ministerio de Defensa. Madrid, 1991.
- JURADO GÓMEZ, Bernardo: «Estrategia y táctica en la batalla de las Navas de Tolosa» en *I Jornadas de Estudios Históricos «La Batalla de las Navas de Tolosa»*, Jaén 1998.
- KEEN, Maurice: *La Caballería*. Ariel. Barcelona. 1986.
- KEEGAN, John: *Historia de la Guerra*. Planeta. Barcelona, 1995
- LOSADA, Juan Carlos: *Batallas decisivas de la Historia de España*. Punto de Lectura. Madrid, 2006.
- LOT, Ferdinand: *L'art militaire et les armés au Moyen Age en Europe et dans le Proche Orient*. Payot. París, 1947.
- MARTÍNEZ TEIXIDÓ, Antonio: *Enciclopedia del Arte de la Guerra*. Planeta. Barcelona, 2001.
- MESTRE I GODES, Jesús: *Els càtars. La vida i la mort dels bons homes*. Edicions 62. Barcelona, 2000.
- MIRET Y SANS, Joaquim: *Itinerario de rey Pedro I de Cataluña, II en Aragón*. Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Tomos III y IV. Barcelona, 1905-07.
- NICHOLSON, Helen: *Medieval warfare. Theory and practice in the middle ages*. Greenhill Books. Londres, 1991.
- OMAN, Charles: *The Art of War in the Middle Ages (378-1515)*. Greenhill Books. Londres, 1991.
- RIQUER, Martí de: *L'arnés del cavaller. Armes i armadures catalanes medievals*. Ariel. Barcelona. 1968.
- ROQUEBERT, Michel: *La Croisade albigeoise*. Loubatières. Portet-sur-Garonne. 1987.
- ROVIRA I VIRGILI, Antoni: *Història de Catalunya*. La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao, 1977, vol. IV.
- SELLA, Antoni y FERNÁNDEZ, Jaume: «1213. La batalla de Muret», en *Revista Sàpiens*, Junio 2005.
- SOLDEVILA, Ferran: *Història de Catalunya*. Editorial Alpha. Barcelona, 1963.
- SOLER DEL CAMPO, Álvaro: *El armamento medieval hispano*. A-Z. Madrid, 1984.
- SUMPTION, Jonathan: *The Albigensian Crusade*. Faber&Faber. Londres, 1978.
- SUNYER, Magí: *Els mites nacionals catalans*. Eumo Editorial. Vic, 2006.
- TUDELA, Guillem de: *Cansó de la Crozada*. Proa. Barcelona, 2003.
- VAUX DE CERNAY, Pierre: *Historia albigensi*. Boydell & Brewer. Londres, 1998.

- VENTURA, Jordi: *Pere el Catòlic i Simó de Monfort*. Selecta-Catalonia. Barcelona, 1996.
- VV.AA.: *La consolidación de la Corona de Aragón*. Edicions Aragó. Barcelona-Zaragoza, 2000.
- VV.AA.: *Técnicas bélicas del mundo medieval*. LIBSA. Madrid, 2007.
- WADDELL, Jack: *Medieval arms, armor and tactics*. Worcester Polytechnic Institute. Worcester, 2000.
- ZURITA, Jerónimo de: *Anales de la Corona de Aragón*. Institución Fernando el Católico.

# LA GUERRA DE MARRUECOS EN UNA CIUDAD DEL INTERIOR: SALAMANCA, DE ANNUAL AL GOLPE DE ESTADO

María GAJATE BAJO<sup>1</sup>

## *RESUMEN*

El Desastre de Annual fue el golpe de gracia para el ya agónico sistema canovista. Hasta 1921, el descomunal coste económico y humano de este conflicto explicaba que las sucesivas campañas militares apenas despertasen simpatías populares. Pero después de este año, el dolor y el despecho se convirtieron en motor de las políticas africanas. Salamanca, conmocionada por estos dramáticos acontecimientos, se volcó desde un principio en la tarea de agasajar a los soldados de su batallón expedicionario con toda clase de objetos. Pero aunque sus esfuerzos en este sentido nunca cesaron, los titubeos y rectificaciones de los sucesivos gobiernos dieron paso a la amargura y la desolación. De todo ello, la prensa local, cuya utilidad historiográfica no ha sido demasiado valorada, es un formidable testimonio, sobre todo, en su vertiente de recrear la opinión y la mentalidad de los distintos grupos sociales.

*PALABRAS CLAVE:* Annual, Protectorado de Marruecos, Salamanca, La Victoria, Miguel Primo de Rivera.

## *ABSTRACT*

The Annual disaster was the coup of grace to the actually dying canovista system. In anticipation of 1921, the enormous economic and human charge of this conflict explained consecutive military campaigns hardly ever

---

<sup>1</sup> Investigadora. Universidad de Salamanca.

get the public sympathies. But after this year, pain and spite were turned into the African policy inspiration. Salamanca, shacked extremely by these dramatic events, threw very early into the activity of giving its expeditionary squad all kind of things. Although efforts in this sense never stop, vacillations and corrections from successive governments gave way to grief and desolation. About that, local press, whose historiography utility has not been enough valued, is a wonderful testimony, particularly, in its aspect of recreating different social groups opinions and mentalities.

*KEYWORDS:* Annual, Protectorate of Morocco, Salamanca, The Victoria, Miguel Primo de Rivera.

\*\*\*\*\*

El desastre de Annual fue para la moral del Ejército equiparable a las derrotas de Santiago y Cavite para la marina en 1898. Un descalabro con tal mortandad, a manos de unos indígenas «por civilizar» dejó el prestigio militar y también político de España por los suelos. Fue entonces cuando las aspiraciones de los colonialistas, que desde mediados del siglo XIX se habían revitalizado, se transformaron, a juicio de muchos, en meras fantasías. Pero paradójicamente, Annual también sirvió para aunar al pueblo en la defensa de una guerra cuyas motivaciones muy pocos comprendían. Al fin y al cabo, continúa sin ser fácil hoy explicar qué llevó a un país sin recursos a formar un Protectorado en una región tan conflictiva y pobre como era el Rif<sup>2</sup>.

*Viejas fantasías imperiales y nuevos sueños coloniales. El establecimiento del Protectorado*

Pese a que Marruecos, desde mediados del siglo XIX, estaba enfrascado en una disputa interna por el poder, buena parte de la historiografía ha caído en el error de interpretar esto como una señal de desunión, cuando en realidad no era discutible la existencia de una identidad marroquí, históricamente fundamentada en el islamismo y en la cultura árabe. Además, se ha enfatizado en exceso la distinción entre «Bled-el-Majzén» y «Bled-es-Siba», territorios sumiso y rebelde a la autoridad del Sultán respectivamente.

---

<sup>2</sup> RAMIRO DE LA MATA, Javier: *Origen y dinámica del colonialismo español en Marruecos*. Ed. Ciudad Autónoma de Ceuta. Archivo Central, Ceuta, 2001, p. 17.

te. Ciertamente, ninguno se ajustó jamás a una representación estática sobre el mapa, pero la estereotipación de esta dicotomía sirvió para deslegitimar el poder del Majzén y justificar la ocupación europea. Fue así como las potencias del Viejo Mundo encontraron la ocasión perfecta para satisfacer sus ambiciones imperialistas. Siguiendo esta tónica, España no se resignó a mantenerse ajena en la carrera por el reparto de África, más aún si recordamos que la política española en Marruecos estaba todavía considerablemente condicionada por una bula del Papa Calixto III, nada menos que de 1457, que normalizaba el derecho a la conquista de territorios infieles<sup>3</sup>.

Es en este ambiente en el que se desarrollan dos conflictos que ilustran a las claras ese reverdecimiento de los viejos sueños imperiales: la guerra de Tetuán y la campaña de Melilla. Como muy oportunamente señaló Alfonso de la Serna, «España era un país en crisis y Marruecos era un país en caos. Lanzarse a la aventura marroquí, ignorando casi todo de nuestras posibilidades y de las realidades profundas de la sociedad marroquí, era igual que abrir la puerta a “pases chicas”, “semanas trágicas”, “barrancos” siniestros y “desastres” militares»<sup>4</sup>. La guerra de Tetuán (1859-1860) se desencadenó tras el intento español de levantar una fortificación, un reducito de piedra al que se llamó «Santa Clara», en los alrededores de Ceuta. La reacción beréber fue fulminante: destrozaron lo construido y pisotearon el escudo español. Pero este intrascendente suceso pasó a mayores cuando el delegado del sultán en Ceuta, Hach Mohamed el Jatib, no transigió con una de las exigencias españolas para olvidar el asunto: la entrega de los doce agresores al gobierno español. Como no se vislumbraba ninguna posibilidad de acuerdo, las Cortes españolas declararon la guerra a Marruecos el 22 de octubre. O'Donnell había intuido las posibilidades que este conflicto le ofrecía para mantener a los militares ajenos a cualquier intentona «salvadora» dentro del país y también, de paso, para recuperar algo de prestigio exterior. Paralelamente, y casi de modo inmediato tras el inicio de las hostilidades, surgieron en todo el país varias iniciativas de socorro para los combatientes, pues muy conocidas eran todas las calamidades a las que estaban sometidos los soldados. Aunque la toma de Tetuán por los españoles aceleró la firma del tratado de paz (26 de abril de 1860), tuvieron que transcurrir dos años más hasta que las tropas españolas evacuaron la ciudad. Éste fue el instrumento del que se valió España para presionar a Marruecos

---

<sup>3</sup> BACHOUD, Andrée: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*. Espasa-Calpe, Madrid, 1988, p. 39.

<sup>4</sup> DE LA SERNA, Alfonso de: *Al sur de Tarifa. Marruecos-España: un malentendido histórico*. Marcial Pons, Madrid, 2001, pp. 175-176.

a pagar una indemnización de guerra de cien millones de pesetas. Sin embargo, al final, fue Inglaterra la que asumió la mayor parte de esta deuda, con la esperanza de atajar un creciente influjo hispano en la zona. En cualquier caso, el tratado de paz aceleró la quiebra económica del país y acrecentó el malestar de la población marroquí ante las continuadas subidas impositivas<sup>5</sup>. Años después, en 1893, la historia se repitió cuando unos obreros españoles empezaron a construir una fortificación en el conocido como «campo de Melilla», zona teóricamente neutral y con una enorme significación religiosa para los cabileños de los alrededores. Tras cuantiosos escarceos bélicos, la firma de un tratado de paz (10 de marzo de 1894) logró que el Sultán se comprometiese a castigar a los atacantes y a pagar a España una indemnización de veinte millones de pesetas. Como colofón, cabe destacar que el fervor patriótico que acompañó a ambas guerras ocultó, en buena medida, el descontento de los reservistas y el deseo de los soldados de volver a casa lo antes posible<sup>6</sup>.

El cambio de siglo coincidió con la aparición de nuevas motivaciones en la política española seguida más allá del Estrecho. ¿Pero cuáles fueron los detonantes de esta metamorfosis? Sin duda, el reverdecimiento del africanismo, el impulso de la Conferencia de Berlín y la trascendental derrota de 1898. Tanto la ocupación de las islas Chafarinas en 1848 como las guerras de Tetuán y Melilla se inscribían ya en este contexto de naciente imperialismo. Pero fue sobre todo entre 1880 y hasta 1914 cuando África pasó de ser un continente casi totalmente desconocido a desintegrarse entre las más voraces potencias europeas. Las sociedades geográficas y asociaciones coloniales desempeñaron un papel hegemónico en todo este proceso. Impulsadas por la burguesía decimonónica, sus objetivos, en líneas generales, fueron la defensa de los derechos históricos de España sobre determinados territorios; la potenciación de exploraciones y viajes y la movilización social en defensa del colonialismo<sup>7</sup>. Por lo que respecta a la Conferencia de Berlín (15 de noviembre de 1884– 26 de febrero de 1885), además de regu-

---

<sup>5</sup> DE LA SERNA, Alfonso: *op.cit.*, pp. 185-187.

<sup>6</sup> MADARIAGA, Rosa María de: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*. Biblioteca de Melilla, Melilla, 1999. Es muy útil el capítulo «Los precedentes de la cuestión rifeña», pp. 65-93; y también de la misma autora: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*. Alianza, Madrid, 2005. Véase el capítulo «Escarceos bélicos premonitorios», pp. 15-42. Son muy abundantes las informaciones sobre el lastimoso estilo de vida de la tropa durante el desarrollo de las contiendas y el pésimo funcionamiento del sistema de reclutamiento.

<sup>7</sup> NOGUÉ, Joan y VILLANOVA, José Luis: «Las sociedades geográficas y otras asociaciones en la acción colonial española en Marruecos» en NOGUÉ, J. y VILLANOVA, J. L.: *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*. Editorial Milenio, Lleida, 1999, pp. 184-224.

lar el futuro del Estado del Congo y la navegación por el Níger, sentó las bases para la partición del continente africano, que a partir de ese momento se habría de fundar en la ocupación efectiva y no en la apelación a supuestos derechos históricos, jurídicos... Tras estos acuerdos, cabía deducir que las esperanzas colonizadoras de España no eran nada halagüeñas, pues quedaban reducidas a la península de Río de Oro y Guinea Ecuatorial<sup>8</sup>, y por ello, el acercamiento político a Francia, tema al que seguidamente se aludirá, pareció entonces la mejor solución. Por último, la guerra hispano-americana de 1898 causó un profundo trauma en la conciencia nacional. El pesimismo se apoderó de la sociedad y acrecentó, como es bien sabido, la brecha entre gobierno y pueblo.

Junto a estos nuevos estímulos a favor de la acción colonial, tres fueron también los agentes o promotores de la tarea colonizadora. En primer lugar, y enlazando con lo anterior, el Ejército, que había resultado profundamente herido tras los desastres de Cavite y Santiago. La derrota puso fin al enorme influjo político de la oficialidad y a sus posibilidades de rápidos ascensos en el escalafón, hizo muy palpable el desequilibrio entre oficialidad y tropa y la necesidad de urgentes reformas, acentuó el resentimiento militar ante el elemento civil, motivado por los ataques recibidos desde la prensa, y a la inversa, también agudizó el rechazo civil ante el elemento armado, tradicional custodio del orden público<sup>9</sup>. En estas circunstancias, los militares, con salvedades como fue el caso de Miguel Primo de Rivera, pronto vieron en África la oportunidad para recuperar su prestigio, para saldar una deuda con el «glorioso» pasado de España y la posibilidad de huir de la vida de carestías que significaba permanecer en una guarnición peninsular. Un segundo grupo de presión lo constituyó el mundo empresarial, y en particular el capital vasco y catalán, muy involucrado tanto en las exploraciones mineras como en los proyectos de colonización agrícola<sup>10</sup>. Y el último de

<sup>8</sup> RAMIRO DE LA MATA, Javier: *op.cit.*, pp. 38-40.

<sup>9</sup> BALBÉ, Manuel: *Orden público y militarismo en la España Constitucional (1812-1983)*. Alianza, Madrid, 1985 (2.ª ed.), pp. 18-316. Para profundizar en la mentalidad militar imperante durante la Restauración canovista, y en particular, conocer sus recelos frente a la sociedad civil, véase NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael: «La mentalidad militar en el marco de la Restauración Canovista», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 14, Madrid, 1992, pp. 31-53. Este recelo también aparece muy palpablemente a lo largo de toda la obra de Tomás GARCÍA FIGUERAS: *Historia de la acción de España en Marruecos. Desde 1904 a 1927*. Ediciones Fe, Madrid, 1939.

<sup>10</sup> Ambos asuntos han sido muy estudiados por Víctor Morales Lezcano y, más recientemente, también por Rosa M.ª de Madariaga. Desconozco hasta qué punto la legendaria «riqueza minera» del Rif—sólo evidente en los yacimientos de Beni Bu Ifrur— fue un «cebo apetitoso» para los grupos empresariales, pues fueron muy superiores los beneficios que estos obtuvieron a costa del abastecimiento del Ejército. Por otro lado, lo accidentado del terreno y el retraso técnico dificultaron las tareas de colonización agrícola.

los agentes colonizadores, aunque no por ello menos relevante, fue el propio Alfonso XIII y los partidos políticos<sup>11</sup>. Para comprender el interés regio en Marruecos, la historiografía frecuentemente alude al profundo impacto que tuvo sobre el monarca la derrota de 1898, cuando sólo contaba con 12 años de edad. Pero todas sus preocupaciones no habrían tenido consecuencias efectivas si no hubiese dispuesto de amplísimas prerrogativas políticas, que sólo se explican en un contexto de quiebra del sistema. En cuanto a las posiciones partidistas, oscilaron desde la clara voluntad intervencionista de las corrientes liberales, hasta las posiciones abandonistas del movimiento obrero y parte del republicanismo, pasando por el colonialismo moderado del partido conservador<sup>12</sup>.

Las pretensiones españolas respecto a Marruecos habían oscilado hasta el momento entre el respeto al *statu quo* y el deseo de intervención, acabando por imponerse esta última aspiración. Desde 1830 Francia estaba asentada en Argelia y contemplaba Marruecos como el espacio natural para su expansión en el Norte de África. Mientras tanto, Gran Bretaña velaba por el control del tráfico comercial mediterráneo a través de Gibraltar y Suez<sup>13</sup>. En 1900, Francia y España firmaron un tratado por el que se reconocían las posesiones de ésta en Guinea y el Sáhara Occidental. Por aquel entonces, el objetivo francés era potenciar una alianza con la que reforzar su posición ante Gran Bretaña. Así, dos años después, nuevamente Francia y España negociaron un tratado para el reparto de influencias sobre Marruecos. El territorio que Francia asignaba a España era bastísimo, a sabiendas de que se trataba de una potencia débil y, en consecuencia, el poder galo toparía con escasas restricciones para la ampliación de sus competencias. Pero ni Sagasta ni Silvela se atrevieron a firmar este tratado, por el temor a una mala reacción británica. Después de este proyecto fallido, Francia volcó su interés hacia Gran Bretaña, que aunque no deseaba la intromisión de Francia en Marruecos, atravesaba por una fase de relativo descrédito militar tras su duro enfrentamiento con los bóers. Esta reconciliación, al mismo tiempo, era una respuesta al rearme naval de Alemania. Finalmente, las nego-

---

<sup>11</sup> RAMIRO DE LA MATA, Javier: *op.cit.*, pp. 17-88. Autores como Andrée Bachoud enfatizan el peso de la voluntad regia entre las causas del colonialismo español en África, mientras que relegan a un papel secundario el papel de las compañías mineras. Véase BACHOUD, Andrée: *op.cit.*, pp. 67-75. Al contrario, autores como Víctor Morales Lezcano apuestan por los consorcios mineros como principales promotores del colonialismo. Véase MORALES LEZCANO, Víctor: *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*. Siglo XXI, Madrid, 1976, pp. 70-71.

<sup>12</sup> Los distintos posicionamientos políticos y fraccionamientos partidistas ante las campañas de Marruecos hasta el momento del estallido de la Primera Guerra Mundial, han sido meticulosamente estudiados en BACHOUD, Andrée: *op.cit.*, pp. 189-359.

<sup>13</sup> MOHA, Edouard: *La relaciones hispano-marroquíes*. Editorial Algazara, Málaga, 1992, p. 73.

ciaciones entre ambas potencias concluyeron en la Convención anglo-francesa del 8 de abril de 1904. A la par que Francia garantizaba a Gran Bretaña libertad de acción en Egipto, también ella lograba lo mismo en Marruecos. Se aseguraba, asimismo, la libre circulación de ambas potencias por el Estrecho de Gibraltar y el Canal de Suez, y se preveía una particular consideración hacia los intereses españoles en África. A partir de este momento, Francia se ocupó de negociar con España un tratado, firmado el 3 de octubre de 1904 y al que se le añadió un Protocolo Adicional en septiembre de 1905, en el que se delimitaban las esferas de influencia de ambas potencias en Marruecos, aunque no se conocería públicamente hasta 1911. Este tratado suponía muchísimos recortes territoriales para España con respecto a lo proyectado en 1902. El reparto no gustó nada a Alemania. Y decidido a hacerse escuchar, el káiser Guillermo II desembarcó por sorpresa en Tánger el 31 de marzo de 1905, denunciando los acuerdos firmados hasta el momento y solicitando la celebración de una Conferencia Internacional. Pero en Algeciras (7 de abril de 1906), y contra la voluntad de Alemania, se sentaron las bases para la descomposición de Marruecos. Aunque formalmente se aseguraba el libre comercio en los ocho puertos de la costa magrebí, en la práctica, Francia y España se repartían su control, permaneciendo únicamente con carácter internacional Tánger y Casablanca<sup>14</sup>.

A los acuerdos de Algeciras siguieron, un año después, los tratados de Cartagena. En esta ocasión, Francia y Gran Bretaña se comprometieron a velar por la seguridad exterior española. No obstante, el momento más tenso en el desarrollo de todo este juego diplomático llegó en 1911. La ocupación por tropas expedicionarias galas de Fez en el mes de mayo, bajo el pretexto de socorrer al Sultán Mulay Hafid ante una sublevación popular, fue respondida con la ocupación española de Larache, Arcila y Alcazarquivir. Mientras que el gobierno francés estaba convencido de la existencia de un acuerdo secreto entre Berlín y Madrid, Alemania creía que se hallaba ante una acción conjunta hispano-francesa. El Reich decidió enviar un cañonero Panther a la bahía de Agadir. Pero cuando la guerra parecía inminente, Francia y Alemania optaron por la vía negociadora: así, en noviembre de 1911, acordaron que Alemania renunciaría a sus ambiciones expansionistas sobre Marruecos y, en compensación, Francia le concedería Togo y Camerún. Finalmente, la firma del tratado franco-marroquí de Fez, el 30 de marzo de 1912, sentó las bases del Protectorado. Poco después, España también obtuvo un Protectorado en la Convención franco-española del 27 de noviembre

---

<sup>14</sup> Estos ocho puertos eran Rabat, Mazapán, Safi, Mogador, Larache, Tetuán, Tánger y Casablanca.

de 1912<sup>15</sup>. Sin embargo, lejos del reconocimiento de supuestos derechos históricos, que como ya se ha comentado, quedaron sin validez desde la Conferencia de Berlín, la posición que España ocupaba en Marruecos obedecía a un acuerdo franco-inglés, otro franco-alemán y un último franco-marroquí<sup>16</sup>. España no rigió ninguna de las negociaciones y hubo de aceptar la internacionalización de Tánger, cuyo Estatuto no se aprobaría hasta febrero de 1924, y la competencia exclusiva del Residente General Francés, Lyautey, con sede en Rabat, para todo lo relacionado con la política exterior marroquí. La noción de protectorado suponía el mantenimiento de las formas de gobierno tradicionales del reino, aunque regidas por los colonizadores, a través de la figura del «interventor». Todo ello se concebía como un mecanismo para arrastrar a los marroquíes hacia la «civilización», o, como acertadamente reconocía el comandante Díaz de Villegas, «vamos a Marruecos, no contra Marruecos, sino con Marruecos»<sup>17</sup>. Pero la realidad, como se verá, resultó muy alejada de los presupuestos teóricos: España no tenía experiencia colonizadora previa, sino una larguísima historia de conquistas, y los militares acabaron por adueñarse de la administración directa y excluyente del poder, al menos, hasta 1926-27<sup>18</sup>. A ello contribuyó, sin ningún género de dudas, el carácter tan fragmentado, rebelde y pobre del territorio por colonizar, pero también, la enorme confusión de mandos españoles<sup>19</sup>. En los años que siguie-

<sup>15</sup> La zona de Protectorado español contaba con una superficie de 22.790 kilómetros cuadrados, que representaban una mínima concesión ante los 415.000 kilómetros cuadrados de Protectorado francés.

<sup>16</sup> DE LA SERNA, Alfonso: *op.cit.*, p. 216.

<sup>17</sup> DÍAZ DE VILLEGAS, José: *Lecciones de la experiencia (enseñanzas de las campañas de Marruecos)*. Ed. Sebastián Rodríguez, Toledo, 1930, p. 128.

<sup>18</sup> La «intervención» debió constituir el pilar básico para la correcta administración del Protectorado, pero la inexperiencia española, las carencias legislativas y la resistencia de la población de la Zona impidieron el ejercicio de la labor de los interventores hasta 1927. Para profundizar en las funciones y formación de los interventores, véase VILLANOVA, José Luis: «La formación de los interventores en el Protectorado español en Marruecos (1912-1956)» en RODRÍGUEZ MEDIANO, F. y FELIPE, H.: *El Protectorado español en Marruecos. Gestión colonial e identidades*. CSIC, Madrid, 2002, pp. 247-280; VILLANOVA, José Luis: «La pugna entre militares y civiles por el control de la actividad interventora en el Protectorado español en Marruecos (1912-1956)», en *Hispania*, n.º 220, 2005, pp. 683-716; y MATEO DIESTE, Joseph: «La oficina de intervención como espacio de interacción socio-política en el Muraquib y la cábila: de la ideología colonial a las prácticas cotidianas» en RODRÍGUEZ MEDIANO, F. y FELIPE, H.: *op.cit.*, pp. 139-180. Para conocer mejor el repudio de los africanistas hacia el Protectorado civil, véase GÓMEZ JORDANA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*. Editora Nacional, Madrid, 1976; y también: MOLA VIDAL, Emilio: *Dar Akkoba. Páginas de sangre, de dolor y de gloria*, en *Obras Completas*. Santarén, Valladolid, 1940.

<sup>19</sup> El Alto Comisario era la máxima autoridad en el Protectorado español y obedecía a las órdenes de los ministerios de Guerra, del que dependían los asuntos militares, y de Estado, que se ocupaba de los asuntos político-administrativos. Existían además tres Comandancias generales con una relativa autonomía y a todo este complejo organigrama, se le debía añadir, además, la ambición intervencionista de Alfonso XIII.

ron, tres fueron las grandes opciones estratégicas que se plantearon con relación al Protectorado: la reducción del territorio ocupado a una extensión costera (Maura y Cambó); la ocupación absoluta (Berenguer y Romanones) y el abandono del territorio (Primo de Rivera e Indalecio Prieto)<sup>20</sup>. Aunque se intentarían las tres opciones, la falta de decisión de los sucesivos gobiernos no acarrearía más que confusión y rechazo por parte de la opinión pública.

*Nuevos sinsabores: de la creciente hegemonía militar en el Protectorado a Alhucemas*

La ocupación militar de la costa marroquí se inició en 1908 con la toma de La Restinga y Cabo del Agua. El general Marina, que por entonces era el gobernador militar de Melilla, intentaba de este modo impedir la construcción de una fábrica francesa de armas en las cercanías de la Plaza<sup>21</sup>. No se tuvo que esperar demasiado para asistir al primer gran tropiezo militar de España en el siglo XX, estrechamente relacionado con la figura de El Roghi. El establecimiento de empresas mineras europeas en el Rif fue posible gracias a las negociaciones con este pintoresco personaje. Se trataba de un beréber arabizado, que se había hecho pasar con éxito por el hijo mayor del Sultán Hassan I. Con el pretexto de liberar a Marruecos de los cristianos, logró un considerable apoyo social y se asentó en Zeluán en 1903, tras ser expulsado en reiteradas ocasiones de Taza por las tropas del Sultán. Desde esa ciudad ejerció un poder casi absoluto sobre las cábilas de Guelaya y Kbdana. No obstante, para poder costear un Ejército que le garantizase su poder, emprendió una serie de negociaciones con los consorcios mineros tanto españoles como franceses, contradiciendo así todas sus promesas anteriores. Previsiblemente, fue desde este momento cuando su suerte cambió: en 1904 cedió la explotación de unas minas de plomo de Beni Bu Ifrur, por un periodo de 99 años, a los hermanos Baille. Tres años después, en mayo de 1907, entregó a Enrique Mcpherson y a Alfonso del Valle otras minas de hierro, también emplazadas en la cábila de Beni Bu Ifrur<sup>22</sup>. Mien-

<sup>20</sup> ALONSO BAQUER, Miguel: «El problema de Marruecos» en HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario y ALONSO BAQUER, Miguel: *Historia social de las Fuerzas Armadas españolas*. Alhambra, Madrid, 1986 (3.ª ed.), vol. V, p.228.

<sup>21</sup> MADARIAGA, Rosa María de: *op.cit.*, pp. 375-377.

<sup>22</sup> Según David S. Woolman esta cesión de El Roghi fue un gesto de agradecimiento por el apoyo prestado por la guarnición melillense ante un ataque del Sultán en el verano de 1907. Véase WOOLMAN, David S.: *Abd-el-Krim y la guerra del Rif*. Barcelona, Biblioteca Tau, 1971, p. 53. Madariaga nos aclara que El Roghi justificó su postura alegando un retraso francés en el pago de los derechos de explotación contratados en 1904. Véase MADARIAGA, Rosa María de: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*. Alianza, Madrid, 2005, p. 46.

tras tanto, Clemente Fernández, un consolidado comerciante, dirigió muy precavidamente y en primer término una petición al Sultán para poder explotar dos minas, una de plomo argentífero y otra de hierro magnético en Beni Bu Ifrur. La primera era la que ya El Roghi había otorgado a los Baillie (y su socio comercial, Massenet) y la segunda, a Mcpherson y del Valle. En una segunda fase, Clemente Fernández dirigió estas mismas peticiones a El Roghi, que aunque era la única autoridad efectiva en el Rif oriental, no pudo negarse a la cesión de los derechos solicitados y así lo confirmó el 9 de junio de 1907. Después de una lucha encarnizada, los dos grupos españoles rivales se asociaron, en junio de 1908, formando la Compañía Española de Minas del Rif. Por su parte, el grupo francés, que no tuvo más remedio que contentarse con las minas de plomo de Afra, había formado el 21 de agosto de 1907 la Compañía Norte Africano. Ambas obtuvieron el permiso para la construcción de un ferrocarril que transportase el mineral hasta el puerto de Melilla. Además de que se había ignorado la existencia de una autoridad legítima, muy pronto se hizo notable el rechazo de los cabileños a la presencia española en la zona. La hostilidad se plasmó en un levantamiento de las cábilas contra El Roghi, que fue obligado a abandonar Zeluán en diciembre de 1908, tras vengar el ataque a unos obreros españoles, y refugiarse en Taza. El gobierno español sabía que una actitud en exceso indulgente hacia este individuo no le resultaría beneficiosa y optó por respetar el deseo de las cábilas de suspender los trabajos en las minas<sup>23</sup>. Aunque el Sultán no autorizaba las extracciones en tanto que las tropas no abandonasen la Restinga y Cabo del Agua, el gobierno español estaba siendo presionado, sin embargo, por los consorcios mineros y también por el gobierno francés, que amenazaba con el envío de sus tropas para proteger a los obreros. En estas circunstancias, Maura acabó por ceder ante sus deseos y el 7 de junio se reanudaron las obras.

En julio de 1909 los cabileños nuevamente atacaron a los trabajadores de las vías férreas, causando varias pérdidas humanas y materiales. El Ejército español, como ya había ocurrido en la centuria anterior, contraatacó, y después de varias jornadas de lucha, el 27 de julio se produjo el célebre y trágico descalabro del Barranco del Lobo, en el que se contabilizaron un total de 752 bajas, sumando fallecidos y heridos<sup>24</sup>. Aunque ya el 20 de septiembre se pudieron iniciar con éxito las operaciones para controlar todo el

---

<sup>23</sup> El Roghi acabaría siendo capturado por el Sultán Mulay Hafiz en agosto de 1909. Fue torturado y murió quemado vivo.

<sup>24</sup> MADARIAGA, Rosa María de: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*. Alianza, Madrid, 2005, p. 54.

territorio entre el Gurugú y el Cabo de Tres Forcas, el coste humano de estos avances fue elevadísimo. Como en las campañas anteriores, el tratado de paz de noviembre de 1910, ya con el gabinete de Canalejas, supuso una nueva indemnización marroquí a España de 65 millones de pesetas. En esta ocasión, sin embargo, las protestas no pudieron ser silenciadas. La campaña de 1909 fue increíblemente mal acogida por la opinión pública, desencadenándose los ya conocidísimos sucesos de la Semana Trágica a raíz del rechazo barcelonés al envío de reservistas. La oposición obrera a la conquista colonial se fundamentaba en el odio hacia el servicio militar<sup>25</sup> y en la incredulidad ante la idea de restaurar el ultrajado «honor nacional», pero no en la defensa del derecho marroquí a la independencia. No obstante, y de modo paradójico, inmediatamente la población también clamó en favor de una acción contundente en África. En todo caso, y al margen de lo expuesto, para el militar de carrera, la campaña de 1909 marcó el nacimiento de una nueva identidad con una sobresaliente orientación militarista: nació el africanista<sup>26</sup>. Después de 1909, Mohammed Amezian se hizo con el liderazgo de la resistencia rifeña, paralelamente al avance español hacia el oeste de Melilla, hacia las zonas habitadas por los Beni Said y los Beni Urriaguel. Tras su muerte, en la primavera de 1912, la campaña del Kert se dio por concluida. Las bajas de este periodo sumaban 1.538 individuos.

Calmadas las aguas en las cercanías de Melilla, el 19 de febrero de 1913, el general Alfau, primer Alto Comisario, ocupó Tetuán. Ésta sería la capital del Protectorado español y el lugar de residencia del jalifa como delegado del Sultán. Ya previamente España había ocupado, como se ha señalado con anterioridad, Larache, Alcazarquivir y Arcila, contando para ello con el inestimable apoyo de otro de los más legendarios protagonistas de esta historia. En efecto, Alfau pudo valerse en la zona occidental del Protectorado de la colaboración del jerife Muley Ahmed el Raisuni para impo-

<sup>25</sup> Véase al respecto FERNÁNDEZ VARGAS, Valentina: *Sangre o dinero. El mito del Ejército nacional*. Alianza, Madrid, 2004.

<sup>26</sup> Como obras generales para conocer al Ejército en la España de principios del siglo XX, véase: CARDONA, Gabriel: *El poder militar en la España Contemporánea hasta la Guerra Civil*. Siglo XXI, Madrid, 1983; y la ya citada de Mario Hernández Sánchez-Barba y Migual Alonso Baquer. Si se quieren conocer las escisiones ideológicas y modo de vida de los africanistas, véase: BALFOUR, Sebastián: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Ediciones Península, Barcelona, 2002, pp. 58-65; NERÍN, Gustau: *La guerra que vino de África*. Crítica, Barcelona, 2005; y MÁS CHAO, Andrés: *La formación de la conciencia africanista en el Ejército español (1909-1927)*. SGE, Madrid, 1988. En el terreno literario, la trilogía de novelas más citada para acercarse a la vida del soldado en el Rif es: BAREA, Arturo: *La forja de un rebelde*. Debate, Barcelona, 2000, vol. II. *La ruta*; SÉNDER, Ramón J.: *Imán*. Destino, Barcelona, 2001; y DÍAZ FERNÁNDEZ, José: *El blocao*. Viamonte, Madrid, 1998.

ner su autoridad. Éste era un hombre muy influyente en la región y podía prestar grandes servicios a la actividad «colonizadora», pero a la vez, se mostraba muy receloso ante cualquier atisbo de desafío a su autoridad<sup>27</sup>. Así se puso de manifiesto en el momento en que Silvestre, jefe de las fuerzas españolas de Larache y Alcazarquivir, decidió liberar a un centenar de cabileños que el jerife tenía presos en las cárceles de su palacio de Arcila. La incredulidad y decepción del jerife aumentarían aún más al conocer que no era él el designado como jalifa de la zona, pues sus célebres actividades extorsionadoras no le hacían merecedor de la plena confianza española. Silvestre debió convencerle para que saludase al nuevo jalifa pero el Raisuni optó por romper sus relaciones con España y encabezar el movimiento rebelde contra la ocupación, marchándose a su fortín de Zinat. Al ser destituido de su cargo de bajá de Arcila, decidió asediar Tetuán, Arcila y cortar las comunicaciones entre Tetuán y Tánger. Silvestre respondió confiscando todos sus bienes en Arcila. Mientras los hombres del jerife atacaban Alcazarquivir el 7 de julio, las autoridades del Protectorado buscaban desesperadamente una fórmula de arreglo. Impotente, Alfau fue sustituido por el general Marina en agosto de 1913. Mientras que al Alto Comisario se le encomendó la tarea de reanudar las negociaciones con el Raisuni, Silvestre permanecía obcecado en su idea de una fuerte contraofensiva. De hecho, estuvo a punto de frustrar un acuerdo debido a su turbia implicación en el asesinato de Sid Alí Alkalay, un emisario del Raisuni que viajaba con salvoconducto del general Marina, el 15 de mayo de 1915. El incidente supuso la instantánea dimisión del Alto Comisario, siendo reemplazado por el general Gómez Jordana. También significó el traslado de Silvestre a la península, como jefe de la Casa Militar del Rey. Aquí permaneció hasta agosto de 1919 cuando, por iniciativa regia, fue nombrado Comandante general de Ceuta. Gómez Jordana concluyó las negociaciones emprendidas por su antecesor con el Raisuni. Mediante un pacto firmado en septiembre de 1915, España reconoció al jerife como gobernador de las cábilas que se sometiesen posteriormente al Majzen. Obtuvo, además, 200.000 pesetas mensuales para restablecer el orden, y también armas y municiones. No obstante, coincidiendo con el estallido de la Primera Guerra Mundial, se impuso en la zona occidental del Protectorado español una política de transigencia hacia el Raisuni, que le permitiría alcanzar enormes cotas de poder.

---

<sup>27</sup> Woolman presenta a este individuo como una mezcla entre Robin Hood, un barón feudal y un bandido tiránico. Véase WOOLMAN, David S.: *op.cit.*, p. 61. Imprescindible para conocer la trayectoria vital de este controvertido hombre es la tesis doctoral de TESSAINER Y TOMASICH, Carlos-Federico: *El Raisuni, aliado y enemigo de España*. Universidad Complutense de Madrid. Colección de Tesis Doctorales, Madrid, 1992.

En cuanto a la región oriental del Protectorado, tras la muerte de Amezian, se había intensificado la labor de «atracción política» entre los jefes de las cábilas, como paso previo a la ocupación militar en la dirección de Tafersit –lo que comúnmente se conocía como política «del palo y la zanahoria»–. Se debe entender como labor de «atracción» la entrega de pensiones y concesión de becas de estudios a los considerados como «moros amigos» o colaboradores con la acción «civilizadora» española. Dichos gestos toparon con el rechazo por parte de la oficialidad más belicosa y deseosa de ascensos y también por parte de los que juzgaban estos pagos un soborno que sólo garantizaba la lealtad marroquí coyunturalmente. También paralelamente al estallido de la contienda europea, la actividad expansiva española en esta parte se redujo, a petición francesa. La operación más destacada fue el paso del río Kert el 16 de mayo de 1915.

Casi coincidiendo con el final de la guerra en Europa, fue nombrado Dámaso Berenguer como nuevo Alto Comisario (19 de enero de 1919). Berenguer reemplazó a Gómez Jordana, quien murió desfallecido y humillado por su obligado repliegue a la voluntad del Raisuni. El nuevo Alto Comisario era un hombre de aspecto torpe, aunque culto, muy agudo, discreto y realista. No obstante, su indecisión ante las ofensivas de Silvestre y las ingerencias regias le restarían mucha capacidad de mando<sup>28</sup>. Anteriormente Berenguer había sido ministro de Guerra, parece que gracias a la influencia que el citado Silvestre ejercía sobre Alfonso XIII. Durante su estancia en este ministerio, había firmado en 1918 un decreto por el que el Alto Comisario dejaba de ser general en jefe del Ejército de África. Lo que se estaba planteando ya entonces era la necesidad y la voluntad de avanzar hacia el establecimiento de un protectorado de carácter civil, que contase con un mayor respaldo popular y permitiese reducir los gastos. Pero el paso previo ineludible era la pacificación del territorio, y ello requería una considerable inversión de capital. Entre 1918 y 1920, el presupuesto militar oficial fue de 317 millones anuales. En este último año también se votó una partida suplementaria de 150 millones, y 112 más en el presupuesto especial de Marruecos. Además, el Ejército se amplió desde 190.000 hombres en 1918 hasta 216.000 en 1920<sup>29</sup>. Para lograr la ocupación efectiva del Marruecos español, el Alto Comisario pensaba en ocupar el interior de Yébala, en un primer momento, y sólo después de lograr este objetivo, ini-

---

<sup>28</sup> BOYD, Carolyn P.: *La política pretoriana durante el reinado de Alfonso XIII*. Alianza, Madrid, 1990, p. 198.

<sup>29</sup> PAYNE, Stanley G.: *Los militares y la política en la España contemporánea*. Ruedo Ibérico, París, 1968, p. 134.

ciar la ocupación del Rif. Su estrategia consistía en lo que se ha dado en llamar «el método de la mancha de aceite»: un avance lento, siempre asegurando la retaguardia, mediante la construcción de pequeños puestos defensivos o blocaos. El sistema requería para su funcionamiento la previa «preparación política» del territorio y un despliegue muy meditado de las tropas. Resultaba una estrategia espléndida para un país en el que la guerra era muy impopular, pero creaba la falsa imagen de ahorro de fuerzas militares<sup>30</sup>. En la región occidental, por otro lado, Berenguer tenía la firme voluntad de acabar con las políticas «blandas» ante el Raisuni, captando para ello la amistad de los jefes cabileños enfrentados con el jerife. Su objetivo principal era la toma de Xauen, que finalmente se produjo el 13 de octubre de 1920. Así, el Alto Comisario pudo bloquear las relaciones entre el jerife y sus aliados de Gomara. Después procedió a estrechar el cerco sobre el Raisuni, refugiado en Tazarut. Las tropas españolas penetraron en la cábila de Beni Aros a comienzos de julio de 1921, preparadas ya para el asalto definitivo. Pero la noticia del Desastre de Annual, en la región oriental, libró una vez más al jerife de su captura.

¿Cómo se llegó a los momentos de desesperación que vivieron miles de soldados en Annual y en otras tantas posiciones? Es imposible responder a esta cuestión sin aludir, aunque sea muy sucintamente, al más carismático y legendario de todos los líderes que encabezaron una rebelión ante la presencia militar española en Marruecos. Me estoy refiriendo, obviamente, a Abd-el-Krim. Fue él quien protagonizó, como muy bien señalaba David S. Woolman en un estudio biográfico ya clásico, «la única rebelión prolongada, disciplinada y dotada de una organización central en toda la historia del Rif»<sup>31</sup>. Sus relaciones con las autoridades españolas empezaron a enturbiarse tras el estallido de la guerra mundial, que como se puede apreciar claramente, marca un punto de inflexión muy importante en la historia del Protectorado. No obstante, ya durante la crisis de Agadir de 1911, Mohammed Abd-el-Krim había alcanzado notoriedad debido a sus artículos germanófilos publicados en *El telegrama del Rif*.

Abd-el-Krim nació en 1882 en Axdir, en la cábila de los Beni Urriaguel. Habitualmente se le presenta como un hombre muy astuto y refinado, educado en Fez para la interpretación de la ley coránica, y partidario de la colaboración española con vistas a lograr la modernización de su país. Cuando estalló la contienda europea y ante las presiones francesas, el Alto Comisario decidió encarcelarlo en Cabrerizas Altas para poder de este modo frenar

---

<sup>30</sup> BOYD, Carolyn P.: *op.cit.*, p. 201.

<sup>31</sup> WOOLMAN, David S.: *op.cit.*, p. 89.

el impulso de su padre a colaborar con los turcos, que habían entrado en la guerra prestando su apoyo a Alemania. Hasta el momento, el padre de Abd-el-Krim había intentado, por un lado, colaborar con los españoles, que desde 1913 barajaban la idea de desembarcar en Alhucemas, y por otro lado, había siempre acabado jurando lealtad a su pueblo cuando estos planes eran descubiertos (y su vivienda habitualmente incendiada). Aunque tras una entrevista secreta con Riquelme, Abd-el-Krim logró la liberación de su hijo y los españoles consiguieron una vez más atraerse la voluntad del padre, la familia Abd-el-Krim acabó por comprender que no podía seguir confiando en las autoridades españolas, y tras el fallecimiento del cabeza de familia, Mohammed asumió el liderazgo del movimiento rebelde. Su táctica militar resultó muy sencilla y eficaz. Únicamente consistía en el ataque por sorpresa a los blocaos, apoyándose en la fe ciega de sus combatientes. El abastecimiento de este Ejército, pese a lo que pudiera pensarse, no constituyó un problema real hasta el momento de la intromisión francesa, pues la ciudad de Tánger siempre sirvió como fuente de suministros.

Si bien Berenguer se hallaba en una posición jerárquicamente superior a la de Silvestre, éste era más antiguo en el escalafón y por ello, su permanencia en Ceuta, desde agosto de 1919, podía ocasionar enfrentamientos. Además, como protegido del Rey, los poderes otorgados a Silvestre en esta Comandancia eran desmesurados. Ante los previsibles conflictos que acarrearía la convivencia de «dos gallos en el mismo corral», Silvestre fue desplazado a la Comandancia General de Melilla en enero de 1920, mientras que Aizpuru, que hasta el momento se mantenía ocupado con tímidos avances hacia Tafersit y el Muluya, fue ascendido al grado de teniente general como compensación. El general Manuel Fernández Silvestre pertenecía al arma de caballería, al igual que Berenguer, y había nacido en Cuba en 1871. Su aspecto era bastante corpulento y a sus espaldas llevaba una enorme fama como hombre mujeriego, campechano, ambicioso e irascible. Probablemente, Silvestre llegó a Melilla con el claro propósito de tomar Alhucemas por tierra, idea que también seducía a Alfonso XIII<sup>32</sup>. En su avance por el Rif central, realizado con éxito pero sin autorización, Silvestre tomó Dar Drius el 15 de mayo de 1920 y Tafersit, el 7 de agosto. A partir de diciembre, Silvestre nuevamente reactivó las operaciones en los territorios de Beni Ulichek y Beni Said. Finalmente y con la intención de proteger toda esta zona, el Comandante General de Melilla solicitó a Berenguer la autorización para ocupar varias posiciones que sirviesen como barrera en enero de

---

<sup>32</sup> MADARIAGA, Rosa María de: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*. Alianza, Madrid 2005, p. 135.

1921. Así, Annual fue ocupado el día 15 de este mes, y Sidi Dris, en marzo. Desde febrero, los temores de Berenguer iban en aumento, pues un informe del coronel Gabriel Morales, jefe de la Oficina de Asuntos Indígenas en Melilla, señalaba que los avances estaban siendo demasiado rápidos y la línea de blocaos que se estaba trazando resultaba estratégicamente indefendible. Aunque Berenguer advertía incesantemente a Silvestre de la necesidad de adoptar una postura más prudente, éste se mostraba henchido de vanidad, y más aún, después de un viaje que realizó a la península a finales de abril. Al parecer, durante un banquete en la Academia de Caballería de Valladolid, Silvestre prometió al rey la toma de Alhucemas el día de Santiago<sup>33</sup>. El 1 de junio, sin previa notificación al Alto Comisario, Silvestre ocupó Abarrán, ya en la cábila de Tamsamán. Era una posición de cierto significado religioso para los cabileños y Silvestre obvió la repercusión que su ataque podía tener. Además, el diálogo político con sus jefes había sido, hasta ese momento, casi nulo. Aunque oficialmente se trataba de una «operación de policía», el considerable despliegue de fuerzas hacía desconfiar de que realmente se tratara de ello. No fueron muchos, sin embargo, los obstáculos para llegar a la cima del monte y levantar una fortificación. Terminado el trabajo, la columna de Villar, jefe del sector de policía del Kert, abandonó el lugar, dejando tras de sí una guarnición con casi trescientos hombres, en su mayoría tropas marroquíes. Sin embargo, muy poco después de su partida, empezó el ruido de cañones. Sobrevivieron sesenta y dos hombres, y sólo veinticinco de ellos eran europeos. Además, todo el material bélico se perdió. Al día siguiente, los rifeños atacaron Sidi Dris, aunque la intervención del cañonero *Laya* impidió un nuevo éxito rifeño. Mientras la inquietud social y política iba en aumento, Silvestre se mostraba muy parco en palabras. Sólo tras una entrevista con Berenguer, el 5 de junio, se comunicó al vizconde de Eza, ministro de Guerra, que la situación se había estabilizado, aunque ni Tamsamán ni Beni Tuzin se manifestaban adeptas a la causa española<sup>34</sup>. Herido en su orgullo, muy pronto Silvestre tuvo en mente vengarse por lo de Abarrán. Es por esto que el 7 de junio ocupó Igueriben, posición situada a seis kilómetros de Annual, en un terreno muy

---

<sup>33</sup> BOYD, Carolyn P.: *op.cit.*, p. 215.

<sup>34</sup> Según Regan, en esta entrevista Berenguer ordenó a Silvestre detener el avance por el Rif y el irascible Comandante trató de estrangularle, siendo detenido por algunos miembros del Estado Mayor. Véase REGAN, Geoffrey: *Historia de la incompetencia militar*. Crítica, Barcelona, 1989, p. 349. La caída de Abarrán es una cuestión clave en el debate sobre si Annual fue un golpe por sorpresa o una derrota previsible. Mientras que historiadores como Pabón o Madariaga, apoyándose en testimonios de la época, defienden que tras lo de Abarrán, los nuevos avances tendrían que haber sido más meditados, otros, como La Porte, entienden que la tranquilidad en la Comandancia era absoluta y nada hacía presagiar una nueva derrota.

escarpado y sin ninguna facilidad para el acceso a una fuente de agua. Desde el 16 de junio, Igueriben fue sitiada por los rifeños. Ante la imposibilidad de socorrerla, Silvestre ordenó al comandante Benitez, jefe de la misma, la evacuación. Pero éste prefirió la muerte a la rendición. Así pues, sólo once de sus hombres lograron sobrevivir. Desde este momento, todas las bases españolas de la Comandancia de Melilla se vinieron abajo, como si de fichas de dominó se tratara. La caída de Annual sucedió inmediatamente después. El harca rifeña –así es como se denomina a los grupos irregulares de combatientes marroquíes– hostilizó este enclave desde el día 21. Ante las complicaciones que suponía una resistencia prolongada, el abandono pareció la mejor opción a seguir. Pero resultó totalmente absurdo el no informar a los oficiales sobre cómo habían de proceder. Así, la evacuación se convirtió en una desbandada, una fuga muy precipitada en la que acabó por imponerse el pánico, «el sálvese quien pueda». Silvestre pereció, no se sabe bien en qué circunstancias. Los que no cayeron extenuados en la huida o fueron hechos presos, llegaron a Ben Tieb. Desde aquí se desplazaron a Dar Drius, seguros de que en esta posición podrían resistir. Pero el general Navarro, nombrado Comandante en jefe de las tropas del territorio tras la desaparición de Silvestre en Annual, ordenó nuevamente la evacuación. De Drius dirigió la tropa a Batel, seguidamente a Tistutín, y por último, a Monte Arruit. Allí resistieron hasta el 10 de agosto, cuando la carencia de agua, víveres, municiones y medicinas, les obligó a rendirse. En muy pocos días, se había hundido toda la Comandancia general de Melilla, con la única excepción de la capital, y se habían echado por tierra todos los avances logrados desde 1909. El levantamiento rifeño se dejó sentir en todo el Protectorado y nuevos líderes rebeldes proliferaron por todo el Marruecos español. Resultó imposible precisar el número de fallecidos, ya fuese por heridas de combate, sed, agotamiento, disentería o paludismo. Las cifras que hoy baraja la historiografía oscilan por lo general entre 8.000 y 15.000. A ello habría que sumar el abandono de 96 piezas de artillería, 10.000 fusiles, 2.000 caballos y 1.400 mulos. El gobierno Allendesalazar impuso, desde el día 25, la censura para ralentizar y suavizar el impacto de la hecatombe, pero la tempestad política fue inevitable. El gobierno tuvo que dimitir y fue reemplazado por otro gabinete bajo la presidencia de Maura y con La Cierva en la cartera de Guerra. Tras el calvario que se inició en Igueriben y Annual, no se volvió a hablar de la «aventura» marroquí, sino de la «pesadilla», el «avispero» o el «cáncer» marroquí. Annual se convirtió en el más triste símbolo de la ineptitud de los partidos dinásticos.

No obstante, y pese a dramática marcha de los acontecimientos, tan sólo siete semanas después de la caída de Annual comenzó la contraofensiva. El

espíritu de venganza fue el motor impulsor del Ejército colonial en los años siguientes al descalabro de 1921. Inmediatamente se abandonó la vieja estrategia de control territorial mediante blocaos, potenciándose ahora las unidades móviles sostenidas a través del pillaje. Las tropas españolas reconquistaron Nador el día 17 de septiembre; Zeluán, el 14 de octubre; y Monte Arruit, diez días después. Pese a que la nueva campaña colonial despertó el inmediato y casi unánime patriotismo popular, más trascendental que la defensa del orgullo nacional resultó el deseo de rescatar a los prisioneros y vengar la muerte de millares de soldados. Muy potenciada resultó esta última aspiración, sobre todo, al hacerse públicas las escenas de la masacre, y en particular, la carnicería de Monte Arruit. En diciembre, las tropas ocuparon las cábilas de Ulad Settut y Kebdana. Tras la reocupación, el 10 de enero, de Dar Drius, Maura convocó una conferencia en la ciudad malaqueña de Pizarra, en febrero de 1922. Su propósito era debatir acerca del futuro de las operaciones militares en el Protectorado. Aunque Maura se mostraba proclive a una ocupación militar muy parcial, la situación del Ejército colonial era en esos momentos muy débil. El presidente conservador pretendía satisfacer a los africanistas, especialmente a Berenguer, y también a La Cierva, mediante un desembarco en Alhucemas, a modo de sucedáneo de una ofensiva generalizada, mientras que el ministro de Estado, González Hontoria, defendía el aislamiento del Rif central con respecto a Yebala y al territorio de la Comandancia de Melilla y una acción negociadora en la primera de las zonas, en lugar de la intervención directa. La escisión interna del gabinete desencadenó su relevo por otro, el 7 de marzo, bajo la presidencia del también conservador Sánchez Guerra y con el general Olaguer en la cartera de Guerra. La dimisión de Berenguer y su sustitución por el general Burguete, el 15 de julio de 1922, supuso, en la zona occidental, el retorno a la política pactista con el Raisuni, y en la zona oriental, ante la imposibilidad financiera de ejecutar un desembarco en Alhucemas que permitiese cercar a Abd-el-Krim, el retorno a la política del palo y la zanahoria, con el objeto de mermar el número de adeptos a la causa del cabecilla rifeño. Sin embargo, el gobierno de Sánchez Guerra se vio desbordado ante el asunto de las responsabilidades del Desastre. El liberal García Prieto fue llamado a formar un nuevo gobierno al finalizar 1922 y Santiago Alba, como ministro de Estado, se convirtió en el principal promotor de los trámites para el rescate de los prisioneros hechos por los rifeños durante la estampida, contando para ello con la imprescindible colaboración económica del empresario vasco Horacio Echevarrieta. El cambio de gobierno también acarreó relevos en la Alta Comisaría. Burguete fue sustituido por un civil, Villanueva. Pero dados los problemas de salud de éste, el mando del

Marruecos español recayó en otro civil, Luis Silvela. No obstante, no tardó dicho personaje en imbuirse en el espíritu militar de los mandos africanistas. Pese a ello, el Gobierno, en su firme determinación por avanzar hacia la instalación de un protectorado civil, emprendió una serie de negociaciones de paz con Abd-el-Krim, primero valiéndose de Castro Girona como intermediario, y posteriormente empleando los servicios de Echevarrieta. Las negociaciones se interrumpieron después de dos ataques rifeños a Tizzi Azza (en mayo y en agosto de 1923). El avance militar español quedó entonces paralizado y las conversaciones con Abd-el-Krim, también. Alba se convirtió en el blanco de todas las críticas de los militaristas, por su modo de proceder en el rescate de los prisioneros, y el Gobierno del marqués de Alhucemas se vio obligado a dar largas acerca de su promesa de iniciar la repatriación de las tropas españolas.

Evidentemente, y ya para abordar dos cuestiones a las que nos hemos referido hasta ahora muy tangencialmente, resultó muy sencillo achacar el tremendo descalabro en Melilla a la impetuosidad de Silvestre. Sin embargo, él no era más que un eslabón de la cadena, al igual que Berenguer. Sin duda, éste pecó por omisión, pero no era suya la responsabilidad del pésimo estado de las tropas en África. Como decían los marroquíes hispanoparlantes, al referirse a las distintas políticas coloniales: «Inglaterra pega y paga; Francia pega pero no paga; España ni pega ni paga». Ello era la constatación del fracaso de la política del palo y la zanahoria. El 4 de agosto de 1921, Eza, antes de presentar su dimisión, creó una comisión presidida por el general Picasso para investigar las causas del Desastre y la responsabilidad del mismo. Berenguer aceptó mantenerse en el puesto de Alto Comisario sólo a condición de que se le concediese inmunidad en estas investigaciones. Por ello, La Cierva dictó varios decretos a estos efectos, pese a la oposición socialista. El 18 de abril de 1922, la comisión Picasso concluyó su investigación. Ésta se limitaba al análisis de los errores técnicos que condujeron a la derrota, pero obviaba de modo intencionado cualquier responsabilidad política. A comienzos de julio, el Consejo Supremo de Justicia Militar, bajo la presidencia del general Aguilera<sup>35</sup>, y después de estudiar durante tres meses el Expediente, aprobó el informe provisional de la comisión Picasso. Acordó procesar a treinta y nueve militares más de los ya citados en el informe, que sumaban treinta y siete; y recomendó el procesamiento de Berenguer y de Navarro, en caso de ser éste rescatado. Berenguer

---

<sup>35</sup> Sobre este personaje, tildado de «niño mimado de las izquierdas», ha aparecido recientemente una biografía. Véase ALÍA MIRANDA, Francisco: *Duelo de sables. El general Aguilera, de ministro a conspirador contra Primo de Rivera (1917-1931)*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2006.

dimitió en el acto. El 21 de julio de 1922, casualmente un año después de la desbandada de Annual, una comisión especial de las Cortes, integrada por once conservadores y diez liberales, fue designada, por iniciativa de Sánchez Guerra ante las continuas presiones de Indalecio Prieto, para estudiar el informe Picasso y emprender la investigación de las responsabilidades políticas. En este contexto, se exacerbaron las viejas divergencias entre junteros y africanistas, y después de una muy teatral dimisión de Millán Astray, las juntas fueron definitivamente disueltas en noviembre –anteriormente, La Cierva había intentado su desactivación, mediante la constitución de «Comisiones informativas», pero éstas continuaron siendo un lastre de la administración militar–. Los trabajos de la Comisión de las Cortes resultaron infructuosos. Mientras que los conservadores negaron la existencia de responsabilidades políticas, los liberales propusieron una moción de censura contra el gobierno Allendesalazar. Tras las vacaciones veraniegas, la gran ofensiva de Prieto contra el rey en el Congreso y la intervención de Maura, también en el sentido de hacer efectivas las responsabilidades políticas, echaron abajo el gabinete de Sánchez Guerra. El tiempo del que dispuso García Prieto para afianzar la Monarquía fue muy escaso. El desgaste político, la conflictividad social y el malestar militar integraban un cóctel que muy pronto estalló bajo la forma de un golpe de Estado. Por otra parte, la implicación de Alfonso XIII en la hecatombe militar y política fue y es una cuestión increíblemente polémica. Aunque todas las sospechas sobre su intervención en esta tragedia parecen bastante fundadas, no existen pruebas documentales al respecto, sino sólo testimonios indirectos<sup>36</sup>. En cualquier caso, el establecimiento del Directorio acalló este proceso judicial y puso fin a todos los enfrentamientos parlamentarios.

En cuanto a los soldados apresados en el momento del desplome de la Comandancia de Melilla, cabe apuntar que fueron casi siempre conservados con vida por los cabileños, ya fuese con la intención de obtener un rescate por ellos o por simple humanidad. Muchos fueron rescatados en los meses inmediatos al Desastre. La Oficina Central de Asuntos Indígenas de Melilla gestionó muchos de estos rescates, mediante el canje con marroquíes o con el pago de gratificaciones. En general, estos prisioneros, que no permanecieron demasiado tiempo bajo custodia de los cabileños, recibieron un trato bastante aceptable. Pero, al concluir el verano de 1921, fueron muchos los militares y civi-

---

<sup>36</sup> La correspondencia entre el rey y Silvestre no se conserva. Cuando Silvestre se vio perdido en Annual, envió su hijo a Melilla para que se ocupase de descerrajar los cajones de su despacho y llevarse toda la documentación. Véase MADARIAGA, Rosa María de: *En el Barranco del Lobo. Las Campañas de Marruecos*. Alianza, Madrid, 2005, pp. 161-162.

les que acabaron retenidos en Axdir, la capital del Estado rifeño de Abd-el-Krim. Madariaga señala como aproximada la cifra de 545<sup>37</sup>. El más destacado de estos prisioneros fue, qué duda cabe, el general Navarro. Abd-el-Krim exigió para su rescate a Dris Ben Saíd, un antiguo compañero de estudios, que sirvió como intermediario «amigo» de los españoles, el pago de tres millones de pesetas, más la entrega de otro millón adicional en concepto de indemnización a los rifeños. Pronto la opinión pública se dividió entre aquellos que defendían la urgencia del rescate y los que pensaban que el dinero podría ser empleado en el rearme rifeño. Berenguer dejó en manos de Maura la decisión, quien rechazó tajantemente este pago. Mientras, algunas familias decidieron tomar la iniciativa particular para rescatar a los suyos. Se empezaba a temer que las dilaciones del Gobierno estuviesen motivadas por el pánico a los testimonios de los cautivos y su previsible incidencia en el informe sobre las responsabilidades. De este modo, hubo de esperarse aún a la llegada de los liberales al poder para que se produjese un cambio. El nuevo ministro de Estado, Alba, confió oficialmente a Horacio Echevarrieta las gestiones para el rescate. Llegó éste a la bahía de Alhucemas el 24 de enero de 1923 y en menos de una semana logró la liberación de los 367 cautivos supervivientes. Finalmente, el importe del rescate fue repartido por Abd-el-Krim entre varios jefes cabileños.

El apoyo que el Ejército colonial prestó, llegado septiembre de 1923, a Primo de Rivera pudiera resultar, a primera vista, bastante incomprensible, ya que sus ideas abandonistas eran bien conocidas y sus contundentes y apasionados discursos sobre la cuestión le habían ocasionado más de un disgusto. Sin embargo, Primo de Rivera apostaba firmemente por acabar con todo el ambiente responsabilista y en él era muy palpable el rechazo hacia la clase política española, sentimientos ambos compartidos con la oficialidad africanista. En lo relativo a la estrategia a seguir en Marruecos, ante la imposibilidad de retirar a España de sus compromisos internacionales —de hecho, esperaba ilusamente poder conmutar con Gran Bretaña la ciudad de Ceuta y el peñón de Gibraltar— optó por intentar negociar la paz con el Raisuni y con Abd-el-Krim. De este modo, el dictador pudo renovar en octubre de 1923 el compromiso de colaboración con el jerife de Yebala, aunque su acuerdo de lucha conjunta contra Abd-el-Krim fue interpretado por los militares africanistas como una gran ofensa. Mucho más dificultoso le resultó el acercamiento al rebelde de Axdir, pues no estaba dispuesto a aceptar ningún acuerdo sin el previo reconocimiento de la independencia completa del Rif. No obstante, Primo de Rivera, como buen estratega, guardaba un as en la manga. Así, previendo el fracaso de estas

---

<sup>37</sup> *Ídem*, p. 210.

negociaciones, se dispuso a retirar las tropas coloniales hasta una nueva línea fortificada. Aunque la retirada fue muy mal acogida por los africanistas, como cabía esperar, lo que pretendía el dictador era llevar a cabo una campaña de bombardeos con TNT, bombas incendiarias y gases tóxicos<sup>38</sup>. Desplazar a las tropas era necesario para protegerlas de los efectos de estas sustancias nocivas. También permitiría la repatriación de millares de soldados, y con ello, el consiguiente aumento de popularidad en beneficio propio. El plan fue aprobado por el directorio militar en mayo de 1924. La línea de Estella era una sinuosa barrera de posiciones fortificadas que, en el oeste del Protectorado, protegían las comunicaciones entre Tánger y Fez, y también entre Tánger, Tetuán y Ceuta, aunque para ello hubiese que renunciar a la ocupación de Xauen; y en la parte este, significaba un retroceso militar de quince kilómetros. Curiosamente, los militares más entusiastas ante el empleo de gases tóxicos fueron los africanistas ideológicamente más progresistas. Entendían que esta era la forma más humanitaria de hacer la guerra, pero olvidaban que los mayores perjudicados eran los civiles, mientras que los africano-militaristas defendían la lucha directa como vía hacia la gloria<sup>39</sup>. El retroceso no estuvo ni bien planteado ni ejecutado. De hecho, la operación pudo costar sólo en la zona occidental un número de bajas próximo a 15.000<sup>40</sup>. Los rifeños, convencidos de que este repliegue era una manifestación de debilidad, respondieron llegando hasta las puertas de Ceuta y bombardeando Tetuán. En enero de 1925, los hombres de Abd-el-Krim apresaron al Raisuni, quien finalmente falleció en cautiverio pocos meses después. Ante el fracaso de esta operación, que no logró aplastar a los rebeldes rifeños, y tras el famoso enfrentamiento verbal entre el dictador y la Legión en Ben Tieb<sup>41</sup>, se impuso la necesidad de buscar una nueva estrategia. Así se gestaría el exitoso desembarco aéreo-naval de Alhucemas y la ocupación de Axdir, sede del recién fundado Estado Rifeño, todo ello contando con la colaboración francesa. Le seguirían la rendición de Abd-el-Krim y las últimas campañas para la definitiva pacificación del territorio. Abd-el-

---

<sup>38</sup> MADARIAGA, Rosa María de y LÁZARO ÁVILA, Carlos: «Guerra química en el Rif», en *Historia 16*, n.º 324, Madrid, 2003, pp. 50-85. Son muy pocos los historiadores que han tratado esta cuestión, pues resulta ciertamente difícil el acceso a estas informaciones. Es por ello que Sebastián Balfour ha llegado a hablar de una «conspiración del silencio».

<sup>39</sup> BALFOUR, Sebastián: *op.cit.*, p. 200.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 208.

<sup>41</sup> Se cuenta (las versiones varían ligeramente según el autor) que el 19 de julio de 1924, en una cena de gala que la Legión ofreció al dictador, en Ben Tieb, Franco, que entonces era teniente coronel al mando de esta guarnición, ordenó que se le sirviesen a Primo de Rivera únicamente platos cocinados a base de huevo. Cuando el dictador preguntó el por qué de tan peculiar menú, el futuro Caudillo le respondió que los que permanecían en el Protectorado no los necesitaban y por ello, se los entregaban a quien veían un poco «falto de hombría».

Krim se equivocó al sobrevalorar sus fuerzas y emprender un ataque contra los franceses en dirección a Fez y Taza. Y fue entonces cuando Francia, que hasta entonces había observado con pasividad e, incluso, con cierto regodeo, los descalabros españoles en Marruecos, optó por unir sus fuerzas a las del dictador. Pero esa es ya otra historia...

### *El trágico verano de 1921 en Salamanca*

Aunque es harto habitual describir a esta capital de provincia como un «feudo reaccionario», la década de los veinte representó para esta urbe meseteña un período de enorme dinamismo y enfrentamiento político y social. Quizás, modernización y progreso son las notas dominantes de la época. En efecto, estos aires de cambio y de incertidumbre son los que se respiran en gran parte de la prensa local de la época.

Ante las intermitentes e incontables campañas en Marruecos, el hastío y la resignación, cuando no la más absoluta indiferencia, eran las reacciones imperantes entre los salmantinos. Pero, ¿qué nuevas actitudes ciudadanas se observan a partir de 1921? Pese a la instauración de la censura previa, que incluso afectó a los tablones en lugares públicos (fue el caso de los situados en la Plaza Mayor)<sup>42</sup>, desde el día 25 de julio los periódicos locales, fundándose en datos oficiales y en testimonios directos, intentaron reconstruir lo sucedido en Marruecos, mientras todas las conversaciones de los salmantinos giraban, lógicamente, en torno al mismo asunto. La desolación pareció aumentar al conocerse el fallecimiento del general Silvestre, que era un personaje bastante familiar por haber sido amigo íntimo del diputado a Cortes, el singular Diego Martín Veloz<sup>43</sup>. A la par que el regi-

<sup>42</sup> «La previa censura para la prensa», *El Adelanto*, n.º 11.396, 26 de julio de 1921, p. 1.

<sup>43</sup> Diego Martín Veloz, es, sin duda, uno de los personajes más singulares de la historia salmantina. Sus primeras andanzas conocidas tienen por escenario la guerra de Cuba. Sin conocerse muy bien el cómo, logró amasar una considerable fortuna y, con el respaldo de la Liga de Agricultores y Ganaderos, se convirtió en diputado a Cortes por el distrito de Salamanca entre los años 1919-1923, además de ser el director de *La Voz de Castilla*. En este periodo protagonizó sonados enfrentamientos con algunos concejales socialistas y también con grupos huelguistas, así como con el director de *El Pueblo*, Rafael de Castro. Aunque él encabezó muchas de las gestiones que posibilitaron la construcción de dos cuarteles en Salamanca, sus conflictivas relaciones con el mundo obrero y con Acción Ciudadana –una asociación local y muy activa surgida para defender la urgente necesidad de una mejora en el servicio de abastecimiento de aguas–, así como los tempranos rumores sobre su implicación en el golpe de Estado de Primo de Rivera, condujeron a la pérdida de sus apoyos electorales. Años después, participó en el llamado alzamiento nacional y también en la represión subsiguiente. Un relato más pormenorizado de lo enunciado puede hallarse en INFANTE MIGUEL-MOTTA, Javier: «Diego Martín Veloz (1875-1938). Historia de un golpista» en *Alcores*, n.º 2, León, 2006, pp. 179-209.

miento de caballería de La Albuera limitó su programa de festejos con motivo de la festividad de Santiago, muy pronto se extendió el rumor de que las tropas que guarnecían Salamanca habían de trasladarse a Marruecos. No obstante, entonces sólo se tenía orden de que todos los regimientos peninsulares debían organizar sus batallones. Por ello, se celebró un sorteo y resultó que el segundo batallón de infantería de La Victoria, que desde no hacía mucho se había instalado en la ciudad, había de prepararse para una posible marcha. También se organizó un escuadrón mixto con las fuerzas de la Albuera<sup>44</sup>. Por su parte, la alcaldía decidió enviar a Allendesalazar un telegrama de condolencia y admiración hacia los soldados fallecidos<sup>45</sup>.

Desde comienzos del año 1921, la prensa local venía recogiendo entre sus informaciones del servicio telegráfico frecuentes alusiones a movimientos de tropas en el territorio de la Comandancia de Melilla. Inmediatamente después de tenerse noticia del desastre militar, la redacción de *El Adelanto*<sup>46</sup> se mostró muy sorprendida y apuntó a la deserción de las fuerzas indígenas como responsable del caos reinante en el momento de la retirada, a la vez que aplaudió la «inmolación heroica» de Silvestre. Apelaba, sin embargo, al hastío que dominaba entre la opinión pública y argumentaba que si España no se hacía con el dominio de Tánger, todo el Protectorado debería ser abandonado. Pero ésta fue la única ocasión a lo largo del verano de 1921 en que se pudo ver a este diario progresista sosteniendo un pensamiento tan atípico y aludiendo a la existencia de posibles responsabilidades de carácter militar. Tras la implantación de la censura previa, lo que primó fue la defensa del honor patrio, «aprovechar este clamor unánime que pide venganza»<sup>47</sup>. Incluso, no faltó algún ataque hacia la indiferencia de los ciudadanos, más interesados en asistir a corridas de toros que en prestar su apoyo moral y material a los soldados<sup>48</sup>. Indudablemente, se trataba de una exageración. Mucha más razón llevaba este rotativo al afirmar que Marruecos era «la obsesión que amartilla el cerebro nacional y el ambiente que se

---

<sup>44</sup> «Notas militares», *El Adelanto*, n.º 11.403, 3 de agosto de 1921, p. 1.

<sup>45</sup> Del mismo modo, la Diputación Provincial, en la sesión del 1 de agosto de 1921, decidió enviar un mensaje de adhesión al presidente del Consejo de Ministros y un telegrama de apoyo para el Alto Comisario.

<sup>46</sup> *El Adelanto* apareció el 22 de julio de 1883, editándose en la imprenta de Francisco Núñez Izquierdo, quien también se hizo con su propiedad un año después. Su hijo, Mariano Núñez Alegría, ejerció la dirección de este rotativo desde 1905 y hasta 1937. Se trataba de un periódico diario, bastante ecléctico y defensor de una ideología a caballo entre el liberalismo progresista y el republicanismo. Contó con un considerable respaldo social de las clases media y obrera salmantinas. Hacia 1927, y según la Estadística de Prensa, su tirada era de 7000 ejemplares, cifra que lo convertía en el periódico más leído de la capital.

<sup>47</sup> «Así piensa España», *El Adelanto*, n.º 11.399, 29 de julio de 1921, p. 1.

<sup>48</sup> «La alegre y confiada España», *El Adelanto*, n.º 11.398, 28 de julio de 1921, p. 5.

respira hoy día en España». Defendía la redacción que el pueblo debía mantenerse sereno y convencido de las motivaciones internas e internacionales que obligaban a España a permanecer en África. De hecho, muy pronto *El Adelanto* se imbuó de entusiasmo y orgullo ante la rapidez con que las tropas acudían al Protectorado y el cariño con que eran despedidas en las estaciones de tren y muelles. Se atrevió, incluso, a augurar que en unos meses la paz sería una realidad<sup>49</sup>. La censura previa recibió, no obstante, considerables ataques. Era una falta de seriedad por parte de los políticos que conociéndose lo esencial, el retroceso militar hasta las posiciones de 1909, se ocultase lo accesorio. Reprendía también este periódico al gobierno el hecho de que no se explicase claramente cuál era el papel de España en Marruecos<sup>50</sup>. Desde mediados de agosto, la voluntad popular de revancha fue muy alentada mediante el recurso a los testimonios más crudos del Desastre, habitualmente insertos en una sección bautizada como «Páginas de la guerra», y en la más efímera «Escenas de la Guerra». Coincidiendo con la formación del nuevo gobierno bajo la presidencia de Antonio Maura y el levantamiento de la censura previa, salvo en todo lo alusivo al movimiento de tropas<sup>51</sup>, muy pronto se corrió la voz sobre lo vivido en Nador, Zeluán y, sobre todo, Monte Arruit. Por primera vez, se reconocía que los rifeños no serían un enemigo fácil de derrotar. *La Época* había difundido que los rebeldes disponían de millares de fusiles, numerosos cañones, ametralladoras y abundantes municiones. El harca de Abd-el-Krim contaba, además, con jefes expertos y con unos combatientes de moral elevada. Lo que se estaba planteando no era una lucha entre un Ejército de una nación civilizada y una partida de indígenas marroquíes, sino un enfrentamiento entre dos Ejércitos igualmente equipados<sup>52</sup>. El alarmismo que este tipo de noticias generaba se utilizó para combatir las actitudes derrotistas, que empezaban a cobrar fuerza. Lo que se predicaba era resignación ante la sangre que la Patria reclamaba para reponer su honor: «No es la hora de la crítica, ni de la reflexión; es la hora del corazón, que es la voz de la pasión más honda (...) Antes que preguntar por qué ha pasado esto o lo otro, que a dónde se va y por dónde y cuánto nos va a costar, hay que decir: es la honra de España»<sup>53</sup>. Días antes de la dimisión del gabinete de Allendesalazar, Eza, como ya se ha señalado más arriba, ordenó al general Picasso la elaboración

<sup>49</sup> «Hasta el fin...», *El Adelanto*, n.º 11.405, 5 de agosto de 1921, p. 2.

<sup>50</sup> «Organización y seriedad», *El Adelanto*, n.º 11.406, 6 de agosto de 1921, p. 1.

<sup>51</sup> RIVERA, Alfredo: «La previa censura, suprimida», *El Adelanto*, n.º 11.418, 30 de agosto de 1921, p. 4.

<sup>52</sup> «¿Se lucha contra un Ejército organizado?», *El Adelanto*, n.º 11.410, 11 de agosto de 1921, p. 1.

<sup>53</sup> «La dignidad de la raza», *El Adelanto*, n.º 11.412, 13 de agosto de 1921, p. 1.

de un informe que sirviese para la depuración de las responsabilidades militares. No obstante, para *El Adelanto* esta cuestión era, por estas fechas, una preocupación absolutamente secundaria. Su obsesión durante todo el verano de 1921 fue el desquite, la revancha. Por ello, no dudó en alabar y sugerir continuos gestos de apoyo ciudadano a los combatientes, sin interrogarse acerca de las causas de la derrota.

Para *El Pueblo*<sup>54</sup> el derrumbe de la Comandancia de Melilla fue, en cambio, una desgracia del todo previsible. Si bien negaba el factor sorpresa y la conmoción que este gravísimo suceso pudiera ocasionar, tan patente en el caso del diario anterior, lo cierto es que con anterioridad a julio de 1921 no he podido encontrar en este periódico ninguna alusión a lo que ocurría en el Protectorado. El mismo periódico se justificaba entonces afirmando que había procurado reservar su opinión ante todo lo sucedido desde 1909, para así evitar la previsible actuación del censor. Como cabía prever, al igual que *El Adelanto*, este rotativo también mostró toda su hostilidad hacia la censura ministerial. Juzgaba incoherente ocultar información a la ciudadanía si su interés patriótico era tan constantemente aplaudido y reivindicaba una depuración inmediata de las responsabilidades de toda índole<sup>55</sup>. *El Pueblo* consideraba que todos los actos de apoyo a los combatientes no hacían sino divulgar un concepto equívoco de patriotismo y se alimentaban de un visceral y primario afán de revancha potenciado por la «prensa burguesa». Su postura con respecto a Marruecos fue siempre abandonista. Pero su discurso no se fundó en un rechazo ético hacia el paternalismo subyacente de toda política imperialista, sino en la oposición ante un injusto sistema de reclutamiento militar, que permitía a las clases acomodadas librarse de la guerra<sup>56</sup>. La llegada de Maura y La Cierva al gobierno fue muy mal acogida

---

<sup>54</sup> *El Pueblo* es el instrumento imprescindible para acercarnos a la opinión del grupo social extraordinario más relevante de la época. Este rotativo quincenal nació en 1920, era propiedad de la Federación Obrera Salmantina, dirigido por Rafael de Castro y editado en Béjar. Su publicación siempre estuvo limitada por muchísimas dificultades financieras, hasta el extremo de que el 12 de mayo de 1923 se interrumpió su edición. Reapareció en marzo de 1924, y comenzó, en esta nueva fase de su andadura, a imprimirse en Salamanca. Socialmente, dispuso del respaldo de obreros y jornaleros pero se desconocen de los datos de la Estadística de Prensa de 1927 sobre su tirada

<sup>55</sup> RUEDA PARDO: «La cuestión de Marruecos y la mordaza ministerial», *El Pueblo*, n.º 22, 7 de agosto de 1921, p. 4.

<sup>56</sup> Véase como ejemplo: «Estamos conformes en que a esas tribus salvajes se les ponga en contacto y relación directa con los pueblos cultos y civilizados, inculcando en ellos el amor y el respeto a sus semejantes (...) Pero eso no ha sabido hacerlo España en doce años que llevamos de permanente Protectorado; vamos a civilizar a esos indómitos guerreros, criados en la selva, mientras dejamos abandonados aquí millones de analfabetos», Don Ruperto: «Paz a los muertos», *El Pueblo*, n.º 23, 28 de agosto de 1921, p. 4.

da por la opinión obrera, pues a ambos personajes se responsabilizaba del anterior Desastre de 1909. No obstante, sí recibieron con entusiasmo la noticia de la suspensión de la censura previa.

Por último, *La Gaceta Regional*<sup>57</sup> presentó desde muy tempranamente todo lo ocurrido en la zona de Melilla como un incidente desgraciado e inesperado. También una de sus primeras reacciones fue interrogarse sobre cómo los rifeños habían obtenido tanto armamento. La sombra de la colaboración francesa ondeaba en el pensamiento de toda la redacción. No obstante, al igual que en el caso de *El Adelanto*, o incluso de modo más pronunciado, el asunto de la búsqueda de responsables quedó relegado ante la urgente necesidad de vengar el honor patrio. A propósito de la censura, este diario conservador no se mostró contrario a su práctica como instrumento de gobierno válido para garantizar que la prensa cumpliera con su deber de «levantar el espíritu patriótico»<sup>58</sup>. En efecto, varios de sus editoriales durante los meses inmediatos al Desastre fueron encabezados con el título «El sentir público». Su objetivo era procurar la adhesión de la opinión ciudadana para con la política revanchista que estaba a punto de poner en funcionamiento Dámaso Berenguer, una vez que lograra un mínimo grado de instrucción para los soldados que continuamente partían hacia Marruecos. La redacción sabía que los salmantinos, al igual que el resto del país, estaban divididos entre los que defendían el abandono inmediato, la guerra a toda costa o el desquite urgente y sin excesiva meditación. No dudaron, en consecuencia, en dedicar en repetidas ocasiones la oportunamente creada sección «España en Marruecos» para presentar al rifeño como un individuo traidor por naturaleza y fanático mediante el emotivo relato de la caída sucesiva de las posiciones militares<sup>59</sup>. Intentaban así atraer el pensamiento

---

<sup>57</sup> *La Gaceta Regional* vio la luz el 20 de agosto de 1920. Editada por la sociedad Editorial Salmantina, esta publicación era propiedad de la sociedad anónima «Sociedad Castellana», que tenía como máximos accionistas a José María Gil Robles, José Cimas Leal y muchos otros miembros del Bloque Agrario Salmantino. Su dirección recayó inicialmente en Buenaventura Benito Núñez, y desde diciembre de ese año, quedó en manos de Fernando Íscar Peyra. Nació, como se podrá deducir, para defender los intereses del latifundismo, y también estrechamente vinculada a la opinión católica. A partir de los datos proporcionados por la Estadística de Prensa de 1927, se puede cifrar su tirada en 3.000 ejemplares diarios.

<sup>58</sup> «Teoría de actualidad», *La Gaceta Regional*, n.º 289, 8 de agosto de 1921, p. 1.

<sup>59</sup> Existe una línea de investigación interesantísima y muy potente que se ocupa de estudiar la imagen del marroquí en la memoria colectiva de los españoles mediante el empleo de muy variopintas fuentes. Tal vez, una de las obras más sugerentes sobre el asunto sea MARTÍN CORRALES, Eloy: *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica: siglo XVI-XX*. Bellaterra, Barcelona, 2002. Mediante el empleo de imágenes es perfectamente capaz este autor de trazar la historia del Protectorado desde la época de la penetración pacífica hasta el periodo de castigo indiscriminado del marroquí (y llega hasta la actualidad).

local hacia las posiciones más belicosas: «El descalabro sufrido exige una reparación inmediata, repiten todos los periódicos de la Península, y así en efecto lo han comprendido los que manejan las riendas de la nación y, sobre todo, el Alto Comisario, que organiza ya la ofensiva, y a cuyo llamamiento acuden los soldados hispanos, llenos de ardor bélico, que empuñan las armas, impacientes por vengar tanta injuria»<sup>60</sup>. Aunque este diario aplaudía gran parte de la ideología maurista, en lo tocante a la gestión del Protectorado, cabe subrayar que *La Gaceta* se mostró muy recelosa ante las iniciativas del líder conservador. De hecho, durante varios días se tomó la molestia de publicar sesgadamente un extenso discurso que Maura había pronunciado en el Congreso en 1914 con el objeto de desacreditar la idea de que España debía limitarse a la ocupación de las costas africanas para garantizar su independencia<sup>61</sup>. Este fue el inicio de una campaña contra los bautizados como «derrotistas agoreros», que no hacían sino obstaculizar la generosidad hasta entonces mostrada por Salamanca<sup>62</sup>.

La atención mediática que el derrumbamiento de la Comandancia de Melilla recibió fue, como ya se ha podido intuir, enorme. Además de las informaciones sobre el fatal acontecimiento y el exhaustivo seguimiento de la reacción gubernamental a través de las reuniones del Consejo de ministros, las publicaciones periódicas salmantinas, con la notoria salvedad de *El Pueblo*, dejaron detalladísima constancia de todos los gestos, ya fuesen individuales o colectivos, a título particular u oficialmente, de apoyo a los combatientes en tierras africanas. Además, después de que el segundo batallón de La Victoria partiese hacia aquellas tierras, tanto *El Adelanto* como *La Gaceta Regional* lograron los servicios de varios soldados de cuota<sup>63</sup>, que se encargaron de enviar periódicamente telegramas y crónicas para cal-

<sup>60</sup> FRAILE, Luciano S.: «Sin sacrificio no hay patriotismo», en *La Gaceta Regional*, n.º 304, 26 de agosto de 1921, p. 1.

<sup>61</sup> «La visión del problema de Marruecos», *La Gaceta Regional*, n.º 306, 29 de agosto de 1921, p. 3; «La visión del problema de Marruecos», *La Gaceta Regional*, n.º 308, 31 de agosto de 1921, p. 3; «La visión del problema de Marruecos», *La Gaceta Regional*, n.º 316, 9 de septiembre de 1921, p. 3; y «El discurso del señor Maura», *La Gaceta Regional*, n.º 382, 26 de noviembre de 1921, p. 3.

<sup>62</sup> «Del espíritu salmantino. Refulge el patriotismo», *La Gaceta Regional*, n.º 312, 5 de septiembre de 1921, p. 1.

<sup>63</sup> El soldado de cuota apareció como figura legal en 1912 con la reforma del sistema de reclutamiento del general Luque. Aunque la nueva ley no abolió la redención en metálico, obligó a todos los reclutas a cumplir un mínimo de cinco meses de servicio militar, pudiéndose librar del resto del mismo previo pago de una cantidad. Además, los «cuotas» eran forzosamente movilizados en tiempos de guerra. Sin embargo, la estancia de éstos en campaña resultó más confortable que la de los soldados de haber.

mar el ánimo de los salmantinos y, paralelamente, mantener viva la llama de las suscripciones<sup>64</sup>.

Fácilmente se puede perfilar la historia de la estancia del segundo batallón de La Victoria en África a través de estos telegramas y narraciones. A mediados de agosto se confirmó finalmente que el batallón debía trasladarse a Ceuta. Éste quedó constituido por 1.040 individuos de tropa, todos los del primer y segundo año de servicio, siendo casi 700 hombres «cuotas» de Salamanca y de su provincia. A ellos había que sumar la oficialidad, una compañía de ametralladoras del regimiento de Isabel II, que entonces guarnecía Valladolid, las ordenanzas de la capitanía general y de los gobiernos militares de Ciudad Rodrigo y Cáceres, y finalmente, dos compañías más de La Victoria que se hallaban destacadas en Béjar<sup>65</sup>. La ansiedad fue la nota dominante de la capital hasta que se confirmó la fecha de la partida, que definitivamente habría de producirse el 25 de agosto. Salamanca estaba atestada de gente que acudía a despedir a sus familiares y, mientras, la prensa intentaba apaciguar las aguas al presentar el territorio de la Comandancia de Ceuta como la zona más pacífica del Protectorado, aunque sin renunciar por un instante a estimular el deseo de revancha<sup>66</sup>. Pocos días antes, la redacción de *El Adelanto* informaba de que el soldado de cuota Ricardo Pedraza se ocuparía de describir a los salmantinos cómo se desarrollaba la vida en campaña de los soldados de La Victoria<sup>67</sup>. Unos días después también *La Gaceta* anunciaba que el cabo de cuota Jerónimo García de la Cruz enviaría periódicamente crónicas para el rotativo conservador<sup>68</sup>. Como cabía esperar, la noche de la despedida fue un momento de vaga mez-

<sup>64</sup> El envío de cronistas y el empleo de «cuotas» como reporteros de guerra fueron instrumentos habituales al servicio de la prensa, consciente de las posibilidades de atraerse a un público ávido de noticias de primera mano y también de la urgente necesidad de acallar a posibles disconformes. Muchas crónicas de la guerra fueron, en los años inmediatos, recopiladas a modo de libro, como fue el caso de las de Luis de Oteyza, Eduardo Rubio Fernández o Eduardo Ortega y Gasset. Otras, están siendo editadas ahora. Por citar un ejemplo, acaban de ser publicadas las crónicas de Alfredo García García (Adeflor), director del periódico gijonés *El Comercio*. Véase ARIAS GONZÁLEZ, Luis (Ed.): *En la guerra de África (1921)*. VTP Editorial, Gijón, 2008. Muy acertadamente, el autor apunta que las crónicas permitieron que los periódicos actuaran como «espejos y faros» de la opinión pública (p. 25).

<sup>65</sup> «La marcha a Marruecos de las fuerzas de La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.411, 12 de agosto de 1921, p. 3.

<sup>66</sup> «La marcha de las tropas de La Victoria a Ceuta», *El Adelanto*, n.º 11.422, 25 de agosto de 1921, p. 1. *La Gaceta*, paralelamente, publicaba insistentemente en estas fechas copillas de inspiración similar a la que sigue: «Las ofensas a la Patria / no se pueden aguantar / dame el cuchillo, madre / que me voy a pelear», «La marcha de los soldados», *La Gaceta Regional*, n.º 299, 20 de agosto de 1921, p. 7.

<sup>67</sup> «Cuando parta la tropa», *El Adelanto*, n.º 11.419, 22 de agosto de 1921, p. 3.

<sup>68</sup> «La Ciudad», *La Gaceta Regional*, n.º 304, 26 de agosto de 1921, p. 11.

cla entre tristeza, resignación y orgullo, aunque casi todos los rotativos describieron el ambiente de esa noche como «grandioso»<sup>69</sup>. La salida del batallón estaba prevista para pasada la media noche, aunque hubo de retrasarse porque los familiares retenían a sus soldados más de lo esperado. Siguieron estas fuerzas la conocida como Línea del Oeste, pasando por Astorga, Monforte, Ponferrada, Orense y Redondela, siendo siempre acogidos entre clamores y con incontables donativos<sup>70</sup>. En Vigo, donde también fueron muy bien recibidos<sup>71</sup>, la tropa y la oficialidad debieron embarcar con destino a Ceuta, pero el día 29, se supo que el batallón había recibido una nueva orden de dirigirse a Larache<sup>72</sup>. Al fin, el 31 de agosto llegó La Victoria al campamento de Nador (no confundir con el de la Comandancia de Melilla, que fue reocupado el 17 de septiembre de 1921)<sup>73</sup>.

Los primeros comunicados y crónicas de Pedraza y de García de la Cruz sobre esta posición estuvieron repletos de detalles costumbristas y tranquilizadores, quizá por la sorpresa que acarrió el cambio de destino a última hora. Nador era descrita como una posición llena de reposo y la vida que allí llevaban los salmantinos era bastante relajada. Ocupaban casi todo su tiempo en tareas de instrucción y baños en la playa y subrayaban los «cuotas», con particular ahínco, que su salud era estupenda<sup>74</sup>. Lamentablemente, la calma fue seguida de varias noticias tempestuosas. La Victoria se convirtió en el principal vínculo, y sobre todo, el más emotivo, entre los salmantinos y la guerra del Rif, de tal modo, que sus avatares en África tuvieron un impacto decisivo en la actitud popular ante este conflicto. No obstante, conviene saber que, además de en este regimiento, algunos salmantinos también viajaron hasta el Protectorado como integrantes de otros regimientos, pero apenas recibieron atención periodística.

<sup>69</sup> «La grandiosa despedida de Salamanca al batallón de La Victoria que marcha a Ceuta», *El Adelanto*, n.º 11.423, 26 de agosto de 1921, pp. 1-2; «Los soldados de La Victoria marchan a África entre clamorosas oraciones», *La Gaceta Regional*, n.º 304, 26 de agosto de 1921, pp. 3-4.

<sup>70</sup> GARCÍA DE LA CRUZ: «El batallón de La Victoria», *La Gaceta Regional*, n.º 306, 29 de agosto de 1921, p. 1.

<sup>71</sup> GARCÍA DE LA CRUZ: «El batallón de La Victoria», *La Gaceta Regional*, n.º 313, 6 de septiembre de 1921, p. 1.

<sup>72</sup> «El batallón de La Victoria recibe orden de variar su destino e ir a Larache», *El Adelanto*, n.º 11.426, 30 de agosto de 1921, p. 3.

<sup>73</sup> «La llegada a Larache del batallón de La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.429, 2 de septiembre de 1921, p. 1; y «La Ciudad», *La Gaceta Regional*, n.º 310, 2 de septiembre de 1921, p. 11.

<sup>74</sup> PEDRAZA: «El batallón de La Victoria en Larache», *El Adelanto*, n.º 11.431, 5 de septiembre de 1921, p. 1; PEDRAZA: «La estancia del batallón de La Victoria en Larache», *El Adelanto*, n.º 11.434, 8 de septiembre de 1921, p. 2; PEDRAZA: «Nuestro parte diario», *El Adelanto*, n.º 11.435, 9 de septiembre de 1921, p. 2; GARCÍA DE LA CRUZ: «El batallón de La Victoria», *La Gaceta Regional*, n.º 315, 8 de septiembre de 1921, p. 2; y GARCÍA DE LA CRUZ: «El batallón de La Victoria», *La Gaceta Regional*, n.º 317, 10 de septiembre de 1921, p. 3.

Era habitual entonces que, al llegar la Navidad, en los diarios apareciesen coplillas en las que se manifestaba la tristeza y resignación, sobre todo de las madres, ante la ausencia de un ser querido destinado a alguna posición africana<sup>75</sup>. Al mismo tiempo, iniciativas como la del «aguinaldo del soldado» tenían muy buena acogida en estas fechas. Pero es a partir del verano de 1921 cuando estas actuaciones adquirieron una relevancia sin precedentes conocidos. Ya en la tempranísima fecha del 29 de julio, la Comisión Provincial de la Cruz Roja comunicó que, al igual que durante el desarrollo de la Primera Guerra Mundial, se disponía a ofrecer a las familias de los soldados presentes en el momento de la deserción masiva iniciada en Annual la posibilidad de recibir informes sobre su paradero y estado de salud. El afán de esta institución por tranquilizar a la población era innegable<sup>76</sup>. Se convirtieron en habituales en la prensa los espacios dedicados a informar sobre el destino de centenares de soldados, aunque no faltaron algunas quejas por la lentitud del servicio, comprensible, por otro lado, si se parte de que se exigía una veracidad absoluta y el caos de la región melillense era enorme. La Cruz Roja se mostró reiteradamente como una institución que se desvivía por satisfacer a los familiares de los combatientes<sup>77</sup>. Ya con anterioridad al Desastre, *La Gaceta* había dedicado cuantiosos editoriales a elogiar este organismo caritativo y a repasar la historia de sus primeras actuaciones, remontándose hasta la época de la guerra de África<sup>78</sup>. Muy pronto también, ofreció dicha institución al comandante militar de la zona la posibilidad de solicitar al Ayuntamiento la cesión de un local para la futura instalación de una Posta Sanitaria o un Hospital de Sangre<sup>79</sup>. Antonio

<sup>75</sup> «El aguinaldo de Juan Soldado», *El Adelanto*, n.º 11.221, 1 de enero de 1921, p. 3.

<sup>76</sup> «La Cruz Roja», *El Adelanto*, n.º 11.399, 29 de julio de 1921, p. 1; y «Obra meritoria. La Cruz Roja», *La Gaceta Regional*, n.º 281, 29 de julio de 1921, p. 5. Para lograr esta información, los interesados debían dirigirse al presidente de la comisión provincial de la Cruz Roja, don Fernando Zaballa (Plaza Mayor, n.º 35), y comunicarle las señas exactas del individuo, nombre y dos apellidos, naturaleza, regimiento, compañía, batería o escuadrón de destino y punto donde se encontraba antes de la derrota militar.

<sup>77</sup> Sobre los orígenes e historia de la Cruz Roja Española, véase CLEMENTE, Joseph Carles: *Historia de la Cruz Roja Española*. Cruz Roja Española, Madrid, 1990; o del mismo autor: *Tiempo de humanidad. La labor sanitaria de Cruz Roja Española (1864-1997)*. Fundamentos, Madrid, 2003. En ambas obras puede el lector encontrar cifras generales sobre los servicios prestados por la Cruz Roja Española en las sucesivas campañas militares.

<sup>78</sup> HERRERAS DE BURGOS, Ángel: «La Cruz Roja», *La Gaceta Regional*, n.º 175, 22 de marzo de 1921, p. 2; y también del mismo redactor: «La Cruz Roja», *La Gaceta Regional*, n.º 183, 2 de abril de 1921, p. 10; y «La Cruz Roja», *La Gaceta Regional*, n.º 385, 5 de abril de 1921, p. 4; Por último, y también a propósito de las labores desempeñadas por la Cruz Roja: «Su Majestad la reina visitará el hospital de sangre de Salamanca», *La Gaceta Regional*, n.º 390, 6 de diciembre de 1921, p. 2.

<sup>79</sup> CALAMA SANZ, Antonio: «La Cruz Roja y los heridos de Melilla», *El Adelanto*, n.º 11.410, 11 de agosto de 1921, p. 1; y «La Cruz Roja de Salamanca», *La Gaceta Regional*, n.º 309, 1 de septiembre de 1921, p. 8.

Calama, secretario de la Cruz Roja de Salamanca, además de concejal, presentó una moción de cesión del edificio del Molassín en una sesión municipal. Se pretendía que allí fuese atendidos los soldados de Salamanca y provincia heridos en Marruecos, y que hasta el momento eran socorridos en la fonda de la estación y en algunas casas adyacentes. El Ayuntamiento no puso ningún tipo de traba e inmediatamente donó este viejo e inutilizado edificio.

La segunda iniciativa de trascendencia organizada a favor de los combatientes salmantinos fue la adquisición de un aeroplano. Aunque el proyecto original no arrancó de la provincia, tan pronto como empezaron a difundirse rumores sobre la inminente marcha de La Victoria a África, se sugirió la posibilidad de abrir una suscripción popular de carácter provincial para costear el instrumento bélico más eficiente de la época. Fue el capitán de ingenieros Felipe Rodríguez quien remitió a *El Adelanto* unas cuartillas en las que recogía tan feliz idea de un capitán de la Guardia Civil de Murcia: que cada provincia regalase un aeroplano para el Ejército, con el nombre de la misma en la chapa del aparato para así levantar el espíritu bélico de los combatientes. La sugerencia fue comunicada a la Diputación Provincial y González Cobos<sup>80</sup> la aceptó de inmediato<sup>81</sup>, mientras que el Ayuntamiento decidió votar la cantidad de 5.000 pesetas a su favor<sup>82</sup>. Como ocurrió con los informes de la Cruz Roja sobre el paradero de los combatientes, también las listas con los nombres de los suscriptores para el aeroplano, y luego para otros muchos utensilios, se convirtieron en espacios recurrentes de las publicaciones locales<sup>83</sup>.

No se debe perder de vista que la aviación desempeñó un papel crucial en el desarrollo de las operaciones de reocupación de las posiciones. La

---

<sup>80</sup> Rafal González Cobos fue presidente de la Diputación Provincial de Salamanca entre 1921 y 1922. Fue también uno de los miembros más dinámicos de la Comisión Patriótica y, posteriormente, Presidente de la Unión Deportiva Salmantina (1929) y del Casino de Salamanca. Aunque en 1922 fue designado gobernador civil de Zaragoza, siempre permaneció muy vinculado a esta ciudad meseteña. Fue apartado de la vida política durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera, aunque se reincorporó a ella después, de la mano de Melquíades Álvarez y Filiberto Villalobos.

<sup>81</sup> En el Boletín Oficial de la Provincia correspondiente al 12 de agosto de 1921 se inserta una carta de González Cobos en la que acepta de muy buen grado este proyecto.

<sup>82</sup> El Ayuntamiento tardó muchísimo en hacer efectiva esta donación. De hecho, cuando la Comisión Gestora dio por concluidas sus reuniones, el pago no se había hecho efectivo todavía.

<sup>83</sup> «Salamanca se propone adquirir un aeroplano para el Ejército de África», *El Adelanto*, n.º 11.408, 9 de agosto de 1921, p. 1. Se incluía una primera lista de suscriptores y se anunciaba que ésta quedaba abierta en los Casinos de Salamanca y Pasaje, en el Café Novelty, en las librerías de los señores Núñez, Catón y Antonio García y, para finalizar, en los comercios de Mariano Rodríguez Galván y Arturo Pozuela.; «Una aeronave para el Ejército español», *La Gaceta Regional*, n.º 289, 8 de agosto de 1921, p.1; y «Salamanca regalará un aeroplano a nuestro Ejército», *La Gaceta Regional*, n.º 291, 10 de agosto de 1921, pp. 2-3.

fotografía aérea permitió localizar el emplazamiento de cañones enemigos, depósitos de armas y concentraciones de combatientes. A la potencia destructora de los bombardeos había que sumar el daño psicológico que ocasionaban. Consecuentemente, la donación de aeroplanos, mediante la apertura de suscripciones provinciales, se convirtió en una forma habitual de apoyo a los soldados. Salamanca no fue una excepción y, de hecho, la colecta tuvo una brillante acogida. No obstante, aunque la prensa local frecuentemente alabó la enorme capacidad destructiva de los aviones y de las bombas explosivas, espoleando así el deseo de desquite entre la opinión, se cuidaron muchísimo de aludir al empleo de gases tóxicos<sup>84</sup>. El 11 de agosto se celebró una primera magna asamblea para materializar este proyecto y así nació, sin una excesiva premeditación, la Comisión Gestora o Patriótica de apoyo al batallón expedicionario de La Victoria<sup>85</sup>. Ésta, bajo la presidencia del gobernador civil, quedó integrada por el entonces presidente de la Diputación Provincial, el señor González Cobos, Andrés P. Cardenal<sup>86</sup>, los redactores José Sánchez Gómez y Mariano Serrano Piedecosas, el capitán de ingenieros Felipe Rodríguez y el concejal González Lago. Fácilmente se puede suponer el entusiasmo que esta idea despertó si se piensa que, una semana después de abierta la suscripción, ya se habían reunido casi sesenta mil pesetas y se barajaba la posibilidad de regalar más de un aeroplano<sup>87</sup>. Incluso, intentando realizar un «alarde de patriotismo» se lanzó al viento la conveniencia de que el piloto del «Salamanca» fuese un salmantino<sup>88</sup>.

Ilustrativo también, aunque ya algo más anecdótico, fue el que unos niños del Colegio San Vicente participasen activamente en la colecta o que el obispo de Salamanca animase a todo el clero provincial a ceder un día de su haber

---

<sup>84</sup> En efecto, únicamente he podido hallar dos tímidas referencias al empleo de estas sustancias. El 8 de mayo de 1921, Alfredo Rivera alude a que la cábila de Ajmás, en la zona de Larache, ha sido «rociada», aunque sin precisar con qué sustancia. Y el 12 de septiembre de 1921, trascurridos casi dos meses tras la catástrofe militar, *La Gaceta*, en su sección «España en Marruecos» inserta una relación del material enviado recientemente a Melilla. En ella se incluyen «gases venenosos para emplear por la infantería, bombas de gases para la aviación y cañones de trinchera para lanzar gases». Recuérdese que entonces existía un régimen de «libertad vigilada» sobre la prensa. Por ello, no deja de sorprender el hecho de que se filtrasen noticias alusivas al empleo de gases tóxicos, cuyo uso había quedado prohibido en Versalles.

<sup>85</sup> «La suscripción para adquirir un aeroplano para el Ejército de África», *El Adelanto*, n.º 11.411, 12 de agosto de 1921, p. 2. La suscripción ya entonces reunía 20.000 pesetas.

<sup>86</sup> Andrés Pérez Cardenal era el Presidente de la Cámara de Comercio en aquellos momentos. Asumió el cargo de tesorero al servicio de la Comisión Patriótica.

<sup>87</sup> «Salamanca y el día patriótico», *El Adelanto*, n.º 11.404, 16 de agosto de 1921, p. 1.

<sup>88</sup> «Actitud patriótica de unos niños», *El Adelanto*, n.º 11.413, 15 de agosto de 1921, p. 1; y «El piloto ideal para el “Salamanca”», *La Gaceta Regional*, n.º 295, 16 de agosto de 1921, p. 5.

en beneficio de la suscripción<sup>89</sup>. Al finalizar agosto, la Comisión Gestora acordó la solicitud de un modelo Havilland Page. La euforia iba en aumento porque, por un lado, la recaudación alcanzaba cifras inimaginables, faltando aún la contribución de 230 pueblos de la provincia y de muchos terratenientes, y por otro, se confiaba en que Salamanca fuese la primera provincia española en entregar este espléndido donativo<sup>90</sup>. Además, el remanente podría emplearse en multitud de objetos igualmente útiles para los soldados. Finalmente, y muy pocos días antes del reinicio de las operaciones militares en la Comandancia de Melilla, se confirmó que Salamanca sería la primera provincia en entregar dos aviones al Ejército de África. Aunque otras provincias fueron más rápidas en el momento de contactar con la casa Havilland, la Comisión Patriótica de Salamanca fue la que antes pudo clausurar la recaudación, reuniendo un total algo superior a 80.000 pesetas (pero las contribuciones se prolongaron mucho más en el tiempo y la Comisión Gestora llegó a adquirir materiales y distribuir donativos entre soldados y familiares por un valor cercano a las 300.000 pesetas). Como todos los trámites se realizaron, además, con la mediación del ministerio de Guerra, Salamanca esquivó el pago de derechos de exportación desde Inglaterra y de Aduanas en España<sup>91</sup>.

Por último, entre las iniciativas particulares, además de la presentación de voluntarios para cubrir plazas en los tres escuadrones de la Albuera que se organizaron como precaución<sup>92</sup>, cabría destacar la velada y suscripción organizada por un grupo de jóvenes para costear el traslado desde Melilla hasta Salamanca de la esposa y la hija de un fallecido durante los combates de julio en la posición de Afrau<sup>93</sup>; los abundantes obsequios de la Acción

<sup>89</sup> Julián, obispo de Salamanca: «Palabras del prelado», *La Gaceta Regional*, n.º 311, 3 de septiembre de 1921, p. 1. Lo cierto es que la Iglesia estuvo muy presente en todos los gestos de apoyo a las tropas. Además de la cesión de «un día de haber al mes», fue habitual la celebración de funerales por el alma de los difuntos, la participación de los sacerdotes en «el aguinaldo del soldado» y, en general, en todas las iniciativas patrióticas propuestas.

<sup>90</sup> «La comisión del aeroplano “Salamanca”», *El Adelanto*, n.º 11.424, 27 de agosto de 1921, p. 2; «El patriotismo de la provincia», *El Adelanto*, n.º 11.428, 1 de septiembre de 1921, p. 1; y «A propósito de la aeronave “Salamanca”», *La Gaceta Regional*, n.º 307, 30 de agosto de 1921, p. 1.

<sup>91</sup> RUY-GONZÁLEZ: «Salamanca será la primera provincia que regala al Ejército dos aeroplanos Havilland», *El Adelanto*, n.º 11.430, 3 de septiembre de 1921, p. 2.

<sup>92</sup> «Soldados voluntarios en África», *El Adelanto*, n.º 11.407, 8 de agosto de 1921, p. 1. No obstante, mientras que en la prensa local fue habitual el aplauso a la figura del voluntario, en los boletines oficiales de la provincia se pueden encontrar largos listados con el nombre de los desertores.

<sup>93</sup> «Próxima velada benéfica por el héroe de Afrau», *El Adelanto*, n.º 11.405, 5 de agosto de 1921, p. 4; y «¿Quién es el soldado desconocido?», *La Gaceta Regional*, n.º 285, 3 de agosto de 1921, p. 5. Se trataba de un tal Mariano García, que acaparó bastante atención mediática en el verano de 1921. Corrochano había escrito para el *ABC* una crónica sobre este soldado del regimiento de Ceriñola, origen de la iniciativa mencionada. Pero a finales de agosto, *La Gaceta Regional* desmintió la historia de su «gloriosa» muerte, señalando que este individuo seguía vivo y facilitando

Católica de la Mujer, así como la solemne misa que estas damas organizaron en la Catedral el 13 de agosto, unos días antes de la marcha de La Victoria<sup>94</sup>; los donativos del Ayuntamiento también destinados al segundo batallón de la fuerza que hasta entonces guarnecía Salamanca<sup>95</sup>; o la tómbola colocada en la Plaza Mayor por la Sociedad Deportiva Helmántica, coincidiendo con las ferias de septiembre, para destinar su producto a los soldados<sup>96</sup>.

Fueron, en definitiva, muchísimos los gestos de socorro puestos en marcha durante el verano de 1921, mientras que las voces discordantes apenas se dejaron escuchar.

### *La prensa salmantina ante la contraofensiva de los africanistas*

El inicio de las operaciones de reconquista, a principios de septiembre de 1921, supuso un cambio en el tono discursivo de gran parte de la prensa y también en la actitud ciudadana ante la política ejecutada en el Protectorado. *El Adelanto*, aunque siguió mostrando su orgullo ante la serenidad y los incontables ofrecimientos realizados por los salmantinos, parecía comprender que se hallaba ante el inicio de una nueva etapa en el desarrollo del conflicto y del sentir popular, y no sabía con precisión cómo posicionarse. El pueblo había demostrado al gobierno de Allendesalazar su superioridad moral al no escatimar hombres ni dinero en los meses inmediatos al Desastre, y, todo ello, pese a la desinformación que envolvía su existencia<sup>97</sup>. No obstante, el pesimismo iba ganando terreno entre la multitud, mientras que la incredulidad y el recelo se convertían en las reacciones imperantes al recibirse noticias sobre

---

el que los donantes pudiesen recuperar sus contribuciones («La Ciudad», *La Gaceta Regional*, n.º 301, 23 de agosto de 1921, p. 11).

<sup>94</sup> «El aeroplano “Salamanca” debe llevar un piloto salmantino», *El Adelanto*, n.º 11.411, 12 de agosto de 1921, p. 3; «La grandiosa fiesta del sábado en la catedral», *El Adelanto*, n.º 11.413, 15 de agosto de 1921, pp. 1-2; «La fiesta patriótica de la catedral», *La Gaceta Regional*, n.º 294, 13 de agosto de 1921, p. 11. Esa asociación envió al cuartel de Anaya un total de 300 escapularios y 75 opúsculos titulados.

<sup>95</sup> «Las fuerzas de La Victoria y su próxima marcha», *El Adelanto*, n.º 11.413, 15 de agosto de 1921, p. 3; y «Homenaje a las tropas», *La Gaceta Regional*, n.º 295, 16 de agosto 1921, p. 5. Además, el 14 de agosto, el Ayuntamiento salmantino hizo entrega al coronel del regimiento de 6.080,03 pesetas, procedentes de una suscripción municipal, además de nueve cajas de habanos para los jefes y oficiales de La Victoria.

<sup>96</sup> «Una patriótica idea de la Sociedad Helmántica», *El Adelanto*, n.º 11.426, 30 de agosto de 1921, p. 1; «La tómbola a beneficio de los soldados de África», *El Adelanto*, n.º 11.435, 9 de septiembre de 1921, p. 3; «Fin patriótico», *La Gaceta Regional*, n.º 307, 30 de agosto de 1921, p. 3.

<sup>97</sup> «Directores y dirigidos», *El Adelanto*, n.º 11.640, 8 de octubre de 1921, p. 3.

éxitos militares más allá del Estrecho. Por ello, *El Adelanto* intentó reafirmarse en la convicción de que el Ejército español era infinitamente superior a la fuerza rifeña<sup>98</sup>. Desde mediados de octubre, en la sección a la que ya se ha aludido titulada «Páginas de la guerra», comenzaron a aparecer relatos costumbristas sobre los marroquíes<sup>99</sup>. Al igual que en el caso de *La Gaceta Regional*, estos eran presentados con una fuerte carga de fanatismo y xenofobia. Pero aunque el diario progresista intentaba y deseaba de este modo combatir las actitudes derrotistas y confiar en la autoridad y capacidad de mando de Dámaso Berenguer, las circunstancias no parecían apoyarle<sup>100</sup>.

Las escisiones en el seno del gobierno Maura tras la celebración de la Conferencia de Pizarra no presagiaban ninguna estabilidad política<sup>101</sup>. De hecho, poco después de la dimisión del gobierno, se dispararon los rumores sobre la inminente dimisión del Alto Comisario, pues sabido era que sus planteamientos no concordaban con los de Olaguer, el nuevo ministro de Guerra<sup>102</sup>. El anuncio de que muy pronto se iba a avanzar hacia el protectorado civil y se iniciaría la repatriación de tropas y la recluta voluntaria, en cuanto finalizasen las operaciones contra el Raisuni, pudo rescatar a la redacción de *El Adelanto* del pesimismo en que también ella se estaba hundiendo<sup>103</sup>. Con renovadas energías, este diario siguió defendiendo la imposibilidad de que España abandonase Marruecos, pues varios compromisos nacionales e internacionales convertían su permanencia en el Protectorado en una obligación. Lo que pretendía era demostrar la conveniencia de una acción conjunta civil y militar y la formación de un Ejército colonial que permitiese el ahorro de sangre y dinero de los españoles.

No obstante, coincidiendo con la aparición de nuevas escisiones gubernamentales, que tuvieron como protagonistas a Cambó, Bergamín y Romanones<sup>104</sup>, otra vez cundió la desesperación entre los escritores de este día-

<sup>98</sup> «El nefando pesimismo», *El Adelanto*, n.º 11.641, 10 de octubre de 1921, p. 1.

<sup>99</sup> «Páginas de la guerra», *El Adelanto*, n.º 11.462, 11 de octubre de 1921, pp. 2-3; «Páginas de la guerra», *El Adelanto*, n.º 11.464, 13 de octubre de 1921, p. 3; «Páginas de la guerra», *El Adelanto*, n.º 11.468, 18 de octubre de 1921, p. 3; «Postales marroquíes», *El Adelanto*, n.º 11.780, 26 de octubre de 1922, p. 3; y RODRÍGUEZ VALDÉS, A.: «Las mujeres de Marruecos», *El Adelanto*, n.º 11.810, 1 de diciembre de 1922, p. 3.

<sup>100</sup> «Balance general», *El Adelanto*, n.º 11.529, 28 de diciembre de 1921, p. 1.

<sup>101</sup> «Marruecos», *El Adelanto*, n.º 11.561, 3 de febrero de 1922, p. 1; «El importante consejo de ministros de anoche», *El Adelanto*, n.º 11.561, 3 de febrero de 1922, p. 4.

<sup>102</sup> RIVERA: «Dimisión del Alto Comisario», *El Adelanto*, n.º 11.590, 9 de marzo de 1922, p. 4.

<sup>103</sup> «¿Cambio de política en Marruecos?», *El Adelanto*, n.º 11.628, 24 de abril de 1922, p. 4; y RIVERA: «El proyecto de presupuesto. Ha comenzado la repatriación de tropas», *El Adelanto*, n.º 11.639, 8 de mayo de 1922, p. 6.

<sup>104</sup> RIVERA: «El discurso de Cambó», *El Adelanto*, n.º 11.688, 1 de julio de 1922, p. 5; y «El debate sobre Marruecos en el Congreso», *El Adelanto*, n.º 11.689, 3 de julio de 1922, p. 3.

rio: «Quince años de actuación constante, centenares de miles de vidas sacrificadas, siete u ocho mil millones de pesetas consumidas y un desprestigio colonial que ninguna cancillería en el mundo desconoce... He aquí el lamentable balance de nuestra acción en África (...) Como en América, hemos tenido en África diversidad de planes, multitud de jefes y un río de oro que se ha vertido en aquellas arenas abrasada, y un río de sangre que ha enrojecido caminos, valles y montañas. Mas lo esencial no cambió nada, continuando en la aventura con absoluta falta de lógica, con desproporcionado exceso de ligereza y con un desconocimiento increíble de la región donde se opera y de la psicología de sus habitantes. Cuantas veces se anunció cambio de conducta, otras tantas se persistió en el error. Por eso hay que esperar a ver en qué quedan las nuevas medidas que se adopten»<sup>105</sup>. La aceptación de la dimisión de Berenguer y su sustitución por Burguete fue una noticia inicialmente muy bien acogida, ante todo por las declaraciones pacifistas de éste<sup>106</sup>. El retorno a la política de pactos con el Raisuni tuvo el aprobado de *El Adelanto*<sup>107</sup>, pero en la región oriental sus propósitos chocaron con que el desarme y la sumisión todavía eran sueños inalcanzables. La opinión progresista salmantina perdió sin embargo muy pronto la fe en el Alto Comisario porque sus declaraciones acabaron siendo contrarias a las directrices del gobierno de Sánchez Guerra, olvidando el enorme déficit que significaban las interminables campañas militares sostenidas desde 1909<sup>108</sup>. Además, sus frecuentes visitas a Madrid generaban mucha inquietud. Por otro lado, a estas alturas y como más adelante se explicará, el tema de las responsabilidades ya estaba originando muchos quebraderos de cabeza al gobierno<sup>109</sup>. Así pues, mientras se intensificaban los rumores que aseguraban la dimisión de Burguete, se incrementaba el número de artículos que rechazaban la prolongación de la guerra.

El gabinete dimitió en diciembre de 1922, pero Burguete permaneció aún en su puesto e intentó justificar su fracaso descargando la responsabilidad en el gobierno dimisionario. Comprensiblemente, el nombramiento, ¡por fin!, del civil Miguel Villanueva como Alto Comisario fue una estu-

<sup>105</sup> «Nuestra acción de guerra en Marruecos», *El Adelanto*, n.º 11.690, 4 de julio de 1922, p. 1.

<sup>106</sup> «El nuevo Alto Comisario, general Burguete», *El Adelanto*, n.º 11.699, 17 de julio de 1922, p. 2.

<sup>107</sup> «La sumisión de Raisuni. Las condiciones pactadas», *El Adelanto*, n.º 11.729, 23 de agosto de 1922, p. 6; «Antes de enero serán repatriadas todas las fuerzas que operan en Marruecos», *El Adelanto*, n.º 11.770, 10 de octubre de 1922, p. 6; y Rivera: «El día en Madrid», *El Adelanto*, n.º 11.826, 19 de diciembre de 1922, p. 5.

<sup>108</sup> RIVERA: «El general Burguete sale para Marruecos», *El Adelanto*, n.º 11.772, 12 de octubre de 1922, p. 5; y «Cuatro mil trescientos millones de déficit», *El Adelanto*, n.º 11.781, 27 de octubre de 1922, p. 1.

<sup>109</sup> «El penoso problema», *El Adelanto*, n.º 11.827, 20 de diciembre de 1922, p. 1.

penda noticia para *El Adelanto*. Esta elección fue considerada como un enorme acierto, dada la larga experiencia de este hombre en tierras africanas y también porque eran conocidas sus intenciones negociadoras y su propósito de acabar con los muchos intereses del Ejército en África<sup>110</sup>. Igualmente, este periódico se mostró muy satisfecho ante la seriedad del recién formado gabinete de García Prieto. El hecho de que se preocupase por exponer al país sin ambages la totalidad de su programa de gobierno, y en particular su futura actuación en África, fue muy aplaudido. No obstante, del cumplimiento de este programa pendía su conservación en la cúpula del poder y el diario era consciente de que terminar con la supremacía militar en el Protectorado era una misión terriblemente compleja.

La prolongada enfermedad de Villanueva fue un duro golpe para la redacción de *El Adelanto*. Aunque su cargo fue desempeñado interinamente por el hasta entonces Secretario de la Alta Comisaría López Ferrer<sup>111</sup>, desde mediados de enero de 1923, se barajaron varios nombres para su reemplazo. Una interinidad prolongada del Alto Comisario podría animar a los rebeldes rifeños a avivar su resistencia, y si a estas vacilaciones políticas se añadía la impaciencia popular ante la lentitud de las negociaciones para el rescate de los supervivientes de julio de 1921, se puede entender la urgencia del marqués de Alhucemas por buscar un nuevo hombre de confianza en Marruecos<sup>112</sup>. Aunque sonaba con fuerza el nombre de Silvela, por entonces ministro de Marina, Santiago Alba apostaba por la candidatura de López Ferrer<sup>113</sup>. No obstante, éste, ofendido por considerar que sus gestiones para el rescate de los prisioneros no habían tenido reconocimiento oficial, renunció a su cargo a mediados de febrero<sup>114</sup>. También Villanueva reconoció que, pese a haber mejorado algo su salud, no deseaba volver a África<sup>115</sup>. De este modo, el nombramiento de Silvela se confirmó el 15 de febrero de 1923. *El Adelanto*, muy frustrado por la definitiva retirada de Villanueva, contempló al nuevo Alto Comisario con desconfianza y cierta amargura. Aunque pudiera pensarse que el carácter también civil de este hombre sería un punto a su favor, muy pronto este periódico censuró la falta de preparación práctica de Silvela y

---

<sup>110</sup> «Don Miguel Villanueva, Alto Comisario civil», *El Adelanto*, n.º 11.832, 26 de diciembre de 1922, p. 1.

<sup>111</sup> RIVERA: «Tarde y noche», *El Adelanto*, n.º 11.838, 2 de enero de 1923, p. 5.

<sup>112</sup> «Nota del día», *El Adelanto*, n.º 11.852, 18 de enero de 1923, p. 1.

<sup>113</sup> RIVERA: «¿Quién es el Alto Comisario de Marruecos?», *El Adelanto*, n.º 11.853, 19 de enero de 1923, p. 5.

<sup>114</sup> RIVERA: «El día en Madrid», *El Adelanto*, n.º 11.874, 13 de febrero de 1923, p. 5.

<sup>115</sup> RIVERA: «Al cerrar», *El Adelanto*, n.º 11.873, 11 de febrero de 1923, p. 5.

juzgó que lo que se estaba procurando era «dar categoría» al cargo de Alto Comisario<sup>116</sup>.

Aún mayor fue la desazón de la opinión progresista al conocerse en marzo un plan para la toma de Alhucemas. Por fortuna, el gobierno, temeroso de la reacción popular, lo rechazó<sup>117</sup>. Por otra parte, aunque había abundantes rumores sobre el próximo inicio de la repatriación de tropas porque las negociaciones entre Castro Girona y los rifeños para lograr la definitiva sumisión del territorio marchaban por buen camino, éstas se rompieron<sup>118</sup>. Así se explica el desconsuelo ciudadano reinante en la primavera de 1923. Además, Abd-el-Krim había solicitado el reconocimiento oficial de la República del Rif. En un editorial de *El Adelanto* se comentaba: «La nación ha rectificado su juicio. Ya no espera la revancha de ningún género. Desencantada de todo y de todos, quiere acabar de una vez aquella desdichada empresa, empezando por negarse a nuevos sacrificios y reclamando la repatriación inmediata».

Con el inicio del verano, las vacilaciones en la política marroquí alcanzaron su punto álgido: mientras que los rumores sobre la dimisión de Silvela se intensificaban, los enfrentamientos entre Alcalá-Zamora y Santiago Alba se hicieron más frecuentes<sup>119</sup>, así como también se convirtieron en habituales las advertencias del ministro de Hacienda ante el peligro de nuevas aventuras bélicas<sup>120</sup>. Los propósitos pacificadores del marqués de Alhucemas a su llegada al gobierno, apenas hacía siete meses, parecían entonces una entelequia y el nombramiento de Martínez Anido, cuyas violentas actuaciones en Barcelona eran sobradamente conocidas, como Comandante General de Melilla no hizo sino demostrar que el gobierno estaba abandonando sus propósitos iniciales en el Protectorado<sup>121</sup>. Ciertamente, el nuevo plan del Comandante para la ocupación de Alhucemas fue también rechazado, e incluso se barajó la posibilidad de retroceder hasta la línea del Kert, a la par que en julio se intentó un nuevo acercamiento, otra vez infructuoso, a Abd-el-Krim<sup>122</sup>. Los propósitos civilistas del gabinete no habían sido oficialmente abandonados, aunque el pueblo deseaba el fin de la guerra, que no el abandono de Marruecos. El que el gobierno desoyera el plan

<sup>116</sup> «Nota del día. Ante el nombramiento», *El Adelanto*, n.º 11.876, 15 de febrero de 1923, p. 1.

<sup>117</sup> «Nota del día. Ante el consejo de hoy», *El Adelanto*, n.º 11.913, 31 de marzo de 1923, p. 1.

<sup>118</sup> RIVERA: «Tarde y noche», *El Adelanto*, n.º 11.930, 20 de abril de 1923, pp. 3-4; y RIVERA: «Al cerrar», *El Adelanto*, n.º 11.933, 24 de abril de 1923, p. 3.

<sup>119</sup> RIVERA: «Al cerrar», *El Adelanto*, n.º 11.959, 24 de mayo de 1923, p. 4.

<sup>120</sup> «Nota del día. ¿En vísperas de una crisis?», *El Adelanto*, n.º 12.020, 3 de agosto de 1923, p. 1.

<sup>121</sup> «La difícil situación del gobierno», *El Adelanto*, n.º 11.990, 24 de junio de 1923, p. 1.

<sup>122</sup> RIVERA: «Al cerrar», *El Adelanto*, n.º 11.999, 10 de julio de 1923, p. 4; y Rivera: «Al cerrar», *El Adelanto*, n.º 12.003, 14 de julio de 1923, pp. 3-4.

de Martínez Anido, que finalmente había renunciado a su cargo, suponía, según el criterio de *El Adelanto*, una total inconsecuencia, pues no se entendía que conociéndose sus métodos belicosos de gobernar se le hubiese reclamado desde Melilla para, acto seguido, ignorar su proyecto<sup>123</sup>.

Para remate de males, el desconuelo más absoluto cundió al conocerse los ataques rifeños a Tizzi-Azza en agosto. Desde el periódico al que nos estamos continuamente refiriendo se acabó defendiendo que el país deseaba el fin del problema, no importando el recurso a la acción política o militar. Aunque la voluntad nacional únicamente había sido partidaria de la acción bélica contundente en los meses inmediatos al Desastre, aceptaría una decisión de esta índole si así lo acordaba el Estado Mayor del Ejército<sup>124</sup>: «Grave, muy grave es lo ocurrido estos días en aquella zona, y, aunque no es de temer que tengamos otro desastre como el de hace dos años, porque los medios con que contamos no permiten temerlo, es una vergüenza que un Ejército numeroso y con poderosos medios de combate, esté inactivo y esperando cada día un ataque del enemigo, sin que se le autorice a avanzar de una vez. Así no podemos continuar. Es preciso que España entera decida de una vez cuál ha de ser nuestra actuación en el Rif. ¿Hay que avanzar y se puede avanzar? Pues adelante»<sup>125</sup>. Los últimos artículos de *El Adelanto* a propósito de la gestión del Protectorado en los momentos inmediatos al golpe de Primo de Rivera insistieron en esta idea. La amargura acabó por justificar un pensamiento muy radical, que no encajaba en su habitual trayectoria de moderación ideológica: «La guerra es la guerra y no hay guerra sin quebrantos. Mas el país prestaría de nuevo y de buen grado su esfuerzo, si supiera de antemano que sería el último, el decisivo, el eficaz, para llegar cuanto antes a una honrosa y digna paz, de la que España es merecedora»<sup>126</sup>. Tal remedio no era más que una forma moderna del viejo dicho «*Si vis pacem, para bellum*».

Para *El Pueblo* la gestión política del Protectorado no fue una historia de vacilaciones y constantes titubeos, como creían casi todos los redactores del diario progresista al que nos acabamos de referir, sino de desastrosos e incoherentes bandazos. Pero puesto que rechazaba la guerra marroquí de un modo visceral, evitó prestar su espacio para darle publicidad. Por esta razón, no se puede precisar mediante el análisis de este rotativo las reacciones de

<sup>123</sup> «¿Para qué se le envió?», *El Adelanto*, n.º 12.030, 15 de agosto de 1923, p. 2.

<sup>124</sup> «La angustia de Marruecos», *El Adelanto*, n.º 12.034, 19 de agosto de 1923, p. 1.

<sup>125</sup> «De mal en peor», *El Adelanto*, n.º 12.036, 22 de agosto de 1923, p. 1.

<sup>126</sup> «Ante la entrada del convoy a la posición de Tifarauin», *El Adelanto*, n.º 12.080, 23 de agosto de 1923, p. 1.

la opinión obrera ante los planes, proyectos y actuaciones de los sucesivos Altos Comisarios. No obstante, en estas páginas no estamos haciendo más que interrogarnos acerca de cuál fue el colectivo o individuo a quién cada uno de los periódicos locales salmantinos prestó su mayor fidelidad ideológica en el periodo que transcurre desde el hundimiento de la Comandancia de Melilla hasta el golpe militar de Primo de Rivera. Para el caso de *El Adelanto*, la respuesta no es nada sencilla, pues como se ha visto, también fueron muchos los bandazos que sus redactores experimentaron al hilo de los acontecimientos. No obstante, si hubiese que precisar un nombre, probablemente Antonio Maura fue quien mejor encarnó sus ideales colonizadores, aunque finalmente el diario se convenció de la utilidad de la política romanista del palo y la zanahoria y, en el verano de 1921 y, también, tras los ataques a Tizzi-Azza, fue, al igual que la mayor parte de la opinión nacional, muy belicoso. El encasillamiento ideológico de *El Pueblo* es mucho más simple, pues mostró una lealtad absoluta hacia los famosos discursos parlamentarios de Indalecio Prieto. Más que preocuparse por la gestión política del Protectorado, se convirtió en el abanderado en la exigencia de responsables. Su discurso se fundamentó en el rechazo de los tres argumentos clásicos esgrimidos por los africanistas para justificar la expansión española en Marruecos: el Protectorado no era necesario para la expansión de la agricultura española, pues en la metrópoli existían muchas tierras incultas y de mejor calidad que las marroquíes; Marruecos no era una zona de expansión financiera, pues España no tenía ni exceso de producción industrial ni capitales sobrantes; y Marruecos no representaba una frontera ante Francia, sino un frente generador de nuevos conflictos. En suma, para el socialismo español y salmantino resultó irónico que España pretendiese desempeñar una misión civilizadora en Marruecos, teniendo en cuenta la miseria del propio país. Indalecio Prieto no cuestionó el hecho de la colonización de Marruecos, sino el proceder del gobierno español. Por ello, exigió la derogación de la Ley de Jurisdicciones, la supresión del cuerpo de Intendencia y la clausura de todas las academias militares<sup>127</sup>. *La Gaceta Regional*, por último, dirigió todos sus esfuerzos a legitimar la actuación de los africanistas, encabezados, claro está, por Dámaso Berenguer.

El diario conservador presentó el inicio de las operaciones para la recuperación de las posiciones perdidas en 1921 como si se tratase de una nueva guerra de religión o, con más exactitud, una continuación de los seculares enfrentamientos entre cristianos y musulmanes. Por norma, los partidos

---

<sup>127</sup> Véase PRIETO, Indalecio: *Con el rey o contra el rey: la guerra de Marruecos*. Planeta, Barcelona, 1990.

dinásticos habían justificado la permanencia en el Rif apelando a múltiples compromisos nacionales e internacionales y a la conveniencia de atraer a los vecinos del sur hacia la civilización. Su fanatismo era esgrimido como un componente más de su carácter indómito o incivilizado. Por ello mismo, identificar la guerra del Rif con una clásica guerra de «moros y cristianos» suponía poco menos que equiparar al soldado español con el viejo caballero medieval de hondas creencias católicas. Huir de esta imagen se convirtió en una forma de justificar ante la opinión pública las pretensiones colonizadoras, que no de conquista, de España en Marruecos.

Sin embargo, *La Gaceta* nunca acató esta regla no escrita. Se puede deducir que la peyorativa imagen del musulmán sustentada desde el periódico conservador no encontraba ninguna cabida en los proyectos de implantación próxima de un protectorado civil<sup>128</sup>. Del mismo modo, la tibia política colonizadora del programa maurista tropezó con una absoluta incompreensión en las páginas de *La Gaceta*<sup>129</sup>. Todo su empeño era el castigo duro y ejemplar del marroquí, a la par que constantemente se elogiaba el patriotismo demostrado por los salmantinos<sup>130</sup>. Dicho de otro modo, la opinión conservadora estaba convencida de la necesidad de un sacrificio urgente que pusiese fin a la guerra e intentaba confiar en que Maura fuese capaz de llevarlo a efecto. Coincidiendo con la celebración de la Conferencia de Pizarra, el periódico insistía en las razones históricas y estratégicas que obligaban a España a permanecer en el Protectorado, y también, apelaba a la dignidad: «Son muchos los cadáveres de españoles enterrados en África; es mucha la sangre española que ha regado el territorio marroquí; son muchos los millones que se han consagrado a nuestra acción africana, para que el país se desentienda de tan grave problema»<sup>131</sup>.

Al producirse el cambio de gobierno y la sustitución de La Cierva por Olaguer, se insistió nuevamente en la conveniencia de una acción bélica contundente<sup>132</sup>, y más concretamente en un desembarco en Alhuce-

<sup>128</sup> Mientras que con anterioridad a 1909 el rifeño había sido contemplado como un ser primitivo, pero, al mismo tiempo, inocente y simpático, con el inicio de la guerra del Rif esta representación adquiere caracteres muy peyorativos: el «moro» está sediento de sangre y cegado por la ira, es traidor por naturaleza y no merece ningún tipo de contemplación. El marroquí es visto, en definitiva, «más como pieza a abatir que como pueblo a civilizar» (MARTÍN CORRALES, Eloy: *op.cit.*, p. 147).

<sup>129</sup> «Del problema marroquí. No lo entendemos», *La Gaceta Regional*, n.º 331, 27 de septiembre de 1921, p. 1.

<sup>130</sup> «Estamos conformes», *La Gaceta Regional*, n.º 345, 13 de octubre de 1921, p. 1.

<sup>131</sup> «La conferencia de Pizarra», *La Gaceta Regional*, n.º 441, 6 de febrero de 1922, p. 1.

<sup>132</sup> «Hacia el Protectorado. Hablan dos ilustres jefes del Ejército», *La Gaceta Regional*, n.º 458, 25 de febrero de 1922, p. 3.

mas<sup>133</sup>, aún a sabiendas de que la situación de los prisioneros de Axdir impedía tal procedimiento<sup>134</sup>. Mientras las protestas socialistas por la prolongación del conflicto iban en aumento, la redacción de este diario contraatacaba ferozmente: «Nosotros no lo entendemos. Se combate en África; se derrocha heroísmo, se agota el dinero y manan sangre española los campos marroquíes, y aquí, en España, se deja que todo el mundo, así tirios como troyanos, hablen contra ello, peroren, protesten y levanten tempestades. No lo entendemos»<sup>135</sup>.

Las noticias que circulaban desde mayo de 1922 sobre un cercano inicio de la repatriación de fuerzas fueron acogidas con cierta indiferencia, mientras el diario permanecía obcecado en defender el comportamiento de los africanistas. Particularmente irascible se mostraba cuando aludía a la prensa de izquierdas. Sus continuas mentiras provocaban el aburrimento como primera reacción, luego pena y, finalmente, indignación. La opinión pública, según su criterio, vivía contaminada al considerar la guerra bajo el único prisma de la bonanza económica nacional. Especialmente herida pareció al escuchar que Berenguer no deseaba el rescate de Navarro porque sus declaraciones podrían hundirlo en el debate responsabilista. Llegó al extremo de solicitar al gabinete de Sánchez Guerra el reestablecimiento de la censura previa para acallar estas acusaciones<sup>136</sup>.

El nombramiento de Burguete coincidió cronológicamente con el primer aniversario del derrumbe de Annual y Monte Arruit<sup>137</sup>. Este momento

---

<sup>133</sup> Véase cuál era para *La Gaceta Regional* el significado de esta plaza: «La posesión de esta bahía sería una satisfacción para el amor nacional, un éxito cotizante en la galería de la opinión, un realce de España en el juicio extranjero. Todo eso es bastante: pero además se necesita que el litoral sea nuestro para evitar contactos rifeños con el contrabando. Por ello hay que ir a Alhucemas. Ese sentimiento de la opinión, favorable a la empresa, hay que cultivarlo, excitarlo y aprovecharlo. Ahora bien: ¿es tan urgente la empresa que debe acometerse precisamente en estos momentos? Eso es seguramente lo que dilucidará el Gobierno. Y así es como debe plantearse el problema. No se trata de ir o no a Alhucemas. Se trata sólo, o debe tratarse, de si se va ahora o se va más adelante. Las ventajas de ir ahora pueden sintetizarse diciendo: que se aproveche el esfuerzo militar ya realizado y el estado de ánimo en el que el país se encuentra; que se da al mundo una impresión de capacidad militar si el éxito nos acompaña; que podemos esgrimir tal éxito en una negociación que se avecina sobre Tánger. Los inconvenientes se hallan en que el esfuerzo ahora realizado no será bastante, y será preciso acumular las tropas en Melilla», «Hacia el Protectorado. Alhucemas», *La Gaceta Regional*, n.º 449, 15 de febrero de 1922, p. 3.

<sup>134</sup> Un reservista: «Hacia el Protectorado. La campaña de Marruecos», *La Gaceta Regional*, n.º 472, 14 de marzo de 1922, p. 3.

<sup>135</sup> «Tanto va el cántaro a la fuente», *La Gaceta Regional*, n.º 509, 28 de abril de 1922, p. 2.

<sup>136</sup> «La verdad ante todo», *La Gaceta Regional*, n.º 567, 10 de julio de 1922, p. 1.

<sup>137</sup> BARRETO: «Berenguer ha dimitido. ¿Barrera, Alto Comisario?», *La Gaceta Regional*, n.º 568, 11 de julio de 1922, p. 3; y BARRETO: «Última hora», *La Gaceta Regional*, n.º 572, 15 de julio de 1922, p. 6.

fue aprovechado para atizar aún más el odio al rifeño con la publicación de varios artículos con mucha carga emotiva. Ante los anuncios de cambio en la política del Protectorado, *La Gaceta* mostró inmediatamente sus recelos: «Por lo visto, ha fracasado nuestra acción militar en Marruecos, que el estado de nuestra hacienda no permite prolongar y se va a implantar una acción política y civil de protectorado, que en todo caso debió haber seguido a la victoria militar, y que no siendo así, habrá que establecerla con la cooperación interesada, pagada y pactada con los principales jefes de los beniurriagueles»<sup>138</sup>. La redacción temía que Francia aprovechara este cambio de orientación para emprender una lucha diplomática y hacerse con Tánger e intentaba convencer nuevamente a la opinión salmantina de que España estaba capacitada para la toma de Alhucemas<sup>139</sup>. Pese al disgusto generado por el rechazo gubernamental al plan de ocupación de la mencionada bahía, la decisión de disolver definitivamente las Juntas de Defensa, como respuesta del gobierno de Sánchez Guerra a una muy teatral dimisión de Millán Astray, máxima autoridad de la Legión, fue una estupenda noticia, que convirtió a los africanistas en el cuerpo hegemónico en el seno del Ejército español<sup>140</sup>.

La indignación resurgió, no obstante, al conocerse el nombramiento como nuevo Alto Comisario de Miguel Villanueva y su persistencia en las intenciones civilistas. Su enfermedad fue acogida con cierto alivio pues creía este periódico que así se paralizarían sus proyectos negociadores, pero tras la bochornosa actuación, siempre atendiendo a la opinión conservadora, de Alba en el rescate de los prisioneros, el tono discursivo del periódico se volvió muy agresivo. Desde febrero de 1923, muchos editoriales de la primera plana, firmados por un tal «E.», se dirigieron a relegitimizar la acción bélica decidida y urgente: «Nuestro Protectorado sobre Marruecos constituye un deber nacional que no podemos regir, si hemos de mirar a nuestra independencia futura (...) Existe otro motivo superior a los demás que nos obliga, con imperativo categórico, a una intervención en África: el cumplimiento del testamento de Isabel I y la evangelización de aquellos territorios (...) Después de los Desastres de julio del año de 1921 en la zona oriental, todo espíritu patriota, todo español consciente de su deber y celoso del honor nacional, puso, por encima de cualquier otra aspiración, el castigo inmediato de

<sup>138</sup> «Hacia el Protectorado», *La Gaceta Regional*, n.º 596, 14 de agosto de 1922, p. 2.

<sup>139</sup> «¿Vamos o no vamos o no vamos a Alhucemas?», *La Gaceta Regional*, n.º 607, 28 de agosto de 1922, p. 1; y «Hay en España cuestión mayor que Marruecos», *La Gaceta Regional*, n.º 625, 18 de septiembre de 1922, p. 1.

<sup>140</sup> «Lo de siempre. ¡Pobre España!», *La Gaceta Regional*, n.º 682, 24 de noviembre de 1922, p. 1.

Abd-el-Krim»<sup>141</sup>. El protectorado civil era humillante porque requería un entendimiento con Abd-el-Krim, mientras que la opinión conservadora seguía reclamando una urgente actuación sobre el peñón de Alhucemas.

El nuevo nombramiento de otro civil, Silvela, para la Alta Comisaría fue interpretado como una total incoherencia<sup>142</sup>, pero la suavización progresiva de su discurso, mostrándose cada vez más partidario de la acción conjunta civil y militar, le granjeó una creciente simpatía de la opinión conservadora<sup>143</sup>. Pese a que la operación sobre Alhucemas fue reiteradamente rechazada, y la dimisión de Martínez Anido se recibió con honda pena<sup>144</sup>, los últimos editoriales de «E.» anteriores al golpe militar revelaban bastante confianza y entusiasmo ante la proximidad de un cambio en la orientación de la política marroquí, tal vez, porque presagiaba que el fin del gobierno de concentración liberal estaba muy próximo: «Las medias tintas, las componendas con los moros, no sirven para otra cosa que para engrerir, para que nos engañen y para hacer interminable una situación que nos desprestigia y arruina (...) España tiene arrestos para sobreponerse a sus desventuras, tiene instinto de conservación, posee en alto grado la fe y la confianza en su Ejército y con esas virtudes por bandera y con el recuerdo de su historia gloriosísima, sabrá seguir, tranquila y consciente de su elevada misión, el derrotero que le marca su honor y su deber»<sup>145</sup>.

### *La estancia de La Victoria en el Protectorado*

A mediados de septiembre, Pedraza notificó que La Victoria permanecería en Larache como fuerza de guarnición e inspección de la zona, sustituyendo al regimiento de León y abandonando la vida en tiendas de campaña a favor de la más cómoda estancia en barracones<sup>146</sup>. También aquí, como

<sup>141</sup> «E.»: «El problema de Marruecos. Ligeras consideraciones», *La Gaceta Regional*, n.º 744, 8 de febrero de 1923, p. 1.

<sup>142</sup> «E.»: «Nuevo Comisario Superior. Algunas consideraciones», *La Gaceta Regional*, n.º 749, 14 de febrero de 1923, p. 1.

<sup>143</sup> «E.»: «El problema de Marruecos. Manifestaciones del señor Silvela», *La Gaceta Regional*, n.º 775, 16 de marzo de 1923, p. 1.

<sup>144</sup> BARRETO: «Nuestras conferencias telefónicas de hoy», *La Gaceta Regional*, n.º 898, 13 de agosto de 1923, p. 5.

<sup>145</sup> «E.»: «Nuestra acción en Marruecos», *La Gaceta Regional*, n.º 907, 24 de agosto de 1923, p. 1.

<sup>146</sup> PEDRAZA: «*El Adelanto* en Larache», *El Adelanto*, n.º 11.438, 13 de septiembre de 1921, p. 1; PEDRAZA: «Salamanca en Marruecos», *El Adelanto*, n.º 11.431, 16 de septiembre de 1921, p. 2 (obsérvese que hay un error en la numeración de los diarios); PEDRAZA: «El batallón de La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.432, 17 de septiembre de 1921, p. 4; y GARCÍA DE LA CRUZ: «El batallón de La Victoria», *La Gaceta Regional*, n.º 332, 28 de septiembre de 1921, p. 1.

en Nador, el tiempo transcurría lentamente entre los ejercicios de instrucción, tiro y los paseos militares, pero las fiebres palúdicas empezaron a ensombrecer la sosegada vida del batallón e hicieron que la llegada del correo no fuese el único medio de ruptura del ambiente monótono<sup>147</sup>. Algunas semanas después, el 7 de noviembre, el batallón al completo se trasladó, en unas durísimas jornadas de marcha, a la posición de Nuader para relevar al regimiento de Cuenca<sup>148</sup>. Nuader era el campamento general más avanzado, en primera línea de fuego, dependiente de la Comandancia de Larache. Esta posición y sus blocaos subordinados aglutinaban un total de cinco mil hombres (la cuarta compañía del batallón de La Victoria permaneció en Nuader, mientras la primera y segunda fueron desplazadas hasta las posiciones más avanzadas. La tercera compañía, que fue trasladada algunos días más tarde que el resto del batallón, permaneció junto a la cuarta. Sus funciones habituales fueron la protección de la aguada, caminos y guardia de parapetos)<sup>149</sup>.

Cuando no había transcurrido demasiado tiempo desde su traslado, el batallón salmantino recibió su bautismo de sangre. Un convoy fue atacado por un grupo de marroquíes mientras se dirigía a uno de los blocaos más avanzados, Ain-Hedid, para avituallarlo<sup>150</sup>. La triste nueva tuvo un impacto enorme en la opinión salmantina y poco pudieron hacer los «cuotas»-cronistas por calmar los ánimos. Por primera vez, los efectos de la guerra se dejaban sentir entre algunas familias de la ciudad. La angustia fue en aumento cuando apenas una semana después, el 17 de diciembre, se comunicó la intervención de parte de las compañías tercera y cuarta de La Victo-

<sup>147</sup> GARCÍA DE LA CRUZ: «El batallón de La Victoria», *La Gaceta Regional*, n.º 324, 19 de septiembre de 1921, p. 1; y GARCÍA DE LA CRUZ: «El batallón de La Victoria», *La Gaceta Regional*, n.º 326, 21 de septiembre de 1921, p. 1. A propósito de las difíciles condiciones higiénicas a las que se enfrentaban los soldados en África Trigo solicitó el auxilio en Larache de médicos y estudiantes de Medicina: «Las enfermedades aquí son temibles, violentísimas y casi siempre de funesto desenlace por el clima, la deficiente alimentación y la escasez de personal y material sanitario», TRIGO, José Luis: «Para la Cruz Roja salmantina. Desde Larache», *La Gaceta Regional*, n.º 342, 10 de octubre de 1921, p. 3.

<sup>148</sup> TRIGO, José Luis: «La Victoria en Larache», *El Adelanto*, n.º 11.485, 7 de noviembre de 1921, p. 2; HERNÁNDEZ MARTÍN, A.: «Crónicas de Melilla», *La Gaceta Regional*, n.º 391, 7 de diciembre de 1921, p. 4.

<sup>149</sup> TRIGO, José Luis: «Los soldados salmantinos en campaña», *El Adelanto*, n.º 11.496, 19 de noviembre de 1921, p. 2; GÓMEZ PARRA, E.: «El desarme y las nuevas posiciones», *El Adelanto*, n.º 11.527, 26 de diciembre de 1921, p. 2; y «El salmantino T.»: «La cuarta compañía de la Victoria en Nuader», *El Adelanto*, n.º 11.528, 27 de diciembre de 1921, p. 2.

<sup>150</sup> «El batallón expedicionario de La Victoria sufre algunas bajas», *El Adelanto*, n.º 11.513, 9 de diciembre de 1921, p. 2; TRIGO, José Luis: «Cómo ocurrió, el día 6, la agresión de unos moros», *El Adelanto*, n.º 11.517, 14 de diciembre de 1921, p. 1; y «La actuación del batallón de La Victoria en África», *La Gaceta Regional*, n.º 392, 9 de diciembre de 1921, p. 2.

ria en las operaciones militares del sector de Beni-Arós. Aunque no hubo víctimas mortales entre el batallón salmantino, puede imaginarse el clima de sorpresa y nerviosismo que se impuso en Salamanca durante unos días<sup>151</sup>. Desde este momento, la alarma cundiría de modo intermitente, coincidiendo con las nuevas operaciones<sup>152</sup>. En marzo, se produjo un primer relevo entre las tropas salmantinas<sup>153</sup>. Y un mes después, las operaciones militares de Beni-Arós recobraron nueva intensidad. La Victoria fue trasladada sucesivamente a Megaret, Rokba el Gozal, nuevamente a Nuader y finalmente a Bab-el-Sol<sup>154</sup>. Al finalizar junio de 1922, tanto Rivera, en el caso de *El Adelanto*, como Barreto, corresponsal en Madrid para *La Gaceta Regional*, se hicieron eco en sus respectivas secciones de informaciones telegráficas y telefónicas del fallecimiento de catorce hombres de La Victoria, cuando en un convoy se dirigían a la ya tristemente recordada posición de Ain Hedid<sup>155</sup>.

Hubo que esperar a finales de agosto de 1922 para que los salmantinos recibiesen con entusiasmo la deseada noticia de la repatriación de los 337 soldados de La Victoria pertenecientes a la quinta de 1919<sup>156</sup>. Lamentablemente, por las mismas fechas se le comunicó a Federico Anaya que un nuevo relevo de La Victoria debía trasladarse al Protectorado. Dada la carencia de tiempo para preparar un solemne acto de despedida, el alcalde se limitó a rogar a los salmantinos que acudiesen a la estación de ferrocarril. Atrás habían quedado los cuantiosos festejos y grandilocuentes palabras de hacía apenas un año<sup>157</sup>. Con motivo de la partida, que finalmente se

<sup>151</sup> PRIETO-TRIGO: «Los soldados salmantinos del batallón de La Victoria y las operaciones de Beni-Arós», *El Adelanto*, n.º 11.540, 10 de enero de 1922, p. 1; FLORES: «Desde Ber-bex», *La Gaceta Regional*, n.º 407, 27 de diciembre de 1921, p. 7.

<sup>152</sup> FLORES: «Desde Nuader», *La Gaceta Regional*, n.º 432, 26 de enero de 1922, p. 2.

<sup>153</sup> TRIGO, José Luis: «Desde Nuader. Las tropas del batallón de La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.606, 28 de marzo de 1922, p. 1.

<sup>154</sup> «El corresponsal»: «Las fuerzas de La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.635, 3 de mayo de 1922, p. 1; y GARCÍA DE LA CRUZ: «El batallón de La Victoria», *La Gaceta Regional*, n.º 506, 25 de abril de 1922, p. 4.

<sup>155</sup> «Del trágico convoy de Ain-Hedid», *El Adelanto*, n.º 11.682, 27 de junio de 1922, p. 1; BARRETO: «Por teléfono», *La Gaceta Regional*, n.º 556, 26 de junio de 1922, p. 3.

<sup>156</sup> «Los 337 soldados de La Victoria que vienen de Larache», *El Adelanto*, n.º 11.727, 20 de agosto de 1922, p. 4; «Soldados que regresan», *La Gaceta Regional*, n.º 601, 21 de agosto de 1922, p. 2.

<sup>157</sup> ANAYA, Federico: «Los soldados de La Victoria que marchan a Larache», *El Adelanto*, n.º 11.728, 22 de agosto de 1922, p. 5; «La marcha de los soldados», *La Gaceta Regional*, n.º 609, 30 de agosto de 1922, p. 1; «La despedida de los soldados de La Victoria que marchan a Larache», *La Gaceta Regional*, n.º 610, 31 de agosto de 1922, p. 1. Los soldados fueron obsequiados con un rancho extraordinario, además de sesenta tartas, cuatrocientos cigarros puros, cuatrocientas cajetillas y veinte botellas de coñac.

produjo en la madrugada del 31 de agosto, la prensa dedicó cierta atención al recuerdo de los actos de despedida de 1921 y algún que otro comentario a la incidencia del problema marroquí en la vida nacional. Los salmantinos parecían entonces embargados por la pena, y los periódicos, más que hacerse eco del apoyo social a los futuros combatientes, se esforzaban por convencer a la opinión de la necesidad, o incluso el deber, de seguir colaborando moral y económicamente con el cometido de La Victoria en África<sup>158</sup>. Aunque la prensa aportó bastantes detalles sobre el momento de la despedida y los actos de homenaje, fue algo parca a la hora de describir el entusiasmo ciudadano<sup>159</sup>. El «cuota» Dionisio Beña se ocupó de informar a los lectores salmantinos sobre los incidentes del viaje hasta Cádiz y seguidamente, hasta el zoco El-Jemis, en el territorio de Beni-Arós<sup>160</sup>.

Muchísimo más alegre y emocionada se mostró la ciudad coincidiendo con el regreso de la quinta de 1919, el día 9 de septiembre<sup>161</sup>. Las distintas publicaciones animaron a los salmantinos a que preparasen una cálida acogida, además de un espléndido banquete, para los repatriados. Sorprendentemente, en más de un editorial se confundió a éstos que regresaban con las tropas que se habían marchado a África hacía poco más de un año, puede que con vistas a despertar la sensibilidad de la gente aprovechando el triste recuerdo del verano de 1921. Aunque desde finales de 1922 eran incesantes los rumores que aludían a una pronta repatriación de La Victoria, coincidiendo con el cambio en la orientación política del Protectorado, esta noticia fue desmentida<sup>162</sup>. Las especulaciones se avivaron de nuevo a finales de mayo, coincidiendo con la concentración de todo el batallón en Ain-Grana. La repatriación del reemplazo de 1920 parecía inminente<sup>163</sup>. Pero de esta

<sup>158</sup> «La marcha a África de los soldados de La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.735, 30 de agosto de 1922, p. 2; «La despedida», *La Gaceta Regional*, n.º 609, 30 de agosto de 1922, p. 1.

<sup>159</sup> «Los actos de ayer en honor del Ejército y la marcha de las fuerzas a Larache» *El Adelanto*, n.º 11.736, 31 de agosto de 1922, p. 2.

<sup>160</sup> BEÑA, Dionisio: «Los soldados de La Victoria que han llegado a Larache», *El Adelanto*, n.º 11.747, 13 de septiembre de 1922, p. 3; y BEÑA, Dionisio: «Los soldados de La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.765, 4 de octubre de 1922, p. 3.

<sup>161</sup> «La llegada de los soldados del regimiento de La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.744, 9 de septiembre de 1922, p. 2; «La llegada de los veteranos de La Victoria del cupo de 1919», *El Adelanto*, n.º 11.745, 10 de septiembre de 1922, p. 2; «Las fuerzas de La Victoria saldrán hoy de Larache para Salamanca», *La Gaceta Regional*, n.º 615, 6 de septiembre de 1922, p. 1; y SERRANO PIEDECASAS, Pedro M.: «Salamanca toda recibe a los soldados de La Victoria que regresan», *La Gaceta Regional*, n.º 618, 9 de septiembre de 1922, p. 1.

<sup>162</sup> «¿Repatriación del batallón expedicionario de La Victoria?», *El Adelanto*, n.º 11.824, 16 de diciembre de 1922, p. 1; y «El regreso de las fuerzas de La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.882, 22 de febrero de 1923, p. 1.

<sup>163</sup> BEÑA, Dionisio: «Los soldados de La Victoria de 1920 se cree sean pronto repatriados», *El Adelanto*, n.º 11.957, 22 de mayo de 1923, p. 6.

noticia no se tuvo confirmación con anterioridad al golpe. Al contrario, el retorno a la política de pactos con el Raisuni estaba generando muchísimos recelos y, de ahí, que el batallón salmantino fuese empleado en estrechar su vigilancia<sup>164</sup>.

*La ciudad al lado de su regimiento*<sup>165</sup>

La Comisión Provincial de la Cruz Roja continuó con su infatigable labor de apoyo a los soldados y familiares de éstos. Su servicio de información funcionaba a pleno rendimiento (y se complementó desde octubre de 1921 con las informaciones sobre los salmantinos hospitalizados)<sup>166</sup> y una nueva forma de auxilio consistente en el envío de dinero para los soldados, de modo totalmente gratuito, estaba recibiendo una formidable acogida<sup>167</sup>. Igualmente, fue muy aplaudida la remisión a los soldados de bolsitas individuales de cura. Esta iniciativa recibió una contestación rápida de los farmacéuticos, que inmediatamente donaron el material de más urgente necesidad para el combatiente<sup>168</sup>. También, coincidiendo con el inicio de la época de lluvias en el Protectorado, se puso en marcha un servicio para suministrar a los soldados salmantinos ropa de abrigo<sup>169</sup>. A finales del verano de 1921, la Cruz Roja Salmantina, atendiendo a la voluntad del Ayuntamiento, nombró como madrina del batallón expedicionario a Laura Rodríguez Vega, esposa de Blanco Cobaleda (uno de los máximos accionistas de *La Gaceta Regional*). La función de las madrinas de guerra, figura habitual en todas las provincias españolas, era servir como enlace entre los ofrecimientos y donativos populares y las necesidades militares del momento<sup>170</sup>.

<sup>164</sup> BEÑA, Dionisio: «La Victoria frente al palacio del Raisuni en los campos de Yebala», *El Adelanto*, n.º 11.964, 30 de mayo de 1923, p. 6.

<sup>165</sup> El apoyo de los vallisoletanos a las tropas marroquíes, como ejemplo más próximo, también ha sido estudiado. Véase: GARCÍA DE LA RASILLA ORTEGA, M.ª del Carmen: «Repercusión del problema marroquí en la vida vallisoletana (1909-1927)» en *Investigaciones Históricas*, n.º 6, Valladolid, 1986.

<sup>166</sup> «La Cruz Roja», *La Gaceta Regional*, n.º 349, 18 de octubre de 1921, p. 7.

<sup>167</sup> RUY-GONZÁLEZ: «La obra de la Cruz Roja salmantina», *El Adelanto*, n.º 11.433, 19 de septiembre de 1921, p. 1.

<sup>168</sup> «Un repórter»: «Soldados salmantinos en África. Ofrecimientos y donativos patrios», *El Adelanto*, n.º 11.435, 21 de septiembre de 1921, p. 2.

<sup>169</sup> «Un nuevo servicio de la Cruz Roja. Lista de soldados», *El Adelanto*, n.º 11.451, 28 de septiembre de 1921, p. 1. La ropa se remitiría en paquetes con un peso inferior a cinco kilogramos. Los familiares podían entregarlo en la oficina de la Cruz Roja, abonando 1,3 pesetas.

<sup>170</sup> «La madrina del batallón expedicionario de La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.434, 20 de septiembre de 1921, p. 1.

Así muy pronto se insertó en la prensa un listado con las necesidades más acuciantes de los combatientes. Se incluían en él medicinas contra la disentería y el paludismo, diversos objetos para el aseo personal, ropa de cama, tanques de agua, hornillos<sup>171</sup>.

Otra de las iniciativas humanitarias que mejor acogida tuvo fue la solicitud de libros, fundamentalmente con contenidos morales y patrióticos, para el entretenimiento de los soldados convalecientes<sup>172</sup>. Al aproximarse las celebraciones navideñas, las Damas de la Cruz Roja aceleraron los preparativos de regalos para el tradicional «aguinaldo del soldado»<sup>173</sup>. Paralelamente, se ultimaban algunos detalles para el buen acondicionamiento de la futura Posta Sanitaria<sup>174</sup>. Por entonces, se desistió del propósito original de hospitalizar únicamente en ella a los soldados heridos y enfermos salmantinos. Ante el caos existente, se decidió que se auxiliaría a todos los soldados de paso por la provincia<sup>175</sup>. El entusiasmo ciudadano ante este proyecto se tradujo en un elevado número de descripciones del edificio que ya entonces aparecían en la prensa. Se subrayaba su cercanía con respecto a la estación de ferrocarril y su dotación con, aparte dieciocho camas sostenidas por Damas destacadas de la sociedad salmantina, un servicio completo de ropas, biblioteca, material de curación, estufas de desinfección, cuartos de baño... Además, muy pocos días antes de su inauguración oficial, varias Damas solicitaron la concesión de la Gran Cruz de la Beneficencia para la duquesa de La Victoria, que para entonces ya llevaba algunos meses instalada en Melilla<sup>176</sup>. Finalmente, el 8 de diciembre fue inaugurada por el obispo la Posta Sanitaria (y dos meses después fue clasificada por Real Orden como Hospital de la Cruz Roja). No obstante, el ambiente festivo de este día, incluida una solemne misa en

<sup>171</sup> «La Cruz Roja», *La Gaceta Regional*, n.º 357, 27 de octubre de 1921, p. 8.

<sup>172</sup> «La labor de la Cruz Roja salmantina», *El Adelanto*, n.º 11.464, 13 de octubre de 1921, pp. 1-2; «La Cruz Roja», *La Gaceta Regional*, n.º 346, 14 de octubre de 1921, p. 2.

<sup>173</sup> «Junta de la Cruz Roja salmantina», *El Adelanto*, n.º 11.470, 20 de octubre de 1921, p. 3; «El aguinaldo del soldado», *La Gaceta Regional*, n.º 371, 14 de noviembre de 1921, p. 1.

<sup>174</sup> «La velada pro Cruz Roja», *El Adelanto*, n.º 11.484, 5 de noviembre de 1921, p. 2; «La fiesta a beneficio de la Cruz Roja», *El Adelanto*, n.º 11.487, 9 de noviembre de 1921, p. 3; «La Cruz Roja», *La Gaceta Regional*, n.º 384, 29 de noviembre de 1921, p. 6. Por citar un ejemplo, el 8 de noviembre la sección de Damas organizó una velada en el Liceo a beneficio de la Posta.

<sup>175</sup> «La Cruz Roja», *El Adelanto*, n.º 11.488, 10 de noviembre de 1921, p. 4.; SERRANO PIEDRECASAS, Pedro M.: «El sábado en la estación. Por Salamanca ha pasado un convoy de soldados heridos y enfermos», *La Gaceta Regional*, n.º 365, 7 de noviembre de 1921, pp. 6-7.

<sup>176</sup> «Premio merecido», *El Adelanto*, n.º 11.505, 30 de noviembre de 1921, p. 1; y «Una nobilísima iniciativa», *La Gaceta Regional*, n.º 385, 30 de noviembre de 1921, p. 8. Los donativos serían de una peseta y se deberían entregar, o bien al Presidente de la Comisión Salmantina (Plaza Mayor, n.º 35), o en el Dispensario (Pérez Pujol, 11).

San Esteban en honor de la Virgen de la Inmaculada, patrona de la Infantería, fue ensombrecido por el triste suceso de Ain-Hedid<sup>177</sup>. Desde este momento, se convirtió en una información recurrente de todos los rotativos, el cómputo de los soldados que diariamente desfilaban por la Posta<sup>178</sup>.

Aunque esta institución recibió enormes muestras del cariño ciudadano, no se vio libre de algunas censuras, fundamentalmente procedentes del pensamiento obrero. Argumentaba la opinión de izquierdas que los proyectos caritativos de las Damas y Caballeros de la Cruz Roja estaban únicamente alimentados por su vanidad y censuraban, al mismo tiempo, la hipocresía que suponía el entregar constantemente donativos al Ejército de África mientras que se esforzaban por evitar, a toda costa, que sus hijos fueran a la guerra mediante el pago de la cuota<sup>179</sup>.

Poco tiempo después, se solicitó la entrega a Fernando Zaballa<sup>180</sup> de la Gran Cruz del Mérito Militar. Enrique Esperabé, quien sería nombrado Rector de la Universidad en enero de 1923, encabezó las gestiones necesarias en el Senado y también solicitó el permiso necesario ante la Asamblea Suprema de la Cruz Roja, que se confirmó en octubre, coincidiendo con la visita regia a Salamanca<sup>181</sup>. A principios de agosto, Alfonso XIII firmó el Real decreto para el otorgamiento de esa distinción. Y unas semanas des-

<sup>177</sup> GÓMEZ PARRA, E.: «La cuestión del rescate de los prisioneros», *El Adelanto*, n.º 11.513, 9 de diciembre de 1921, p. 1; «La Inmaculada y el regimiento de infantería de La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.513, 9 de diciembre de 1921, p. 4; y SERRANO PIEDECASAS, Pedro M.: «La inauguración de la Posta Sanitaria de tránsito de la Cruz Roja», *La Gaceta Regional*, n.º 392, 9 de diciembre de 1921, p. 8.

<sup>178</sup> Al finalizar 1921, *El Adelanto*, elogiaba la breve actuación de las mujeres empleadas en la Posta: CALAMA SANZ, Antonio: «Laborar por caridad», *El Adelanto*, n.º 11.533, 2 de enero de 1922, p. 5. Poco tiempo después, se reproducía una carta de un soldado anónimo, en la que también se alababa el trabajo de las Damas de la Cruz Roja: «Una enfermera, la mujer que viene a nosotros, no es para el soldado sino la encarnación de la madre ausente», «La Cruz Roja», *El Adelanto*, n.º 11.591, 10 de marzo de 1922, p. 1. Apenas transcurrido un mes desde la inauguración de la Posta, el 12 de enero de 1922, *La Gaceta Regional* destacaba que en ellas ya habían sido socorridos 1500 hombres y hospitalizados un total de 44 («La Cruz Roja», *La Gaceta Regional*, n.º 420, 12 de enero de 1922, p. 4). Y al terminar dicho mes, la cifra de socorridos ya rozaba los 2000 individuos y los hospitalizados eran 80 («Junta General de los socios de la Cruz Roja», *La Gaceta Regional*, n.º 436, 31 de enero de 1922, p. 2).

<sup>179</sup> «Piedad, señores, piedad», *La Gaceta Regional*, n.º 413, 3 de enero de 1922, p. 1. El diario conservador defiende en este artículo a los miembros de la Cruz Roja frente a los reproches de algunos sectores de la izquierda.

<sup>180</sup> Fernando Domínguez Zaballa era el Presidente de la Cruz Roja de Salamanca y, por tanto, él se encargó de hacer posible la apertura de una Posta para el cuidado de los heridos en la guerra. Su figura es, muy probablemente, la más alabada, cuando a iniciativas humanitarias nos referimos, entre los periodistas locales.

<sup>181</sup> «La Cruz Roja», *El Adelanto*, n.º 11.564, 7 de octubre de 1922, p. 1.

pués, se abrió la suscripción popular para costear la insignia<sup>182</sup>. A la par que se inició la repatriación de la quinta de 1919 de La Victoria, la Cruz Roja organizó un gran homenaje con una función teatral en el teatro Bretón<sup>183</sup>. También se ocupó del reparto de donativos de 25 pesetas para cada uno de los repatriados<sup>184</sup>. Al finalizar el año, la prensa recordaba que en poco más de un año de vida, la Cruz Roja había atendido a más de cuatrocientos soldados en la Posta, y más de diez mil habían recibido atención primaria en la estación de ferrocarril<sup>185</sup>.

Con motivo de la liberación de los cautivos de Axdir, la Cruz Roja entregó al primer ex-cautivo salmantino, en cuanto éste regresó a la ciudad, una cartilla de ahorro del Banco del Oeste con una primera imposición de 125 pesetas<sup>186</sup>. Ésta fue una de las últimas iniciativas con anterioridad al inicio de la Dictadura de las que deja constancia la prensa. Según *El Adelanto* la Cruz Roja provincial ocupaba el primer puesto de Castilla y León en labores de auxilio a favor de los combatientes, y el séptimo de toda España<sup>187</sup>. No obstante, pocos meses después, en diciembre de 1923 y superados ya los tiempos más funestos, Zaballa notificó a la prensa local la clausura del Hospital. La afluencia de heridos y enfermos había descendido sensiblemente desde el invierno de 1921. Atrás quedaban las imágenes más amargas del conflicto. En adelante, los enfermos y heridos serían desplazados hacia el Dispensario<sup>188</sup>.

Por lo que se refiere a la otra gran institución de apoyo a los combatientes, paralelamente al inicio de la reocupación militar de la zona de Melilla, la Comisión Patriótica acordó la adquisición de 1.200 sombreros de fieltro impermeable para las tropas expedicionarias. Se barajó también la

<sup>182</sup> «El pueblo de Salamanca pide para don Fernando D. Zaballa la Gran Cruz del Mérito Militar», *El Adelanto*, n.º 11.685, 30 de junio de 1922, p. 1; «Salamanca en el Senado. Una petición del señor Esperabé», *El Adelanto*, n.º 11.697, 14 de julio de 1922, p. 2; «La Gran Cruz del Mérito Militar para el señor Domínguez Zaballa», *El Adelanto*, n.º 11.712, 1 de agosto de 1922, p. 2; «La gratitud de un pueblo», *El Adelanto*, n.º 11.731, 25 de agosto de 1922, p. 1; y CALERO, Anibal: «La Cruz Roja», *El Adelanto*, n.º 11.760, 28 de septiembre de 1922, p. 4.

<sup>183</sup> «La Cruz Roja obsequiará a los licenciados del 19», *La Gaceta Regional*, n.º 617, 8 de septiembre de 1922, p. 1.

<sup>184</sup> «La Comisión Patriótica», *La Gaceta Regional*, n.º 353, 22 de octubre de 1922, p. 9.

<sup>185</sup> TRIGO, José Luis: «La Cruz Roja salmantina en el primer año de su fundación», *El Adelanto*, n.º 11.817, 8 de diciembre de 1922, p. 1. También: *La Cruz Roja. Revista Mensual Ilustrada*, n.º 241, Año 24, Madrid, julio 1922, pp. 570-571.

<sup>186</sup> «La Cruz Roja y el gobernador socorren al ex-cautivo de Tejares», *El Adelanto*, n.º 11.890, 3 de marzo de 1923, p. 1.

<sup>187</sup> «Los servicios de la Cruz Roja», *El Adelanto*, n.º 12.070, 30 de septiembre de 1923, p. 5.

<sup>188</sup> Fondo Documental de la Cruz Roja Española, Caja 579, Carta de Fernando D. Zaballa, 22 de diciembre de 1923.

adquisición de unos filtros de agua individuales y termógenos y se acordó reservar algo de dinero por si se daba la circunstancia de que la Albuerca tuviera que marcharse a África<sup>189</sup>. Las gestiones para la adquisición de los bombarderos seguían por buen camino y la Comisión se esforzaba para que el Rey acudiese al acto de entrega<sup>190</sup>. A finales de septiembre los dos aeroplanos llegaron a Cuatro Vientos. Sin embargo, la entrega hubo de posponerse unos días ante la ausencia del director general de aeronáutica para África<sup>191</sup>. En tanto, los comisionados acordaron la adquisición de 1.200 colchonetas de campaña (finalmente fueron 1.050, pues parte del dinero se prefirió invertir en la fabricación de cincuenta capas impermeables, muy útiles para los servicios al raso)<sup>192</sup> y cinco carros-cuba, además de los ya mencionados filtros individuales<sup>193</sup>. La deseada donación de los aviones se realizó, al fin, con la presencia regia. Al acto acudió la Comisión Patriótica, el presidente de la Diputación Provincial y Diego Martín Veloz<sup>194</sup>. La prensa, a la par que describió ampliamente el desarrollo del acontecimiento, incluyó en sus páginas el cuadro de honor con el nombre de los principales suscriptores de la provincia y las cantidades abonadas. Encabezaban dicho listado el obispo de Salamanca, el Casino, el Ayuntamiento, Enrique Esperabé y el diputado a Cortes por la capital<sup>195</sup>.

Después de la entrada del general Cavalcanti en Tiza, la siguiente decisión de la Comisión Patriótica fue la concesión de treinta premios de cincuenta pesetas cada uno para los soldados, especialmente los salmantinos, que destacaron en dicha operación. También la Comisión se comprometió a conceder un premio de 5.000 pesetas para el primer salmantino que obtuvie-

<sup>189</sup> «Nota oficiosa de la Comisión Gestora del aeroplano “Salamanca”», *El Adelanto*, n.º 11.436, 10 de septiembre de 1921, p. 1; «La Comisión Gestora», *La Gaceta Regional*, n.º 318, 12 de septiembre de 1921, p. 4.

<sup>190</sup> «¿Su entrega al Ejército no podría ser una solemnidad regia en Salamanca?», *El Adelanto*, n.º 11.431, 16 de septiembre de 1921, p. 1.

<sup>191</sup> «La inmediata entrega de los aeroplanos “Salamanca”», *El Adelanto*, n.º 11.436, 22 de septiembre de 1921, p. 1 (obsérvese nuevamente el equívoco en la numeración de los diarios).

<sup>192</sup> «Los obsequios a nuestros soldados en África», *El Adelanto*, n.º 11.504, 29 de noviembre de 1921, p. 1; y «Adquisición de impermeables para los soldados de La Victoria», *La Gaceta Regional*, n.º 384, 29 de noviembre de 1921, p. 6. Ello fue una sugerencia del comandante segundo jefe del batallón expedicionario de La Victoria, Isidro Cerdeño.

<sup>193</sup> «La suscripción patriótica provincial», *El Adelanto*, n.º 11.450, 27 de septiembre de 1921, p. 1; y «La Comisión Gestora», *La Gaceta Regional*, n.º 322, 16 de septiembre de 1921, p. 5.

<sup>194</sup> «Solemne entrega en Cuatro Vientos, con asistencia de los reyes don Alfonso y doña Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.453, 30 de septiembre de 1921, p. 1; y «Realidad confortadora», *La Gaceta Regional*, n.º 335, 1 de octubre de 1921, p. 1.

<sup>195</sup> «Cuadro de honor», *El Adelanto*, n.º 11.453, 30 de septiembre de 1921, p. 1; y Pedro M. Serrano Piedecosas: «Las aeronaves “Salamanca”. La reina de España y la infanta doña Isabel han apadrinado los aeroplanos», *La Gaceta Regional*, n.º 334, 30 de septiembre de 1921, p. 2.

se una laureada de San Fernando. En la misma sesión, se acordó el cierre definitivo de la suscripción a partir 8 de octubre<sup>196</sup>. Coincidiendo con el inicio de la época de lluvias, también los comisionados, en estrecha colaboración con la madrina del batallón, se ocuparon de la recolección de ropa de abrigo<sup>197</sup>. La Comisión, por boca del gobernador Polo de Bernabé, ofreció a la Cruz Roja el sostenimiento de cuarenta camas en el futuro Hospital del Asilo de Vega. Pero desde Guerra nunca llegó el reconocimiento oficial de este ofrecimiento, que acabó por convertirse en papel mojado. Así, el dinero destinado a este proyecto fue donando a los soldados<sup>198</sup>. Al igual que en el caso de la Cruz Roja, también los comisionados empezaron a organizar los regalos y donativos en metálico para el «aguinaldo del soldado»<sup>199</sup>. Incluso, se abrió una nueva suscripción popular para costear un altar portátil<sup>200</sup>.

Desde comienzos de 1922, los padres de los «cuotas» se mostraron progresivamente más reivindicativos ante el gobierno y aumentaron también sus exigencias ante la Comisión Gestora<sup>201</sup>. Pese a que ésta no cesó en sus labores de auxilio (solicitó a todos los alcaldes de la provincia un listado con los licenciados de 1918 para hacer efectivos unos donativos de 25 pesetas<sup>202</sup>; hizo entrega, en febrero de 1922, de los cinco carros-cuba prometidos, con un coste de 5.150 pesetas)<sup>203</sup>, topó con la protesta de varios soldados que, por no pertenecer al batallón expedicionario de La Victoria, no fueron beneficiarios de ningún donativo<sup>204</sup>. En febrero de 1922, la Comisión acordó poner fin a los donativos de carácter militar para el Ejército. El remanente de la suscripción, unas 50.000 pesetas, se decidió distribuirlo en metálico entre los soldados salmantinos<sup>205</sup>. A mediados de mayo, Pérez

<sup>196</sup> «Premios y auxilios a los soldados salmantinos en África», *El Adelanto*, n.º 11.459, 7 de octubre de 1921, p. 3; y «La Comisión Gestora», *La Gaceta Regional*, n.º 340, 7 de octubre de 1921, p. 4.

<sup>197</sup> «La Comisión Gestora», *La Gaceta Regional*, n.º 360, 31 de octubre de 1921, p. 7.

<sup>198</sup> «La Comisión Gestora», *La Gaceta Regional*, n.º 353, 22 de octubre de 1921, p. 9; «Donativos a los soldados salmantinos en África», *La Gaceta Regional*, n.º 424, 17 de enero de 1922, p. 2.

<sup>199</sup> «Envíos y donativos para nuestros soldados», *El Adelanto*, n.º 11.479, 31 de octubre de 1921, p. 1. Además de productos típicamente navideños y ropa de abrigo, en el «aguinaldo» se incluyó un donativo de 1.000 pesetas para las tropas de infantería y 500, para la marina. *La Gaceta Regional*, n.º 391, 7 de diciembre de 1921, p. 2.

<sup>200</sup> «Los donativos al Ejército de África», *El Adelanto*, n.º 11.500, 24 de noviembre de 1921, p. 1.

<sup>201</sup> «La Comisión Patriótica de donativos al Ejército», *El Adelanto*, n.º 11.546, 16 de enero de 1922, pp. 1-2.

<sup>202</sup> «El reparto de donativos», *El Adelanto*, n.º 11.567, 10 de febrero de 1922, p. 2.

<sup>203</sup> «Los carros-aljibes destinados a La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.753, 17 de febrero de 1922, p. 1; y «La entrega de los carros-cubas», *La Gaceta Regional*, n.º 453, 20 de febrero de 1922, p. 1.

<sup>204</sup> Varios soldados: «Lo que acuerdan unos cuantos salmantinos», *El Adelanto*, n.º 11.569, 13 de febrero de 1922, p. 3.

<sup>205</sup> «Los carros-cubas para el batallón de La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.575, 20 de febrero de 1922, p. 2.

Cardenal ya había recibido los listados procedentes de las comandancias generales de Melilla y Larache con los nombres de los soldados de las cajas de reclutamiento de Salamanca y Ciudad Rodrigo, pertenecientes a las quintas de 1919, 1920 y 1921. Para un total de 610 individuos se acordó la distribución de donativos de 25, 50 y 75 pesetas<sup>206</sup>. También otros regimientos, con varios salmantinos en sus filas, fueron beneficiarios de estos donativos en metálico y lo mismo ocurrió con treinta y cinco individuos que habían reclamado este apoyo económico<sup>207</sup>. El 6 de agosto de 1922 se celebró la última reunión oficial de la Comisión Patriótica. En caja quedaban casi 4.000 pesetas. Finalmente fueron distribuidas entre los treinta y cinco reclamantes aludidos, los funcionarios de la Diputación y la Cruz Roja. El Ayuntamiento, por su parte, no había entregado aún las 5.000 pesetas prometidas<sup>208</sup>. Entre las últimas gestiones de auxilio a cargo de la Comisión Patriótica, cabe destacar los variados obsequios para el relevo salmantino de 1922 y el banquete de homenaje para los repatriados de 1919<sup>209</sup>. También, los comisionados giraron algo más de 1.000 pesetas para López Ferrer, con el propósito de que fuesen distribuidas entre los rescatados de Axdir, y entregaron 100 pesetas más al primer ex-cautivo salmantino<sup>210</sup>. Muy poco antes del golpe militar, por iniciativa de la Comisión, se abrió una suscripción a beneficio del capitán Rodríguez Almeida, natural de Villar de Ciervo, que destacó en la defensa de Tifarauin<sup>211</sup>.

A modo de gesto particular de apoyo a los combatientes, no puede faltar en estas páginas una alusión al viaje de Diego Martín Veloz a la Comandancia de Larache y Melilla en octubre de 1921, para llevar a las tropas

<sup>206</sup> «Comisión Patriótica salmantina», *El Adelanto*, n.º 11.647, 17 de mayo de 1922, p. 3; La Comisión: «Hacia el Protectorado», *La Gaceta Regional*, n.º 489, 3 de abril de 1922, p. 3.

<sup>207</sup> «Comisión Patriótica», *El Adelanto*, n.º 11.676, 20 de junio de 1922, p. 1; «La Comisión Patriótica», *El Adelanto*, n.º 11.716, 8 de agosto de 1922, p. 4; y «Comisión Patriótica», *La Gaceta Regional*, n.º 228, 22 de mayo de 1922, p. 1. Los beneficiarios fueron: el regimiento de Artillería a Caballo, 11.º, regimiento de Artillería Ligera, regimiento lanceros de Farnesio, regimiento Almansa, número 18; 7.ª Comandancia de Tropas de Intendencia, Batallón de Radio-Telegrafía de Campaña, regimiento de Guipúzcoa, número 53, y el regimiento de Granada, número 34.

<sup>208</sup> «La última reunión de la Comisión Patriótica», *La Gaceta Regional*, n.º 590, 7 de agosto de 1922, p. 5.

<sup>209</sup> «El Ayuntamiento y la marcha de los soldados del regimiento de La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.734, 29 de agosto de 1922, p. 2; y «La llegada de los soldados del regimiento de La Victoria», *El Adelanto*, n.º 11.744, 9 de septiembre de 1922, p. 2.

<sup>210</sup> «La Comisión Patriótica. Donativos a los prisioneros rescatados», *El Adelanto*, n.º 11.865, 2 de febrero de 1923, p. 1; «Comisión Patriótica», *El Adelanto*, n.º 11.891, 4 de marzo de 1923, p. 3; «Salamanca, a los prisioneros», *La Gaceta Regional*, n.º 789, 2 de febrero de 1923, p. 1.

<sup>211</sup> «El homenaje al capitán señor Rodríguez Almeida», *El Adelanto*, n.º 12.046, 2 de septiembre de 1923, p. 1; «Suscripción», *La Gaceta Regional*, n.º 438, 29 de septiembre de 1923, p. 1. Se habían recaudado 210 pesetas el 29 de septiembre.

palabras de ánimo y obsequios de sus familiares<sup>212</sup>; la velada teatral de un grupo de ferroviarios para costear una cama en la que acoger a un posible ferroviario herido en el Rif<sup>213</sup>; las recolecciones estudiantiles de libros para «La Biblioteca del Soldado»<sup>214</sup>; una suscripción iniciada por la Asociación General de Ganaderos<sup>215</sup>; u otra suscripción de los estudiantes de Medicina en beneficio del personal sanitario de La Victoria<sup>216</sup>.

### *Algunas manifestaciones de insatisfacción pública*

Como muy acertadamente reconoce Pablo La Porte, Annual ofreció una ocasión idónea para poner en marcha un cambio de rumbo en la vida política de la Restauración. Pero no ocurrió tal cosa. Los sucesivos gobiernos se mostraron impotentes en lo tocante a las operaciones militares, la liberación de los prisioneros, la repatriación de los soldados y la exigencia de responsabilidades políticas. Por ello, las esperanzas ciudadanas fueron mermando, así como su compromiso de apoyo a la política del Protectorado<sup>217</sup>. Ante este hecho, cabe preguntarse si realmente la repulsión hacia la guerra se evaporó en los meses inmediatos al Desastre o si los medios de comunicación pusieron cierto empeño en convertir este sentimiento en invisible. Por otro lado, en caso de decantarnos por el segundo supuesto, también sería lógico preguntarse si los periódicos actuaron por puro convencimiento o

<sup>212</sup> TRIGO, José Luis: «En Larache se necesita, con toda urgencia, quinina», *El Adelanto*, n.º 11.573, 24 de octubre de 1921, p. 5; GARCÍA DE LA CRUZ: «El batallón de La Victoria», *La Gaceta Regional*, n.º 329, 24 de octubre de 1921, p. 4. Hecha la visita, el diputado a Cortes solicitó el envío urgente de quinina contra el paludismo y las autoridades salmantinas muy pronto se pusieron manos a la obra.

<sup>213</sup> «Por los ferroviarios que luchan en África», *El Adelanto*, n.º 11.466, 15 de octubre de 1921, p. 3; y «Para los heridos ferroviarios de África», *La Gaceta Regional*, n.º 345, 13 de octubre de 1921, p. 1.

<sup>214</sup> «El libro del soldado y los alumnos salmantinos», *El Adelanto*, n.º 11.468, 18 de octubre de 1921, p. 2; y «La biblioteca del soldado», *El Adelanto*, n.º 11.493, 16 de noviembre de 1921, p. 1. El desarrollo de esta iniciativa planteó algunos problemas. *La Gaceta Regional* responsabilizó de la desmoralización de las tropas a quien envió libros con contenidos «antipatrióticos»: «García de Roldán» (Andrés Marcos Escribano): «Escrúpulos», *La Gaceta Regional*, n.º 359, 29 de octubre de 1921, p. 1. Estos comportamientos marginales, no por su representatividad sino por su escasa cabida en la prensa, son los que anunciaban un cambio en la actitud ciudadana ante la guerra. Por tanto, no se puede valorar la acogida de esta idea únicamente atendiendo al volumen de libros recolectados, que rebasaba los 600 ejemplares al finalizar 1921.

<sup>215</sup> «Los ganaderos y los soldados de África», *El Adelanto*, n.º 11.503, 28 de noviembre de 1921, p. 3.

<sup>216</sup> «L.B.»: «El aguinaldo del soldado y los estudiantes de Medicina», *El Adelanto*, n.º 11.504, 29 de noviembre de 1921, p. 1.

<sup>217</sup> LA PORTE, Pablo: «Marruecos y la crisis de la Restauración», en *Ayer*, n.º 63, Madrid, 2006, pp. 53-74.

reaccionaron ante las presiones del censor de turno. Según nuestro parecer, la reacción de los salmantinos ante el desastre militar fue muy visceral y la prensa no tuvo que esforzarse demasiado para convencer a la opinión de la necesidad de responder al ataque rifeño. Sin embargo, iniciada la reconquista y conocidas las primeras estimaciones sobre el número de víctimas, la belicosidad ciudadana empezó a decaer. Fue entonces cuando la prensa dinástica asumió como propia la tarea de mantener viva la llama de la venganza entre los salmantinos. Los rotativos describieron la primera despedida de La Victoria en la estación ferroviaria, durante el verano de 1921, como un momento sumamente emotivo. Para *El Adelanto* y *La Gaceta Regional* la presencia masiva de gentes en la estación fue una clara demostración de que la voluntad de resarcir el honor de la patria imperaba sobre cualquier lamento de los familiares<sup>218</sup>. Pero no existe ningún argumento que impida interpretar esa masiva asistencia a la estación ferroviaria como un gesto de pura resignación, una sentida despedida de aquéllos que eran enviados a un «matadero». De hecho, un año después, con motivo del envío de más soldados, la gente acudió nuevamente a la estación pero ya entonces *El Adelanto*, tras un ejercicio interno de reflexión y después de varios desencantos, obvió las alusiones al fervor patriótico de las masas. Ocultar el rechazo que la guerra generaba se estaba convirtiendo en una tarea progresivamente más difícil. Y de esta forma, el descontento se transformó en amargura, pues ni las responsabilidades se hacían efectivas ni los soldados retornaban a sus hogares. Finalmente, el diario de Núñez Izquierdo se convenció de la necesidad de abandonar las políticas de medias tintas y de optar o bien por una acción militar contundente, o bien, por el abandono absoluto<sup>219</sup>.

En el caso de *La Gaceta Regional*, fueron muy pocas las señales que revelaron un sentimiento de rechazo hacia la guerra. De hecho, este fue el diario salmantino que más se esforzó por alimentar el deseo popular de desquite. La indiferencia ante las iniciativas de los padres de «cuotas» dio paso al inicio de una campaña en defensa de sus derechos y en contra de García Prieto. En suma, *La Gaceta* también se apuntó a la oleada popular que exigía la repatriación urgente. Ello fue un instrumento sencillo y eficaz para

<sup>218</sup> «A.C.S.»: «Para ti, hijo mío», *El Adelanto*, n.º 11.423, 26 de agosto de 1921, p. 3.

<sup>219</sup> «Diga el gobierno lo que quiera, tal como ha planteado el problema de nuestra actuación en el Rif, aquello resulta un verdadero lío, que nadie entiende, y menos que nadie la opinión pública, a la que no se le alcanza que para no hacer nada y para vivir en pactos vergonzosos con los moros, sea necesario mantener en Marruecos un Ejército numeroso. O avanzamos de una vez o retrocedemos; pero no a la línea del Kert, que eso sería absurdo, sino más, mucho más acá, hasta el mismo Melilla, dejando a los rifeños que campen por sus respetos, declarando que no podemos o no queremos ejercer protectorado en esa zona», «En camino de la justicia», *El Adelanto*, n.º 12.028, 12 de agosto de 1923, p. 1.

desprestigiar a la concentración de izquierdas. En cualquier caso, siempre concibió el abandono como una utopía y fue constante en su demanda de una acción militar rápida, enérgica y decidida<sup>220</sup>.

Por último, *El Pueblo* encabezó, como ya ha sido apuntado, la campaña periodística en Salamanca contra la guerra y contra la multitud de actos patrioterros desarrollados<sup>221</sup>.

Conociendo la fuerte presencia de «cuotas» en el batallón expedicionario de La Victoria, no cabe duda sobre la enorme trascendencia de las reivindicaciones de sus familiares como condicionante de la actitud ciudadana ante la guerra. La legislación sobre el servicio militar topó tradicionalmente con la oposición del movimiento obrero, para el que la diferenciación entre el soldado de haber y el soldado de cuota equivalía a convertir la guerra en una esclavitud para el pobre. Lo novedoso fue que después del Desastre de Annual, también los sectores sociales económicamente más pujantes sufrieron las penalidades de la lucha armada y su deseo de venganza comenzó a entibiarse. Desde que se extendieron los primeros rumores sobre la inminente implantación de un protectorado de índole civil, los padres de los soldados de cuota intensificaron sus demandas a favor del pronto retorno de sus hijos. En el caso salmantino, los primeros manifiestos públicos se conocieron al finalizar 1921 y hubo una primera reunión exploratoria en abril de 1922<sup>222</sup>. Las madres de estos soldados se vincularon estrechamente con el movimiento conocido como Cruzada de Mujeres Españolas, presidido por Carmen de Burgos, la primera mujer periodista profesional en España<sup>223</sup>. El 30 de julio de 1922 organizaron un mitin multitudinario en el Teatro de la Comedia. Siguiendo su ejemplo, también las madres y hermanas de soldados salmantinos quisieron organizar una manifestación para solicitar el fin de la guerra. Pero toparon con la prohibición del gobernador civil, que amenazó con juzgarlas militarmente. El 25 de marzo de 1923 tuvo lugar, y en esta ocasión exitosamente, una asamblea multitudinaria en la Cámara de Comercio de los padres de «cuotas» correspondientes a los reemplazos de 1920 y 1921<sup>224</sup>. Puesto que éste ya era su tercer año de servicio en filas, los demandantes se dirigieron al ministro de

<sup>220</sup> «E.»: «Los obreros y la cuestión de Marruecos», *La Gaceta Regional*, n.º 919, 7 de septiembre de 1923, p. 1.

<sup>221</sup> M. Lozano: «¿Hay pueblo?», *El Pueblo*, n.º 34, 4 de marzo de 1922, p. 2; «Andrés de España»: «No nos conformamos», *El Pueblo*, n.º 37, 15 de abril de 1922, p. 4.

<sup>222</sup> «El mitin de ayer en el teatro Moderno», *La Gaceta Regional*, n.º 499, 17 de abril de 1922, p. 4.

<sup>223</sup> «Las madres de los soldados», *El Adelanto*, n.º 11.704, 22 de julio de 1922, p. 1.

<sup>224</sup> «La Cruz Roja», *La Gaceta Regional*, n.º 712, 2 de febrero de 1923, p. 4. Eran 247 individuos del reemplazo de 1920 y otros 47, del de 1921, según las cifras aportadas por la citada institución.

Guerra para exigir su repatriación<sup>225</sup>. Muy implicados con el movimiento análogo que se desarrollaba a escala nacional, pronto también reclamaron de Alcalá Zamora una fecha exacta para el regreso de los soldados<sup>226</sup>. La fecha hubo de retrasarse en varias ocasiones porque las negociaciones de Castro Girona con las cábilas rifeñas no llegaron a buen puerto. El desconuelo ciudadano era enorme y pese a que el ministro se comprometió, a mediados de mayo, a firmar urgentemente la repatriación y licenciamiento de los soldados del reemplazo de 1920, finalmente, ello no ocurrió antes del golpe<sup>227</sup>. Al margen de este movimiento, y con un apoyo mediático muy inferior y no correspondido con su representatividad social, también los familiares de los soldados de haber iniciaron una campaña reivindicando el pronto retorno de sus seres queridos y el abandono del Protectorado<sup>228</sup>.

Acerca del expediente Picasso y de los debates ministeriales y parlamentarios sobre las causas de la derrota militar, los salmantinos dispusieron de las frecuentes aunque breves informaciones de las secciones de noticias telefónicas y telegráficas de la prensa. En general, la población estuvo bastante al corriente de las controversias generadas por el empleo de tropas indígenas, el desabastecimiento de muchos blocaos, el pésimo funcionamiento de los servicios sanitarios, la discutida actuación de las Juntas de Defensa, las difíciles relaciones entre los generales Berenguer y Silvestre, las habituales confrontaciones entre los ministerios de Guerra y Estado, la incisiva retórica de Indalecio Prieto... La prensa local, al unísono, defendió

<sup>225</sup> «Los padres de los reclutas de 1920-1921 piden la repatriación», *El Adelanto*, n.º 11.910, 27 de marzo de 1923, p. 5.

<sup>226</sup> «A favor de los soldados de cuota», *El Adelanto*, n.º 11.917, 5 de abril de 1923, p. 7; La Comisión: «A los padres de los soldados de cuota», *El Adelanto*, n.º 11.919, 7 de abril de 1923, p. 6; «Por la repatriación de los soldados de los años 1920-1921», *El Adelanto*, n.º 11.920, 8 de abril de 1923, p. 6; y «Por la repatriación de los soldados de los reemplazos de 1920 y 1921», *La Gaceta Regional*, n.º 794, 9 de abril de 1923, p. 3.

<sup>227</sup> «Júbilo en Salamanca», *El Adelanto*, n.º 11.949, 12 de mayo de 1923, p. 2; «El Rey y los “cuotas” de veinte en campaña», *La Gaceta Regional*, n.º 857, 25 de junio de 1923, p. 5; y «Los padres de los soldados de cuota», *La Gaceta Regional*, n.º 935, 26 de septiembre de 1923, p. 1. Incluso, como dato anecdótico, Mirat entregó al Rey, con motivo de su estancia en Salamanca durante la celebración del Congreso de Ciencias, un memorial en el que nuevamente se solicitaba la repatriación.

<sup>228</sup> «E.»: «En el Círculo Obrero. Las madres salmantinas piden la terminación de la guerra», *El Adelanto*, n.º 11.695, 12 de julio de 1922, p. 2; «Las madres de los soldados», *El Adelanto*, n.º 11.704, 22 de julio de 1922, p. 1; «La reunión de las madres salmantinas en el Círculo Obrero», *El Adelanto*, n.º 11.721, 13 de agosto de 1922, p. 1; «Mitin contra la guerra», *El Adelanto*, n.º 12.047, 4 de septiembre de 1923, p. 1; y «E.»: «El mitin de ayer», *La Gaceta Regional*, n.º 915, 3 de septiembre de 1923, p. 1. Es una pena que *El Pueblo* ya no se editase en estas fechas, pues sería un instrumento idóneo para conocer con amplitud el estado de la opinión obrera en estos controvertidos meses.

que todas las responsabilidades, tanto políticas como militares, se debían esclarecer, aunque los dos diarios con mayor tirada consideraron inicialmente, no se olvide, este asunto como secundario ante la urgencia de reconquistar las posiciones perdidas. *El Adelanto*, al conocer que varios mandos militares serían procesados, mostró primero bastante incredulidad y luego júbilo. *El Pueblo*, por su parte, consideró el expediente como una entelequia de la que no se derivaría ningún responsable serio. Por último, *La Gaceta Regional* argumentó que las responsabilidades militares, que eran las únicas a las que se refería el expediente, se derivaban de una equivocación política, mientras que las responsabilidades de índole política eran tan difusas que del debate no resultaría ningún fruto provechoso.

Para la opinión liberal-republicana las prolongadas discusiones parlamentarias condujeron a la más absoluta desolación. A finales de 1921 el debate ya se percibía como algo inútil y perjudicial, pues no hacía sino ensanchar la brecha entre la opinión pública y los políticos<sup>229</sup>. Aunque los procesamientos de Berenguer y Navarro fueron muy bien recibidos, la desesperación fue la nota dominante entre los redactores del diario de Núñez Izquierdo<sup>230</sup>. La celebración en Salamanca de una manifestación pro-responsabilidades, en diciembre de 1922, recibió una notable atención en las páginas de este diario y de ella se efectuó un balance bastante positivo, pero las protestas populares, pese a lo mucho que perturbaron a los dirigentes políticos, no bastaron para modificar el rumbo de los debates parlamentarios<sup>231</sup>. *El Pueblo*, desde el mismo momento en que se conocieron las noticias desastrosas de la Comandancia de Melilla, exigió responsabilidad-

<sup>229</sup> «Se han cerrado las Cortes por decreto, y ahí queda muerto ese debate, como se suponía, sin que se vislumbre nada de depuración de responsabilidades», «El cerrozajo», *El Adelanto*, n.º 11.526, 24 de diciembre de 1921, p. 1.

<sup>230</sup> *El Adelanto*, n.º 11.818, 1 de diciembre de 1922, p. 1; «M.»: «La comedia de las responsabilidades», *El Adelanto*, n.º 11.812, 2 de diciembre de 1922, p. 1. «Marruecos», *El Adelanto*, n.º 11.561, 3 de agosto de 1922, p. 1.

<sup>231</sup> «El Desastre de Marruecos. El Ayuntamiento, con todos los organismos locales, organiza la manifestación en pro de las responsabilidades», *El Adelanto*, n.º 11.830, 23 de diciembre de 1922, p. 1; Junta directiva de Acción Ciudadana: «La manifestación de las responsabilidades», *El Adelanto*, n.º 11.835, 29 de diciembre de 1922, p. 1; «La manifestación popular de mañana en pro de las responsabilidades del Desastre de Annual. ¡Salmantinos: a la manifestación!», *El Adelanto*, n.º 11.836, 30 de diciembre de 1922, pp. 1-2; «La manifestación en pro de las responsabilidades por el Desastre de Annual», *El Adelanto*, n.º 11.838, 2 de enero de 1923, p. 3. Anaya respondió a la convocatoria del Ateneo de Madrid y, con el apoyo de casi todas las asociaciones ciudadanas, organismos políticos, la Universidad y el vecindario, se organizó la manifestación reivindicativa. No fue tan concurrida como se esperaba, pues, al parecer, la jornada fue fría y lluviosa. Partió de la Alamedilla y recorrió la Avenida Mirat y la Calle Zamora hasta la Plaza Mayor. Concluyó en el Gobierno Civil y a su presidente se le entregaron las conclusiones de los manifestantes.

des. No obstante, no emprendió una campaña reivindicativa constante, pues habría topado con la inmediata actuación del censor. Aunque, eso sí, la manifestación pro-responsabilidades fue presentada como un rotundo éxito obrero<sup>232</sup>. Para concluir, *La Gaceta Regional* prestó atención al asunto de las responsabilidades algo más tardíamente que los otros dos periódicos, pero su implicación ideológica fue mayor. Según ella, la implicación de los militares africanistas, y muy especialmente del general Dámaso Berenguer, en la derrota fue una cuestión secundaria ante las responsabilidades políticas, la inmoralidad reinante en la vida pública y la errónea actuación de las Juntas de Defensa<sup>233</sup>. Tampoco la redacción conservadora vislumbró ninguna luz en el horizonte de las responsabilidades y coincidiendo con el desarrollo de la manifestación de diciembre, escatimó sus comentarios por considerar que estaba alimentada por elementos revolucionarios responsables de la desmoralización del Ejército<sup>234</sup>.

Las dilatadísimas gestiones para el rescate de los prisioneros de Axdir generaron entre los salmantinos muchísima ansiedad y expectación. La liberación inminente de los cautivos fue anunciada en múltiples ocasiones y reiteradamente la noticia tuvo que ser desmentida. La prensa salmantina defendió de modo bastante acorde la necesidad de proceder al rescate urgente de los soldados supervivientes de la Comandancia de Melilla<sup>235</sup>. En *El Adelanto* y *La Gaceta Regional* fueron muy habituales las cartas insertas de estos presos y los dramáticos testimonios de sus familiares en los que se relataban las circunstancias de su penosa existencia: el limitado espacio del que disponía cada individuo, la paupérrima alimentación, la insalubridad del alojamiento, los maltratos inferidos por los guardianes, los trabajos forzados... Se pretendía convencer a la opinión de la necesidad de una actuación inmediata al respecto, pero, al mismo tiempo, se seguía alimentando la voluntad de revancha y caracterizando al rifeño como un enemigo cruel que merecía un brutal castigo. Sobre todo, se combatió con estos relatos la tradicional imagen que presentaba a Abd-el-Krim como un hombre culto y

<sup>232</sup> «Lo de las responsabilidades», *El Pueblo*, n.º 53, 13 de enero de 1923, p. 1.

<sup>233</sup> *La Gaceta Regional*, n.º 682, 24 de noviembre de 1922, p. 1. Sobre el posicionamiento del diario conservador contra las Juntas, véase «Hay algo en Dinamarca», *La Gaceta Regional*, n.º 379, 23 de noviembre de 1921, p. 1; y «Quosque tandem...?», *La Gaceta Regional*, n.º 498, 15 de abril de 1922, p. 1.

<sup>234</sup> «¡No desviarse!», *La Gaceta Regional*, n.º 691, 5 de diciembre de 1922, p. 1; «Anoche en el Ayuntamiento», *La Gaceta Regional*, n.º 698, 14 de diciembre de 1922, p. 1; «La manifestación pro responsabilidades», *La Gaceta Regional*, n.º 711, 30 de diciembre de 1922, p. 1; y «La manifestación pro responsabilidades», *La Gaceta Regional*, n.º 712, 2 de enero de 1923, p. 2.

<sup>235</sup> «¡Hay que rescatarlos!», *El Adelanto*, n.º 11.481, 2 de noviembre de 1921, p. 1; GÓMEZ PARRA, E.: «Teorías peregrinas», *El Adelanto*, n.º 11.515, 12 de diciembre de 1921, p. 1.

refinado<sup>236</sup>. En la práctica, estas noticias generaron mucho alarmismo. Las posibles consecuencias que la liberación del general Navarro pudiera tener en el pleito de las responsabilidades no parecieron preocupar en exceso a los salmantinos. Pero sí hubo división de pareceres al conocerse el método con el que finalmente Alba y Echevarrieta hicieron efectivo el rescate: además de que el dinero entregado a Abd-el-Krim podría emplearse en la adquisición de armamento, la opinión conservadora juzgó el pago de un rescate como algo humillante, más aún a sabiendas de que el caudillo rifeño sólo aceptó recibirlo de manos de un particular sin representatividad política. La definitiva liberación, en febrero de 1923, fue bastante bien recibida por la redacción de *El Adelanto*<sup>237</sup>. Durante algunas semanas, concedió bastante de su espacio a los testimonios de los rescatados y, sobre todo, a los relatos de los tres salmantinos liberados. Más que interesarse por los debates sobre el honor nacional, el diario de Núñez Izquierdo se volcó en argumentar que había llegado el momento de implantar el protectorado civil<sup>238</sup>. Para *La Gaceta Regional*, sin embargo, el proceder del gobierno español en esta cuestión fue vergonzoso<sup>239</sup>. Por último, *El Pueblo* se limitó a recibir con entusiasmo tan esperada noticia<sup>240</sup>.

No debe terminar este artículo sin aludirse, aunque sea muy brevemente, a una cuestión que también contribuyó, y mucho, a caldear los ánimos populares contra la gestión política del Protectorado marroquí. Me estoy refiriendo al estatuto jurídico de la ciudad de Tánger. Tanto *El Adelanto* como *La Gaceta Regional*, en abundantes editoriales de tono muy apasionado, consideraron intocable el derecho español sobre este enclave y recelaron siempre de las ambiciones expansionistas francesas<sup>241</sup>. Las esperanzas de los

<sup>236</sup> «Exaltaciones vergonzosas», *El Adelanto*, n.º 11.419, 22 de agosto de 1921, p. 2; y «España en Marruecos», *La Gaceta Regional*, n.º 429, 23 de enero de 1922, p. 3.

<sup>237</sup> RIVERA: «Al cerrar», *El Adelanto*, n.º 11.856, 23 de enero de 1923, p. 6; «Nota del día. El rescate de los prisioneros», *El Adelanto*, n.º 11.857, 24 de enero de 1923, p. 2; CASTRO: «El rescate de los prisioneros de Axdir», *El Adelanto*, n.º 11.861, 28 de enero de 1923, pp. 1-2; CASTRO: «Los espantosos detalles del cautiverio de los prisioneros», *El Adelanto*, n.º 11.862, 30 de enero de 1923, pp. 1-2.

<sup>238</sup> «Nota del día. El horizonte político se va despejando», *El Adelanto*, n.º 11.869, 7 de febrero de 1923, p. 1.

<sup>239</sup> BARRETO: «El tema del día. El rescate de los prisioneros. ¿Su libertad es un hecho?», *La Gaceta Regional*, n.º 730, 23 de enero de 1923, p. 3; «Redimidos», *La Gaceta Regional*, n.º 735, 29 de enero de 1923, p. 1; ZARDAÍN, Claudio: «La redención de los mártires», *La Gaceta Regional*, n.º 738, 1 de febrero de 1923, p. 1; y GARCÍA, M.: «El rescate», *La Gaceta Regional*, n.º 751, 16 de febrero de 1923, p. 3.

<sup>240</sup> «Libertad a los prisioneros de la redacción», *El Pueblo*, n.º 55, 24 de febrero de 1923, p. 1.

<sup>241</sup> «Del momento. Lo de Tánger», *El Adelanto*, n.º 11.380, 7 de julio de 1921, p. 1; «La cuestión de Tánger», *El Adelanto*, n.º 11.980, 17 de junio de 1923, p. 6; «Tánger, ¿para quién es?», *La Gaceta Regional*, n.º 436, 21 de enero de 1922, p. 1; y SERRANO PIEDECASAS, Pedro: «Elabore-

sucesivos ejecutivos, que no de la opinión pública, se depositaron en el retraso de la conferencia internacional, pues tal vez las diferencias entre Gran Bretaña y Francia ocasionadas por el fin de la Primera Guerra Mundial saldrían a la luz. Pero la capacidad de maniobra española fue muy limitada y la falta de acuerdo internacional sobre la posesión de esta ciudad fue una cuestión que generó mucha incertidumbre hasta su resolución, en 1924.

### *Conclusiones*

El Desastre de Annual, ya para concluir, hizo que todas las lacras que el país arrastraba desde hacía décadas se agudizasen. La derrota militar nos ofrece una magnífica oportunidad para constatar que la tan reiterada apacibilidad de esta ciudad era una percepción errónea. Al contrario, Salamanca se implicó, y mucho, en los asuntos marroquíes. El bienestar de sus combatientes se convirtió en casi una obsesión. Pero, antes que la defensa del honor patrio, al que de modo constante apeló la prensa local, el más primitivo sentimiento de solidaridad y compasión para con unos conciudadanos fue la semilla de todos los gestos de apoyo a los soldados. Probablemente, mucho más fructífera que la campaña gubernamental y periodística que insistía en las glorias del pasado imperial español, resultó la difusión de una imagen muy estereotipada del rifeño, como un luchador salvaje y fanático, que merecía un castigo ejemplar. Marruecos era un destino fatal, y tal vez, muchos de los jóvenes que eran despedidos en la estación, no regresarían a su provincia natal. Paulatinamente, y en total consonancia con lo ocurrido en el resto del territorio nacional, la mezcla de estupor y deseo de venganza dio paso a un creciente escepticismo, aunque nunca cesaron las iniciativas de apoyo en beneficio de la guarnición local. Pero inútil resultó que casi todos los redactores endureciesen su discurso argumentando la necesidad de una acción bélica contundente. La brecha entre la prensa y la opinión pública era innegable. Mientras para la primera urgía el desembarco en Alhuce-

---

mos una opinión nacional sobre Tánger», *La Gaceta Regional*, n.º 569, 12 de julio de 1922, p. 1. Veamos, dos de los discursos más apasionados sobre el problema: «Tánger debe ser nuestro porque se encuentra rodeado de territorio español (...) En Tánger debe ondear la bandera roja y gualda, solamente, porque es necesaria esa ciudad a nuestros intereses», «A.»: «O Tánger es español o tenemos que retirarnos definitivamente de África», *El Adelanto*, n.º 12.028, 12 de agosto de 1923, p. 5; «El problema de Tánger es para nosotros de tal naturaleza que se puede afirmar rotundamente que es cuestión de vida o muerte (...) Tánger, sin ser español, es la negación de la eficacia de nuestro Protectorado (...) Tánger es para España un avispero de donde nos vienen la mayor parte de los picotazos que recibimos», «Hacia el Protectorado», *La Gaceta Regional*, n.º 469, 10 de marzo de 1922, p. 2.

mas y la clarificación del estatuto de Tánger, la segunda únicamente anhelaba la repatriación de los soldados. La desolación se impuso y la dictadura se contempló como una solución de urgencia. Así pues, finalmente gobernaron los que no habían dejado gobernar.

## BIBLIOGRAFÍA Y PUBLICACIONES

### PUBLICACIONES PERIÓDICAS SALMANTINAS

- El Adelanto* (1 de enero de 1921-30 de septiembre de 1923).  
*La Gaceta Regional* (2 de enero de 1921-30 de septiembre de 1923).  
*El Pueblo* (9 de abril de 1921-22 de marzo de 1924).  
*La Cruz Roja. Revista mensual ilustrada*, n.º 230, agosto de 1921-n.º 255, septiembre de 1923.  
*Boletín Oficial de la Provincia de Salamanca*, enero de 1921-septiembre de 1923.

### BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- ALÍA MIRANDA, Francisco: *Duelo de sables. El general Aguilera, de ministro a conspirador contra Primo de Rivera (1917-1931)*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2006.
- BACHOUD, André: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*. Espasa-Calpe, Madrid, 1988.
- BALFOUR, Sebastián: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Ediciones Península (Historia, Ciencia y Sociedad), Barcelona, 2002.
- BOYD, Carolyn P.: *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*. Alianza, Madrid, 1990.
- BUSQUETS BRAGULAT, Julio: *El militar de carrera en España*. Ariel, Barcelona-Caracas, 1967.
- CARDONA, Gabriel: *El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil*. Siglo XXI, Madrid, 1983.
- DESVOIS, Jean-Michel: «La prensa frente al Desastre de Marruecos, de Annual a Monte Arruit» en VVAA: *Metodología de la Historia de la prensa española*. Siglo XXI, Madrid, 1982, pp. 233-244.
- FERNÁNDEZ VARGAS, Valentina: *Sangre o dinero: el mito del Ejército nacional*. Alianza, Madrid, 2004.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario y ALONSO BAQUER, Miguel (Coords.): *Historia social de las Fuerzas Armadas españolas*. Alhambra, Madrid, 1986, vol. V. *La Restauración*.
- LA PORTE, Pablo:  
 – *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)*. Tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense, Madrid, 1997.

- *La atracción del imán. El Desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2003.
- LÓPEZ BARRANCO, Juan José: *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*. Ed. Mare Nostrum, Madrid, 2006.
- MADARIAGA, Rosa María de:
  - *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*. La Biblioteca de Melilla, Melilla, 1999.
  - *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*. Alianza Editorial, Madrid, 2005.
- MARTÍN CORRALES, Eloy: *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica: siglos XVI-XX*. Bellaterra, Barcelona, 2002.
- MAS CHAO, Andrés: *La formación de la conciencia africanista en el Ejército español (1909-1926)*. SGE, Madrid, 1988.
- MORALES LEZCANO, Víctor: *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*. Siglo XXI, Madrid, 1976.
- PENELL, Richard C.R.: *Marruecos. Del imperio a la independencia*. Alianza, Madrid, 2003.
- RAMIRO DE LA MATA, Javier: *Origen y dinámica del colonialismo español en Marruecos*. Ed. Ciudad Autónoma de Ceuta. Archivo Central, Ceuta, 2001.
- SALAS LARRAZÁBAL, Ramón: *El Protectorado de España en Marruecos*. Ed. MAPFRE, Madrid, 1992.
- SERNA, Alfonso: *Al sur de Tarifa: España-Marruecos, un malentendido histórico*. Marcial Pons, Madrid, 2001.
- WOOLMAN, David S.: *Abd-el-Krim y la guerra del Rif*. Biblioteca Tau, Barcelona, 1971.

# 1808-2008: ¿QUÉ PASÓ EN LA DEFENSA DEL PARQUE DE MONTELEÓN?

José Manuel GUERRERO ACOSTA<sup>1</sup>

## *RESUMEN*

La defensa del parque de Monteleón el día 2 de mayo de 1808 en Madrid contra las tropas de ocupación imperiales ha sido objeto de numerosa literatura. El artículo utiliza documentación inédita, memorias, declaraciones de testigos y diversas fuentes francesas y españolas para reconstruir los hechos tratando de alejarse de visiones distorsionadas y los errores establecidos en la historiografía. Se repasa la actuación de las fuerzas combatientes y los principales protagonistas de un hecho singular en la Europa napoleónica y que ha sido considerado como la chispa que desencadenó la Guerra de la Independencia española.

*PALABRAS CLAVE:* Guerra de la Independencia española, Napoleon, 2 de mayo de 1808, Madrid, Parque de artillería de Monteleón, Ruiz, Daoiz, Velarde, Artillería, Infantería, Cuerpo de Observación de las costas del Océano, Ejército español, Voluntarios de Estado.

## *ABSTRACT*

The defence of the Monteleon artillery arsenal of Madrid, the 2nd of May 1808 against the imperial occupation troops has been the subject of a number of publications. Using documents never published before, memories, eyewitness declarations and other Spanish and French sources, the article recreate the facts in an effort to exclude historiography mistakes and

---

<sup>1</sup> Teniente coronel de Ingenieros. Instituto de Historia y Cultura Militar.

false interpretations. The conduct of the opposing forces is reviewed as well as the main protagonists of a fact unique in Napoleonic Europe, and that has been considered the spark of the Spanish War of Independence.

*KEYWORDS:* Peninsular War, Napoleon, Madrid uprising, May 2, 1808, Daoiz, Velarde, Ruiz, Spanish Army, French imperial Army, Monteleon artillery Arsenal, Spanish Infantry, Spanish Artillery, Corps d'observation des cotes de l'Océan.

\* \* \* \* \*

*Y no es más pronto el resplandor del relámpago que lo fue el pronunciamiento de las tropas y el pueblo. El grito de guerra se dio; (...) jamás se vio sentimiento más unánime; seis años de guerra acreditaron al mundo que tenía sus raíces en lo hondo del corazón...*

Agustín Girón, Marqués de las Amarillas. *Recuerdos.*

Muchas veces al repasar hechos notables de la historia nos preguntamos que motivos indujeron a sus protagonistas a tomar las armas contra un enemigo superior, a defender sin esperanza una posición, un desfiladero, o a asaltar una trinchera enemiga. En muchas de las abundantes memorias de la época napoleónica, los protagonistas aseguran que la razón que les hizo unirse voluntariamente al ejército fue «por que era lo que le parecía que estaba bien hacer en aquel momento». Así de simple. Ríos de tinta se han vertido por tratadistas, desde sus cómodas butacas, para intentar desentrañar las motivaciones personales que impulsaron a personas normales a tomar decisiones que ponían en peligro su vida. En no pocos casos el altruismo o el idealismo estuvo detrás de ese acto de voluntad. Pero no es menos cierto, que en muchísimos casos, el mero cumplimiento de su obligación, o el simple impulso juvenil de hacer lo que le apetecía, les catapultó a las páginas de la historia.

La búsqueda de un relato fehaciente de los acontecimientos sucedidos en las calles de Madrid el 2 de mayo de 1808, se complica por la disparidad y diversidad de relatos novelados, ensayos, testimonios y memorias escritas desde el mismo año en que ocurrieron los hechos. Es notable el grado de confusión resultante de la existencia de decenas de narraciones que, sin excluir las últimas publicaciones aparecidas este mismo año, plagian de las anteriores, o inventan teorías omitiendo el más mínimo rigor necesario a toda investigación histórica, propagando la leyenda y amplificando el mito.

No faltan actualmente tampoco las versiones pretendidamente revisionistas<sup>2</sup>, que minusvaloran unos hechos que no tuvieron parangón en país alguno en la lucha contra el Imperio napoleónico.

Un ejemplo de lo antedicho es el del tan debatido carácter espontáneo o preparado de la sublevación de Madrid. Tomando sólo una obra de amplia difusión entre las varias aparecidas en este año del bicentenario<sup>3</sup> observamos la reiteración en achacar la insurrección de los patriotas en las calles de la Villa, enfrentándose al primer ejército de Europa, a una confabulación preparada por los partidarios fernandinos. También se considera como determinante la supuesta *conjura de los artilleros*, cuya existencia se basa en testimonios de algunos coetáneos, con sus reuniones clandestinas en cafés, fabricación de cartuchos, etc., que incluso habrían motivado el despliegue francés en las calles de la capital.

#### *Acerca de espontaneidad del levantamiento*

Por algún autor se ha visto como justificación a esta conjura la correspondencia de Napoleón, concretamente una carta fechada el 18 de abril en que alerta a Murat sobre posibles planes conspirativos del duque del Infantado. Evidentemente, Montijo e Infantado fueron dos de los agitadores más activos en la época, este último destacado en las comunicaciones del Rey desde Bayona. Si bien es cierto que los partidarios del Príncipe de Asturias –o más bien deberíamos decir los enemigos de Godoy– conspiraron desde los sucesos del Escorial, y lograron su primer objetivo en el motín de Aranjuez, no parece que pudieran tener tiempo material para organizar una insurrección armada de envergadura a la fecha del día 2 de mayo. La chispa que verdaderamente soliviantó al pueblo, muy descontento por la crisis social, económica y política del cambio de siglo, se produjo al conocerse la noticia del traslado del odiado Príncipe de la Paz a Francia, hecho público alrededor del 27 de abril, apenas cinco días antes de la fecha clave. La falta de novedades de Bayona, donde el pueblo consideraba secuestrado al amado rey Fernando el domingo 1 de mayo, cristalizó en los sonoros abucheos a Murat a su paso por la Puerta del Sol aquella misma tarde. La población se hallaba revuelta y como consecuencia, los franceses activaron algunas

<sup>2</sup> Véase ESDAILE, C.: *La guerra de la Independencia, una nueva historia*. en que lo califica como «algo no demasiado impresionante»

<sup>3</sup> HERRERO M. D.: El dos de mayo. Coleccionable y DVD de La Aventura de la Historia. Arlanza Ediciones, junio 2008.

medidas de su dispositivo preventivo. El general Grouchy, comandante de la plaza de Madrid desde la entrada del *Cuerpo de Observación de las Costas del Océano* francés en la capital el 23 de marzo anterior, tenía perfectamente establecidas sus medidas para caso de alarma, que el propio Bonaparte había recomendado en varias ocasiones como puede comprobarse en su correspondencia<sup>4</sup> con Murat. Grouchy se había convertido en un experto en sofocar sublevaciones urbanas en sus tiempos de gobernador en Italia.

En cuanto a la conjura artillera, la única prueba documental que existe son unos folios manuscritos por el capitán Velarde, en los que plasmó su proyecto sobre una posible reacción contra la invasión que consideraba en marcha. Esta idea, según su amigo el teniente coronel Novella, la compartió con algunos compañeros de armas, los cuales, siempre según la declaración de éste, escrita cinco años más tarde ya al final de la contienda, habrían comenzado a poner en práctica algunas medidas. Esta declaración más parece ser de carácter justificativo hacia el Cuerpo de Artillería, e incluye un número sospechoso de detalles y personajes, cuando la realidad, como luego veremos, es que los capitanes artilleros del Parque se batieron y murieron solos el 2 de mayo. Más parece que este plan no pasara de un mero borrador y desde luego nunca pudo tener tiempo para estar lo suficientemente maduro aquel lunes de mayo. Planes similares se habían redactado de forma muy detallada con antelación, como el del teniente de Infantería e ingeniero extraordinario Antonio de Sangenis, héroe del II sitio de Zaragoza, sobre la defensa de España<sup>5</sup> en 1794, o algún otro plan defensivo de los muchos que se redactaron en el segundo semestre de 1808.

Si bien existen indicios de la presencia de algunos agitadores fernandinos en las calles –el caso más patente sería el del cerrajero Molina Soriano, individuo al que paradójicamente Fernando VII nunca le concedió ningún tipo de prebenda– es mucho más posible que la mayor parte de los sublevados se echaran a la calle de forma espontánea, fruto del estallido de la rabia y la cólera acumuladas desde hacía semanas contra los ocupantes extranjeros. Y estos, sorprendidos por la virulencia del ataque, actuaron simplemente según el plan de seguridad establecido. Así opina el general Foy en

---

<sup>4</sup> Esta cuestión ha sido estudiada por este autor en GUERRERO, J.: «El ejército francés en España y la ocupación de Madrid», en *Revista de Historia Militar*, núm. extraordinario, *Los franceses en Madrid*, 2003, y en el trabajo de investigación de tesis doctoral: *El ejército napoleónico en España y la ocupación de Madrid (noviembre 1807 – agosto 1808) a través de sus protagonistas, «la historia vivida»*.

<sup>5</sup> Ver nota biográfica sobre el distinguido defensor de Zaragoza en *Memorial de Ingenieros del Ejército*, año LXIII, núm. V, mayo de 1908.

su documentada historia de 1827 cuando niega toda premeditación tanto a los españoles como a los franceses. En este contexto se enmarcarían otros hechos, como el desafío de Daoiz con oficiales franceses ocurrido la víspera en la fonda de «Chenier» (o Genies) que relata Arango, que probablemente nunca ocurrió, menos aún si consideramos los rasgos del carácter conocidos del capitán sevillano.

Otras publicaciones de carácter monográfico aparecidas este año del bicentenario<sup>6</sup>, tratan la cuestión de forma novelada. Con un magnífico planteamiento y desarrollo, y teniendo una importante base documental, incurren en algunos de los mismos errores arriba apuntados, aunque disculpables por la natural licencia propia de toda obra de ficción, en que puede jugarse con los mitos y leyendas a conveniencia del autor.

En definitiva, nos encontraremos con motivos dispares de los protagonistas de este drama. A unos les movió el cumplimiento del deber, a otros el ardor patriótico; otros se movieron por la fuerza del compañerismo o por la indignación encolerizada. Otros simplemente estaban allí. Y a otros, era lo que les pareció bien hacer en ese momento.

### *Hablan los testigos*

En este artículo nos ceñiremos al episodio concreto de la defensa del *Parque de Artillería de Maravillas*, como se conocía en la época, situado en la casa de Monteleón, intentando diferenciar lo que conocemos por testimonios directos, que interpretaremos y valoraremos convenientemente, de aquellos que son producto de la especulación o interpretación de diversos autores o narradores.

A continuación citaremos los testimonios relacionados directamente con los hechos, por orden cronológico, con expresión del cargo que ocupaban los testigos en el drama del 2 de mayo de 1808:

- Noticia de lo ocurrido el día 2 de mayo de 1808 en el Parque de Artillería de Madrid, publicada en Badajoz en el número 2 del diario «Almacén Patriótico» ¿agosto 1808?, por Pedro Fernández Sardino, probablemente confeccionada gracias al relato del propio teniente Ruiz Mendoza y de su compañero José de Luna<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> PÉREZ REVERTE, A.: *Un día de cólera*, Alfaguara 2008, y GARCÍA FUERTES, A.: *Dos de mayo, el grito de una nación*, Inédita Ed.2008. La obra de Pérez Reverte pasará legítimamente a la primera línea de la novela histórica española.

<sup>7</sup> Biblioteca Nacional, <http://hemerotecadigital.bne.es/>

- Declaración de Juan Pardo, maestro de coches interino del parque de Artillería, firmada en 1813. (Trascrita por PÉREZ DE GUZMÁN en *El dos de mayo de 1808 en Madrid*)
- Certificado de Francisco Novella, firmado en Cádiz en 1813. (Se conserva en el Museo del Ejército)
- Id. de Manuel Almira, escribiente meritorio en la Junta superior de Artillería, firmado en Granada en 1814. (Id.)
- Certificado de José Navarro Falcón, comandante de artillería de Madrid y jefe de la Junta Superior Económica del Cuerpo, firmada en Sevilla en 1814. (Id.)
- Plan de los servicios hechos por José Blas Molina y Soriano y testigos, como defensor del Parque, firmado en Madrid en 1816. (Archivo del Palacio Real)
- Justificación de Cosme Mora y de sus testigos, como defensor del Parque, firmada en Madrid, en 1816. (Archivo de la Villa)
- Justificación de Andrés Rovira, testigo de Clemente Rojas firmada en Madrid en 1816 (Archivo de la Villa 2.326-8)
- Justificación de Francisco Matas y sus testigos, firmada en Madrid en 1816 (archivo de la Villa, 2-426-8)
- Certificado de Rafael Goicoechea (ubicación desconocida), capitán de Infantería del Regimiento de Voluntarios de Estado, citada por el canónigo García Bermejo en *Oración fúnebre del 2 de mayo de 1808*, Madrid, 1817, así como su hoja de servicios (Archivo General Militar de Segovia, AGMS, legajo G-2178)
- Manifestación de Rafael de Arango, subteniente de artillería, ayudante interino del Parque, publicada en 1837.
- Hoja de servicios de Julián Romero, sargento mayor interino del Regimiento de Voluntarios de Estado. (AGMS, legajo R-2909)
- Id de José Ontoria, teniente del regimiento de Voluntarios de Estado, (AGMS, legajo O-378)
- Informe (de la Dirección Gral. de Artillería) para el Tribunal Supremo de Guerra y Marina sobre la manifestación del coronel Arango, 1835 (AGMS, secc 2.<sup>a</sup>, Div 8.<sup>a</sup>, leg 121). Nota manuscrita probablemente obra del inspector y Tte. General Navarro Sangrán, que el 2 de mayo era uno de los directores del museo Militar sito en Monteleón, y que hubo de recoger testimonios directos<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Agradezco al Col. D. José Cubero de Val sus observaciones sobre este documento localizado por él en el AGMS.

*Preparando el drama*

Todo empezó a una hora indeterminada de la mañana del 2 de mayo de 1808, cuando por diversos puntos de la ciudad se sucedían los tiroteos y los combates entre grupos de españoles y las tropas francesas que ocupaban la capital desde el 23 de marzo. Éstas se componían de un destacamento de la Guardia Imperial de unos 4.000 hombres de tropas escogidas, y del *Cuerpo de Observación de las costas del Océano* del mariscal Moncey, compuesto por 3 divisiones de infantería y una de caballería reforzada.

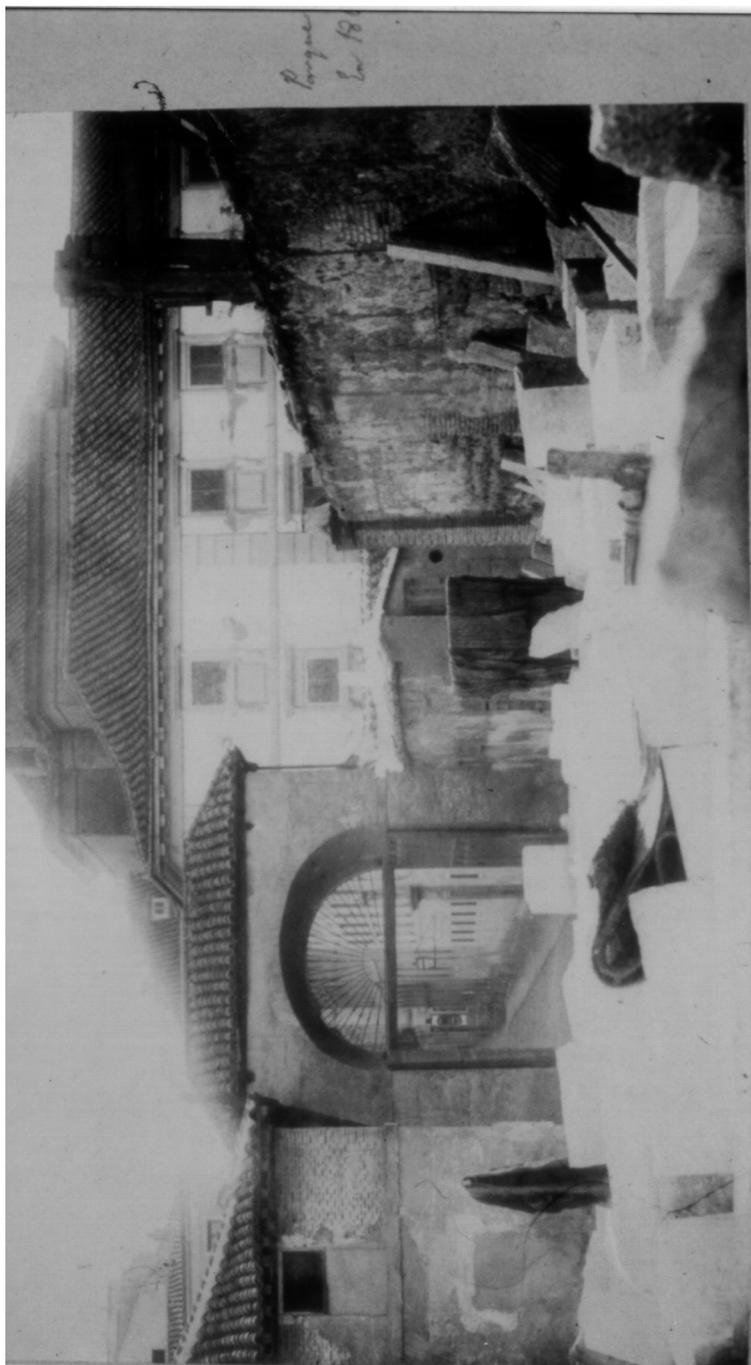
Según las fuentes que se manejen encontraremos discrepancias sobre el horario de desarrollo de la insurrección. En un documento redactado por el Consejo, conservado en el AHN<sup>9</sup>, que por su origen nos merece bastante credibilidad, se hace constar que los primeros disparos comenzaron a oírse en la zona del Palacio Real sobre las 10'30 de la mañana. Manuel Almira<sup>10</sup>, que con treinta años trabajaba como escribiente meritorio en la Junta Superior Económica de Artillería, declaró en 1814 que «*A cosa de las once oyó un continuo tiroteo de fusil*». Almira tenía un compañero de oficina singular: el capitán Pedro Velarde, secretario de la Junta. Los combates se extendieron por todo el centro de la Villa con rapidez, y un grupo de paisanos se fue concentrando a las puertas del Parque, reclamando armas. Según las memorias de otro testigo de los hechos, el teniente Arango<sup>11</sup>, él llegó sobre las 08'30 horas, y ya había unos 60 civiles en la puerta, lo que parece algo prematuro considerando lo anterior. La *Manifestación...* de Arango, nos merece menor crédito, como luego explicaremos.

La defensa debió durar de una hora y media a dos horas, comenzando los ataques franceses pasadas las 12, una vez que se extendieron los combates por varios puntos de la ciudad, pues varias partidas tuvieron tiempo de llegar hasta allí después de luchar en otros puntos, y esa es la hora en que según los documentos franceses y la mayoría de los testimonios empezaron a entrar las tres divisiones francesas que se hallaban acampadas en el exterior de la Villa. La 1.<sup>a</sup> (Musnier) desde la Casa de Campo por el puente de Segovia. La 2.<sup>a</sup> (Gobert, al mando interino de Lefranc) por la puerta de Fuencarral que daba a la calle Ancha de San Bernardo. La 3.<sup>a</sup> (Morlot) desde Chamartín por la puerta de Recoletos. En el interior de la villa se hallaba prácticamente sólo la Guardia Imperial, unos 4.000 hombres, que fueron los que combatieron inicialmente en las calles.

<sup>9</sup> Archivo Histórico Nacional, (en adelante AHN), Consejos 5512, exped. 7.

<sup>10</sup> Certificado de D. Manuel Almira, guarda almacén extraordinario de artillería de la plaza de Granada. Archivo del Museo del Ejército.

<sup>11</sup> ARANGO, R.. *Manifestación de los acontecimientos del parque de artillería de Madrid*. (1.<sup>a</sup> ed. impresa en 1837)



La entrada al parque de Monteleón. Fotografía tomada desde el interior durante la demolición del recinto en 1860.

El conjunto de Monteleón, se componía del antiguo palacio del mismo nombre, dónde se hallaba el Museo Militar, y otros edificios anexos, que servían como Parque de Artillería. El parque estaba vigilado por una guardia francesa compuesta por unos 70 o 75 soldados, según unos u otros testigos, pertenecientes con cierta probabilidad<sup>12</sup> a la 5.<sup>a</sup> compañía de Tren de Artillería de la Guardia Imperial. En Monteleón servían unos 16 españoles entre sargentos, cabos y artilleros del 3.<sup>o</sup> regimiento (2.<sup>a</sup> brigada de parque, 3.<sup>a</sup> compañía). En el Museo del Ejército se conserva el libro de registro de dicha unidad firmada por el capitán Daoiz. La única constancia del material de guerra que se guardaba en el acuartelamiento la ofrece Pérez de Guzmán<sup>13</sup>, que sin citar la fuente proporciona una larga relación de piezas, municiones de fusil y cañón, armas de fuego y blancas, que se antoja excesiva teniendo en cuenta que Madrid no contaba con unidad alguna de artillería. En una fuente documental francesa<sup>14</sup> hemos localizado la mención a la captura a los españoles de cinco cañones «sin avitrén ni cofre de munición» según consta en un estado francés fechado el 6 de mayo, cuando la 2.<sup>a</sup> División francesa dio parte de haberlos tomado en la jornada del día 2. Esto parece corroborar lo indicado por el canónigo García Bermejo, cuya fuente debió ser el capitán Goicoechea, cuando dice que sólo había cinco cañones disponibles en el Parque, esto es, montados en sus cureñas, de a ocho y de a cuatro libras de calibre.

Frente al cercano cuartel del Conde-duque, distante tan sólo unas cuatro manzanas al oeste, se había producido esa mañana un fuerte intercambio de disparos entre la guardia francesa y paisanos armados que les hicieron fuego desde la calle San Bernardino y aledaños, resultando varios muertos y heridos, según consta en los expedientes respectivos del Archivo de la Villa. También existe constancia documental de que en el comienzo de la calle san Bernardo habían ocurrido otros incidentes. Por todo ello, en aquella zona de la ciudad ya se tenía conocimiento de que en Madrid se desarrollaban acciones armadas contra los ocupantes extranjeros. Pero la guarnición militar española llevaba dos días recibiendo órdenes de no mezclarse en ningún tipo de incidente que pudiera provocar el paisanaje. Esta orden fue reiterada a media mañana, como atestiguan el capitán de Infantería de Voluntarios de Estado López de Barañano<sup>15</sup>:

<sup>12</sup> AHN, Estado, Libro 930, Corps d'observation des Cotes de L'Ocean, Situation sommaire y Rapport détaillé des 24 heures, 30 avril 1808.

<sup>13</sup> «Los artilleros de Monteleón», en *Memorial de Artillería*, entrega extraordinaria Madrid, 1908.

<sup>14</sup> AHN, Estado, Libro 930, Corps d'observation des Cotes de L'Ocean, Situation sommaire y Rapport détaillé des 24 heures, 6 Mai 1808

<sup>15</sup> «Diario del coronel de infantería D. Antonio López de Barañano, antiguo capitán del Regimiento de Voluntarios de Estado», *Memorial de Infantería*, número extraordinario de 1888, pp 303 a 306 y REY JOLY, C.: *Historia del regimiento de Álava n.º 56*. Cádiz, 1903.

«Enseguida llegó orden del Infante para que nadie saliese del cuartel lo que incomodó extraordinariamente a la tropa y oficiales. Se habían hecho prisioneros a una porción de oficiales franceses y soldados que bien a pesar suyo se les hizo entregar sus armas»

Por su parte, el alférez de Dragones del Rey González Carvonell<sup>16</sup> relata:

«El 2 de mayo de 1808 al notar el alarma general de Madrid contra el Ejército Francés, nos reunimos todos los oficiales en el cuartel, mandamos poner sillas y grupas y nos dispusimos a salir á unirmos con el pueblo. El Coronel se opuso a ello manifestándonos una orden del Capitán General de la Plaza en que le prevenía no permitiera salir del cuartel a ningún individuo del cuerpo haciéndole responsable con su empleo. No obstante montamos a caballo un capitán, dos tenientes y yo, los soldados empezaron a salir de las cuadras con los caballos embridados. El coronel mandó cerrar la puerta del cuartel y tomar las armas a la guardia de prevención para oponerse a nuestra salida: en este acto llegaron a la plazuela un batallón y un escuadrón con dos piezas de Artillería del Ejército Francés. Nos tomaron la puerta del cuartel y nos impidió la salida».

Siguiendo estas mismas órdenes, las guardias de los diversos edificios y centinelas realizaban su servicio sin cartuchos, como relata el alférez de fragata Esquivel<sup>17</sup>, oficial de guardia de principal en la Real Casa de Correos. Aunque recibió autorización del gobernador militar, general De la Vera y Pantoja, para pedir cartuchos a su cuartel, nunca los recibió.

### *El papel de los Voluntarios de Estado*

Con estas órdenes, resulta chocante que un destacamento de Infantería las incumpliera de forma flagrante, saliendo a la calle en formación. Hasta ahora parece que a ningún tratadista del dos de mayo le haya sorprendido este hecho. Incluso Pérez de Guzmán alude equivocadamente a la condición de soldado viejo de su coronel, el marqués de Casa Palacio, como explicación de la salida de la compañía. En realidad, Esteban Giráldez Sanz y Merino, marqués de Casa Palacio era de todo menos eso. Según su confusa hoja de servicios del Archivo General de Segovia, en 1808 tenía 39 años y su

<sup>16</sup> AHN, diversos, colecciones, Legajo 159. Cedido amablemente por D. Juan J Sañudo.

<sup>17</sup> Diario de Antonio María de Esquivel, Museo Naval, manuscritos, Ms 2082.

única experiencia de combate había sido la de ayudante de campo de dos generales durante la guerra contra la Convención Francesa (1793-95). Su rápida carrera hasta coronel la debía a ser un destacado partidario de Godoy, y como tal, abrazaría la causa del Rey intruso tras el Dos de Mayo, pasando a ser como afrancesado distinguido, uno de sus ayudantes de campo y comandante de su guardia hasta el final de la Guerra de la Independencia. La negativa actuación de la brigada de su mando en la batalla de Vitoria, el 21 de junio de 1813, fue uno de los motivos de la derrota del Ejército imperial.

Si damos crédito a la hoja de servicios de Julián Romero, Sargento Mayor de su regimiento en 1808, deduciremos que Casa Palacio sólo accedió a que salieran sus soldados una vez que el citado Romero se responsabilizó personalmente de lo que pudiera pasar en la calle. Romero además ordenó que las guardias que prestaban los soldados de su unidad llevaran cartuchos ocultos en las bolsas del rancho. Lo más probable es que la presión de la oficialidad y el estado de alboroto de la tropa aconsejaran a su coronel a contemporar con sus subordinados, accediendo a la petición con el pretexto de que iban a guardar el orden. Según López de Barañano, capitán del mismo regimiento, salió la 1.<sup>a</sup> compañía, al mando de su capitán Goicoechea. Pero el propio Goicoechea anota en su *Certificación* que su compañía era la 3.<sup>a</sup>, y en su hoja de servicios<sup>18</sup> que estaba formada por 33 hombres. Además, según varios testimonios y hojas de servicios, le acompañaron los tenientes Jacinto Ruiz Mendoza y José Ontoria, y los cadetes Vázquez Afán de Ribera y Juan Rojo. Por cierto, Ontoria había servido como Daoiz en la defensa de Cádiz en 1797, embarcado en las lanchas cañoneras. Ruiz, en diversas operaciones por el estrecho antes de 1805. Ambos contaban con conocimientos para manejar la artillería. El teniente Ruiz, se incorporó al cuartel a pesar de hallarse «postrado en el lecho con una fuerte calentura» según consta en la *Noticia de lo ocurrido*, un extraordinario documento publicado en Badajoz pocos meses después de los hechos, ciudad donde Ruiz convalecía de sus heridas, y que probablemente fue redactado con su testimonio directo, y donde también se cita a la 3.<sup>a</sup> compañía del 2.<sup>o</sup> batallón de Voluntarios de Estado.

En los textos que se leen al pie de la conocida serie de estampas sobre el 2 de mayo realizada poco tiempo después de los hechos<sup>19</sup>, correspondiente a la defensa del Parque puede leerse: «La guardia española, com-

<sup>18</sup> AGMS, 2.<sup>a</sup> sección, legajo G 2178

<sup>19</sup> La serie fue grabada por Tomás López Enguñanos según todos los indicios en el mismo verano de 1808, aunque no viera la luz hasta la liberación de la Villa en 1813.

puesta de una compañía de voluntarios de Estado las hace prisioneras de guerra», es decir, que el destacamento pudo ser enviado al edificio en las primeras horas de aquella mañana con la misión de custodiarlo, y puede que sus componentes se hubieran unido a la lucha de manera más o menos unánime, ante los hechos consumados.

De una u otra manera, gracias a la presencia de la infantería se desarmó a la guardia francesa del Parque, compuesta por más del doble de efectivos y dio comienzo la defensa tras entregar armas a los paisanos, la mayoría de los cuales por cierto, abandonaron el lugar nada más recibirlas. Con los restantes, un centenar de hombres y mujeres unidos a los militares, se ofreció al ejército invasor la resistencia más tenaz de la jornada, rechazándose al menos dos ataques de las fuerzas imperiales según coinciden la mayoría de los testigos, aunque otros citan hasta tres. El número de muertos y heridos entre infantes y artilleros denota el carácter épico de la defensa. Y desmiente el testimonio del teniente Arango, que había acusado en su citada *Manifestación*, aparecida en 1837, a los soldados del Regimiento de Estado de no haber tomado parte en la acción. Testimonio difícil de creer cuando se tienen en cuenta los del capitán Goicoechea, el Tte. Coronel Novella (firmada en 1814), o el paisano Francisco Matas<sup>20</sup> (en 1816), que confirman el papel que jugaron en la defensa, haciendo fuego desde varios de los edificios de Monteleón y ayudando a servir los cañones. Volveremos sobre este asunto más adelante.

### *El escenario*

Como hemos indicado, el parque estaba formado por un recinto alargado, constituido por un gran patio rectangular rodeado de un muro de ladrillo. Su trazado puede contemplarse en la maqueta de Gil de Palacio que conserva el Museo Histórico municipal de Madrid. Esta zona pertenecía al denominado en la época como *barrio del Hospicio* (según consta en el plano de 1800<sup>21</sup>) perteneciente al *Cuartel de Maravillas*, y limitaba al norte con el campo. En su frente, junto al arco de entrada, había un edificio de dos plantas, y al fondo del patio, otro de igual altura, las caballerizas, donde según algunos testimonios se encerró a la guardia francesa una vez capturada y desarmada. Entrando, hacia la mitad del patio y adosado a la izquier-

---

<sup>20</sup> Archivo de la Villa. Secretaría.

<sup>21</sup> MARTÍNEZ DE LA TORRE, F. y ASENSIO, J.: *Plano de la Villa y Corte de Madrid*, Madrid, Imprenta de J. Doblado, 1800

da, estaba el edificio del antiguo palacio, donde se hallaba el Museo Militar, inaugurado en 1804, que tenía a su frente, ya hacia el lado de la calle San Bernardo, una amplia zona ajardinada. Todo el conjunto estaba rodeado de un muro de ladrillo. Entre sus debilidades como posición defensiva cabe citar que la elevación natural del terreno existente en su parte trasera (hoy calle de Carranza) permitía batir por el fuego los edificios desde esa zona. Al contrario, los accesos por las calles situadas a su frente y laterales eran difíciles por lo encajonado de esas vías.

### *Identificando a los atacantes*

Una de las cuestiones en que coinciden alegremente todos los autores de la abultada bibliografía sobre el Dos de Mayo, incluso la más reciente, es el responsabilizar del ataque al Parque de Monteleón al regimiento Westfaliano y al 4.º provisional «del general Lefranc». Rastreado en las obras más próximas a los hechos nos encontramos con las primeras referencias en la certificación que el teniente coronel Novella, compañero de Daoiz y Velarde expidió en 1813, cuyo relato de la acción se basó en testimonios de primera mano recogidos de testigos presenciales. Novella afirma en su certificación que la unidad que dió el asalto más importante a Monteleón fue «La 1.ª división *Westfaliana*», en cuya acción moriría Velarde. En 1817, el canónigo García Bermejo, reiteraba en su «Oración fúnebre» lo anterior, copiando de Novella, añadiendo como novedad la presencia en el último ataque del 4.º regimiento provisional al mando del general La-Grange, quien habría sido, según él el responsable de la traicionera muerte de Daoiz. Todo ello como veremos erróneo, y fruto del limitado conocimiento que los madrileños tenían sobre la identidad de las unidades francesas, entre las que se habían hecho famosos los alemanes por sus frecuentes muestras de indisciplina.

Lo más lógico por razones de proximidad es que la fuerza que diera el ataque principal al Parque de Artillería de Monteleón entrara por las Puertas de Fuencarral (calle San Bernardo) y de los Pozos (calle Fuencarral), proveniente de la carretera de El Pardo y del convento de San Bernardino. En este último punto, el más cercano a Madrid, estaba alojado el 6.º regimiento provisional, de la 1.ª Brigada al mando del general Lefranc, perteneciente a la 2.ª división (Gobert). El resto de dicha división acampaba a ambos lados de la carretera citada. Todas las tropas restantes que se encontraban más apartadas de la villa, no entraron en fuerza hasta el mediodía, según numerosos testimonios, incluido el propio parte francés o *Rapport de situation* del Cuerpo



de Moncey. Fue por tanto la 2.<sup>a</sup> División (regimiento provisional 5.<sup>o</sup> a 8.<sup>o</sup>) la atacante y no el 4.<sup>o</sup> provisional ni el Westfaliano, como reiteran muchos autores incluyendo a Pérez de Guzmán, que estaban en la Casa de Campo, sin posibilidad de acudir a una zona tan alejada. Por otra parte, no había ningún general Lagrange en Madrid el 2 de mayo, sólo un jefe de batallón, de apellido La Grange, ayudante de Murat<sup>22</sup>, quien sabemos que estuvo en el Palacio Real a primera hora de la mañana a punto de ser linchado por la multitud. Pudiera ser que, como afirma Novella, este edecán se hubiera puesto al frente del ataque francés contra el Parque, por orden directa de Murat, aunque nos parece algo extraño teniendo estas unidades sus jefes naturales.

Por otro lado, sabemos que el día dos de mayo se recogió el cadáver de un soldado francés que vestía el uniforme blanco y rojo de Westfalia en la puerta del sol<sup>23</sup>, lo que situaría la unidad, que tuvo que entrar desde la Casa de Campo, en un lugar alejado del parque. Así lo confirma un testigo del propio regimiento. El soldado Johan Maempel<sup>24</sup>, recogió en sus memorias sus impresiones de ese día:

«Marchamos por brigadas, las fuerzas ligeras en vanguardia, y así alcanzamos la puerta de Segovia. Veíamos correr soldados y habitantes alejándose de la puerta, mientras se oían continuos disparos en la ciudad, pero nos mantuvimos quietos, al no haber recibido órdenes (...) cargamos en la ciudad por mitades de compañía con bayoneta calada. Nos lanzaban de los tejados y ventanas todos los objetos posibles matando e hiriendo a un gran número de nuestros hombres (...) fuimos destacados en la Plaza Mayor (...)». No se hace mención al ataque al Parque por parte de su unidad Westfaliana.

<sup>22</sup> *Adelaide-Blaise-François Le Lièvre, marqués de La Grange et de Fourilles* (París, 1766-1833). Entra en España al mando de la brigada de caballería ligera del Cuerpo de Bessieres, pasando posteriormente al de Dupont. El dos de mayo se hallaba en ruta desde Aranda, dónde se halla según el estado de situación de las tropas de Bessieres fechado el 23 de abril (Grasset. Tomo I Anexo G). Comandante del Retiro en junio, combatió al mando de 2 escuadrones de coraceros junto a la división Gobert en Bailén, quedando prisionero y liberado después. Herido en Essling, fue ascendido a gral. de división en 1809. Durante los cien días, permanecería fiel al rey.

– *Armand-Charles-Louis Le Lièvre conde de La Grange*, (París, 1783-1864), hermano del anterior. Ascendió a jefe de escuadrón en 1806, siendo enviado a España en 1808. Participó en el dos de mayo, al parecer como edecán de Murat. Volvió a Alemania para la campaña de 1809, ascendió a general de brigada en 1812, regresando a España antes de participar en la campaña de Rusia. Posteriormente combatió en Leipzig, Hanau, y en la campaña de Francia de 1814.

– *Joseph, conde de Lagrange*: (163-1836). Comandante de Vitoria el 9 de abril de 1808. Jefe de división del 6.<sup>o</sup> Cuerpo del Ejército francés de España (Ney). Herido en Tudela, noviembre de 1808. Comandante de Salamanca en 1810. Combatió en Leipzig y Bautzen en 1813.

<sup>23</sup> Pérez de Guzmán, op. Citada, pág. Recogiendo el archivo parroquial de Santa Cruz, libro XLVIII

<sup>24</sup> MAEMPEL: *Adventures of a young rifleman*.

Otra confirmación la hallamos en la información contenida en el parte de Murat:

«El general Lefranc, que ocupaba con un regimiento el convento de San Bernardino, se trasladó con su brigada a la puerta de Fuencarral, dónde se encontraban emplazadas tres piezas de cañón (...) la mayoría se dirigieron al Arsenal a fin de capturar cañones y fusiles, pero el general Lefranc que se encontraba en la puerta de Fuencarral, marchó sobre ellos a la bayoneta consiguiendo hacerse dueño y tomar los cañones que los sublevados habían capturado».

Podemos añadir otro documento decisivo de reciente conocimiento<sup>25</sup>: el historial del 111.º Regimiento de Infantería de línea francés, publicado en 1912. Esta unidad estaba compuesta mayoritariamente por italianos. Su cuarto batallón, incorporado al 6.º Provisional de la brigada Lefranc, se componía de 590 jóvenes conscriptos del año 1808, naturales de los departamentos del Po y del Taro. El mencionado historial contempla que el 2 de mayo cruzaron la puerta de Fuencarral provenientes de san Bernardino.

«Para atacar el arsenal, de donde partía una viva fusilería, atravesando al descubierto la gran plaza que lo precedía, echaron abajo la puerta a golpes de hacha y pusieron en fuga a los defensores»

Las unidades francesas que sostuvieron combates en este sector, las brigadas Lefranc y Dufour, registraron las heridas de dos capitanes, Henry y Louis, y un teniente, Marcou. La mayor cifra de bajas registradas en el documento francés del AHN, aún de número incompleto, lo es también de estas unidades. Por tanto no hay duda razonable de que fueron el general Lefranc y su brigada de la 2.ª División (5.º y 6.º regimientos provisionales) los atacantes de Monteleón. Así lo recogió también el general Foy, que sirvió en España, en su muy documentada *Histoire de la Guerre de la péninsule*, publicada en 1827, al afirmar que el ataque lo dió el *5eme provisoire* del brigadier Lefranc desde san Bernardino.

Ya hemos visto como el primer ataque Imperial en fuerza se dirigió desde la puerta de Fuencarral, situada en el comienzo de la calle ancha de San Bernardo, por dicha calle y la de San Miguel y San José, directamente contra el arco de entrada del parque. Ello lo corroboran las memorias del ya citado capi-

---

<sup>25</sup> DE ROSSI, E.: *Il 111.º di linea dal 1800 al 1814*. Accademia San Marciano, 1912. Agradezco a los sres. Espinosa y Sañudo del FEHME la comunicación de este documento.

tán López de Barañano<sup>26</sup>, maestro de cadetes del regimiento de Voluntarios de Estado, que se hallaba presente ese día en su cuartel situado en el caserón de Mejorada, junto a la citada puerta, en el solar que ocupa el actual n.º 83:

«Entró por la puerta de Fuencarral una columna francesa con sus cañones de campaña haciendo fuego de metralla que entraba por los balcones del cuartel; parte de esta columna intentó penetrar por la calle del parque y por dos veces fue rechazada con mucha pérdida».

Parece lógico que los franceses hubieran intentado acercarse desde varios puntos, y si no lo consiguieron fue por la configuración de las calles del barrio, muy estrechas, con edificios de dos plantas o muros de más de 3 m de altura. También hay que contar con el fuego que recibirían desde los edificios más próximos, defendidos por paisanos y Voluntarios de Estado. El punto que más facilitaba la aproximación era la tapia trasera de los jardines del palacio de Monteleón, existiendo incluso una puerta desde dónde se podía penetrar en estos y acercarse a las caballerizas del fondo del Parque. No obstante desde éstas podía batirse fácilmente por el fuego dicho sector, cosa que con toda probabilidad hicieron los defensores. Así lo asegura la certificación de Goicoechea citada por García Bermejo, así como la de Novella, quién recalca que «la compañía del Regimiento de Granaderos de Estado esparcía la muerte por todos los alrededores del Parque, contrarrestando las medidas que tomaba un enemigo tan superior como astuto para asaltar por su espalda el edificio».

Por todo ello, esta claro que los dos ataques principales se efectuaron sucesivamente por la calle de san José. Según la *Noticia de lo ocurrido*, en la esquina de esta calle con la Ancha de San Bernardo colocaron los atacantes un cañón que disparaba metralla y que retiraban cuando se les hacía fuego. Un ulterior ataque se intentó desde Fuencarral, y el último simultáneamente por San José y rodeando por la de la Palma y San Pedro Nueva, por las tres direcciones que confluían en el arco de entrada del Parque.

### *El último reducto*

Según el testimonio del escribiente Almira, que trabajaba en la oficina de la Junta de Artillería situada frente al Noviciado de la calle San Bernar-

---

<sup>26</sup> «Diario del coronel de infantería D. Antonio López de Barañano...»

do, hacia las 11 de la mañana, y cuando ya se hizo continuo el tiroteo de fusil, el capitán Velarde, sin poder contener por más tiempo su indignación, salió en su compañía y ambos se dirigieron al Parque. Allí se encontraron al capitán Daoiz:

«Que conferenció con el Sr. Velarde sobre las ordenes que tenía, que el pueblo de Madrid se hallaba alborotado y mucha parte reunido a las inmediaciones de dicho parque; que de común acuerdo sacaron tres piezas de los calibres de a ocho y quatro; que una la mandaba el Sr. Velarde y las otras dos indistintamente el Sr. Daoiz y aquel, con las que hicieron fuego contra las tropas francesas que intentaban apoderarse de aquel edificio»

Por su parte, el maestro de coches Juan Pardo, que vivía en una casa enfrente del Parque, corrobora esta versión de los hechos, aunque no aclara si Daoiz llegó antes que Velarde:

«Habiendo advertido antes alguna conmoción popular en la calle Ancha de San Bernardo, previno al cabo Alonso que cerrara las puertas del Parque y avisase a algún jefe; que cuando llegó don Pedro Velarde, viendo al testigo a dicha puerta, le habló y le hizo entrar en el parque y al mismo tiempo lo hizo otra porción del pueblo que estaba reunida; que entre estos y los artilleros hicieron rendir a la guardia francesa que se hallaba formada a la derecha entrando en el Parque».

Estas dos declaraciones nos parecen altamente fiables, por provenir de dos testigos directos que además no tenían nada que ganar exagerando o deformando la verdad de lo sucedido. Contradicen la certificación de Novella, que indica que Velarde se dirigió primero al cuartel de los Voluntarios de Estado y llegó al Parque acompañado de los soldados de Infantería, versión dada por buena por Pérez de Guzmán en su obra de 1908, y que a la luz de los documentos actuales nos merece poco crédito. Siguiendo al capitán López de Barañano la compañía de Infantería habría ido al Parque muy de mañana, pues después de su salida «Llegó la orden del Ynfante de que nadie saliese del cuartel lo que incomodó extraordinariamente a la tropa y oficiales<sup>27</sup>. Era grande la confusión y tiroteo

---

<sup>27</sup> Toda la guarnición de Madrid tenía órdenes estrictas y reiteradas de no salir de los cuarteles y los centinelas de prestar las guardias sin cartuchos. Los oficiales y tropa se encontraron en la tesitura de caer en la insubordinación o abandonar a su suerte a los paisanos. La mayor parte de aquel ejército profesional aún heredero del Antiguo Régimen, obedeció las órdenes en aquellos momentos. La situación cambiaría notablemente en los próximos meses.

quando entró por la puerta de Fuencarral una columna con sus cañones de campaña...»

En su *Manifestación*, Arango declara:

«Entró también un capitán de Granaderos de Estado con tres subalternos (de los que debido es nombrar a D. Jacinto Ruiz y unos 40 soldados sin que yo pueda ahora fijarme en los que llegaron antes o después (de Velarde)).»

Resulta cuando menos curiosa esta imprecisión en alguien que dice ser testigo directo.

Los testigos que declaran en el expediente del paisano Cosme Mora, indican que cuando ellos llegaron al Parque *los artilleros y los soldados de Estado* no les dejaron sacar armas; cosa que sólo realizaron al llegar Daoiz y Velarde, momento en que sacaron los cañones. Es decir, una nueva confirmación de que la infantería llegó antes que Velarde. Ya citamos como en el texto explicativo de los famosos grabados de López Enguídanos que como ya apuntamos se ejecutaron muy poco después de los hechos gracias a testimonios orales, puede leerse:

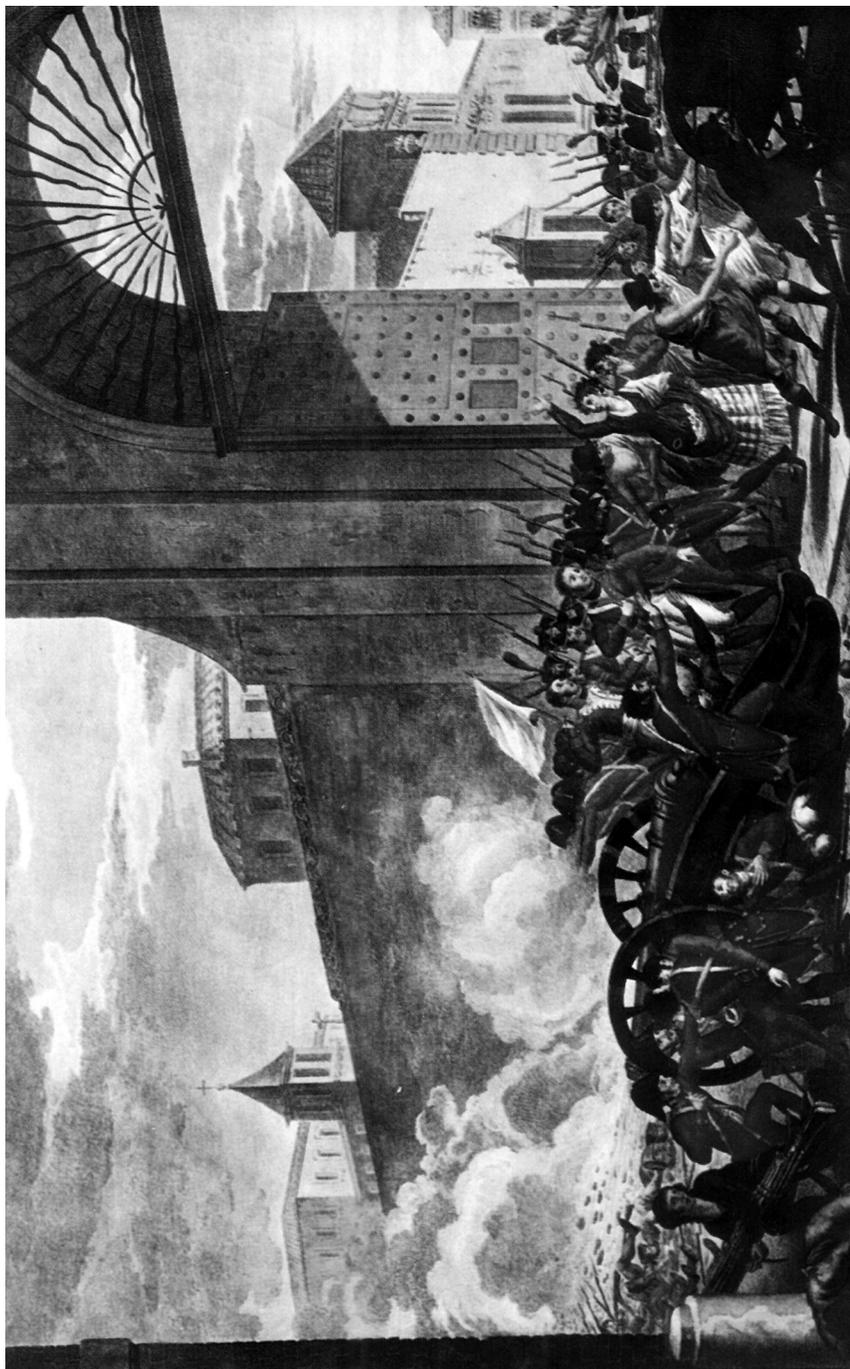
«Los franceses envían tropas para apoderarse de el (Parque) y la guardia española compuesta de una compañía de Voluntarios de Estado las hace prisioneros de guerra».

Estas estampas son de una fidelidad notable en la representación de los trajes, uniformes, ambientación, detalles arquitectónicos, etc., aunque contengan alguna deformación de perspectiva y algún detalle pintoresco, que no detrae de su autenticidad general. La descripción contenida en su texto debe considerarse también como un testimonio valioso.

La hoja de servicios del capitán Goicoechea, que como sabemos estaba al mando de los soldados de infantería, dice:

«Con treinta y tres hombres de su compañía tomó prisionera la guardia del Parque que era de sesenta y cinco hombres con cinco oficiales»

De todo lo anterior cabe colegir que la guardia francesa fue desarmada gracias a los soldados del Regimiento de Voluntarios de Estado, quizás a instancias de los oficiales artilleros, y que los franceses quedaron bajo su vigilancia apartados en el patio como dice Arango, o en el interior de las caballerizas existentes al fondo, como indica Novella. Quizás al observar a



2 de Mayo de 1808. Mueren Daoiz y Velarde defendiendo el Parque de Artillería. Grabado de López Equidanos, realizado poco después de los hechos.

gran parte de la tropa de infantería ocupada en esa misión, Arango interpretó que la totalidad de la compañía se dedicó a este menester, y por ello les tilda de inmóviles y les acusa de no disparar un solo tiro durante toda la acción, «Muy a pesar de su oficiales y soldados». Pero además sabemos que sufrieron al menos 3 muertos y dos heridos, perfectamente documentados, en el Parque. En el preámbulo de su *Manifiesto* declara que su motivo para escribir es aclarar la *Memorias de Artillería*, un impreso de Ramón de Salas, aparecido en 1831. En él Salas describe la defensa del Parque citando a los infantes Ontoria, Ruiz y Burguera, sin mencionar a ningún otro oficial de artillería aparte de los dos capitanes. No cabe descartar que Arango quisiera minusvalorar deliberadamente el papel de los infantes, en un esfuerzo por engrandecer el propio y el de otros artilleros. Igual valoración se encuentra en el informe que redactó la dirección General de Artillería<sup>28</sup> en relación a la publicación de su *Manifiesto*.

En cualquier caso, nos parece más verosímil y acorde con los testimonios que llegara Velarde antes que Daoiz. Una vez que llegó este, que como más antiguo y encargado del Parque ostentaba el mando, se encontró con una situación difícil de controlar. La presión del paisanaje y de su compañero Velarde y Ruiz le inclinaron a ignorar las órdenes de no intervenir ni mezclarse a los paisanos. Se abrió el Parque a la multitud que arrambló con las armas que pudo, marchándose muchos al instante. Puede imaginarse la confusión resultante mientras los franceses se aproximaban a tambor batiente. No sabemos quien decidió sacar los cañones a la calle, si fue iniciativa de los paisanos como dicen algunos testigos, o de los propios oficiales como aseguran otros. Es posible que los paisanos no se atrevieran a obrar sin permiso, y también que los militares obraran ante los hechos consumados. De cualquier forma, con los paisanos, –hombres y mujeres– y los soldados se emplazaron y sirvieron los cañones y se preparó la resistencia.

La defensa del Parque de Artillería de Maravillas debió durar una hora y media (si hacemos caso al horario que indica el escribiente Almira, que dice que el cadáver de Velarde fue transportado por paisanos y artilleros entre las dos y media y tres y media de la tarde), y dos horas según la hoja de servicios de Goicoechea, comenzando los ataques pasadas las doce, una vez que se extendieron los combates por varios puntos de la ciudad, pues entre los paisanos que se congregaron allí había miembros de varias partidas que tuvieron tiempo de llegar después de luchar en otros puntos, y esa es la hora en que según los documentos franceses empezaron a entrar las

---

<sup>28</sup> Informe para el Tribunal Supremo de Guerra y Marina sobre la manifestación del coronel Arango, 1854 (AGMS, secc 2.ª, Div 8.ª leg 121)

unidades situadas en el exterior. La primera acción hostil de los defensores del Parque se materializó contra un pequeño destacamento enviado a reforzar la guardia francesa, que se acercó a la puerta. Según la certificación de capitán Goicoechea, tras un intercambio de palabras entre él y el oficial francés que venía al mando, los franceses hicieron fuego, siendo rechazados por los Voluntarios de Estado situados en el piso alto del edificio del cuerpo de guardia, retirándose los atacantes con algunas bajas.

Es de suponer que los escasos artilleros se encontrarían frente a la puerta sirviendo los cañones junto a los héroes de la defensa, Daoiz, Velarde y Ruiz, los más activos en el combate, según coinciden la mayoría de los testimonios. También el escribiente y los dos cadetes, estos heridos mortalmente, junto a algún soldado de infantería, como cita uno de los testigos. El resto de los oficiales se encontrarían en diferentes posiciones, quizás en el interior y por ello resultaron indemnes. El número de cañones que los defensores sacaron varía según las fuentes. En la citada declaración del testigo Francisco Matas consta exactamente que había dos, calificados como *violentos* (de pequeño calibre). Según este testimonio, uno estaba situado en la calle de san Vicente, lo cual llama la atención dado que esta calle se encuentra a dos manzanas de la puerta de Montealeón. El otro se encontraba justo en la puerta del Parque. Sin embargo, el escribiente Almira que acompañó a Velarde y cuyo testimonio nos merece toda consideración habla de que se sacaron tres piezas de calibres de a ocho y cuatro. Por su parte el cochero Pardo habla de tres fuera del edificio y uno más a la puerta:

«Cuando se sacaron los cañones se colocó uno mirando a la fuente nueva, que estaba inmediata a la puerta de los Pozos (en el inicio de la calle Fuencarral); otro en la misma calle de San José mirando a la de San Bernardo, frente a la fuente de Matalobos (en frente de esta calle de acceso directo al Parque); otro en las cuatro bocacalles que están en la esquina o cancel frente de Maravillas (en la arcada de la citada iglesia); y el otro a la puerta del Parque».

Parece pues, como más probable que fueran cuatro las piezas en juego y que Almira y Matas no contabilizaran la existente a la misma puerta o que, como parece deducirse, alguna estuviera algo alejada de dicha entrada y no la consideraran. El texto de la estampa de López-Enguíanos también habla de cuatro cañones. Arango por su parte habla de que se sacaron tres fuera. En la *Noticia de lo ocurrido*, recordemos que la primera relación publicada de los hechos, se habla también de 4 cañones, «los que estaban montados», tres fuera en dirección a las tres calles y uno dentro del patio.

En cuanto al número de ataques franceses, tampoco hay unanimidad. Goicoechea anota en su hoja de servicios que se rechazaron dos; Arango

habla de tres, al igual que Pardo; López de Barañano, también coincide en que «Parte de esta columna intentó penetrar por dos veces por la calle del Parque y las dos fue rechazada; por último, ganado los tejados consiguió aproximarse...»

Parece claro que hubo dos ataques principales, desde la calle de san Bernardo, aunque Pardo y Arango al considerar tres, coinciden en que el primero fue dado desde Fuencarral. Esto podría ser si consideramos como ataque al primer intento de entrar en el Parque por una pequeña fuerza francesa que debió llegar desde alguno de los cuarteles situados en la zona de Barbieri (Guardias Reales y Valonas) o de Recoletos, subiendo por la calle Fuencarral. El resto, como hemos visto tanto por los testimonios españoles como franceses, entró por la calle Ancha de San Bernardo, procedente del convento de San Bernardino. Gracias al fuego de fusilería de paisanos, artilleros e infantes, y el juego de los cañones, en unos accesos de tan limitadas dimensiones, pudo mantenerse a raya a un enemigo que fue rodeando progresivamente todas las calles del sector mientras esperaba el momento propicio del ataque final. Este momento parece que llegó al flaquear la resistencia, tras la muerte de la persona que era el alma de la defensa: El capitán Pedro Velarde, cosa que sucedió al ser alcanzado por un disparo en el pecho que le causó la muerte en el acto. En la primer relato publicado se habla de que el último ataque pudo llegar por agotamiento de las municiones de los defensores. Así consta en la hoja de servicios de Goicoechea que dice que «La falta de municiones le obligó a entregar el punto», aunque en otro apartado anota que lo hizo «por orden del gobierno». Novella también achaca el final de la defensa a la falta de cartuchos, y añade que fue Daoiz el que sacó un pañuelo blanco de parlamento. En la *Noticia de lo ocurrido* se relata el episodio del intento de tregua que habría sido iniciativa del bando Imperial, al acercarse el capitán Melchor Álvarez de los Voluntarios de Estado enarbolando bandera blanca, seguido de una partida francesa con los fusiles boca abajo, signo inequívoco en la época de parlamento. Según esta relación el propio Ruiz acercó el botafuego a un cañón al percatarse de que los franceses venían con las armas preparadas, obligando con un par de cañonazos a huir a los franceses y al propio capitán español, que por cierto luego estuvo expuesto a ser pasado por las armas. Novella también achaca a los franceses intentar aprovecharse del momento del parlamento para acercar tropa armada. En la versión de Arango, el parlamento terminó cuando un chispero se abalanzó sobre los franceses y un artillero en la confusión disparó un cañón, obligando a huir a los parlamentarios, produciendo cierto número de bajas. También asegura que no había piedras para los fusiles y municiones por ausencia del guarda almacén, hecho que desmiente el

Informe efectuado para el Tribunal de Guerra y Marina, que cita a dicho encargado, de nombre Buenamanoiz o Buenamunoiz.

### *El fin*

Todos los testimonios coinciden en que a Velarde se le despojó de su uniforme, dejándolo desnudo. Pardo sitúa su muerte a las 12'45 horas, «En el interior del Parque, a ocho pasos de la fuente que está entrando a la izquierda», y a poco le vio desnudo, y le envolvió en una tienda que sacó del parque. Puede que en efecto, Velarde muriera apartado de la puerta principal, cosa que afirma también Novella, al situar el momento cuando intentaba atraer más refuerzos del cercano cuartel de los Voluntarios de Estado. La única fuente que existía en Monteleón estaba en la fachada del palacio, fuera del patio, y frente a los jardines. Almira, el escribiente que le acompañó desde la su oficina en la Junta Superior de Artillería, declaró que Velarde «Quedó muerto de una bala de fusil que le atravesó el pecho y fue trasladado al interior del edificio», enseguida vio su cadáver desnudo, sin saber quien pudo ser el autor, aunque imagina que fueron los franceses que llegaron junto a los muros del recinto en uno de los envites. De este hecho, por otra parte frecuente en una época en que las prendas de uniformidad eran caras y escasas, máxime las de un oficial, sorprende sin embargo, que se realizara estando presentes un elevado número de oficiales españoles (al menos siete). Esto nos hace pensar una vez más que algunos de los que de una forma u otra han sido situados como presentes en el lugar de la acción, por sus propias declaraciones o por algún autor, nunca estuvieron allí.

En la *Noticia de lo ocurrido* se dice que Velarde cayó muerto de un balazo y que Daoiz expiró de resultas de una estocada. Almira dice que Daoiz fue muerto a bayonetazos por un granadero francés. Pardo también dice que «Cuando se acabaron las municiones se adelantaron dos oficiales franceses. Daoiz mató a uno en la esquina misma de Maravillas y al otro le causó tres heridas». El general Lefranc, que como hemos indicado mandaba las fuerzas atacantes, recibió una herida en el muslo el 2 de mayo, según la documentación francesa. Otra cosa es que el responsable fuera Daoiz, aunque no hemos de descartarlo, dado lo extraordinario de la situación, y en una época en que el mando se ejercía en muchas ocasiones a la cabeza de las tropas. Siguiendo a Pardo: «De los seis franceses que entraron por detrás del Parque uno le dio un bayonetazo por la espalda que le atravesó el cuerpo, cayendo a la puerta del Parque. Daoiz fue recogido



Casaca del Capitán Velarde, reverso. Museo del Ejército.



Casaca y plumón del bicornio del Capitán Velarde. Museo del Ejército.

y trasladado gravemente herido a su casa en calle de la Ternera<sup>29</sup> donde murió por la tarde.

Por su parte Arango también sitúa al marqués de San Simón, francés emigrado y Teniente general español retirado, como el que evitó la muerte a quemarropa de los últimos españoles, lo que hizo levantando con su bastón el fusil de los soldados franceses que iban a arcabucearlos, aunque no pudo evitar que una alcanzara a Velarde. Sabemos que dicho general, distinguido por sus servicios a la Corona, estuvo en Madrid al mando de una batería durante la defensa de la capital en diciembre, cuando el ataque de Napoleón, pero no hay constancia de su actuación en las calles de Madrid el dos de mayo, aparte de una certificación de servicios que firmó a favor de una de las víctimas, que se conserva en el Archivo de la Villa.

Es destacable la confusión reinante durante los últimos momentos de resistencia. Según la mayoría de los testigos, ésta cesó con las heridas de arma blanca propinadas por varios soldados y oficiales franceses a Daoiz. El capitán Goicoechea, de los voluntarios de Estado asegura que fue él quien acordó con los franceses el fin de la lucha. Blas Molina habla de la muerte a bayonetazos de Velarde (a pesar de haber una bandera blanca de tregua) confundiéndola con la de Daoiz, que no presenció, y dice que al morir los jefes artilleros se fue del lugar. En cuanto a Ruiz, López de Barañano afirma que recibió dos heridas de bala, una de gravedad. Arango solo menciona una herida en el brazo izquierdo, pero que continuó la lucha hasta ser retirado del combate al interior. También citan a Ruiz el canónigo Bermejo, que además es el primero que indicó su muerte en Extremadura debida a las heridas sufridas, pero no lo mencionan Almira ni Pardo, quienes omiten toda referencia a los infantes. Novella menciona erróneamente que llegó al Parque al mando de los «Granaderos de Estado», pero no habla de su herida. En el texto de los grabados de López Enguñados se afirma: «A los primeros tiros cae herido Ruiz teniente de la guardia...» según lo cual habría sido el primero en caer. Según la *Noticia de lo ocurrido* una bala le atravesó el brazo en el primer ataque, arrebatándole un ancho trozo de carne y abriéndole una ancha herida, que le habría vendado José Pacheco, exento de Guardias de Corps, que se hallaba en Monteleón por razones que desconocemos. En el último ataque, Ruiz recibió otra herida que le entró por la espalda y salió por el pecho. Un cirujano enemigo le hizo allí la primera cura, asegurando que la herida era mortal. «Por gran favor» pudo ser trasladado al cuartel y luego a su casa.

---

<sup>29</sup> Según Almira vivía en c/ Ternera entrando por Preciados, «la segunda o tercera casa a mano izquierda, 2.º cuarto». En tiempos una placa señalaba el solar, hoy lamentablemente ausente.

Según Arango no hubo capitulación, y tras la herida mortal y traicionera de Daoiz terminó todo. Pudo ponerse a salvo de las amenazas e insultos que los mandos franceses dirigían a los españoles gracias a la intercesión del jefe de la columna cogido prisionero durante el segundo ataque. Éste jefe sería identificado sin prueba documental alguna por Pérez de Guzmán en su obra de 1908 como el coronel Montholon, uno de los acompañantes de Bonaparte a Santa Elena.

### *El misterioso coronel Montholon*

En 1908, Pérez de Guzmán introdujo una pieza de difícil encaje al situar un pintoresco personaje en el escenario de Monteleón. Según él, uno de los ataques al Parque lo dio el 4.º Regimiento Provisional, hecho harto improbable, como hemos apuntado. Aún más, el académico, asegura que dicha unidad estaba al mando del coronel conde de Montholon, quién sería uno de los acompañantes de Bonaparte en su exilio a Santa Elena, autor de uno de los relatos sobre los últimos días del emperador y además el principal sospechoso de su supuesto envenenamiento. Charles Tristan, conde de Montholon, afirmaba haber tenido una brillante carrera, llegando a embajador y ministro de relaciones exteriores. En realidad, su hoja de servicios<sup>30</sup> apenas contiene hechos de armas y más parece que su trayectoria se debió a sus buenas relaciones con personajes influyentes. Su ascenso a coronel no lo recibió hasta 1809 y al parecer estuvo en la campaña de España como ayudante del mariscal Berthier, que no cruzó la frontera hasta noviembre de 1808. No se cita ningún hecho de armas importante, aparte de una discreta actuación en la campaña de 1813-14. Montholon se distinguió por su apego al dinero y como *bon vivant*. Las razones por las cuales consiguió estar entre los elegidos para acompañar a Bonaparte al destierro final son oscuras, así como las que movieron al emperador a incluirle generosamente en su último testamento, aunque las relaciones de su esposa con su señor podrían explicarlo. En el último tercio de su vida participó en intentonas bonapartistas, se dedicó a los negocios y entró en política. En 1847 vieron la luz sus memorias de Santa Elena, en las cuales incluyó una delirante autobiografía que muchos autores han dado por buena, como quizás hizo Pérez de Guzmán, pues dicho autor no proporciona ninguna referencia para situarle en escena. Su presencia en Madrid el dos de mayo es tan poco digna de crédito como casi toda su biografía.

<sup>30</sup> Agradezco al Tcol. Thierry Noulens, del Service historique de la Défense francés, la comunicación del Carton 8Yd1752, Dossier de Montholon.

*Los ausentes y los presentes*

Un repaso a las hojas de servicios de los implicados, permite verificar que de todos los mencionados en las diferentes obras y relatos sobre el 2 de mayo, casi todos mencionados por Novella en su certificación, sólo anotan en su hoja de servicios el hecho de armas el capitán de infantería Rafael de Goicoechea, el subteniente de artillería Rafael de Arango, y el teniente de Infantería José Ontoria. Otros cuya presencia es reconocida por testigos son por descontado los capitanes de artillería Daoiz y Velarde, así como el teniente de infantería Jacinto Ruiz, y los dos cadetes que resultaron muertos, Vázquez Afán de Ribera y Juan N. Rojo (erróneamente identificado como Pacheco por algunos autores) aunque no se conservan las hojas de servicios de estos últimos. El capitán de artillería asturiano Juan Cónsul murió durante el 2.º sitio de Zaragoza, y tampoco es posible constatar su presencia en la mínima hoja de servicios existente en el archivo segoviano. Cónsul había servido en la defensa de Cádiz y mucho tiempo embarcado en la escuadra, como algunos otros de los oficiales protagonistas del 2 de mayo. Esto podría explicar que se uniera a los defensores, si es que se hallaba en Madrid, ya que en realidad, se encontraba con licencia en Asturias alejado de su destino en la plaza de Barcelona, dónde debía reincorporarse a primeros de abril de 1808, según consta en la citada documentación. Tampoco se recoge su presencia en Monteleón en un certificado emitido en 1834 por el director general de Artillería Navarro Sangrán, en que da cuenta de sus servicios durante la Guerra. Hay autores que afirman que la carta que escribió dando cuenta de los hechos que había protagonizado en Madrid, sirvió como detonante para el levantamiento de Asturias. Lamentablemente dicha carta ha desaparecido, por lo que no nos es posible entrar en consideraciones sobre su presencia en el Parque, sólo atestiguada por Arango.

La presencia del exento de Guardias de Corps José Pacheco es atestiguada por el ya citado paisano Francisco Matas, sin que se conserve su hoja de servicios en que podamos corroborarlo. Del resto de oficiales que según diversas fuentes, memorias y autobiografías, supuestamente combatieron o estuvieron en Monteleón, no queda más remedio que dudar, dada la tendencia a la exageración y a la atribución de méritos a posteriori que se observa en muchos de ellos. La anotación de acciones de guerra en la hoja de servicios era certificada por el sargento mayor del regimiento y no resulta fácil imaginar a un oficial de la época falseando estos datos impunemente. Más fácil podía resultar atribuírselos en memorias y autobiografías a posteriori. Así podemos citar a los marinos Van Halen, cuyas andanzas rayan en lo novelesco, y a Hezeta, mencionado en fuentes posteriores, en ambos casos

sin apoyo documental fehaciente alguno. Lo mismo cabe indicar del general Torrijos, cuya viuda aseguró que su marido participó en la defensa del Parque como cadete a los 15 años, sin que dejara constancia alguna de ello en su hoja de servicios. En cuanto a los subalternos, del de Infantería Burguera no consta su presencia en Monteleón en su hoja de servicios, lo mismo que sucede con los artilleros Dalp, Torres, Córdoba y Carpegna, situados por Novella, García Bermejo en su *Oración fúnebre* de 1817 y Arango en el escenario de los hechos. Por tanto, debe dudarse de su presencia.

### *El cómputo de bajas*

El capitán López de Barañano recoge en su diario:

«Fue herido con dos balazos, el segundo de gravedad, el teniente de la referida compañía D. Jacinto Ruiz (...) el paysanage huyó, y la tropa cambió de armas completando sus cartuchos y nada los hicieron»

Los soldados hubieron de disimular su actuación en el Parque, completando su dotación de cartuchos aparentando no haber empleado ninguno. No obstante, ésta no pasó desapercibida para los franceses, quienes fusilaron esa noche a uno de ellos, Manuel García, como represalia. No fue la única baja del regimiento. Las listas de víctimas confeccionadas por Pérez de Guzmán en 1908 con los documentos conservados en el Archivo de la Villa recogen nueve soldados de los Voluntarios de Estado muertos y siete heridos como consecuencia del 2 de mayo, de los cuales sabemos que al menos tres combatieron en el Parque, además del cadete Juan Vázquez Afán de Ribera, también muerto, y el teniente Ruiz Mendoza. En el Archivo Histórico Nacional existe un estado de fuerza<sup>31</sup> del regimiento fechado el día 1 de junio que nos confirma lo anterior. Dicho estado contabiliza 3 soldados muertos en el mes de mayo, además de 349 desertores de una fuerza efectiva de 742.

Por su parte, el antes citado Romero, en unión de José Luna y Francisco de Arcos, todos compañeros de Ruiz declaran en un escrito fechado en Badajoz el 21 de julio de 1808, donde llegaron tras fugarse de Madrid:

«(...) Ruiz, quien se halla postrado en una cama desde el día dos de Mayo, de resultas de dos balazos que recibió en el Parque de Artillería donde estaba con su compañía de refuerzo (...)»

---

<sup>31</sup> AHN, Diversos, colecciones, 136, N. 14.

La mayoría de los oficiales y soldados del regimiento de Voluntarios de Estado desertaron en las semanas siguientes a la sublevación madrileña, para unirse a alguno de los ejércitos que se preparaban para luchar contra el invasor. Romero, junto con Ruiz y otros oficiales llegaron a Extremadura. Allí fueron ascendidos y encuadrados en los regimientos que se estaban formando. Ruiz pasó al de Infantería de Línea de Mallorca y en octubre al de Reales Guardias Valonas. No hay constancia de sus servicios posteriores, y no sabemos si acompañó a su unidad en la campaña de invierno de 1808 que culminó en derrota de Gamonal (Burgos) y posterior retirada hacia Extremadura, o bien, como parece más probable, su estado, con la herida del pecho abierta, según varios testimonios, no se lo permitiera.

Se conserva su testamento que firma como Teniente coronel, en marzo de 1809 en Trujillo. Ruiz murió el día 13 de marzo, siendo enterrado en la iglesia de san Martín al día siguiente, en una tumba sin lápida ni inscripción. La Gaceta de Madrid del 23 de marzo de 1815 reconoció bajo la firma del rey su mérito y sacrificio en la jornada del 2 de mayo, a petición de su padre. Después su figura caería en un cierto olvido en comparación a sus compañeros de artillería, hasta que en 1890 el gobierno de Sagasta a instancias del arma de infantería, promovió la erección del bello monumento dedicado a su figura, que realizado por Mariano Benlliure, se encuentra en la madrileña plaza del Rey. Finalmente, en el primer centenario, sus restos fueron trasladados con todos los honores a la plaza de la lealtad, donde reposan hoy junto a los de las víctimas y los demás héroes con quienes combatió aquel 2 de mayo de 1808.

Los muertos de Voluntarios de Estado el día 2 de mayo fueron tres soldados no identificados, y Antonio Luque Rodríguez, herido y fallecido el 11, Julián Ruiz, herido y fallecido al día siguiente, y Manuel Velarte Bádinan, herido en el parque y fallecido el 20 de julio, además del citado Manuel García, fusilado. García, Ruiz y Rodríguez deben ser los que figuran como tales en el estado de fuerza del regimiento que se conserva en el AHN. Los heridos de Voluntarios de Estado fueron Antonio López Suárez, Esteban Villamendas y Quilez, ambos en el Parque. Otros heridos del regimiento de Estado fueron Francisco Lavaña Erriera, José Abad y Leso, José Romero, José Hacha Lázaro Cansanillo Diego y Manuel Bravo Parra, sin que pueda precisarse el lugar dónde lo fueron.

Las bajas del Cuerpo de Artillería fueron el cabo Eusebio Alonso, herido en el parque y fallecido dos días más tarde, los Artilleros José Portales y Sánchez, herido en el Parque y fallecido el 18, y José González Sánchez, muerto en el Parque. El Escribiente de Artillería Domingo Rojo, herido en el parque, murió el día 30 de julio. Artilleros heridos fueron Antonio Mar-



*Juanto Ruiz  
y Alendoga (1808)*

El Teniente Ruiz, grabado según un dibujo de Mariano Benlliure.

tín Madalena, también en Monteleón, como Juan Domingo Serrano, Pascual Iglesias y Sebastián Blanco Calda.

Resumiendo, el número total de bajas en Monteleón confirmadas según los documentos consultados por Pérez de Guzmán en el Archivo de la Villa y registros eclesiásticos es:

- Voluntarios de Estado: 1 oficial (Ruiz) 1 cadete (Vázquez) 3 soldados muertos (uno fusilado) y 1 herido. Además hay otros 6 soldados muertos y 7 heridos que no podemos asegurar cayeran en el parque, pero que por pertenecer casi todos al segundo batallón y no haber constancia de otros combates, es muy probable que así lo hicieran. Total 19.
- Artilleros: 2 oficiales (Daoiz y Velarde) 1 cabo, 2 artilleros, 1 escribiente muertos. 4 artilleros heridos. Total 10
- Civiles: 31 muertos y 23 heridos (5 de ellos no hay seguridad que estuvieran en el Parque).

### *Conclusiones*

La defensa del Parque de Monteleón puede considerarse como el episodio más notable de la sublevación armada del 2 de mayo de 1808 en Madrid, considerando como sucedieron los hechos y las personas que los protagonizaron. Fue el único lugar dónde un pequeño núcleo de militares se enfrentó directamente al ejército de ocupación. Todo parece indicar que la defensa se improvisó rápidamente la misma mañana, sin plan previo, por un reducido grupo de oficiales de artillería e infantería a los que unían lazos de amistad y por el servicio común en la Armada y la defensa de Cádiz. Ello sin menoscabo de los numerosos enfrentamientos sostenidos mayoritariamente por paisanos en otras calles de la Villa, algunos de considerable entidad, como los de la Puerta del Sol, y calle San Bernardino, frente al cuartel del Conde-duque.

El Ejército español tenía órdenes de acuartelarse y no intervenir. A pesar de ello, una compañía de infantería del Regimiento de Voluntarios de Estado abandonó a primera hora su cercano cuartel, cediendo su coronel probablemente ante la presión de varios oficiales, notablemente su sargento mayor Romero y el teniente Ruiz. No hay que descartar que la salida de dicha fuerza se produjera antes de que llegara la orden de no intervención.

A llegar el jefe del Parque, Daoiz, se encontró con el lugar en completa bullición, al destacamento francés encerrado y custodiado por la infantería

y al paisanaje muy alterado, por lo que ante los hechos consumados y de muy difícil encauzamiento sin derramamiento de sangre española, accedió a permitir el reparto de armas. A continuación se decidió defender el cuartel contra la más que segura reacción de los franceses.

La defensa se articuló entorno a cuatro piezas de artillería según los testimonios más fiables, de las que al menos tres se sacaron al exterior. Los artilleros y paisanos sirvieron las piezas e hicieron fuego de fusil desde esas posiciones, ayudados de algunos soldados de infantería, mientras que otros se encargaban de vigilar las zonas interiores y traseras del complejo de edificios. Fue una resistencia sin esperanza, dada la orden de no intervenir decretada a la guarnición española esa misma mañana.

Hoy quedan pocas dudas de la identificación de la unidad atacante, en contra de lo afirmado por Novella, Pérez de Guzmán y muchos otros autores sucesivamente, que citan a la división westfaliana, la 2.<sup>a</sup> división de infantería, brigada Lefranc, Regimientos 5.<sup>o</sup> y 6.<sup>o</sup> provisionales, (el 6.<sup>o</sup> compuesto mayoritariamente por italianos). La fuerza se componía de unos 1.500 hombres apoyada por varios cañones. La topografía de las calles adyacentes a Monteleón dificultó el avance imperial en masa y explica que la resistencia pudiera prolongarse unas dos horas.

El final de la resistencia se produjo tras al menos dos intentos de tomar el lugar por la columna enemiga que atacó desde las calles San Bernardo, Fuencarral, y luego desde las tres calles que daban al arco de entrada del Parque. La falta de municiones de fusil y probablemente de boca para metralla y bala de cañón, aceleró el final, que se produjo tras un confuso intento de parlamento iniciado por los atacantes según los testimonios mayoritarios. La fuerza atacante arrolló a los escasos defensores que se mantenían en pie al mando de Daoiz, pasando a cuchillo a todos los que encontraron a su paso hasta el interior del patio del Parque. Una parte de la compañía del Regimiento de Estado y algunos paisanos resultaron indemnes al estar dispersos por los edificios y partes interiores.

Parece probable que algunos oficiales aprovecharon la circunstancia de la muerte o dispersión de los testigos principales para atribuirse protagonismo en la defensa de Monteleón, cuando en realidad o no estuvieron allí o su papel fue meramente pasivo. Los únicos oficiales destacados en la defensa fueron Daoiz, Velarde y Ruiz.

Un puñado de militares y civiles luchó y murieron juntos bajo el arco de Monteleón hace ahora doscientos años. Intentar aclarar como sucedieron los hechos es deber del historiador. Aquel hecho y la sublevación de España no tuvieron igual en ningún país de los ocupados por la invasión napoleónica de Europa.

**Trascripción del informe emitido por la Dirección Gral. de Artillería sobre la Manifestación del Parque de Artillería el 2 de mayo, por el coronel Rafael de Arango (AGMS, sección 2.<sup>a</sup>, división 8.<sup>a</sup> legajo 121) s. d. (1835) y autor anónimo, probablemente el Tte. General Joaquín Navarro Sangrán)**

*No puede darse cosa mas indigesta que el folleto ridiculamente titulado Manifestación del parque de artillería de Mad. El dia 2 de mayo de 1808 por el coronel de cab.<sup>a</sup> dn Rafael de Arango, entonces tte de dicho Rl cuerpo.*

*No hay en tal folleto lenguaje correcto, no hay estilo, no hay más que declaraciones vagas llenas de voces exóticas y barbaras y un constante proposito de llamar dho R. Arango la atención hacia si mismo, sin que por tanto refiera hecho alguno propio que le merezca este honor. Tampoco hay novedad en lo que refiere y si muchos errores o por lo menos inexactitudes de que se apuntarán algunas sin entrar en criticar las reflexiones que emite porque estan al alcance del mas torpe y por otra parte no lo merecen.*

*Es inexacto lo que dice en la pagina 3.<sup>a</sup> de la carta del oficial de Toledo pues que el dia 1.<sup>o</sup> no hubo tal esta y si habia ocurrido en los dias anteriores alguna conmoción con motivo de haber querido esparcir un folleto impreso en una impta. De la calle de la Zarza sbe el regreso de Carlos 4.<sup>o</sup> al trono.*

*Tampoco se cree cierto el desafio de Daoiz del que habla en la pag.<sup>a</sup> 4.<sup>a</sup>*

*No es cierto que fuese Daoiz al Parque antes que Velarde como dice en la pg.<sup>a</sup> 5.<sup>a</sup> y lo que si es cierto que a la llegada del 1.<sup>o</sup> a dicho puesto ya encontró a Velarde; a Ruiz el oficial de Voluntarios de Estado, al pueblo alborotado, los franceses que estaban acuartelados encerrados en una cuadra y todo en combustión, motivo por el qual no pudo cumplir las ordenes que llevaba que dejó en atención de las circunstancias que eran ya las mas imperiosas.*

*Lo que dice en la misma pag.<sup>a</sup> 5.<sup>a</sup> de haberse ocupado de poner piedras en los fusiles de la sala de armas parece un dislate, pues que habia fusiles corrientes y ademas las piedras estarian en los almacenes de donde no pudo tomarlas por la ausencia que supone de guarda almacen que tampoco es cierta, como reclamó despues el honrado Buenamanoiz (?) porque esta especie ya corrió entonces.*

*Otro error muy grueso para quien cuenta tan minuciosamente lo que dice hizo y presencia es decir que el tent. Ruiz fue herido en el brazo quando este valiente oficial fué atravesado de un balazo que le entró por el pecho y le salió por la espalda, de cuyas resultas murio en el año siguiente pues con las fatigas de la guerra nunca pudo cerrarle la herida.*

*Todo lo demas que refiere dicho Arango relativo asimismo, visitando al Gral O'Farril, a su hermano el Intendente, su marcha al Exto &d. es ageno de la qüestion y hasta inverosimil conociendo el circunspecto caracter de dicho Gral y su critica posicion en aquellos delicados momentos.*



# ¿CÓMO SE ARENGABA AL EJÉRCITO SEGÚN LA HISTORIOGRAFÍA CLÁSICA? EL CASO DE AMIANO MARCELINO

María Luisa HARTO TRUJILLO<sup>1</sup>

## RESUMEN

La temática de la historiografía clásica es esencialmente militar. Los historiadores mencionan las causas de las guerras, el desarrollo de las batallas, sus consecuencias... y, por supuesto, mencionan las tareas de sus generales, entre las que estaba la de pronunciar arengas.

Las arengas historiográficas serían, pues, recreaciones de lo que los generales pronunciaban en el campo de batalla, y en ellas se recogen tópicos con los que se arengaba al ejército: la confianza en su valor, la justicia de su causa, la defensa de la patria y de la libertad, la ayuda divina, la crítica a los enemigos, la necesidad de vencer y aniquilar, lo que conseguirían en caso de victoria (botín y gloria), la vergüenza de la huida y una exhortación final a luchar y a morir si era necesario.

Desde el siglo V a.C. con Tucídides y la Guerra del Peloponeso, hasta el siglo IV d.C. con la *Historia* de Amiano Marcelino y las campañas de Juliano, asistimos a numerosas arengas en las que se repiten siempre estos tópicos, mencionados además en los mismos lugares del discurso, demostrándose que los historiadores griegos y romanos conocían la obra de los autores anteriores y conocían también, como buenos militares en muchos casos, la actividad y el oficio de sus generales.

**PALABRAS CLAVE:** Historiografía latina. Discursos militares. Tópicos. Amiano Marcelino.

---

<sup>1</sup> Profesora titular de Filología Latina de la Universidad de Extremadura.

*ABSTRACT*

The theme of classic historiography is essentially military. Historians mention the causes of wars, the development of battles, its consequences... and, of course, mention the work of his generals, among which was the rendering harangues.

These harangues of historiography would be therefore recreations of what the generals said ruling on the battlefield, and they reflect topics with which you can harangue soldiers: confidence in their courage, justice of their cause, defending the homeland and freedom, God's help, the criticism of the enemies, the need to conquer and annihilate, which would win in the event of victory (loot and glory), the shame of flight and a final exhortation to fight and die if needed.

Since the V century BC with Thucydides and the Peloponnesian War, until the fourth century AD with the history of Ammianus Marcellinus and campaigns of Juliano, we find numerous harangues in which these topics are always repeated, also referred to the same parts of speech, demonstrating that Greek and Roman historians knew the works of authors past and knew also, as good soldiers in many cases, activity and craft of his generals.

**KEYWORDS:** Latin Historiography. Military discourses. Topics. Ammianus Marcellinus.

\* \* \* \* \*

*Introducción*

La historiografía en Roma era un género literario. Eso significa que el historiador, al escribir, debía tener en cuenta tanto el contenido de lo que narraba, como el estilo de su obra.

Pues bien, en cuanto al contenido, la historiografía latina se caracteriza por contar hechos trascendentes para el pueblo romano y de naturaleza esencialmente militar. Además, no olvidemos que, con frecuencia, el historiador clásico era un político o un militar que ofrecía su propia versión de hechos en los que había intervenido él mismo<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> No podemos olvidar a historiadores latinos que eran también políticos y militares como Fabio Píctor, Cincio Alimento, Salustio, Julio César, Tácito, Dion Casio o Amiano Marcelino, que se presenta a sí mismo en su obra como *miles quondam et graecus*, es decir, como «antiguo soldado y de origen griego» (*Hist.*31,16,9).

Esto le hacía rechazar minucias o hechos intrascendentes<sup>3</sup>, centrar su obra en Roma, en su pasado y en su presente, con la finalidad de corregir los males de su época y buscar aquella *virtus* y aquellas viejas tradiciones y costumbres que habían engrandecido la patria.

Por supuesto, el tema central para los historiadores latinos será, pues, el militar, es decir, el relato de guerras, fundamentalmente contra pueblos extranjeros, pues serían esas guerras las que habían permitido la expansión de su imperio. No en vano, J. Bartolomé afirma: «La historia de Roma, y la historia antigua en general, es una historia de hechos y, sobre todo, de hechos de guerra, es en gran medida una historia militar; por lo tanto, un historiador que pretenda dar cuenta de ella desde sus orígenes se verá obligado a construir una obra en la que los relatos bélicos sean parte fundamental de ella»<sup>4</sup>.

Además, si tenemos en cuenta que, según Tito Livio (I,19,2-3), las puertas del templo de Jano, que permanecían cerradas en Roma en tiempo de paz, se cerraron tan solo en dos ocasiones desde el reinado de Numa Pompilio hasta el nacimiento del Imperio con Augusto (es decir en unos ocho siglos), comprendemos que la guerra y el mundo militar tuvieron gran trascendencia en la vida, en la historia y, por tanto, también en la historiografía de Roma.

Así pues, en cuanto al contenido, la historiografía latina era una historiografía fundamentalmente militar.

Ahora bien, hemos afirmado también que la historiografía era un género literario<sup>5</sup> y que, por lo tanto, el historiador debía escribir su obra enriqueciéndola con recursos de lengua y estilo, que la dotaran de ese carácter literario. De ahí la inclusión de metáforas, comparaciones poéticas, descripciones, digresiones, cartas, retratos y discursos.

Pues bien, en estas páginas, queremos centrarnos en uno de estos recursos literarios utilizados por los historiadores, los discursos y, en concreto, queremos centrarnos en los más característicos dado el tema de su obra, las arengas militares.

Y es que, todos sabemos que, entre las tareas propias de un general, está la de exhortar y enardecer los ánimos de sus hombres antes de la lucha.

Así lo reconoce el historiador Q. Curcio en su *Historia de Alejandro Magno*: «Entre tanto, Artabazo desempeñaba todas las funciones de un autén-

---

<sup>3</sup> El propio Amiano Marcelino dirá: «Y es que la historia suele narrar hechos esenciales y no escurrir minucias y acciones insignificantes, que si alguien quisiera conocer es como si pretendiera que se pueden contar esos pequeños corpúsculos que flotan en el vacío y que, entre los griegos, reciben el nombre de 'átomos'» (*Hist.* 26,1,1).

<sup>4</sup> BARTOLOMÉ, J.: *Los relatos bélicos en la obra de Tito Livio*. Vitoria, 1995, p.24.

<sup>5</sup> Cicerón dijo que la historiografía era un *opus oratorium maxime* (*De leg.* I,5,21), es decir un género oratorio o propio de oradores formados en la retórica y en el arte de la palabra.

tico general: merodeaba en torno de las tiendas de los persas, los exhortaba, les llamaba la atención ora individualmente, ora en conjunto» (*Alex.* V,9,17).

Por tanto, si los generales en el mundo clásico pronunciaban arengas, es lógico que los historiadores, al relatar las guerras, recogieran también arengas en sus obras.

Ahora bien, dado el carácter literario de esas obras, hemos de considerar que los historiadores «adornaban» esas arengas y, si bien se atienen en gran parte al contenido real que pudo pronunciarse en las batallas o en las asambleas previas a esas batallas, lo cierto es que, en las arengas de la historiografía latina, encontramos una serie de recursos estilísticos que nos hacen analizarlas como auténticas joyas de la retórica y de la literatura.

### *Tópicos de las arengas historiográficas*

Hemos analizado los tópicos que suelen aparecer en las arengas de la historiografía clásica, y hemos observado que, de manera muy significativa, aparecen temas y elementos comunes en historiadores tan distantes cronológicamente como Tucídides (s. V a.C.) o Amiano Marcelino (s. IV d.C.).

Tanto en el tema como en el léxico o en los recursos estilísticos, los historiadores se sirven de los mismos tópicos que habían utilizado los autores anteriores. Sin duda, este hecho se debe, en parte, a la semejanza de las situaciones en las que se pronunciaban las arengas, pues es lógico que un general, en cualquier época, recuerde a sus hombres antes de una batalla la importancia de lo que se juegan, el valor que ya han demostrado con anterioridad, la superioridad de sus recursos frente a los del enemigo, el botín y la gloria que conseguirán en caso de victoria...

De hecho, ya Vegecio, en su tratado militar conocido como *Epitoma rei militaris* o *De re militari* (III,12), escrito en el siglo IV d. C., había mencionado los temas que debían ser citados por un general en una arenga:

«Con las advertencias y la exhortación del general aumenta el valor y el ánimo del ejército, sobre todo si, acerca del combate ya inminente, se exponen ante los hombres razones por las que deben confiar en obtener fácilmente la victoria. Además, se les debe demostrar la desidia y los errores del enemigo, y se debe aludir igualmente a una victoria obtenida ya con anterioridad sobre ellos... Por otra parte, deben exponerse aspectos que, moviéndoles desde la ira y la indignación, lleven a los soldados a odiar a sus enemigos».

Pero no se trata sólo de la mención de los mismos tópicos. Es que, además, de aquellos instrumentos de persuasión de los que hablaba Aristóteles

(«*písteis*»), dividiéndolos en racionales (inductivos o deductivos) y emotivos (*ethos* y *pathos*), en las arengas recogidas por los historiadores romanos no se juega tanto con argumentos racionales como con aspectos emotivos, pues se pretende o bien enardecer a los soldados, o bien conmover a los lectores de esa obra. Por eso, se recurre a elementos esenciales tanto para el individuo como para la colectividad, y se alude también a factores religiosos, políticos, morales y materiales. De ahí la presencia de tópicos como el honor, la libertad, el botín, la facilidad de la victoria, los dioses, la patria...

Para nuestro estudio, si bien tenemos en cuenta la historiografía griega, hemos analizado fundamentalmente las obras de la historiografía latina comprendidas desde los orígenes de su literatura (s. III a.C.) hasta el final del Imperio en el siglo V d.C., cuando se deja ya paso a la historiografía cristiana y medieval, y hemos observado que aquellos tópicos o factores que suelen utilizar los generales (o los historiadores) para arengar a su ejército son los siguientes:

1. Un vocativo o forma especial de dirigirse a los soldados.
2. La mención al hecho de que las palabras no aportan valor.
3. Recuerdo de victorias pasadas y del valor ya demostrado.
4. Críticas contra el enemigo, al que se considera inferior.
5. Se afirma que el momento es decisivo.
6. Se considera la situación propicia.
7. Mención al motivo de la lucha:
  - 7.1. La patria.
  - 7.2. La libertad.
8. Se pide o reconoce la ayuda divina a la causa propia.
9. Justicia de esa causa.
10. Se critica la posibilidad de huir.
11. No basta con vencer, hay que aniquilar (*Carthago delenda est*).
12. Recompensas y amenazas en función del resultado de la batalla.
13. Exhortación final a vencer o a morir.

Además, hay que señalar que, de manera muy significativa, de estos tópicos, los tres primeros suelen aparecer en el inicio de las arengas, que es el momento apropiado para ganarse la atención y la voluntad de los receptores.

Por eso, al principio, el general llama a los soldados de una manera determinada, resta importancia a sus propias palabras frente al valor de sus hombres, y muestra su confianza en ellos, para lo cual les recuerda victorias pasadas, conseguidas en muchas ocasiones luchando juntos.

Una vez preparado y ganado el auditorio, en el cuerpo de la arenga, el general suele hablar de temas ya centrados en la batalla inminente, como la inferioridad del enemigo, el motivo por el que van a luchar (normalmente la

patria y la libertad), la justicia de su causa, que hará que los dioses les sean propicios, el botín que obtendrán en caso de victoria, o las duras consecuencias que les aguardan en caso de huida o de ser derrotados.

Ya el final de la arenga es el momento de resumir en pocas palabras lo indicado y, sobre todo, de lanzar una exhortación final con un imperativo que encienda definitivamente a los hombres y les lleve a luchar y a morir si es necesario.

### *El caso de Amiano Marcelino*

Podíamos poner muchos ejemplos de cada uno de estos tópicos en distintas arengas de la historiografía latina, pero hemos optado por ofrecer una arenga concreta y señalar en ella la manera que tenían los generales romanos de arengar a sus ejércitos, y especialmente cómo los historiadores recogían y «adornaban» esas palabras para conseguir las tres finalidades que debía tener un discurso según la retórica clásica: *delectare*, *docere* y *move-re*, es decir, deleitar, enseñar y mover.

Para ello nos vamos a centrar en una arenga de Amiano Marcelino, historiador que conocía perfectamente el mundo militar, ya que, como hemos apuntado con anterioridad, fue *miles quondam*, es decir, escribió ya al final de su vida sobre batallas y campañas militares en las que había intervenido él mismo<sup>6</sup>.

Además de esa condición personal como militar, que le lleva a ser muy apropiado para ofrecer arengas en su obra, Amiano vivió un momento decisivo en la historia del imperio romano, ya que su vida habría transcurrido entre el 330 y el 400 d.C. es decir, le correspondió vivir el siglo IV d. C., un siglo muy conflictivo en la historia de Roma, ya que el imperio estaba sumido en una profunda crisis económica, política, social, religiosa y militar, una crisis en la que unos pocos romanos tradicionales, con fe en esa Roma gloriosa del pasado, se agruparon en torno al emperador Juliano el Apóstata y buscaron una regeneración de Roma en todos los aspectos, intentado con ello la recuperación de la religión pagana frente al emergente cristianismo, la recuperación de la gran literatura y de la cultura clásica, la recuperación de las costumbres antiguas frente a la hipocresía y los vicios de su época y, por supuesto, la recuperación o, al menos, el mantenimiento de las fronteras y de la fortaleza del ejército que había conquistado esas fronteras.

---

<sup>6</sup> Si Amiano había nacido en torno al 330, sabemos que en el 353 formaba ya parte de los *protectores domestici*, un cuerpo selecto del ejército encargado de distintas misiones, y en el que Amiano estaba a las órdenes de Ursicino, su gran amigo y protector.

Además, desde el punto de vista literario, Amiano reniega también de los historiadores contemporáneos, preocupados por minucias, biografías y anécdotas, o por relatos breves, frente a los cuales él escribió una historia de Roma desde Nerva hasta Valente, es decir, desde el 96 d.C. hasta su propia época, en concreto hasta la muerte de Valente en la batalla de Adrianópolis, luchando contra los godos en el 378 d.C.

Tristemente, de los 31 libros que componían su obra, tan solo hemos conservado a partir del 14, precisamente el momento en el que Amiano empieza a intervenir directamente en los hechos, ya que entre los libros 14 y 31 se relatarían los sucesos acaecidos en el imperio romano desde el 353 hasta el 378 d.C., unos años caracterizados por los conflictos civiles entre emperadores y césares (Constancio II, Galo, Juliano, Valentiniano o Valente), con luchas y asesinatos entre ellos, e igualmente serían años de intentos de sublevación de ejércitos y civiles, y especialmente de un afán desesperado de los romanos por mantener las fronteras de su imperio frente al ataque de godos, vándalos, hunos, persas, etc.

Son años, pues, conflictivos, de crisis en todos los aspectos y de luchas y batallas por recuperar la grandeza del imperio. No es extraño, entonces, que a este historiador se le haya considerado como «El último gran representante de la historiografía latina», pues es el último gran historiador de Roma que, recogiendo el testigo de Julio César, Salustio, Tito Livio o Tácito, nos cuenta las batallas y las guerras claves en la historia de Roma.

En su relato, el gran héroe de nuestro historiador, pues simbolizaba su esfuerzo por recuperar ese pasado glorioso, fue Juliano el Apóstata, auténtico protagonista de los libros 15 a 25 de la obra. De hecho, se ha apuntado que la intención de Amiano fue terminar su *Historia* en el libro 25, cuando muere Juliano en plena batalla en la campaña persa.

Por ello, hemos seleccionado para nuestro análisis una arenga que habría pronunciado Juliano al comenzar esa campaña (*Hist.* XXIII,5,15-25), una campaña en la que había participado Amiano Marcelino, que habría escuchado numerosos discursos del emperador y que es, de hecho, nuestra fuente más fiel para conocer dicha empresa, si bien no sabemos muy bien el papel concreto que desempeñaba en la expedición.

Hemos de indicar asimismo, que no es una arenga pronunciada en plena batalla, o en los momentos previos a una batalla, arengas que suelen ser muy breves, vivas, con numerosos imperativos, frases cortas y, en general, exhortaciones a luchar y a morir matando a los enemigos. Por el contrario, la arenga que vamos a comentar habría sido la que pronunció Juliano ante el ejército formado para partir en la campaña, lo cual hace que el historiador se recree en los preparativos, describiendo el ambiente, los gestos del orador, etc. Sí encontramos, no obstante, numerosos tópicos que hemos

mencionado anteriormente como propios de las arengas romanas.

El discurso de Juliano (o mejor de Amiano Marcelino) es el siguiente:

«Ante esto, una vez destruido el puente después de que todos lo hubieran cruzado, tal como hemos señalado, el emperador creyó que lo más urgente era hablar a los soldados, que marchaban intrépidos y confiados en sí mismos y en su líder.

Así pues, dada una señal mediante las trompetas, habiéndose reunido ya todas las centurias, cohortes y manípulos, Juliano se colocó sobre un montón de tierra, rodeado por los hombres de más alto rango y, con voz serena, contando con la simpatía general habló de este modo:

Al observar vuestras enormes fuerzas y vuestro ánimo, mis muy valientes soldados, he decidido reuniros para mostraros con múltiples argumentos que ésta no es la primera vez, a pesar de lo que dicen algunos malintencionados, que los romanos invaden Persia. Pues, para no mencionar a Lúculo<sup>7</sup> o a Pompeyo<sup>8</sup> (quienes, a través de los albanos y de los masagetas, a los que ahora denominamos alanos, penetraron también en esta nación y llegaron a los lagos Caspios) sabemos que Ventidio, el legado de Antonio, causó calamidades sin número en estas tierras<sup>9</sup>.

Pero, para no aludir a tiempos remotos, me referiré a lo que nos ha transmitido la historia reciente: Trajano<sup>10</sup>, Vero<sup>11</sup> y Severo<sup>12</sup> regresaron de aquí victoriosos y cargados de trofeos. Y el joven Gordiano, cuyo monumento vemos ahora con respeto, hubiera regresado con igual esplendor si en Resaina, después de

---

<sup>7</sup> Lúculo fue un destacado político y militar romano, que vivió en el siglo I a.C., cónsul en el 74 a.C. y vencedor de la Tercera Guerra Mitridática en Asia Menor, por lo tanto vencedor en las tierras que ahora pretende invadir Juliano.

<sup>8</sup> Pompeyo el Grande, gran general y político romano, recibió del Senado la tarea de terminar la guerra contra Mitridates iniciada por Lúculo, obteniendo importantes victorias en Asia que le permitieron entregar a Roma las provincias de Armenia, el Cáucaso, Siria o Judea.

<sup>9</sup> Ventidio fue enviado por Marco Antonio en el 40 a.C. para expulsar a los partos que habían invadido la provincia romana de Siria, obteniendo importantes victorias contra éstos.

<sup>10</sup> Trajano, emperador en Roma desde el 98, inició en el 113 una guerra contra los partos, consiguiendo con sus victorias la anexión de Armenia, Asiria y Mesopotamia, con lo cual el Imperio alcanzaba su máxima extensión. Lamentablemente, murió en el viaje de vuelta de esta campaña en el 117.

<sup>11</sup> Lucio Vero fue co-emperador en Roma junto a Marco Aurelio. Fue destinado a Oriente entre el 162 y el 166, dirigiendo una nueva campaña contra los partos. Consiguió importantes triunfos que permitieron que Roma ostentara de nuevo el control sobre Armenia y Mesopotamia occidental.

<sup>12</sup> Severo fue emperador en Roma desde el 193 hasta el 211. Sus mayores triunfos militares se produjeron luchando también contra los partos, a los que venció consiguiendo que Mesopotamia volviera a caer bajo el poder romano.

vencer y poner en fuga al rey de los persas, no hubiera caído por una impía herida causada por la facción de Filipo, prefecto del pretorio, que contó con la ayuda criminal de unos pocos, muriendo Gordiano en el mismo lugar donde está sepultado. Sin embargo, sus manes no anduvieron errantes y sin venganza durante mucho tiempo, porque, como si la justicia hubiera calibrado los hechos, todos los que conspiraron contra él y planearon su muerte, murieron después de terrible agonía<sup>13</sup>.

A aquellos emperadores, ávidos de empresas elevadas, fue su voluntad la que les impulsó a realizar hazañas memorables. Pero a nosotros nos impulsan la terrible calamidad de las ciudades capturadas recientemente, las sombras sin venganza de ejércitos enteros asesinados, la magnitud de los daños y la pérdida de campamentos. Así pues, en nuestro intento de restablecer el pasado, contamos con los deseos comunes de todos, por lo cual, una vez fortalecida la seguridad del estado en esta zona, realizaremos hazañas por las que la posteridad podrá encomiarnos.

Con la ayuda de la divinidad eterna, yo estaré siempre con vosotros, como emperador, líder y camarada, contando, como espero, con auspicios favorables.

Pero, en el caso de que la inconstancia de la fortuna me batiera en alguna contienda, para mí será suficiente el haberme sacrificado por el mundo romano, al igual que hicieron los antiguos Curcios<sup>14</sup>, los Mucios<sup>15</sup> y el noble linaje de los Decios<sup>16</sup>.

---

<sup>13</sup> Gordiano fue nombrado emperador a los 13 años, en el 238. En el 241 los persas invadieron Mesopotamia, ante lo cual el emperador se puso en marcha con su ejército hacia Oriente Próximo. Tras alguna victoria, encargó el liderazgo de los pretorianos a Filipo. A pesar de que fuentes árabes apuntaban que fueron ellos los que mataron a Gordiano en una batalla, fuentes romanas, de acuerdo con lo dicho por Juliano en su arenga, aseguraron que Filipo asesinó a Gordiano por ambición al trono imperial, siendo de hecho proclamado emperador a la muerte de Gordiano.

<sup>14</sup> Como relatan Tito Livio (VII,6,1) o Valerio Máximo (V,6,2), en una ocasión, en el suelo del foro romano se abrió una grieta enorme que, según el oráculo, sólo podía rellenarse con aquello en lo que más destacaba el Imperio Romano. Ante esto Curcio, creyendo que Roma sobresalía fundamentalmente por su valor guerrero, se cubrió con sus insignias militares y se lanzó a aquella sima, recuperando entonces la tierra su estado original.

<sup>15</sup> Cuenta Valerio Máximo (III,3,1) que Gayo Mucio, para terminar con el ataque que el rey etrusco Porsena dirigía contra Roma, penetró a escondidas en su campamento e intentó darle muerte. No pudiendo conseguirlo, fue apresado por los etruscos, y sufrió el tormento de que le abrasaran la mano derecha, tormento que él soportó, considerándolo incluso merecido por no haber sido capaz de terminar su tarea, lo cual le valió el perdón del rey y el que, al regresar a Roma, recibiera el sobrenombre de Escévola, «el zurdo».

<sup>16</sup> Publio Decio Mus y Tito Manlio Torcuato eran cónsules y dirigían el ejército romano en la primera guerra Latina. Ante un sueño en el que se les decía que uno de ellos tendría que morir para

Debemos acabar con el más enojoso de los pueblos, en cuyas espadas quedan restos aún de la sangre de nuestros amigos.

Nuestros antepasados necesitaron muchas generaciones para erradicar completamente lo que les perjudicaba. Cartago sólo fue derrotada después de una complicada y larga guerra, pero nuestro insigne líder temió que ésta pudiera sobrevivir a su derrota<sup>17</sup>. También Escipión destruyó completamente Numancia después de arrostrar las múltiples dificultades que conlleva un asedio<sup>18</sup>.

Roma destruyó Fidenas para que no surgieran ciudades émulas de su imperio<sup>19</sup>, y ésta fue también la razón por la que oprimió a los faliscos y a los de Veyes, de manera que ni siquiera el recuerdo del pasado puede convencernos fácilmente de que estas ciudades fueron poderosas algún día<sup>20</sup>.

Os he expuesto estos hechos como conocedor del pasado. Sólo resta que, olvidando la codicia, que con frecuencia ha tentado a los soldados romanos, avancéis todos en formación y que, cuando llegue el momento de la lucha, cada uno siga a sus propias insignias y sepa que, si se echa atrás, será abandonado con las piernas cortadas.

De los enemigos, que son muy astutos, no temo nada más que sus engaños y trampas.

En suma, os prometo a todos y cada uno de vosotros que, una vez logremos el triunfo y se calme esta situación, rechazando todas las prerrogativas de esos príncipes que piensan que, en función de su autoridad, todo lo que dicen o plantean es justo, daré cuentas a quien me lo exija de mis decisiones, ya sean correctas o erróneas.

---

que las tropas del otro venciesen, Publio Decio se lanzó él solo contra los enemigos, ofreciendo así su vida en una *devotio*, o sacrificio en el que un militar se lanzaba contra el ejército enemigo para obtener así la ayuda divina para su causa (Valerio Máximo I,7,3; V,6,6).

<sup>17</sup> Alude Juliano a las palabras atribuidas a Catón el Viejo, quien con su frase *Carthago delenda est* («Cartago debe ser destruida»), insistía siempre en que no bastaba con vencer a los cartagineses en las Guerras Púnicas, sino que había que aniquilarlos, para que no volvieran a constituir un peligro.

<sup>18</sup> Tras varios años de conflictos y batallas contra los romanos, en el 133 a.C., los numantinos, se suicidaron y prefirieron morir antes que ser sometidos por los romanos.

<sup>19</sup> Fidenas era una ciudad etrusca cercana a Roma, con la que luchó durante cuatro siglos, hasta que, en el 435 a.C., vencida definitivamente, fue destruida y saqueada por los romanos, que esclavizaron a todos sus habitantes.

<sup>20</sup> Faleria, Veyes y Fidenas estaban aliadas contra Roma, siendo derrotadas, como indicamos en la nota anterior, en el 435 a.C. Faleria no fue destruida entonces, por lo que continuó hostigando a los romanos, hasta que, en el 241 a.C., tras una nueva rebelión, fue finalmente sometida. En cuanto a Veyes, fue conquistada de forma definitiva en el 396 a.C.

Por ello, ya desde ahora, levantad –os lo pido–, levantad vuestros ánimos a la espera de muchas y grandes hazañas, sabiendo que afrontaréis cualquier dificultad que se nos presente compartiendo mi destino. Y pensad que la victoria suele acompañar siempre a la justicia.

Una vez concluido este discurso tan optimista, los soldados, exultantes con la gloria de su general y con grandes esperanzas en un futuro próspero, levantaron sus escudos, y gritaron que no temían ningún peligro ni dificultad alguna, si contaban con un emperador que se imponía a sí mismo más dureza que a sus soldados.

De entre todos, los que demostraban una mayor alegría en sus gritos eran los galos, pues recordaban las ocasiones en que, dirigidos por este emperador, habían visto cómo caían algunos pueblos y cómo otros pedían perdón suplicantes, mientras Juliano iba de compañía en compañía durante el combate».

Como vemos, es un largo discurso, pronunciado por Juliano al inicio de la campaña contra Persia, un discurso en el que el orador intenta ganarse la voluntad de sus soldados, mientras que el historiador recuerda los logros pasados de Roma e intenta con ello ganarse también el patriotismo de unos romanos que vivían sumidos en una profunda crisis política, religiosa, social y económica.

Este discurso se pronunció realmente y, casi con total seguridad, fue escuchado por Amiano Marcelino, que acompañaba a Juliano en la expedición, si bien fue adornado por el historiador con la inclusión de tópicos presentes en numerosas arengas de la historiografía latina de sus diferentes épocas.

Así, si nos atenemos a la lista de tópicos mencionada con anterioridad, podemos destacar que prácticamente todos los tópicos están presentes en esta arenga, con la única excepción de la alusión al hecho de que las palabras del general no aportan valor, un tópico que suele aparecer en los proemios y con el que el general suele ganarse la atención y la voluntad de los soldados, afirmando que el resultado de la batalla no depende de sus palabras, sino del valor de sus hombres, un valor ya demostrado en numerosas ocasiones.

Nos parece muy significativo que este tópico no aparece en ninguna de las arengas que hemos encontrado en la obra de Amiano Marcelino<sup>21</sup>, lo

---

<sup>21</sup> *Historia* XIV 7,13-15; XIV,10,10-16; XVI,12,8-13; XVI,12,18-19; XVI,12,28-34; XVI,12,38-41; XXI,5,1-9; XXI,13,9-16; XXIII,5,15-25.

cual nos lleva a pensar que estas arengas, si bien recogen el sentir de los generales emisores (Galo, Constancio II, Juliano...), serían reconstrucciones del historiador, que no habría optado por su inclusión en este tópico en los discursos.

Ante esta ausencia, el general o el historiador deben ganarse la voluntad de los receptores con el vocativo que les dirige al principio del discurso (*fortissimi milites*) «mis muy valientes soldados».

En este caso, nos parece muy interesante que, mientras que el vocativo más repetido en las demás arengas de la historiografía latina es el término genérico *milites* «soldados», sin ninguna calificación afectiva o calificativa, en las arengas de Amiano Marcelino no lo encontramos solo en ninguna ocasión, decantándose siempre el historiador por otros vocativos más complejos: *virii fortes* «valientes» (XIV,7,13-15); *commilitones mei* «compañeros míos» (XVI,12,8-13); *socii... commilitones... virii fortes* «compañeros... compañeros... valientes» (XVI,12,28-34); *virii fortissimi* «hombres valerosísimos» (XVI,12,38-41); *magni commilitones* «nobles compañeros» (XXI,5,1-9); o *amantissimi virii* «amadísimos hombres» (XXI,13,9-16).

En todas estas arengas aparece, pues, sobre todo en las pronunciadas por Juliano (XVI,12,8-13; XVI,12,28-34; XVI,12,38-41; XXI,5,1-9; XXIII,5,15-25) la fuerte implicación que existía entre el César y sus hombres, a los que no llama nunca simplemente «soldados», sino que se dirige a ellos con superlativos o bien les califica como compañeros de armas «*commilitones*».

Curiosamente, ya Suetonio, al tratar sobre la vida de los Césares romanos, había afirmado que Julio César tampoco se dirigía nunca a sus hombres simplemente como *milites* «soldados», sino como *commilitones* «compañeros de armas», que tenía un carácter más afectivo<sup>22</sup>.

La contrapartida era el insulto, pues cuando un general quería exaltar el ánimo de sus hombres, podía rebajar su categoría negándoles el calificativo de soldados y llamándoles simplemente «ciudadanos, civiles» o *quirites*, como nos cuenta también Suetonio:

«Pero con una sola palabra, llamándoles ciudadanos en lugar de soldados, los conmovió y se los ganó tan fácilmente que, al punto, ellos respondieron que eran soldados y que, aunque él se negara, le seguirían voluntariamente hasta África» (*Julio Cesar*, LXX).

Así pues, con el vocativo utilizado ya al principio de la arenga, Amiano nos muestra la buena relación que existía entre Juliano y sus hombres.

<sup>22</sup> Suetonio: *Julio César* LXX.

Otro tópico que suele aparecer en los proemios de las arengas de la historiografía latina, y que tiene mucha importancia en las de Amiano Marcelino, y en concreto en la que centra nuestro interés, es el recordar las victorias anteriores y el valor ya demostrado por los soldados, consiguiéndose con ello que aumentara su confianza.

Este tópico se encuentra también en otras arengas de la obra de Amiano Marcelino, como las que encontramos en XIV,10,10-16 o en XXI,5,1-9, pareciéndonos muy significativo que, si en este último caso, aparece en boca de Juliano en una arenga en la que se relatan sus éxitos luchando contra galos y germanos, en la primera de las arengas mencionadas, está en boca de Constancio II, que como sabemos se enfrentó con su primo Juliano en guerra civil, por lo cual, dados los elogios que dirige siempre Amiano Marcelino a Juliano, no es extraño que al terminar la arenga de Constancio, nos diga que ese discurso no había suscitado un gran entusiasmo entre los soldados, pues «tras numerosas campañas, sabían que podían contar con la fortuna del emperador si se trataba de guerras civiles pero, en cambio, cuando se trataba de batallas contra pueblos extranjeros, con frecuencia el resultado era dramático».

De nuevo, pues, vemos cómo la inclusión de este tópico en las arengas le sirve al historiador para conseguir sus objetivos: elogiar las hazañas de Juliano y, en el caso concreto de la arenga analizada en nuestro trabajo, elogiar las hazañas de héroes romanos del pasado como Escipión, Pompeyo, los Curcios, los Decios... con lo cual intentaba despertar, de nuevo, el patriotismo romano en ese siglo IV d.C., en el que el olvido de las viejas glorias y de las viejas costumbres romanas habían sumido al imperio en una profunda crisis.

Eso sí, de nuevo, la finalidad y la forma en la que está expresado este tópico nos hacen ver en su redacción más la mano de un historiador que la de un general ante su ejército, pues la inclusión de numerosas alusiones históricas es más propia de una obra escrita que de un discurso pronunciado en plena campaña ante unos soldados.

Una vez ganada la voluntad con el vocativo inicial y aumentado el valor de los hombres con el recuerdo de victorias pasadas, entraríamos ya en los tópicos propios del centro o del cuerpo del discurso, aquellos que se basan en los motivos de la lucha, en la lucha en sí y en lo que aguarda a los soldados en caso de victoria o de derrota.

Pues bien, entre estos tópicos incluiríamos la justicia de la causa, la defensa de la patria y de la libertad, el botín o la gloria conseguida en caso de victoria, la mención a la ayuda divina, la crítica al enemigo, al que no basta con vencer, sino que hay que aniquilar, la recriminación de la huida, y la confianza en la victoria.

Todos ellos son utilizados en esta arenga. Así, en cuanto a la justicia de la causa, dice Juliano (o Amiano Marcelino), que les impulsa no una voluntad individual, sino «la terrible calamidad de las ciudades capturadas recientemente, las sombras sin venganza de ejércitos enteros asesinados, la magnitud de los daños y la pérdida de campamentos», pero por si esto fuera poco, el discurso termina con una frase contundente: *Aequitati semper sole-re iungere victoriam* «La victoria suele acompañar siempre a la justicia».

Y es que, como indica J.M.Roldán Hervás: «Para los romanos, toda guerra debía ser justa, es decir, declarada según unas reglas de derecho internacional, que, en Roma, estaban sometidas a las mismas normas del derecho civil»<sup>23</sup>.

Desde luego, tanto los soldados como los lectores de una obra historiográfica se sentirían reconfortados si el general –o el historiador– les decían como hacen Juliano o Amiano que a la justicia de la causa le sigue necesariamente la victoria. De este modo, si la lucha a la que se enfrentaban era «justa», no debían preocuparse, pues obtendrían la victoria.

Unido a este tópico de mencionar la justicia de la causa, suele aparecer la mención de que los soldados no luchan por una causa individual o egoísta, sino por intereses comunes como la patria y la libertad. Estas son, para A. Pariente, las razones que mueven las guerras, ya que, en su opinión: cualquier acto de guerra «se apoyará en los mismos razonamientos, aunque se pretendan cosas contradictorias de una vez a otra. Y esas razones tópicas son siempre las mismas, la patria y la libertad. Quizás alguna otra, pero siempre más insignificantes»<sup>24</sup>.

Y esa defensa de la patria y de la libertad de los romanos es lo que impulsó a Amiano Marcelino o a Juliano a pronunciar palabras como éstas: «Para mí será suficiente haberme sacrificado por el mundo romano... Así pues, en nuestro intento de restablecer el pasado, contamos con los deseos comunes de todos, por lo cual, una vez fortalecida la seguridad del Estado en esta zona, realizaremos hazañas por las que la posteridad podrá encomiarnos».

No podemos olvidar que ya Horacio, en el siglo I d.C., había dicho *Dulce et decorum est pro patria mori* «Dulce y honroso es morir por la patria» (*Carm.*II,13), si bien en las arengas de los generales de pueblos bárbaros que lucharon contra los romanos suele achacarse siempre a los ejércitos romanos que eran un grupo de mercenarios que luchaban por el botín y que no tenían ese sentimiento patriótico.

<sup>23</sup> ROLDÁN, J.M.: *El ejército de la república romana*. Madrid, 1996, p.19.

<sup>24</sup> PARIENTE, A.: *Salustio. Política e Historiografía*. Barcelona, 1973, pp.102-103.

Tal vez el ejemplo más significativo en este sentido es el de la arenga de Calgaco, general de los caledonios, que se enfrentaron a los romanos en Germania a lo largo del s. I d.C., quien en una arenga recogida por Tácito en el *Agricola*, dice refiriéndose a los romanos:

«Saqueadores del mundo, cuando les faltan tierras para su sistemático pillaje, dirigen sus ojos escrutadores al mar. Si el enemigo es rico, se muestran codiciosos; si es pobre, despóticos; ni el Oriente ni el Occidente han conseguido saciarlos; son los únicos que codician con igual ansia las riquezas y la pobreza. A robar, asesinar y asaltar llaman con falso nombre imperio, y paz al sembrar la desolación... ¿Creéis que los romanos conservan en la guerra un coraje parejo a su desenfreno en la paz? Famosos gracias a nuestras desavenencias y discordias, convierten los defectos de los enemigos en gloria para su ejército. Ejército al que, reclutado entre pueblos muy diversos, las circunstancias favorables lo mantienen unido y al que, por tanto, las adversas lo disolverán» (TACITO, *Agric.* XXIX, 4-XXXIII,1).

Este concepto de ejército romano mercenario e individualista es el que quiere evitar Amiano Marcelino, y de ahí sus continuas alusiones a las glorias del pasado y a las hazañas que hicieron que Roma se convirtiera en dueña del mundo entonces conocido. De ahí también que, en la arenga que estamos analizando, se les diga a los soldados y a los lectores romanos: «Os he expuesto estos hechos como conocedor del pasado. Sólo resta que, olvidando la codicia, que con frecuencia ha tentado a los soldados romanos, avancéis todos en formación». Y es que, efectivamente, sobre todo a partir de la reforma del ejército de Mario en el 106 a.C., el ejército romano se había «profesionalizado» y se había convertido en un grupo de hombres que luchaban no tanto por la patria como por la soldada y por la esperanza de alcanzar recompensas y un gran botín.

En este sentido se expresa J.M. Roldán, para quien «La ley romana, en caso de victoria, no preveía el derecho al botín del soldado-ciudadano a título individual, pero, puesto que el Estado abstracto se concretaba en el magistrado correspondiente encargado de dirigir la guerra, quedaba a su albedrío el destino del botín, que, de acuerdo con las circunstancias, podía ser reservado en su totalidad para el Tesoro o ser objeto de reparto. Estas distribuciones y recompensas no podían dejar de tener implicaciones en la propia idiosincrasia colectiva de la milicia»<sup>25</sup>.

---

<sup>25</sup> ROLDÁN, J.M.: *El ejército...*, p.36.

Por eso, sobre todo ya en época imperial, cuando disminuye el sentido patriótico y colectivo, los generales e historiadores insisten en recomendar a los soldados que olviden la codicia personal y luchen por la patria.

Unido a la defensa de la patria y de la libertad, así como a este convencimiento de que los soldados no deben luchar por motivos individuales (botines y recompensas), sino por la colectividad, el general debe recordar siempre a los soldados que es una vergüenza huir y abandonar a los compañeros. Por ello, junto a las promesas de recompensas, encontramos en las arengas continuamente amenazas y recriminaciones contra aquellos soldados que mueran con heridas recibidas por la espalda.

De hecho ya Juliano había utilizado este recurso en otra arenga. En concreto, en XVI,12,38, cuando en una batalla contra los bárbaros de Chonodomario, vio a sus soldados huir, relata Amiano Marcelino:

«Por ello, cuando el César observó desde lejos que la caballería no encontraba otro recurso más que la fuga, espoleó a su caballo y se puso delante de ellos para contenerles como si se tratara de una barrera.

Entonces, al reconocerle por la insignia púrpura del dragón, que estaba ajustada a su enorme lanza y se desplegaba al viento como la piel seca de una serpiente, el tribuno de uno de los escuadrones se plantó y, agitado, pálido y temeroso, corrió presto a reanudar el combate. Y, como suele suceder en los momentos críticos, el César se dirigió a ellos sin acritud y les dijo: «¿Adónde vamos a huir, valientes? ¿Acaso ignoráis que la huida nunca supone la salvación e indica la estupidez de una empresa fracasada? Volvamos junto a los nuestros para ser al menos partícipes de la gloria, pues, sin respeto alguno hacia ellos, les hemos dejado luchando solos por la patria». Gracias a estas afortunadas palabras, animó a todos a enfrentarse de nuevo al esfuerzo de la lucha, imitando así a aquel famoso Sila quien, en una ocasión, cuando ya estaban dispuestas las formaciones para entablar combate contra el general de Mitridates, Arquelao, se vio acosado en plena contienda y abandonado por todos sus soldados. Entonces Sila corrió a la primera línea y, arrebatando un estandarte, lo lanzó contra los enemigos diciendo: «Marchaos vosotros, a quienes elegí para acompañarme en el peligro, y cuando os pregunten dónde está vuestro general, respondedles sin mentir: Está luchando él solo en Beocia, derramando su sangre por todos nosotros»<sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> Sila, que fue cónsul en el 88 y en el 80 a.C., y dictador en el 81 y en el 80 a.C., participó en numerosas campañas militares como la guerra contra Mitridates VI, rey del Ponto. Durante esta guerra, consiguió victorias importantes como la de Queronea o la de Orcómenos, tras las cuales se firmó finalmente un tratado de paz favorable a los intereses romanos, la llamada «paz de Dárdano» en el 85 a.C.

Es muy significativo en esta arenga cómo, tras las frases de Juliano intentando que sus hombres no se rindan y no huyan, Amiano coloca otra arenga similar pronunciada por Sila, lo cual incide en la idea de que los historiadores conocían y manejaban arengas anteriores, que les servían de base a la hora de escribir su obra. En concreto, esta arenga de Sila «recuperada» por Amiano aparece en los *Estrategemata* de Frontino (II,18,12), el manual militar escrito en el s. I d.C. que tuvo, como vemos, más importancia de la que tradicionalmente se le ha dado.

Así pues, un buen general siempre debía pedir a sus hombres lo mismo que les pedía Paulo, el general que dirigía a los romanos en la batalla de Cannas contra los cartagineses:

«Resistid, os lo suplico, recibid con bravura el hierro en vuestro pecho y descended hasta los manes sin ninguna herida por la espalda, soldados: nada resta ya, salvo la gloria de morir. Seguiré siendo Paulo, vuestro general, cuando llegéis a la morada infernal» (SILIO ITÁLICO, *Punica*, X,6-11)<sup>27</sup>.

En el caso de Amiano Marcelino, las palabras que éste pone en boca de Juliano en la arenga que estamos analizando son muy expresivas, ya que habría amenazado al ejército con lo siguiente:

«Sólo resta que olvidando la codicia, que con frecuencia ha tentado a los soldados romanos, avancéis todos en formación y que, cuando llegue el momento de la lucha, cada uno siga a sus propias insignias y sepa que, si se echa atrás, será abandonado con las piernas cortadas».

Así pues, en el recorrido que hemos venido haciendo por los tópicos de las arengas historiográficas que aparecen en este discurso, hemos visto ya que el general se gana la voluntad de sus hombres con un vocativo muy marcado desde el punto de vista afectivo y encomiástico, que les recuerda las victorias y las hazañas romanas, que habla de la justicia de su causa, de la defensa de las fronteras, de la patria y de la libertad, además de pedirles que olviden el individualismo y que luchen sin pensar ni en el botín ni en la huida. Es el momento ahora, pues, de mencionar la ayuda divina, pues en las arengas de la historiografía latina encontramos una fuerte presencia de la divinidad, ya sea pidiendo el general la intervención de los dioses, o ya sea incluso admitiendo y afirmando dicha intervención.

Por eso, cuando Flaminio, que dirigió a los romanos en la infausta batalla de Trasimeno contra los cartagineses, despreció la ayuda divina en una

---

<sup>27</sup> La batalla de Cannas, que se produjo en el 216 a.C. en el marco de la Segunda Guerra Púnica contra el ejército de Aníbal, fue sentida por los romanos como la derrota más importante jamás sufrida. En ella perecieron tanto el propio cónsul Lucio Emilio Paulo, a quien se atribuyen las palabras mencionadas, como 60.000 ó 70.000 romanos.

arenga, el resultado de la batalla no podía ser favorable. Estas fueron sus palabras:

«Es cierto que los dioses nos ofrecen sus consejos, pero no penséis que son como vosotros, que tembláis ante el sonido de la trompeta. Contra el enemigo, la espada es un adivino bastante poderoso, y la fuerza de un brazo armado proporciona un auspicio bello y digno del soldado latino... ¡La vana superstición resulta deshonrosa en medio de una guerra! La única divinidad que reina en los corazones de los guerreros es la virtud» (SILIO, *Punica*, V, 105-132)<sup>28</sup>.

Lógicamente, cuando se desprecia así la ayuda divina en Roma, la derrota es segura. No olvidemos que, como afirmaba Polibio, lo que había permitido a los romanos obtener su gran imperio era su reverente temor a los dioses y su religiosidad.

Tan importante era para los romanos la confianza en la divinidad que, sobre todo en las arengas de época republicana, mucho más patrióticas y basadas en los valores tradicionales, se afirma en numerosas ocasiones la presencia real de los dioses en la lucha. En este sentido, dirá el historiador Tito Livio, *Di hominesque illi adfuere pugnae* «Dioses y hombres intervinieron en aquella batalla» (VII,26,7-8).

También Frontino en su manual militar había narrado tretas y estratagemas con las que los generales convencieron a sus hombres de la presencia divina. Por ejemplo cuenta cómo Aulo Postumio, en la guerra contra los latinos, hizo que dos extranjeros aparecieran en la batalla montados a caballo y persuadió a sus hombres de que se trataba de Cástor y Pólux (*Strat.*I,11,8). Y parecida fue la treta del espartano Archidamo, pues hizo que, mientras los hombres dormían, varios caballos rodearan el campamento dejando huellas para que, por la mañana, los soldados creyeran que Cástor y Pólux les seguían y les daban su apoyo (I,11,9).

Pero, tristemente para los romanos, a medida que terminó la república y que se desarrolló el imperio, con el individualismo y el materialismo que comenzaron a dominar la vida y el ejército romano, frente a los valores tradicionales y colectivos, se perdió también la confianza en los dioses. Por eso, en las arengas de Tácito, en concreto en las arengas de las *Historiae*, de época imperial, dominadas por un ambiente pesimista y de alteración de valores y estamentos, hemos encontrado la presencia divina sólo en dos dis-

---

<sup>28</sup> La batalla de Trasimeno en el 217 a.C. supuso una importante derrota del ejército romano en su lucha contra Aníbal en la Segunda Guerra Púnica. Debilitados ya tras la batalla de Trebia, los romanos tuvieron que adoptar una táctica «contemporizadora» y evitar durante algún tiempo el enfrentamiento directo con el ejército cartaginés.

cursos. En uno de ellos, Vócula incita a la lucha diciendo que la situación es propicia pues cuentan con hombres, armas, alimentos, medios y también *ultores deos* (IV,57) y en el otro, situado a continuación (IV,58-59), el mismo orador termina su discurso con una invocación a Júpiter Óptimo Máximo y a Quirino, para que no permitan la iniquidad de los hombres, que no están dispuestos a luchar. Así pues, las invocaciones a los dioses de las *Historiae* cambian su tono, pues no se les pide ayuda para la lucha, sino simplemente se recuerda su existencia y son invocados para que inciten a los hombres a luchar.

En el caso de Amiano Marcelino, sabemos que este historiador pretende recuperar los valores tradicionales en campos como la cultura, política, sociedad y, por supuesto, también en la religión, de manera que es lógico que la invocación a los dioses aparezca una y otra vez en las arengas de su obra. Por eso un soldado se dirige a Juliano en estos términos:

«Guíanos como afortunado y valiente general, y sabrás todo lo que puede conseguir un soldado cuando se crece al contemplar a un general valiente y atento a las acciones de cada uno, siempre que contemos con la ayuda de la divinidad suprema» (XVI,12,18-19).

Y, por eso, en la arenga que estamos analizando, Juliano afirma ante sus hombres: «Con la ayuda de la divinidad eterna, yo estaré siempre con vosotros, como emperador, líder y camarada, contando como espero, con auspicios favorables».

Otro de los tópicos que no puede faltar en la arenga de un general romano, si nos basamos en la historiografía, es la crítica contra el ejército enemigo, un ejército al que se considera inferior en preparación, efectivos, motivaciones, fuerza y que, por lo tanto, puede ser derrotado por los soldados que escuchan la arenga.

No en vano, si las personas más «débiles» son los ancianos, mujeres y niños, son con ellos con los que se suele comparar al ejército enemigo en distintas arengas, como en la de Tácito (Ann.XIV,30,2), en la que se dice que los rivales son una tropa afeminada y fanática (*muliebre et fanaticum agmen*), la de Silio Itálico (*Pun.* VII,99-117) en la que los enemigos son unos ancianos con los que da vergüenza luchar, pues fueron rechazados ya antes para el combate por su debilidad (*Resides ad bella vocantur, quis pudeat certare, senes. Quodcumque videtis, hoc reliquum est, primo damnatum ut inutile bello*), o aquella otra arenga también en Silio Itálico, en la que el cónsul Livio Salinator arenga a los soldados romanos en los momentos finales de la Segunda Guerra Púnica con la idea de que los golpes que pueden infligir ya los cartagineses son como arañazos de mujer o puñetazos de un niño (*Pun.*XV,761-66).

Otras veces el enemigo está en peores condiciones (*hostem impedito atque iniquo loco tenetis*) pues no puede moverse bien debido a las condiciones del lugar (Caes, *Gal.VI,8,3-5*), tiene miedo y está desesperado (*de terrore suo desperationeque exercitus Caesaris facit verba. Bell. Afr. XXXII,1-2*), son bandidos desarmados contra un ejército que lucha por su patria, sus hijos, sus altares y sus hogares (*contra latrones inermes pro patria, pro liberis, pro aris atque focus suis certare. Salustio, Cat.LIX,5-6*)... Es decir, en una arenga, el general siempre tiene que convencer a sus hombres de su superioridad frente al enemigo.

Por contra, desde el punto de vista del ejército contrario, siempre se puede vencer a los romanos, que han olvidado los valores patrióticos y son un conglomerado de mercenarios que luchan tan solo por un botín. Ésta es la acusación que encontramos en los africanos, galos o en los germanos. Así Jugurta (Salustio, *Iug. IL,1-4*) pide a sus hombres confianza en su victoria contra unos romanos codiciosos a los que ya habían vencido con anterioridad (*monet atque obtestatur uti memores pristinae uirtutis et victoriae sese regnumque suum ab Romanorum avaritia defendant; cum iis certamen fore quod antea victos sub iugum miserint*), confianza que debe aumentar también por el hecho de que él ha hecho todo lo que debe hacer un buen general: ha previsto un lugar ventajoso, para luchar contra enemigos incautos, siendo además superiores en número y en experiencia (*quae ab imperatore decuerint omnia suis provisae, locum superiorem, ut prudentes cum imperitis, ne pauciores cum pluribus aut rudes cum belli melioribus manum consererent*).

En el caso de Amiano Marcelino, antes de la arenga que estamos analizando, ya Juliano había menospreciado a soldados enemigos en otras arengas:

«Vamos soldados, ya está aquí ese día tan deseado desde hace tanto tiempo, el día que nos obliga a todos a lavar culpas ya antiguas y a devolver el honor que merece a la majestad romana. Ante nosotros tenemos a bárbaros que, llevados por la rabia y la locura desesperada, han llegado a destruir su propia fortuna, y a los que debemos someter con nuestras fuerzas» (XVI,12,28-34).

En el caso de los persas, lo único que teme Juliano son sus tretas: «De los enemigos, que son muy astutos, no temo nada más que sus engaños y trampas», pero esto no debe ser obstáculo contra un ejército consciente de la importancia de su causa.

Ahora bien, a ese enemigo inferior y astuto, no basta con derrotarle, hay que destruirlo completamente, alusión que hemos recogido en el tópico *Carthago delenda est* («Cartago ha de ser destruida»), rememorando la

célebre frase de Catón, con la que éste advertía a los romanos del peligro de dejar a un enemigo moribundo, pero con rabia y fuerzas para recuperarse y atacar de nuevo.

En efecto, en numerosas ocasiones, el general arenga a sus hombres con la idea de que no basta con vencer, sino que hay que aniquilar, idea que suele expresar con una comparación en la que identifica a los enemigos con un animal, una enfermedad o una planta dañina, que deben ser eliminados completamente para evitar un futuro peligro. Por ejemplo, en Livio los enemigos son fieras (*belvas strinximus ferrum* «hemos empuñado las armas contra bestias» VII,24,3-7).

Por eso en una ocasión Publio Sulpicio, dirigiendo a los romanos contra volscos y ecuos, les gritó «que no era momento de andar con vacilaciones, que estaban rodeados y con el paso hacia los suyos cortado, a no ser que pusiesen todo su empeño en liquidar el combate con la caballería; y que no era suficiente con hacerla huir ilesa, había que acabar con caballos y hombres, para que ninguno se incorporase después a la lucha o iniciase un ataque» (Livio III,70,4-7)<sup>29</sup>. Y también Cerial, luchando contra los bárbaros, dijo a sus hombres que no bastaba con vencer, que había que vencer «para siempre» (*in aeternum*, TACITO, Hist.V,16).

En el caso de la arenga de Juliano, el emperador, después de recordar victorias anteriores de los romanos, les dice a sus hombres que debían terminar definitivamente con los enemigos: «Debemos acabar con el más enojoso de los pueblos, en cuyas espadas quedan restos aún de la sangre de nuestros amigos. Nuestros antepasados necesitaron muchas generaciones para erradicar completamente lo que les perjudicaba. Cartago sólo fue derrotada después de una complicada y larga guerra, pero nuestro insigne líder temió que ésta pudiera sobrevivir a su derrota. También Escipión destruyó completamente Numancia después de arrostrar las múltiples dificultades que conlleva un asedio»<sup>30</sup>.

Roma destruyó Fidenas para que no surgieran ciudades émulas de su imperio, y ésta fue también la razón por la que oprimió a los faliscos y a los veyes, de manera que ni siquiera el recuerdo del pasado puede convencerlos fácilmente de que estas ciudades fueron poderosas algún día»<sup>31</sup>.

<sup>29</sup> Ecuos y volscos vivían en territorios cercanos al Lacio y se aliaron contra los romanos, siendo derrotados en el 431 a.C. en la batalla del Monte Algido.

<sup>30</sup> Se refiere en este caso Juliano al asedio de Numancia que, como sabemos, terminó con el suicidio de la mayor parte de los numantinos en el 133 a.C., pues prefirieron la muerte antes que caer en manos de los romanos.

<sup>31</sup> Ya hemos mencionado en una nota anterior que Fidenas fue destruida definitivamente por los romanos en el 435 a.C. y Veyes en el 396 a.C.

Como vemos, Juliano (o mejor, Amiano Marcelino), en las arengas aparece siempre como perfecto conocedor del pasado romano y de los tópicos de la literatura y de la historiografía latina, consiguiendo así, especialmente en estos discursos, los objetivos que se proponía con su obra: cantar las glorias y las victorias del pasado romano, recuperar el estilo de la gran historiografía clásica y convencer a sus lectores y oyentes de la necesidad de recuperar esa rica tradición, ese patriotismo y las costumbres que habían permitido a Roma destruir a sus enemigos y hacerse dueña del mundo conocido.

En cuanto al final de la arenga, es el lugar apropiado para lanzar un imperativo final que levante definitivamente el ánimo de los hombres y les lleve a luchar y a morir si es necesario.

Son muy variados los imperativos o las expresiones con matiz de obligación que hemos encontrado en las arengas de generales romanos. Así, el general puede pedir a los soldados que le sigan (*sequimini me* o «seguidme»), César, *Civ.* III,91,1-4), que destruyan al enemigo (*delete*, en Liv. IV,33,3-6), que no mueran sin venganza (*cavete inulti animam amittatis*, en Salustio, *Cat.* LVIII), o en Tácito, Boudicca arenga a sus soldados diciéndoles que en aquella batalla *vincendum vel cadendum esse* «había que vencer o morir» (*Ann.* XIV,35,1-2)<sup>32</sup>.

Aunque, sin duda, el imperativo más expresivo que hemos encontrado en nuestro análisis es el que les dirige Leónidas a los espartanos antes de la batalla definitiva contra los persas: *Prandete tamquam apud inferos cenaturi* «Comed, como si fuerais a cenar ya en el paraíso» (Orosio, *Hist.* II,11,9-10).

Pues bien, Amiano Marcelino utiliza muchos imperativos en sus arengas: *adeste... mihi* («venid junto a mí» XIV,7,13-15); *mihi credite* («confiad en mí» XIV,10,10-16); *exurgamus... propulsemus fortitudine congrua illisa nostris partibus probra* («levantémonos... y rechacemos con el valor que merecen las ofensas infligidas a nuestra causa» XVI,12,28-34); *ite* («marchaos» XVI,12,38-41) o, como hace Juliano en la arenga que estamos analizando, les pide que levanten sus ánimos, *erigite animos vestros*.

### Conclusiones

Así pues, como vemos, en esta arenga Juliano se ha comportado como uno de esos generales gloriosos a los que menciona en sus palabras, pues ha

<sup>32</sup> Esta es una de las pocas arengas de la historiografía clásica puesta en boca de una mujer, Boudicca, que tras la muerte de su marido en el 61 d.C., encabezó la revuelta de los icenos, una tribu británica, contra los romanos.

retomado todas las pautas que también ellos habían seguido para animar a sus hombres antes de la batalla:

- En el inicio de la arenga, se gana su voluntad con un vocativo afectuoso, y se gana también su confianza recordándoles victorias anteriores, conseguidas por otros ejércitos romanos que se habían lanzado a una empresa similar.
- En el centro de la arenga, menciona aspectos relacionados con la propia campaña persa: en primer lugar, la justicia de su causa, debido a los desmanes de los enemigos. A continuación, los motivos que les impulsan que, como a todos los ejércitos romanos, son la patria y la libertad; la recompensa que conseguirán en caso de victoria, tanto la gloria como la tranquilidad y un rico botín; menciona también la confianza en la ayuda de la divinidad, pues cuentan con augurios favorables. Critica a los enemigos, a los que se considera inferiores y dañinos, y a los que, por tanto, no basta con vencer, sino que hay que destruirlos completamente. Por supuesto, la gloria de la victoria no puede empañarse con la huida de ningún desertor, a quien se amenaza con dejarle con las piernas cortadas...
- Y, por último, una vez ganada la confianza de los soldados, y explicada la situación, es el momento de lanzar el imperativo o exhortación final, que encienda definitivamente los ánimos antes de la partida.

Por supuesto, la respuesta de los soldados, es también la que se espera de ellos: «Una vez concluido este discurso tan optimista, los soldados, exultantes con la gloria de su general y con grandes esperanzas en un futuro próspero, levantaron sus escudos, y gritaron que no temían ningún peligro ni dificultad alguna, si contaban con un emperador que se imponía a sí mismo más dureza que a sus soldados».

La arenga ha cumplido, pues, con el objetivo del general. Pero no olvidemos que esta arenga está inserta en una obra historiográfica, una obra que se iba recitando oralmente a los lectores y que se leía en un mundo romano en crisis, y con serias amenazas tanto en el interior como en el exterior, pues los romanos del siglo IV d.C. se veían envueltos en graves conflictos económicos, sociales, políticos, religiosos y bélicos, de manera que el objetivo del historiador era encender él también los ánimos de sus lectores y oyentes, haciéndoles sentirse orgullosos de su pasado, necesitados de recuperar esas viejas glorias romanas y confiados en su emperador.

Sin duda Amiano Marcelino, rodeado por un grupo de intelectuales paganos que vivieron en estos momentos finales del s. IV d.C., como Simmaco, Libanio, Oribasio y el propio emperador Juliano, pensaban que si conseguían recuperar esas costumbres tradicionales, la gran cultura y literatura

romana del pasado, y la religión pagana frente al cristianismo entonces imperante, conseguirían salvar el imperio frente a persas, hunos y bárbaros.

Sabemos que, en este sentido, su esfuerzo fue vano, pues Juliano murió en una batalla de la campaña persa que se iniciaba con la arenga analizada<sup>33</sup>, el cristianismo terminó imponiéndose en el imperio y, después de la batalla de Adrianópolis, con la que se cierra la obra de Amiano, en la que los romanos sucumbieron ante los godos y perdieron al propio emperador Valente<sup>34</sup>, el imperio de Occidente no pudo resistir mucho más y acabó desapareciendo en los primeros años del siglo V.

Pero ese esfuerzo sí permitió que Amiano Marcelino haya sido considerado «el último gran representante de la historiografía clásica», pues con su obra rompió con la historiografía de minucias, anécdotas y biografías que imperaba en su época, recuperando el estilo, la finalidad, el tema y el tratamiento que los grandes historiadores griegos y romanos habían dado siempre al contenido de sus obras.

En ese contenido las guerras y el mundo militar ocupaban, sin duda, un lugar esencial, de ahí que los grandes historiadores fueran conocedores de los preparativos, de la ejecución y de las causas y consecuencias de campañas y batallas tanto civiles como contra pueblos extranjeros.

Las Guerras Médicas, la Guerra del Peloponeso, las Guerras Púnicas, la Guerra de las Galias... todos conocemos las principales guerras de la antigüedad gracias a la labor de historiadores como Tucídides, Julio César, Tito Livio, Tácito o Amiano Marcelino, perfectos conocedores del mundo militar, preocupados no sólo por contar estas batallas que permitían a griegos y romanos protagonizar la historia, sino también por inculcar los valores de patriotismo, orgullo, responsabilidad y entrega que ellos observaban en los generales y héroes militares.

Pero esta enseñanza estaba inserta en un género literario que, además de esa finalidad informativa y pragmática, tenía también que entretener y

---

<sup>33</sup> En efecto, el mismo año 363 d.C., Juliano fue herido por una lanza en la batalla y murió poco después en su tienda, rodeado por algunos amigos como su médico Oribasio, autor de unas memorias de Juliano que no han llegado hasta nosotros. Se extendió el rumor que el arma que le hirió de muerte no fue lanzada por un persa sino por un cristiano de su propio ejército, que intentaba así terminar con el emperador «apóstata».

<sup>34</sup> Esta batalla se produjo en el 378 d.C. y en ella desapareció también el emperador Valente, sin que llegara a encontrarse nunca su cadáver. Como indica el propio Amiano Marcelino en su obra, fue una derrota terrible para los romanos, porque en ella sucumbió la tercera parte de su ejército (XXXI,13,18) y, como reconoce también el historiador «La oscuridad de esa noche, en la que no brillaba la luna, terminó con este desastre irreparable, que supuso una gran calamidad para los romanos» (XXXI,13,11). No olvidemos que, algunos años después, los godos atacaron Constantinopla, invadieron Macedonia, Tesalia, Grecia o Italia, llegando a saquear Roma en el 410.

deleitar a los lectores y a los oyentes que, como en el caso de Amiano Marcelino, escuchaban la obra contada por partes.

De ahí que incluyan en sus obras digresiones sobre temas muy variados (geografía, máquinas de guerra...), retratos, cartas, figuras estilísticas como metáforas, personificaciones, comparaciones... y, por supuesto, incluyen también discursos que, en estilo directo o indirecto, acercan aún más a personajes y lectores.

Entre estos discursos los más importantes son los militares, pronunciados antes, durante o después de batallas y campañas. Pues bien, los discursos militares en la historiografía tienen una finalidad esencial, pues nos permiten conocer las motivaciones de los personajes, avivar o disminuir la tensión en determinados momentos de la obra, adelantar acontecimientos, expresar la ideología imperante en una época determinada y, por supuesto, nos permiten también conocer una de las principales tareas de un general, exhortar y arengar a sus hombres para que estuvieran dispuestos siempre a luchar y a morir por la patria.

Así pues, en las arengas, se unen la finalidad estética y literaria con la finalidad pragmática e historiográfica, ambas nos permiten conocer cómo arengaban los generales griegos y romanos a sus ejércitos, ganándose su voluntad, mencionándoles siempre tópicos relacionados con la importancia de lo que se jugaban, su superioridad respecto a los enemigos, la justicia de su causa, la defensa de la patria y la libertad, el botín y la gloria que obtendrían en caso de victoria, la necesidad, no sólo de vencer, sino de aniquilar a los enemigos, la importancia de la ayuda divina...

Hemos visto ejemplificados esos tópicos y temas en un general, Juliano, y en un historiador como Amiano Marcelino, que le siguió en sus campañas militares y que participó activamente en las batallas que narró en su obra, de ahí que lo consideremos como una fuente esencial para conocer cómo los generales griegos y romanos arengaban a sus ejércitos para la victoria, y cómo los historiadores informaban y deleitaban a sus lectores con esos relatos.

## BIBLIOGRAFÍA

**FUENTES CLÁSICAS**

- AMIANO MARCELINO: *Historia*, introd., traduc. y notas de M.<sup>a</sup> Luisa Harto. Madrid, 2002.
- *Biógrafos y panegiristas latinos* (NEPOTE, SUETONIO, Q. CURCIO, HISTORIA AUGUSTA, PANEGÍRICOS), introd., traduc. y notas de L. Escolar y otros. Madrid, 1969.
- FRONTINUS: *The stratagems and the Aqueducts of Rome*, ed. y traduc. de. E. Bennet, Harvard University Press, 1969 (1925).

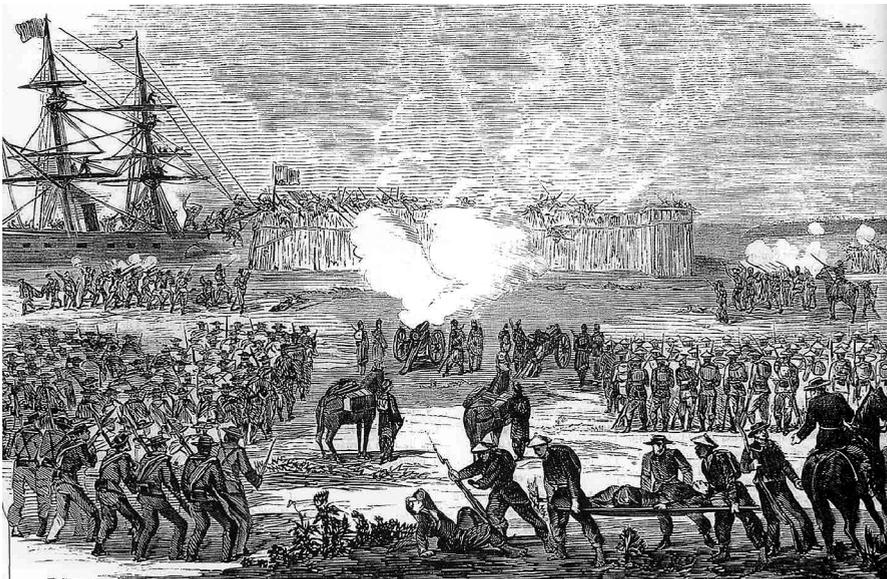
**ESTUDIOS**

- BARTOLOMÉ, J.: *Los relatos bélicos en la obra de Tito Livio*. Vitoria, 1995.
- PARIENTE, A.: *Salustio. Política e Historiografía*. Barcelona, 1973.
- ROLDÁN, J.M.: *El ejército de la república romana*. Madrid, 1996.

# LA ALGARADA DE CAVITE DE ENERO DE 1872

## El primer intento independentista filipino fracasa en el Fuerte de San Felipe y en el Arsenal de Cavite

Manuel ROLANDI SÁNCHEZ-SOLÍS<sup>1</sup>



### *RESUMEN*

En enero de 1872, la ciudad de Cavite (la segunda, en importancia, del archipiélago filipino de la época), vivirá el primer intento independentista filipino contra su potencia colonizadora desde principios del siglo XVI, España, que sería protagonizado por un reducido número de tropas nativas de Artillería y de Infantería de Marina destacadas en el Fuerte de San Felipe y en el Arsenal Naval de dicha ciudad.

---

<sup>1</sup> Investigador Histórico.

La insurrección duraría tres días escasos (desde la noche del 20 al atardecer del 22 de enero) y constituyó un completo fracaso para los sublevados, al no conseguir que se llevaran a efecto los iniciales planes de sublevación general en Manila y otros puntos de la isla de Luzón. Por su parte, la respuesta de las autoridades militares españolas (tanto del Ejército como de la Marina), fue adecuada y contundente, consiguiendo el rápido aislamiento y la aniquilación de los sublevados en tan solo 35 horas, durante las que se produjeron duros combates entre ambos bandos (no exentos de acciones de verdadero heroísmo), que dejaron como resultado 150 bajas, entre muertos y heridos.

El artículo describe, tanto los antecedentes históricos de la insurrección, como el desarrollo de la misma y sus consecuencias, de las que se derivaron 16 duras sentencias de muerte ejecutadas y más de un centenar de detenidos y deportados.

*PALABRAS CLAVE:* Cavite (Filipinas), año 1872, insurrección, primer intento independentista filipino fracasado.

#### *ABSTRACT*

In January 1872, the city of Cavite (the second largest of the Philippine archipelago of the time), live on the first attempt against Philippine independence from its colonial power in the early sixteenth century, Spain, which would be played by a small number of Artillery native troops and Marines stationed in Fort San Felipe and at the Naval Dockyard in that city.

The insurgency would last three days scarce (the night of 20 since the evening of Jan. 22) and was a complete failure for the rebels, not to get carried out the initial plans for a general uprising in Manila and other parts of the island Luzon. For his part, the response from the military authorities of Spain (both Army and Navy), was proper and forceful, achieving rapid isolation and the annihilation of the rebels in just 35 hours, during which heavy fighting took place between both sides (not exempt from actions of real heroism), as a result that left 150 casualties, including dead and wounded.

The article describes both the historical background of the insurgency, such as the development of itself and its consequences, of which 16 were derived harsh judgments of death and executed hundreds of detainees and deportees.

*KEYWORDS:* Cavite (Philippines), 1872, insurrection, Philippine independence first attempt failed

\* \* \* \* \*

## INTRODUCCIÓN Y ANTECEDENTES HISTÓRICOS

### *Antecedentes históricos generales*

El archipiélago filipino, nominalmente bajo soberanía española desde finales del primer cuarto del siglo XVI (en concreto, desde 1521), en la práctica nunca había conseguido colonizarse en su totalidad. Hasta muy avanzado el siglo XIX, la administración española solamente alcanzaba, de forma real y efectiva, a la isla de Luzón (al norte del archipiélago), teniendo cierta presencia administrativa (aunque no un control total) en Las Visayas y en algunos puntos costeros de Mindanao, Calamianes y Palawan. En el resto del complejo archipiélago (compuesto por 7.107 islas) la soberanía española no era efectiva, sobre todo en el discolor archipiélago de Joló, tierra de «*piratas malayos-mahometanos*», en el que los «*dattos*» y «*sultanelillos*» locales actuaban con casi absoluta independencia, tan solo alterada por periódicas expediciones de castigo (1830, 1845, 1847, 1851-1852, 1857, 1861-1862, 1864, 1866 y 1871-1872) que las autoridades españolas de Manila organizaban para hacer presente la soberanía española y en las que la Marina de Guerra adquiría un especial protagonismo, como responsable del transporte y desembarco de tropas, el ataque a «*cottas*» (fortificaciones de los rebeldes moros), el rescate de prisioneros y el mantenimiento de las comunicaciones y el abastecimiento de las escasas guarniciones y poblaciones con autoridades españolas o pro españolas que permanecían en la zona, cuyas principales actuaciones, obligadamente, debían realizarse por mar.

Durante todo este período, la administración española en el archipiélago había sido muy deficiente y sumida en un alto grado de corrupción (no muy diferente a la existente en la península y en otros territorios ultramarinos de la época), lo que había propiciado un claro aislamiento de la población indígena y continuas situaciones de abusos y discriminaciones con los nativos. La única institución que mantenía una mayor presencia y un contacto real y directo con la población indígena del interior de las islas era la Iglesia Católica (las poderosas órdenes religiosas de los franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas), que, aparte de su misión evangelizadora, se

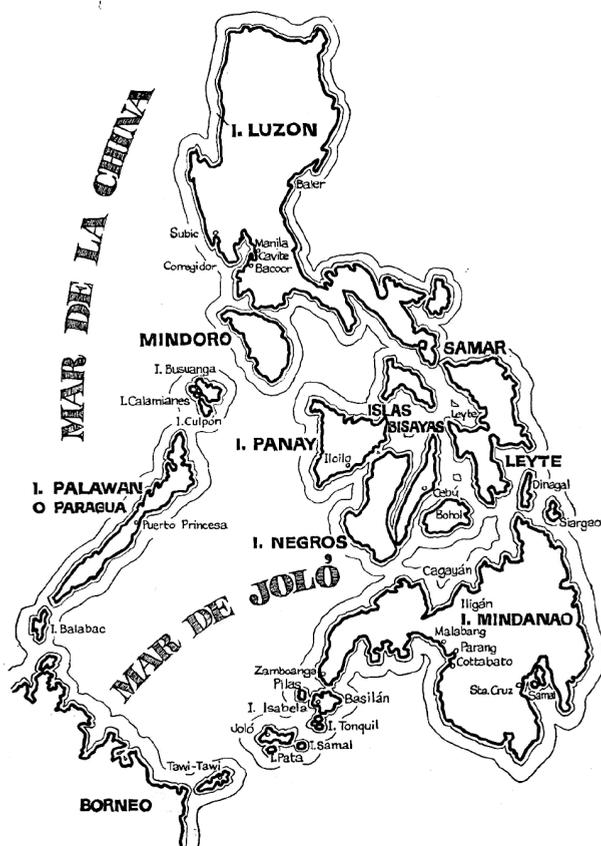


Figura 1: Mapa general del Archipiélago de las Filipinas. Del libro «*Historia de la Infantería de Marina Española*». J.E. Rivas Fabal.

encargaba de la enseñanza e instrucción de los indígenas y cuyos frailes y sacerdotes eran los únicos que conocían sus diferentes lenguas (más de treinta dialectos) y costumbres. Era, por tanto, la única institución en la que los filipinos veían representados sus intereses y, debido a ello, de sus filas (tanto del alto, como del bajo clero), saldrían muchos de los cabecillas del movimiento independentista de la segunda mitad del siglo XIX. Y esta realidad crearía algunas situaciones de tensión entre las autoridades cívico/militares y eclesiásticas del archipiélago, por la enorme influencia que éstas últimas ejercían sobre la población indígena y sus continuas injerencias en el gobierno de las islas, al actuar como verdaderas autoridades de los pueblos y aldeas donde realizaban sus funciones eclesiásticas, en las que ejercían, además, de alcaldes, maestros, interpretes, abogados y jueces.



Figura 2: Caricatura satírica de la época, sobre la actuación de las órdenes religiosas en Filipinas. Revista humorística de la época «*La Campana de Gracia*»

No fue hasta mediados del siglo XIX, cuando las autoridades españolas comenzaron a mostrar un mayor interés por sus posesiones en el Pacífico (Filipinas, Marianas, Guam, Carolinas y Palaos), y como consecuencia de los temores suscitados por las pretensiones en las mismas de algunas potencias europeas en auge (Francia sobre la isla de Basilán –Joló– y Alemania sobre Las Carolinas), lo que obligaría a la ocupación efectiva y continuada de la isla de Palawan o Paragua y de algunos puntos del archipiélago de Joló (Balanguingui) y Mindanao (Zamboanga y Cotta-Batto), en cuya ejecución y mantenimiento la Marina de Guerra jugaría un papel fundamental.

También, y a lo largo del siglo XIX, se habían producido diversos intentos periódicos de insurrecciones indígenas (1814, 1823, 1848 y 1851), las cuales, en todos los casos, respondieron a estallidos populares de protesta ante situaciones concretas de injusticias, arbitrariedades y abusos de las autoridades locales y, en ningún caso, a pretensiones independentistas generalizadas. Se trató, por tanto, de insurrecciones con fines reformistas y no de verdaderos movimientos anticolonialistas, en las que se buscaron soluciones concretas a problemas locales. Pero, este escaso interés nativo por su independencia política de España, comenzaría a cambiar a partir del año 1863, en que se estableció un sistema de educación pública gratuita, todavía bajo control del clero local, que contribuyó a formar una burguesía mestiza de intelectuales criollos, todos ellos hispano parlantes y conocidos como los «*ilustrados*», que aspiraban, lógicamente, a acceder a los puestos más rele-

vantes del poder político del archipiélago (todavía excluidos de ellos y en manos, prácticamente absolutas, de los peninsulares españoles). Esta marginación constituiría un grave error estratégico y político de la administración española en Filipinas. No se aprendieron las, por entonces, todavía relativamente recientes enseñanzas proporcionadas con la pérdida de las colonias del continente americano, en lo referente a las lógicas reivindicaciones participativas de los criollos hispano americanos, y en Filipinas volvió a repetirse el mismo error histórico. Durante todo el período colonial, ningún filipino alcanzó un alto cargo en el archipiélago, quedando relegados a cargos intermedios y menores, y era realmente ilusorio, por imposible, el pensar que una minoría de españoles peninsulares pudiera mantener, indefinidamente, el poder político del archipiélago, sin contar con la valiosa y necesaria colaboración leal de la clase filipina más preparada.



Figura 3: Plano de la capital de Filipinas, Manila, y de sus barrios extramuros, en la segunda mitad del siglo XIX. *Servicio Histórico Militar.*

Esta burguesía ilustrada filipina, que, por intereses de raza y de clase social, y como ocurrió en América tres cuartos de siglo antes, prefería el dominio español a la revolución mestiza, terminaría totalmente desencantada y frustrada con la administración española, y sería la que encabezaría los primigenios movimientos independentistas de 1872 y, posteriormente, los de finales del siglo (1896-1898).

*Los primeros efectos de la Revolución de Septiembre de 1868 en el archipiélago filipino*

El triunfo de la Revolución de Septiembre de 1868 en España, con todo el significado histórico de renovación y de modernización del Estado que conllevó, produjo también grandes expectativas e inquietudes, según los casos, en el archipiélago filipino, que constituía uno de los reductos más alejados y olvidados del entramado colonial que aún conservaba España por aquellos años (Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Las Marianas, Guam, Las Carolinas, Palaos, Norte de Marruecos y Golfo de Guinea).

Las promesas del nuevo gobierno provisional de «*La Gloriosa*» (como se denominó a la Revolución de 1868), presidido por el general Serrano, y con Adelardo López de Ayala como ministro de Ultramar, de extender las reformas que se iban a implantar en España a todas sus posesiones ultramarinas (entre las que se incluían los derechos de sufragio universal y de libertad de conciencia, asociación, reunión y prensa) fueron recibidas en Filipinas con expectación, aunque también con cierta preocupación por lo que podrían significar en el futuro político del archipiélago.

El gobernador general del archipiélago de la época, general José de la Gándara Navarro (en el cargo desde 1866 hasta 1869), solicitó rápidamente instrucciones al nuevo ministro de Ultramar, sobre las normas y directrices que debían comenzar a aplicarse (24 de noviembre de 1868) y, pocos días después (10 de diciembre de 1868), publicaba una proclama de reconocimiento y acatamiento al nuevo régimen y creaba una Asamblea, denominada de Reformistas (en la que, por primera vez en la historia de la colonia, se incluían cinco nativos filipinos), con el encargo de proponer las reformas que se consideraran más necesarias y convenientes para el archipiélago.

Pero, los liberales y progresistas españoles no eran muy populares, por aquellos tiempos, en las Filipinas. La primera reacción del pueblo filipino a los nuevos aires liberalizadores fue tan sorprendente, como contradictoria. Mientras una importante parte de la población nativa (fuertemente influen-

ciada por el poderoso clero local) se oponía abiertamente a las nuevas reformas y libertades e iniciaba una preocupante oleada de revueltas y atentados, otra, más minoritaria e ilustrada, apoyaba claramente las nuevas medidas liberalizadoras y solicitaba su pronta aplicación el archipiélago.

En la segunda quincena del mes de diciembre de 1868 (concretamente, a partir del día 18), la provincia de Cavite sería escenario de las primeras revueltas y saqueos, con incendios de edificios públicos y privados y escuelas, robo de armamento, secuestros de familias españolas y asesinatos y atentados en diversas localidades (Parañaque, San Francisco, Pérez Dasmariñas, etc.), que obligaron a declarar, el 14 de enero de 1869, el estado de excepción en Cavite, La Laguna, Manila, Batangas y Bulakan. El gobernador de la provincia, Luis Oroa, envió, rápidamente, fuerzas para pacificar la zona y detener a los culpables de los hechos (al parecer, dirigidos por un cabecilla indígena conocido como «Manolo»), que no consiguieron apresar a nadie, debido al apoyo y al encubrimiento que les proporcionó una buena parte de la población local.

Paralelamente a estos preocupantes y desconcertantes hechos, en la capital, Manila, un grupo de intelectuales filipinos (apoyados por antiguos exiliados liberales españoles) elevaron una instancia al gobierno provisional de Madrid, en la que solicitaron el reconocimiento al pueblo filipino del derecho de sufragio universal, avalándolo en el hecho de que «una proporción considerable del pueblo sabe leer y escribir, pagan sus impuestos sin distinción de sexo, eligen sus funcionarios municipales, aportan una cuota a las fuerzas de tierra y mar y son profesionales, tales como abogados, eclesiásticos, marinos, artistas, etc.<sup>2</sup>. La propuesta de los intelectuales filipinos no sería apoyada por el gobernador De la Gándara, quien consideró que el sufragio universal no era aún factible en Filipinas, debido a la diversidad de grupos étnicos que existía y al bajo nivel intelectual de la población (muy inferior, según él, al de los países de la América española), aunque sí recomendase que se reconociera el derecho de enviar tres o cuatro delegados filipinos como representantes a las Cortes españolas (elegidos únicamente por un grupo selecto del país), con objeto de que el gobierno de Madrid y la alta cámara legislativa dispusieran de una información directa y de primera mano sobre las condiciones y problemas más relevantes de la colonia. Las dos propuestas fueron recibidas y estudiadas por el gobierno provisional de Madrid, quien, pocas semanas después, contestaría dando seguridades de que ambas solicitudes serían contempladas cuando se debatiera y

---

<sup>2</sup> MOLINA, Antonio M.: «Historia de Filipinas». Página 241 y ss. Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid, 1984.

redactara la nueva Ley orgánica para el gobierno de las posesiones ultramarinas. Obviamente, la medida no dejaba de constituir un primer y necesario paso, pero, todavía, resultaba totalmente insuficiente y discriminatoria, al garantizar a los filipinos una mínima representación, aunque totalmente desigual a la que disponía, por aquellos mismos días, la población española peninsular.

*El general Carlos M.<sup>a</sup> de la Torre nuevo gobernador y capitán general de Filipinas. Nuevos aires reformistas para el archipiélago. Adhesiones y oposiciones*

En mayo de 1869, el gobierno provisional español nombraba nuevo gobernador y capitán general de Filipinas al general Carlos M.<sup>a</sup> de la Torre Navacerrada, un activo colaborador de la Revolución de Septiembre de 1868 en España e identificado, plenamente, con sus principios políticos de cambio y renovación, por lo que el capitán general saliente, José de la Gándara, hizo entrega del mando supremo del archipiélago, con carácter interino, al teniente gobernador Manuel A. Maldonado (9 de junio), y regresó a la península. El nuevo capitán general, De la Torre, tomó posesión de su cargo pocos días después (23 de junio) y con él se implantaron las primeras medidas liberalizadoras, que comenzaron con la concesión de un «*indulto general*», tras consultarlo, previamente, con las máximas autoridades del archipiélago (regente de la Audiencia, auditor de Guerra, gobernador civil de Manila, jefes de las provincias y provincial de Recoletos) y que siguieron con la implantación de una administración mucho más tolerante y abierta, en la que se combinaron actuaciones de todo tipo, como la libertad de prensa (que, curiosamente, favoreció la aparición de las primeras publicaciones antiespañolas), la creación de una Junta para el control de los bienes eclesiásticos, la secularización de la Universidad y de los colegios de segunda enseñanza, la supresión del cuerpo de alabarderos, la persecución y expulsión de los peninsulares conservadores y seguidores del antiguo régimen isabelino (medida que, por cierto, resultaba, muy poco democrática), y la formación de un cuerpo de seguridad con los malhechores amnistiados y puestos en libertad, al que denominó «*Guías de La Torre*» y se le encargó la persecución de las numerosas partidas de «*tulisanes*» (bandidos y salteadores).

Las nuevas y polémicas medidas liberalizadoras del gobierno de Madrid, y de su máximo representante en el archipiélago, fueron recibidas con desigual resultado en la colonia. Mientras causaban un abierto desagrado y oposición entre las clases conservadoras del archipiélago (tanto penin-

sulares, como filipinas) y entre la mayoría de la población indígena (fuertemente influenciada por el clero), eran claramente aprobadas y secundadas por los intelectuales españoles y filipinos, los cuales organizaron una marcha de reconocimiento hasta la residencia oficial del nuevo capitán general (12 de julio), que constituyó la primera manifestación pública que se celebraba en la ciudad de Manila y en la que participaron miembros del Comité de los Hijos del País, junto con un nutrido grupo de funcionarios, estudiantes, eclesiásticos y comerciantes, animados por varias bandas de música que ensayaron un himno patriótico que estrenaron para la ocasión. La manifestación de adhesión al nuevo capitán general y a su política liberalizadora, estaría encabezada por el prestigioso catedrático de derecho de la Universidad de Santo Tomás y Consejero de la Administración, Joaquín Pardo de Tavera, y otros ilustres representantes de las clases media y alta ilustrada de la ciudad, como José Icaza, oidor de la Real Audiencia, Jacobo Zóbel, miembro del Ayuntamiento y propietario, el padre José Burgos, doctor en teología y cura párroco de la catedral de Manila, y otros conocidos comerciantes y propietarios de la ciudad, y, tras su marcha por las principales calles de la ciudad, llegó hasta el palacio de los capitanes generales, dando vítores a la nueva Constitución española (aprobada recientemente en Las Cortes españolas, el 6 de junio pasado) y gritos de «¡Filipinas con España

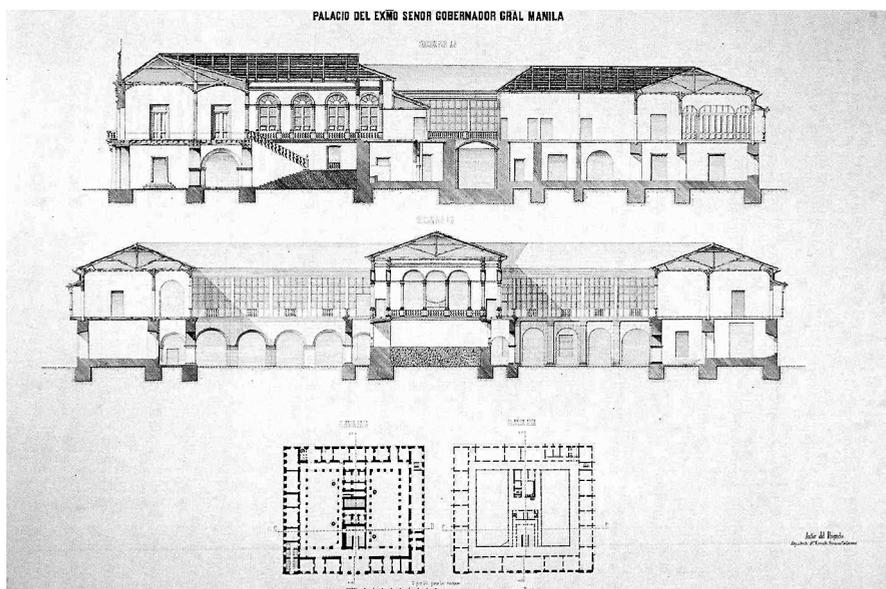


Figura 4: Palacio de Santa Potenciana, residencia oficial del gobernador general de Filipinas. Colección de Planos. Vicente Serrano Salaverri. BETSICCP. Madrid.

*y para España!»*, a lo que siguió una recepción en el palacio del gobernador general.

A estas primeras manifestaciones de adhesión de una parte minoritaria de la población, seguirían los obligados juramentos a la nueva Constitución de todos los funcionarios públicos (civiles y militares), que en Manila se llevaron a cabo el 21 de septiembre de 1869, en una solemne ceremonia celebrada frente al palacio gubernamental de Santa Potenciana, a la que siguió una nueva manifestación pública de celebración del citado evento, que, como la anterior, terminó ante el palacio del gobernador general. Pero no todo serían adhesiones y parabienes a la nueva situación, como lo demostraría la negativa de los obreros chinos a retirar del barrio de Malate la estatua de la derrocada reina Isabel II.<sup>a</sup>, o los disturbios y alzamientos armados contra la nueva Constitución que se produjeron en Cavite y que fueron encabezados por Eduardo Camerino y una buena parte del clero local. El capitán general, De la Torre, se desplazaría personalmente a la zona de los disturbios y conseguiría (con la mediación del padre provincial de los agustinos-recoletos) entrevistarse con Camerino y obtener la rendición de los sublevados en Imus (Cavite), a cambio del indulto general para sus hombres y el nombramiento, para él mismo, de comandante de la milicia de los mencionados «*Guías de La Torre*».

Pero, los problemas con los opositores al nuevo régimen liberal (instigados por el clero local) y con los incipientes independentistas continuarían. La política de concesiones y de libertades públicas de las nuevas autoridades, fue interpretada, desgraciadamente, por algunos filipinos, como signo de debilidad de la nueva administración española, por lo que, pocos meses después, muchos de los rendidos en Imus volvieron a alzarse en armas, lo que obligaría a una nueva proclamación del estado de excepción en las provincias limítrofes a Manila y a constituir diversos consejos de guerra para juzgar a los sublevados.

### *Programa de reformas y dificultades de su aplicación*

El nuevo capitán general combinó las medidas de represión de los rebeldes, con otras encaminadas a corregir los frecuentes abusos y corruptelas de la administración del archipiélago (sobre todo en el cobro de tributos y en el nombramiento de cargos públicos), en su mayor parte cometidos por los alcaldes mayores (prácticamente en su totalidad nativos) y los gobernadores político-militares (en su mayoría españoles/peninsulares), a las que siguieron el intento de controlar al poderoso clero secular y un importante núme-

ro de reformas en la administración de justicia, la educación y las fuerzas del orden público.

El primer problema lo constituía el clero secular, al que el capitán general consideraba «*un elemento permanente de perturbación*», debido a que, en su gran mayoría, «*laboraban tenazmente por imbuir en todos los que caen bajo su férula una aspiración obsesiva por la independencia política de Filipinas*»<sup>3</sup>, como consecuencia del agravio comparativo que sufrían con respecto al clero peninsular y al mal trato y desprecio que recibían de éste e, incluso, de los seglares españoles. Para intentar corregir esta injusta y peligrosa situación, se promovió una reunión en el palacio arzobispal de Manila (5 de enero de 1870) con el gobernador eclesiástico y los padres provinciales de las órdenes de los dominicos, agustinos, franciscanos y agustinos-recoletos, a los que se les hizo entrega de una lista de los eclesiásticos que consideraban origen del conflicto, para que fueran amonestados y enviados a seminarios, si se negaban a modificar su conducta.

Nueve meses más tarde, le llegaba su turno a la reforma de la administración de justicia, a la que, por un real decreto del 25 de octubre de 1870, se reestructuraba la Real Audiencia, con objeto de asegurar una administración más expedita e igualitaria para todo el archipiélago, y, tan solo un mes después (6 de noviembre), a la de la educación, hasta la fecha en manos de la poderosa iglesia, procediéndose a la secularización de la educación en todo el archipiélago, con la cesión al gobierno de la influyente Universidad de Santo Tomás (que, según el gobierno, solamente formaba sacerdotes y abogados que, posteriormente, «*encarnan la clase más rabiosamente antiespañola en el archipiélago*»), y la creación de los colegios de medicina y farmacia y de diversas escuelas de artes y oficios, que, posteriormente, se extendieron a la educación primaria, incluyendo el incremento de los salarios de los maestros. Estas bienintencionadas reformas suscitarían, curiosamente, tal oposición pública, que el capitán general se vería obligado a congelarlas, momentáneamente, y a retrasarlas «*hasta nueva orden*».

Finalmente, el programa de reformas alcanzaría también a las fuerzas de orden público del archipiélago, procediéndose a la reorganización de las fuerzas de la Guardia Civil, que pasó a disponer de 4.000 miembros filipinos, al mando de oficiales españoles.

Como elemento final del proceso reformista gubernamental para las colonias ultramarinas, se crearía en Madrid (4 de diciembre de 1870) el Consejo de Filipinas, con carácter consultivo del gobierno, y que estaría

---

<sup>3</sup> MOLINA, Antonio M.: Obra citada. Página 245.

compuesto, en su mayor parte, por altos funcionarios españoles que hubieran permanecido en Filipinas por un período no inferior a los dos años.

Pero el profundo programa de reformas pretendido y ordenado por el gobierno de Madrid (en aquellos momentos presidido por el general Juan Prim y con Segismundo Moret como ministro de Ultramar) para Filipinas, resultaba muy dificultoso de aplicar y de desarrollar en el archipiélago, por las enormes dificultades internas y externas que presentaba. A la oposición de una buena parte de la población nativa, se unía la de la propia administración española, reacia a implantar unas reformas y principios liberales que consideraban perjudiciales para la conservación del archipiélago bajo soberanía española.

Verdaderamente, el capitán general, De la Torre, se enfrentaba a un verdadero reto, pues mientras, por una parte, alentaba a los elementos liberales del archipiélago a que colaboraran con la implantación de las nuevas reformas, por otra, comprobaba que muchos de ellos (clérigos y abogados hispano-filipinos y mestizos, principalmente), engendraban esperanzas de que la nueva situación creada por la Revolución de 1868 en España podía propiciar la independencia de las islas. Su decisión final fue alertar al gobierno de los peligros que suponían para el archipiélago la implantación de las nuevas reformas (a las que consideraba inviables, en aquellos momentos), recomendar su congelación o recorte y, mientras tanto, seguir gobernando de acuerdo con la legislación especial vigente, hasta entonces, para Filipinas.

*Nuevo cambio de capitán general. El general Rafael Izquierdo se hace cargo del gobierno del archipiélago*

En noviembre de 1870, las Cortes españolas eligieron como nuevo rey de España a Amadeo I de Saboya, poniendo, con ello, fin a los gobiernos provisionales surgidos de la Revolución de 1868. Junto con la llegada del nuevo monarca a España, a finales de diciembre de ese mismo año, se produjo el asesinato, en Madrid, del presidente del ejecutivo y ministro de la Guerra, general Prim, lo que obligó al nombramiento de un nuevo gobierno, presidido, nuevamente, por el general Francisco Serrano, y con Adalardo López de Ayala, también nuevamente, como ministro de Ultramar.

Una de las primeras decisiones de este nuevo gobierno sería el cese del general De la Torre como capitán general y gobernador general de las Filipinas y el nombramiento, para el mismo cargo (18 de enero de 1871), del teniente general Rafael Izquierdo Gutiérrez, veterano de las dos primeras

guerras carlistas, de la Guerra de África de 1859-1860 y de la intervención en Santo Domingo de 1861-1865. De ideas liberales y seguidor de los unionistas de O'Donnell desde la sublevación de Pamplona del año 1841 (tras de la que tuvo que exiliarse durante dos años), había participado activamente en la Revolución de Septiembre de 1868, sublevando la guarnición de Sevilla a favor de los revolucionarios de Cádiz y participando en la histórica Batalla de Alcolea (28 de septiembre de 1868), tras de la que se le ascendió a teniente general y sería elegido diputado a Cortes. En su historial de méritos contaba, también, con una larga experiencia en mandos coloniales y de importantes gobiernos militares, como el de Puerto Rico, en dos ocasiones (1861-1863 y 1865), Ferrol (1863) y la capitania general de Castilla La Nueva (octubre de 1868)<sup>4</sup>.

Tras su llegada a Manila, el 3 de abril de 1871, el nuevo capitán general (que traía el encargo de poner en práctica las reformas previstas en los decretos de 1870 y congeladas por el anterior capitán general) presidió los actos de juramento de todo el personal civil y militar del archipiélago al nuevo monarca, que en Manila se celebraron el 1.º de mayo del mismo año, al que siguieron tres días de festejos oficiales.

Pero la situación en el archipiélago continuaba siendo más que delicada, con un clero secular todavía agraviado por sus superiores españoles (y de gran influencia entre las clases populares), una población mestiza (de españoles, filipinos y chinos) y de criollos blancos descendientes de los españoles, pero nacidos en Filipinas, que aspiraban a ocupar los principales cargos públicos de la colonia (en su mayoría en manos de peninsulares) y una población multirracial y con diferentes creencias religiosas (filipinos cristianos, filipinos musulmanes y paganos, chinos puros, mestizos de filipinos y chinos) y más de treinta dialectos lingüísticos, que hacían un total de hasta cinco millones de habitantes, con culturas e intereses muy diferentes y complejos, y que apenas se habían integrado en la cultura española (a pesar de los cuatro siglos de soberanía española de las islas), ni se sentían unidos a España y, por lo tanto, muy poco interesados en las libertades políticas que ahora se les ofrecía.

Dentro de esta complicada diversidad y fragmentación étnica del archipiélago, con evidentes diferencias e intereses raciales, culturales, económicos y sociales, que generaban múltiples y continuos conflictos entre las distintas razas y clases sociales, el mayor peligro para la administración española (y al margen de los casi 100.000 filipinos musulmanes del archi-

---

<sup>4</sup> Archivo Militar de Segovia. Hoja de Servicio del general Rafael Izquierdo Gutiérrez.

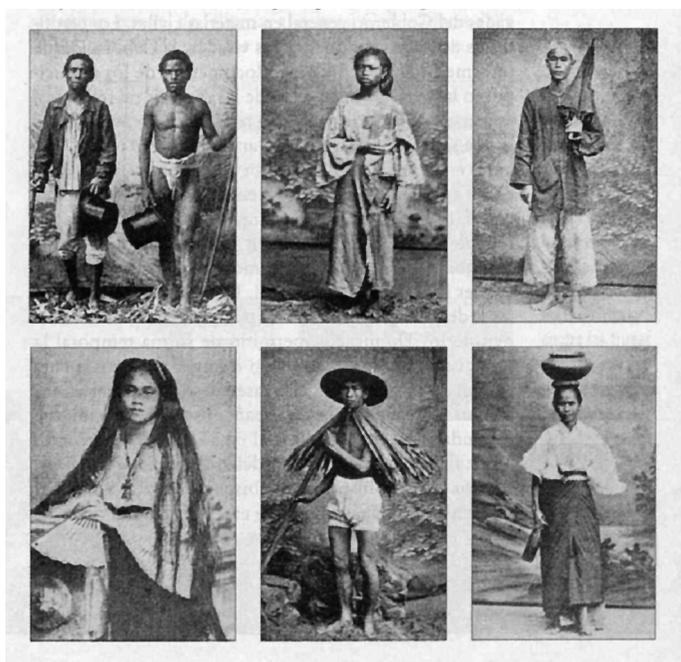


Figura 5: Diferentes tipos de nativos filipinos de la segunda mitad del siglo XIX. Del libro «Memoria del 98». *El País*.

piélago de Joló, prácticamente en rebelión constante contra España a lo largo de todo el siglo), lo constituía la población mestiza y el clero secular nativo, que, en su mayoría, no se sentían plenamente españoles y que se encontraban claramente resentidos y marginados por los españoles, tanto por los privilegios de los que gozaban (inalcanzables para los filipinos), como por su continuo trato prepotente y de superioridad, que terminó favoreciendo su progresiva identidad nacional y de oposición al régimen colonial y a los altos funcionarios peninsulares destinados en el archipiélago.

Obviamente, la política colonial española desarrollada en Filipinas había pecado de un grave error de cálculo, sin relación con el tiempo, el lugar y la población nativa existente, y el liberalismo propiciado por la Revolución de 1868 se vería totalmente impotente para imponerse en el archipiélago, al provocar a las clases acomodadas y conservadoras y no llegar a responder a las verdaderas necesidades y reivindicaciones de la mayoría de la población nativa. Y, dentro de este cúmulo de errores políticos históricos, se uniría el del planteamiento de la defensa militar de un territorio tan amplio, como fragmentado y heterogéneo, en todo momento insuficiente (tanto frente a posibles agresiones externas, como internas), por la inse-

guridad que suponía el que la mayor parte de las tropas del Ejército y de la Infantería de Marina destacadas en el mismo estuviera compuesta por fuerzas indígenas, cuya fidelidad a sus mandos (en su mayoría peninsulares) siempre resultaba dudosa, sobre todo en el caso de conflicto armado con los nativos.

### *LAS FUERZAS MILITARES EN FILIPINAS A PRINCIPIOS DE LOS AÑOS 70 DEL SIGLO XIX*

#### *Introducción y aspectos generales*

Desde prácticamente su incorporación a la soberanía española (siglo XVI), la defensa militar de las posesiones españolas en el Pacífico (Filipinas, Carolinas, Marianas y Palaos) siempre había sido muy precaria, debido, tanto a la lejanía de la metrópoli, como a su diversidad y dispersión geográfica (cerca de 7.200 pequeñas islas dispersas por una amplia superficie del Océano Pacífico).

España nunca estuvo verdaderamente interesada (o capacitada, por falta de medios y de estabilidad política) en explorar, colonizar y administrar todas sus vastas posesiones en el Pacífico, con la salvedad de sus islas

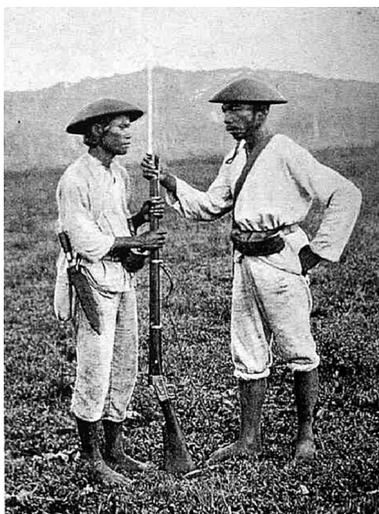


Figura 6: Tropas indígenas al servicio del Ejército español en Filipinas. «*La ilustración Española y Americana*», 1887.

mayores (Luzón, Mindoro, Panay, Leyte, Mindanao y Palawan), y, en la mayor parte de los casos, sólo de una manera parcial, mediante el mantenimiento de determinados establecimientos costeros protegidos con fuertes defensivos, dejando el resto de las numerosas islas menores (sobre todo los archipiélagos de la denominada Micronesia) en una situación de práctico abandono, solamente alterado por periódicas expediciones de «afirmación de soberanía», que, una vez finalizadas, volvían a su situación inicial.

La defensa de estos difíciles archipiélagos se le encomendó a unas fuerzas del Ejército y de la Marina siempre escasas (en medios humanos y materiales), que, además, y siguiendo el ejemplo de otras potencias europeas de la época (como Gran Bretaña en la India y Francia en Argelia y Conchinchina), estaban compuestas, en cerca del 90%, por fuerzas nativas, reclutadas en diferentes regiones consideradas «amigas». Esta práctica habitual condicionaría el que los diferentes regimientos destinados a las Filipinas reclutaran sus tropas siempre con personal nativo de regiones concretas, como fueron los casos de los regimientos del Infante y de Borbón (después Manila), que reclutaban, asiduamente, su personal con nativos de Cagayá y de la isla de Cebú, respectivamente.



Figura 7: Tropas de desembarco de Infantería indígena durante la segunda mitad del siglo XIX. Dibujo de F. Rueda, del libro «El Ejército Español en Ultramar y África». J. M. Guerrero Acosta.

El resultado fue un Ejército típicamente colonial, con una oficialidad y la mayor parte de la suboficialidad (sargentos, sobre todo) europeos («*castillas*», como los llamaban los filipinos) y una tropa prácticamente nativa, con la salvedad de determinadas unidades especializadas (alguna brigada de Artillería, especialmente) y la mayoría de las dotaciones de los buques de la Armada, que, además, tuvo que adaptarse a las particularidades de una guerra colonial muy especial y compleja, caracterizada por acciones de incursión en las que se debían combinar tácticas de guerra anfibia, de jungla y de montaña, a las que el soldado europeo no estaba, por lo general, acostumbrado.

Las particularidades del medio físico en el que debían actuar (multitud de islas, separadas por intrincados estrechos de escaso calado y difícil acceso de unidades navales de cierto tonelaje, terrenos abruptos, con fuerte vegetación, zonas pantanosas y caudalosos ríos, duro clima tropical, con altas temperaturas, fuertes precipitaciones y una humedad próxima al 90%), dificultaban todas las operaciones y condicionaban las tácticas del combate a utilizar e incluso la operatividad de determinadas unidades. Estas particularidades del terreno, condicionaron, por ejemplo, el que la Caballería fuera muy poco operativa (y de ahí el que, tradicionalmente, sólo existiera un único regimiento regular en todo el archipiélago), o el que la Artillería (con excepción de las piezas de defensa de plaza y costa) estuviera compuesta, básicamente, por baterías de campaña ligeras y de montaña (transportables a pie o con mulas), con obuses lisos y de bronce de 4,5 pulgadas y un alcance efectivo de 5.000 metros, en las que las tradicionales cureñas del sistema francés Gribeauval (adoptadas en el Ejército español de la época en la península) fueron sustituidas en Filipinas por las británicas de mástiles mucho más ligeros. Las tropas de Infantería, tanto del Ejército, como de la Marina, fueron las más operativas en el escenario filipino, que, en la mayoría de los casos, debían ser transportadas y apoyadas, por mar, por unidades de desplazamiento ligero de la Marina (corbetas, vapores de guerra, goletas, cañoneros y lanchas artilladas, principalmente), y complementadas con brigadas de Ingenieros, que se encargaban de construir las necesarias obras militares y civiles del archipiélago (fortificaciones, puentes y caminos) y un siempre necesario servicio de Administración y de Sanidad Militar, que se responsabilizaba de la imprescindible logística y de la atención a unas tropas siempre sujetas a un clima extremo y propicio al desarrollo de peligrosas enfermedades y epidemias tropicales, que producían más bajas que los propios enfrentamientos armados.

Para la vigilancia y defensa del archipiélago, el Ejército español contaba con una serie de fuertes y de torres vigía (denominados «*fuerzas*»), cons-

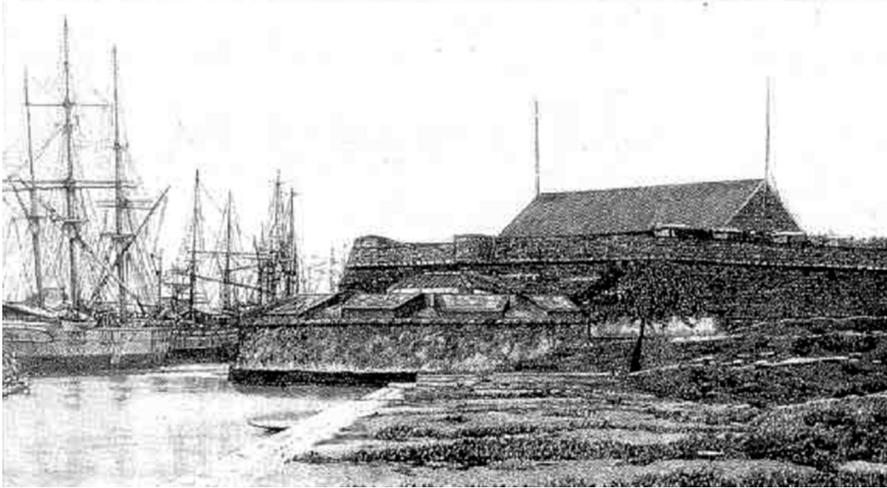


Figura 8: Fortaleza de Santiago en la capital, Manila, en la segunda mitad del siglo XIX. Grabado de la época.



Figura 9: Oficiales de diferentes cuerpos del Ejército español destinados en Filipinas en la segunda mitad del siglo XIX. De izquierda a derecha, teniente de Infantería, capitán de Ingenieros y alférez de Caballería, todos ellos con uniformes de gala. Del libro *«El Ejército Español en Ultramar y África»*. J.M. Guerrero Acosta.

truidas entre los siglos XVII y XIX y distribuidas por las principales islas, entre las que cabría destacar las fortalezas de Santiago (Manila) y San Felipe (Cavite), ambas en la isla de Luzón, la de San Pedro (Cebú), en el grupo de islas de Las Visayas, el Pilar (Zamboanga), en Mindanao, y el pequeño fuerte de piedra de la isla de Culió (Calamianes), entre las islas de Mindoro y Palawan o Paragua, donde también existía una leprosería<sup>5</sup>.

### *Fuerzas del Ejército*

Hasta el comienzo del segundo cuarto del siglo XIX (en concreto hasta el año 1825), el gobernador de las Filipinas no uniría su cargo al de capitán general militar de las islas, acumulando también en su persona la Comandancia General de Marina, la presidencia de la Audiencia y la Judicatura, el Vicepatronato Real, la Superintendencia de Hacienda y la presidencia de la Delegación de Rentas de Correos, Postas y Estafetas. Pocos años después (1828), y en las postrimerías del reinado de Fernando VII, la guarnición de las islas se establecía en dos regimientos de Infantería de recluta local, seis batallones de milicias disciplinadas provinciales, un regimiento de Dragones y un batallón de Artillería, que se distribuían, en batallones y compañías sueltas, por las islas de Luzón, Mindanao y Joló. En las islas Marianas, su guarnición militar solía estar compuesta por una compañía Veterana y dos batallones de Milicias, en su totalidad dependientes del Ejército de Filipinas.

Al principio de la siguiente década (enero de 1830), se creó y se envió a las Filipinas un primer regimiento de Infantería de composición totalmente europea (el denominado Expedicionario de Asia, posteriormente transformado en el del Rey n.º 1, pero con recluta local), y dos décadas más tarde (entre 1851 y 1854) el denominado Ejército de Filipinas se reorganizaba en nueve regimientos de Infantería indígena (tres de línea y seis ligeros), que en 1868, y por falta de efectivos, se reducían a siete, junto con dos escuadrones de Caballería, un regimiento de Artillería (una de cuyas brigadas estaba compuesta por europeos), un batallón de obreros de Ingenieros y tres Tercios de la Guardia Civil Veterana.

En el año concreto de 1872, motivo del presente estudio, los seis regimientos de Infantería existentes en Filipinas (del Rey n.º 1, de la Reina n.º 2 –posteriormente, Castilla y Filipinas, respectivamente–, Magallanes n.º 3 –antiguo Fernando VII–, Infante n.º 4, España n.º 5, Príncipe n.º 6, Prince-

---

<sup>5</sup> MARTÍN GÓMEZ, Antonio L.: *Filipinas 1847-1851: Las campañas del Caraballo, Balanguinuí y Joló*. Página 15. Editorial Almena. Madrid, 2005.



Figura 10: Tropas indígenas de Infantería a principios de la segunda mitad del siglo XIX. Ilustración de A.L. Martín Gómez, del libro «*Filipinas 1847-1851*».

sa n.º 7, y Manila n.º 8 –antiguo Borbón–) estaban compuestos por seis compañías (cuatro de fusileros y dos de cazadores, granaderos o carabineros, según los casos), de unas 750 plazas por regimiento (en realidad eran batallones, por mando, organización y efectivos), de los cuales el 93% era de composición indígena. En total, unos 4.500 hombres, distribuidos en dos medias brigadas, la primera de las cuales guarnecía las estratégicas plazas de Manila y Cavite (ambas en la isla de Luzón) y la segunda las islas de Las Visayas, Mindanao y Joló<sup>6</sup>.

Las fuerzas de Caballería, estaban distribuidas en dos escuadrones de Lanceros de Luzón (unos 270 hombres armados con lanzas de bambú y sables), las de Artillería en un regimiento con dos batallones de la antigua Brigada de Artillería Europea 1.ª Expedicionaria y de la Brigada Indígena de Artillería (reorganizadas en 1871), que disponían de ocho baterías a pie y tres a caballo, a las que se unía una Compañía de Artillería de Milicias, destacada en las islas Marianas, y las de Ingenieros estaban compuestas de un batallón con tres compañías de obreros (Manila, Mindanao y Zamboanga)<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> MÁS CHAO, Andrés: «*Evolución de la Infantería en el reinado de Alfonso XII*». Colección Adalid. Servicio de publicaciones del EME. Madrid, 1989.

<sup>7</sup> GUERRERO ACOSTA, José Manuel: «*El Ejército español en ultramar y África (1850-1925)*». Páginas 64 a 74. Acción Press S.A. Madrid, 2003.

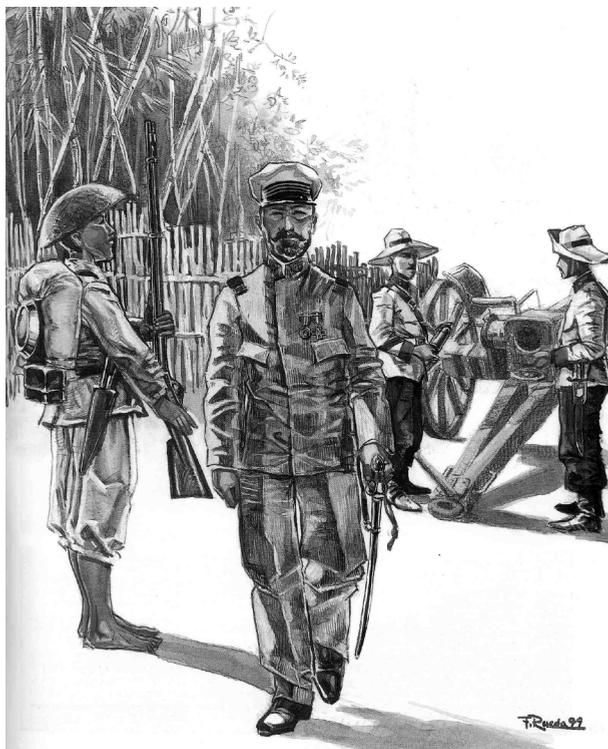


Figura 11: Oficial y servidores indígenas filipinos de una pieza de artillería de campaña. Ilustración de F. Rueda. Del libro «*El Ejército Español en Ultramar y África*». J.M. Guerrero Acosta.

Por último, en el mencionado año 1872, se disponía en Filipinas de tres Tercios de la Guardia Civil Veterana (Manila, Lingayen y Cebú), formados con los efectivos del disuelto Regimiento de Isabel II n.º 9, y de tres compañías de Guardias de Alabarderos (en las que se integraba una sección de 25 guardias del capitán general del archipiélago, con un pelotón a caballo) y otras tres disciplinarias (Paragua, Balabac-Joló y Davao), así como de servicios de Administración y de Sanidad Militar (con hospitales militares en Manila, Cavite, Mindanao, Zamboanga y Cotta-Batto), incluida una pequeña Academia de Infantería.

En su totalidad, el denominado Ejército de Filipinas, contaba, en el año 1872, con unas fuerzas de aproximadamente 10.500 hombres, que se encontraban al mando del teniente general Rafael Izquierdo, gobernador general y capitán general del archipiélago, un santanderino de 50 años de edad en 1872 y 36 de servicio activo en el Ejército, que, como ya se ha comentado

anteriormente, había combatido en las dos primeras guerras carlistas (y resultado herido de gravedad en varias ocasiones) y participado en la Guerra de África de 1859-1860 y en la intervención en Santo Domingo de 1861-1865 (en la que mandó la 2.<sup>a</sup> Brigada de la División Expedicionaria de Montecristi). Tras participar activamente en la Revolución de Septiembre de 1868, en la que sublevó la guarnición de Sevilla a favor de los revolucionarios de Cádiz y tomó parte en la histórica Batalla de Alcolea (28 de septiembre de 1868), se le ascendió a teniente general, contando en su historial de méritos con una larga experiencia en mandos coloniales y de importantes gobiernos militares, como el de Puerto Rico, en dos ocasiones (1861-1863 y 1865), Ferrol (1863) y la capitanía general de Castilla La Nueva (octubre de 1868).

Como segundo mando del archipiélago y teniente gobernador general, contaba con el general de división Felipe Ginovés Espinar de la Parra, con 38 de servicio activo en el Ejército y procedente del Ejército carlista de la 1.<sup>a</sup> Guerra Civil, tras de la que se acogió al Convenio de Vergara (agosto de



Figura 12: Uniformes, salacots, sombreros, capacetes, accesorios, divisas y emblemas de diferentes cuerpos del Ejército español destacado en Filipinas durante la segunda mitad del siglo XIX. Del libro «*El Ejército Español en Ultramar y África*». J.M. Guerrero Acosta.

1839) y se integró en el Ejército regular isabelino. Combatió en Cataluña contra sus antiguos compañeros de armas en la 2.<sup>a</sup> Guerra Carlista (1847-1849) y participó en las jornadas de Torrejón de Ardoz (julio de 1846) y en el alzamiento liberal de Alcalá de Henares (febrero de 1854), así como en la posterior acción de Vicálvaro (junio de 1854), poseyendo, también, una larga experiencia en mandos coloniales, entre los que cabría destacar su participación en la intervención de Santo Domingo de 1861-1865 (tras de la que se le ascendió a mariscal de campo) y su mando en Cuba como comandante general del Departamento Oriental de la isla.

*La Marina: Apostadero de Cavite, estaciones navales, unidades destacadas en Filipinas, mandos del apostadero y fuerzas de Infantería de Marina*

A principios de la década de los 70 del siglo XIX, los efectivos militares españoles en el archipiélago filipino seguían concentrándose, principalmente, en la isla de Luzón (Manila y Cavite) y, de forma muy aislada y esca-

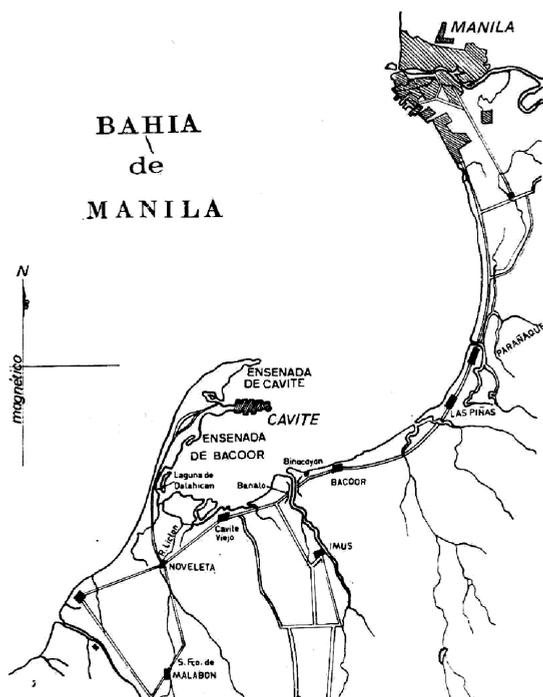


Figura 13: Plano de la época de la Bahía de Manila, con la plaza y el Arsenal Naval de Cavite en su sector central.

samente significativa, en algunas pequeñas guarniciones de las Visayas, Mindanao y Joló, quedando prácticamente desguarnecidas el resto de las islas.

La Marina de Guerra, y desde el año 1827, contaba con un solo apostadero en las islas, ubicado en la problemática península de Cavite, en el flanco meridional de la amplia Bahía de Manila y entre las dos pequeñas ensenadas de Cavite y Bacoor. Su emplazamiento (en una antigua isla unida a tierra artificialmente a través del Itsmo de Delahicán, en los años 1855-1859, durante las capitánías generales de Manuel Crespo y Fernando de Norzagaray, era una verdadera ratonera, al ser prácticamente indefendibles sus dos bocas, a pesar de contar con un fuerte exterior para su defensa (el de San Felipe), entre el arsenal y la plaza de Cavite, y un baluarte interior de escasa solidez (el de Guadalupe), por lo que los marinos reclamaron, repetidamente, el traslado del arsenal a Subic, cerca de Ologapó, sin recibir, en ningún caso, la aprobación de los sucesivos capitanes generales del archipiélago, ni de los gobiernos de Madrid. No podía, por lo tanto, considerársele verdaderamente como un apostadero, sino, simplemente, como un «*establecimiento naval*».

Desde este apostadero, o «*establecimiento naval*» de Cavite, la Marina de Guerra organizó todas las expediciones y operaciones navales de asentamiento que realizaba, periódicamente, en el resto de las islas, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, que se apoyaron con una serie de modestísimas «*estaciones navales*» diseminadas por todo el archipiélago, como las de La Isabela de Balisán, Zamboanga, Calamianes, Iloilo, Cebú, Balabac, Pangasinán, Puerto Princesa, Tawi-Tawi, Joló, Davao, Osilán y Pollok, que disponían, según los casos, de pequeños almacenes, depósitos



Figura 14: Maqueta del arsenal de Cavite hacia mediados del siglo XIX. Museo Naval de Madrid.

de carboneo y astilleros, pero que resultaban totalmente insuficientes para consolidar el sistema defensivo del vasto archipiélago filipino<sup>8</sup>.

Para realizar la importante labor de defensa naval del archipiélago y de protección contra la constante piratería en Joló, en los primeros años de la década de los 70 del siglo XIX la Armada española contaba en Filipinas, solamente, con una escuadrilla de buques considerados «*coloniales*» o de «*patrulla de altura*», que, salvo en el excepcional caso de la fragata de hélice *Berenguela*, no podían utilizarse como unidades de combate frente a escuadras extranjeras de cierta importancia y solamente eran útiles para «*operaciones coloniales*» de policía y contra insurgencia en territorios todavía no dominados completamente. Estas unidades, con la suficiente envergadura, armamento, velocidad y heterogeneidad que convenía a las misiones que debían realizar (en su mayor parte de patrulla y vigilancia de costas, transporte de tropas, escolta de convoyes, ataque a tráfico marítimo enemigo y acciones coloniales contra la piratería y de apoyo a fuerzas terrestres, en muchos casos en intrincados estrechos, lagunas costeras, ríos navegables y zonas, por lo general de escaso calado y difícil maniobrabilidad), estaban compuestas por un reducido núcleo de buques de cierta envergadura (fragatas, corbetas y goletas, con propulsión mixta de motor y vela, y sin protección alguna de blindaje), «*para afirmar la soberanía*» y realizar acciones de largo desplazamiento, así como por un grupo de unidades menores y de apoyo, como cañoneros y lanchas artilladas, para labores de policía y contra insurgencia en zonas costeras y del interior.

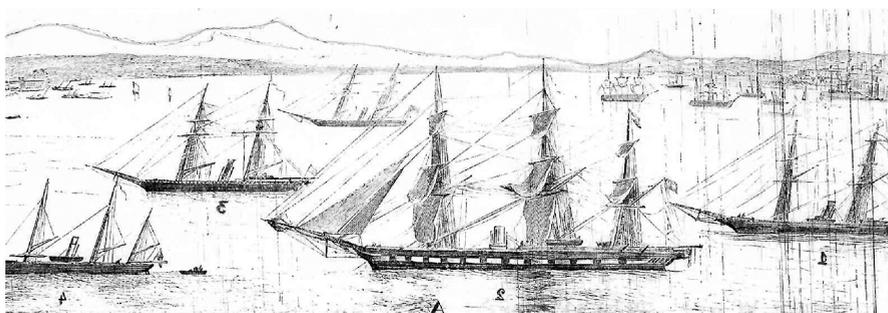


Figura 15: Escuadra de Filipinas en la década de los 70 del siglo XIX (con el n.º 2 la fragata de hélice *Berenguela*, con el n.º 1 la corbeta de hélice *Santa Lucía*, con el n.º 3 la goleta *Filomena* y con el n.º 4 el cañonero *Prueba*). Grabado de la época de la «*Ilustración Española y Americana*».

<sup>8</sup> CERVERA PERY, José: «*Marina y política en la España del siglo XIX*». Páginas 211 y ss. Editorial San Martín. Madrid, 1979.

Entre las consideradas como unidades mayores, se contaba, en enero de 1872, con tan solo un buque de los catalogados como de 1.<sup>a</sup> clase en el Estado General de buques de la Armada de 1870, la fragata de hélice *Berenguela*, buque insignia del contralmirante jefe del Apostadero de Filipinas (de 2.600 toneladas de desplazamiento, máquina de 360 c.v. nominales, que le proporcionaban una velocidad de 8 nudos, y un armamento de 20 cañones lisos de 20 cm, en batería central, y 6 rayados de 16 cm), así como con ocho unidades consideradas de 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> clase, constituidas por las modernas corbetas de hélice *Santa Lucía*, *Vencedora* y *Wad-Ras* (con desplazamientos próximos a las 750 toneladas, máquina de 160 c.v. nominales, que le proporcionaban una velocidad de 8 nudos, y un armamento de 2 cañones lisos de 20 cm, en colisa y en el centro de los buques, y 1 liso en colisa y a proa) y las goletas de hélice (en su mayoría, con casco de hierro) *Circe*, *Wad-Ras*, *Valiente*, *Constancia*, *Animosa* y *Santa Filomena* (de 510 toneladas de desplazamiento, máquinas de 100 c.v. nominales, que le proporcionaban una velocidad de 8 nudos, y un armamento de 2 cañones rayados de 16 cm. y 1 de 12 cm.), aunque, estas dos últimas se encontraban, en enero de 1872, fuera de servicio y «*subidas en varadero*», para reparación de máquinas y calderas. En su conjunto, suponían una fuerza naval de 10 unidades, que montaban 33 cañones (23 lisos de 20 cm, 7 rayados de 16 cm y 3 rayados de 12 cm) y unas dotaciones próximas a los 1.180 hombres, y que estaban al mando del capitán de navío Alejandro Arias Salgado Téllez, comandante de la fragata *Berenguela*<sup>9</sup>.

Por su parte, las unidades menores y de apoyo para defensa costera, todas ellas consideradas como buques de 3.<sup>a</sup> clase, estaban compuestas por media docena de cañoneras de hélice (*Mindanao*, *Panay*, *Albany*, *Arayak*, *Manileño*, *Samar 2* y *Bulusan 2*) pertenecientes a las Fuerzas Sutiles<sup>10</sup>, junto con una veintena de lanchas y falúas artilladas, para vigilancia fluvial. Las citadas cañoneras o cañoneros, como también se las denominaba, correspondían, en su totalidad, a una serie de unidades construidas en 1860 en Inglaterra y montadas, posteriormente, en Hong Kong, con desplazamientos variables ente 83 y 37 toneladas, máquinas de 20 a 30 c.v. nomina-

---

<sup>9</sup> LLEDÓ CALABUIG, José. *Buques de vapor de la Armada española: del vapor de ruedas a la fragata acorazada, 1834-1885*. Aguilar Editores, S.L. Madrid, 1997. Y Estado General de los buques de la Armada de 1870.

<sup>10</sup> Se denominaba «Fuerzas Sutiles» a las agrupaciones de embarcaciones armadas de muy diverso tipo, formadas para diferentes misiones y apropiadas para necesidades y estrategias locales. La denominación es genuinamente española, al ser los españoles los primeros que las utilizaron en los sitios Gibraltar (1781), Brest y Cherburgo (1799), en los que se conocieron como «flotilles a l'épagnole», así como en la defensa de Puerto Rico y Ferrol (1800).

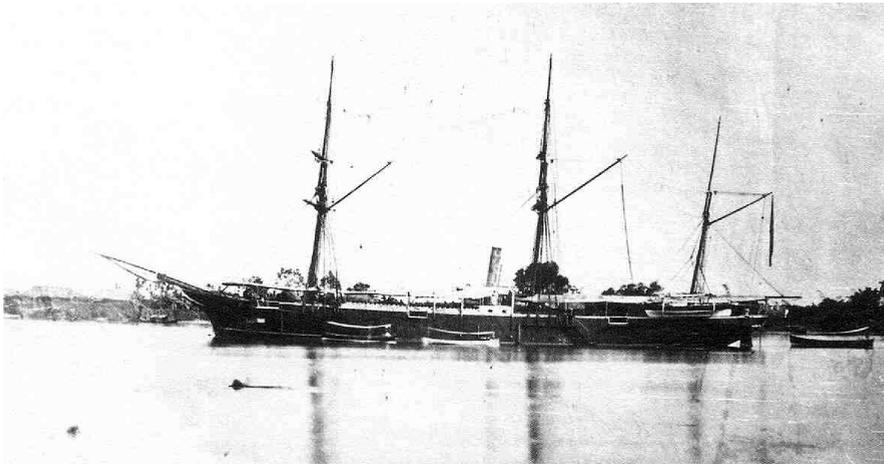


Figura 16: Corbeta de hélice Vencedora, con un desplazamiento de 750 toneladas, máquina de 160 c.v. nominales, que le proporcionaba una velocidad de 8 nudos, y un armamento de dos cañones lisos de 20 cm, en colisa y en el centro del buque, y uno liso en colisa y a proa. Fotografía del libro «*Buques de Vapor de la Armada Española*». J.Lledó Calabug.

les, que les proporcionaban una velocidad de 9 nudos, y artilladas con 1 cañón rayado de 16 o 12 cm a proa, y, en algunos casos, con otro de 8 cm a popa. En su conjunto, suponían una fuerza de apoyo costero de 7 unidades, que montaban 12 cañones rayados (4 de 16 cm, 5 de 12 cm y 3 de 8 cm) y unas dotaciones próximas a los 290 hombres, bajo el mando del capitán de navío Juan Martínez Illescas (2.º jefe del Apostadero de Filipinas)<sup>11</sup>.

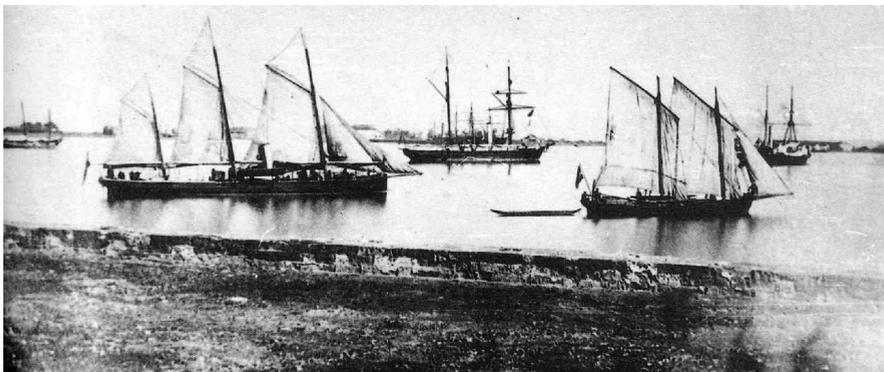


Figura 17: Goleta *Constancia* (en el medio y al fondo) y diferentes cañoneras de hélice de las denominadas Fuerzas Sutiles del Apostadero de Filipinas. Fotografía del libro *Buques de Vapor de la Armada Española*. J. Lledó Calabug.

<sup>11</sup> BORDEJÉ Y MORENCOS, F. Fernando: *Crónica de la Marina española en el siglo XIX, 1868-1898*. Tomo II. Ministerio de Defensa. Madrid, 1995.

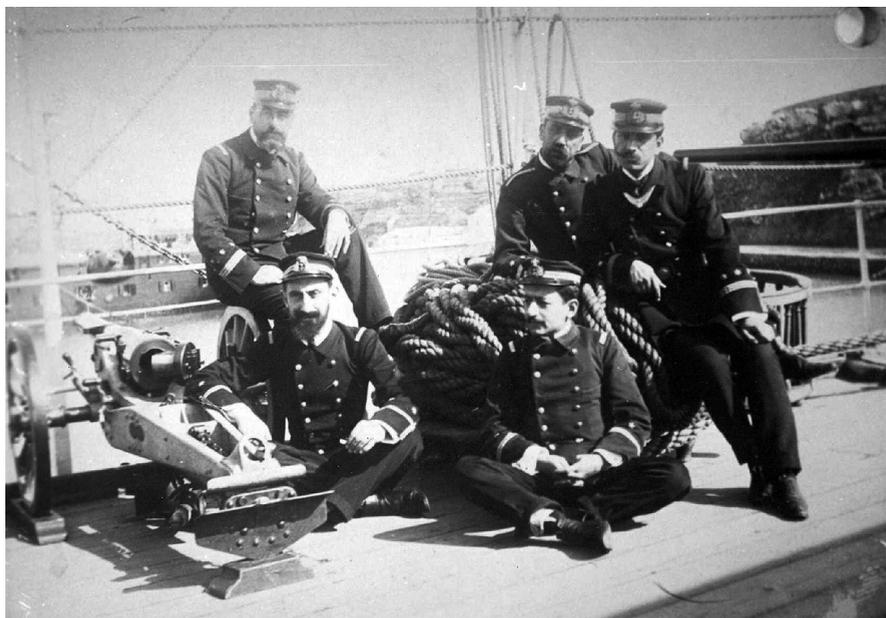


Figura 18: Oficiales de la Marina a bordo de la fragata de hélice Berenguela en el Apostadero de Cavite. Segunda mitad del siglo XIX. *Archivo particular de la Familia Rolandi.*

Finalmente, y por aquellas mismas fechas, se encontraba realizando labores de investigación en el archipiélago filipino la Comisión Hidrográfica de la Armada, a bordo de la corbeta de hélice *Vencedora*, que, pocos meses después (septiembre de 1872) sería relevada por la goleta *Wad Ras*, y que, en sus periplos por las costas filipinas, solía ir escoltada por el cañonero *Mindanao* y la *Falúa n.º 2*.

En enero de 1872, y desde nueve meses antes (abril de 1871), la comandancia general del apostadero de Filipinas la ocupaba el contralmirante Manuel Mac Crohon Blake, un gaditano de 56 años, de ilustre familia de militares y marinos<sup>12</sup>, que había ocupado diferentes destinos en la península (Cádiz, Cantabria, Alicante y Sevilla) y en las Antillas (entre ellos, los de ayudante de la Mayoría General del apostadero de La Habana y la capitanía del puerto de Cárdenas) y participado en la Intervención en Méjico de 1862. Colaboró con la Revolución de Septiembre de 1868 en Cádiz, desde su puesto de comandante de Guardias Marinas de Cádiz, tras de lo que se le

<sup>12</sup> El contralmirante Manuel Mac Crohon Blake era hijo del coronel de Infantería del Ejército, Eugenio Mac Crohon y tenía otros dos hermanos también marinos, José, diputado a Cortes por Málaga y Alicante durante los años 30 y 50 del siglo, y Rafael.

nombró jefe superior del Departamento de Cádiz y del arsenal de La Carraca y se le ascendió a brigadier. Un año más tarde, en septiembre de 1869, fue ascendido a contralmirante y nombrado comisario militar del Tribunal del Almirantazgo, hasta su nombramiento, como comandante general del apostadero de Filipinas, en enero de 1871 y su llegada al archipiélago a finales del mes de abril de ese mismo año, donde sustituyó al también contralmirante Enrique Croquer Pavía<sup>13</sup>.

Como segundo jefe del apostadero estaba en capitán de navío Juan Martínez Illescas Egea (que también ostentaba el mando de las denominadas «*Fuerzas Sutiles*» del archipiélago), y como jefe encargado de la Comandancia General de Marina de Cavite el capitán de fragata Manuel Carballo Goyos, ferrolano de 43 años y veterano de la Guerra de África (1860) y de las intervenciones en Conchinchina (1863) y Santo Domingo (1864-1865)<sup>14</sup>. En enero de 1872, y por ausencia de su titular, el contralmirante Mac Crohon, y del segundo jefe del apostadero, capitán de navío Juan Martínez Illescas Egea, que se encontraban, en esos momentos (desde el 23 de diciembre de 1871 al 17 de mayo de 1872), dirigiendo una nueva operación de castigo contra los piratas de Joló, ejerció el mando accidental de la comandancia del apostadero y sería el encargado de dirigir la defensa del arsenal de Cavite durante la insurrección del 20 al 23 de enero, por cuyos méritos contraídos sería ascendido a capitán de navío.

Otros mandos del apostadero eran, en aquellos momentos, el capitán de fragata Luis Gaminde Torres, comandante del arsenal de Cavite, también veterano de la Guerra de África (1860, donde asistió a las batallas de Castillejos y Tetuán y a los bombardeos de Arcila y Larache) y de las intervenciones en Méjico (1861, donde fue nombrado gobernador de la histórica fortaleza de San Juan de Ulúa, en Veracruz) y en Santo Domingo (1864-1865)<sup>15</sup>, así como los ayudantes secretarios de la comandancia, tenientes de navío de 1.ª clase Manuel Mozo Díaz Robles y Jacobo Varela Torres, y los oficiales de órdenes tenientes de navío de 1.ª clase Horacio Pavía y Rodríguez de Alburquerque y Melchor Ordóñez Ortega.

Finalmente, y como primer jefe de la Fuerza de Infantería de Marina del apostadero de Filipinas, estaba en teniente coronel Olegario Castellani Marfori, y, como capitanes de las compañías indígenas, Pedro Mayobre López (capitán de la 1.ª Compañía Indígena, que actuó como jefe accidental de la fuerza de Infantería de Marina durante los sucesos del 20 de enero de 1872), Santia-

---

<sup>13</sup> Archivo Histórico de la Marina. Hoja de Servicios del contralmirante Manuel Mac Crohon Blake.

<sup>14</sup> Archivo Histórico de la Marina. Hoja de Servicios del capitán de navío Manuel Carballo Goyos.

<sup>15</sup> Archivo Histórico de la Marina. Hoja de Servicios del capitán de navío Luis Gaminde Torres.



Figura 19: Sargento de Infantería de Marina destinado en Filipinas en la 2.ª mitad del siglo XIX. Fotografía del *Museo Naval de Madrid*.

go Sande Calvo y José Manuel Torres Silva. Esta Fuerza de Infantería de Marina, estaba compuesta por unos 400 hombres, en su mayoría indígenas, aunque la oficialidad y la mayor parte de la suboficialidad eran españoles/peninsulares. Su armamento, en dichas fechas (y de acuerdo con el Reglamento de 1870), constaba de fusiles y carabinas rayadas Berdan, modelo 1867, dotadas de sable-bayoneta modelo 1857, siendo el de los jefes y oficiales el revólver de seis tiros modelo Lefauchaux y la espada de ceñir «*de hoja recta, puño de ébano con emblema en la taza cincelada y vaina de cuero charolado*»<sup>16</sup>.

## LA SUBLEVACIÓN DE ENERO DE 1872

### *Origen de la sublevación y planes de los insurrectos*

A lo largo del año 1870, y dentro del amplio programa reformista iniciado por el gobierno presidido por el general Juan Prim y con el almirante Juan Bautista Topete como ministro de Marina, se aprobaron los nuevos

<sup>16</sup> RIVAS FABAL, José Enrique: *Historia de la Infantería de Marina española*. Editorial Naval. Madrid, 1970.

Reglamentos de Contabilidad para el material de los arsenales (Decreto de 25 de enero de 1870) y las Ordenanzas para el Régimen Militar y Económico de los arsenales (Real Decreto de 15 de julio de 1870), que reorganizaron los diferentes ramos de los arsenales navales de la época (Ingenieros, Artillería, Administración, Infantería de Marina y Sanidad) de manera más adecuada a las necesidades del servicio que debían realizar. En Filipinas, y, más concretamente, en el arsenal de Cavite, estas nuevas disposiciones (al igual que otras reformas administrativas emprendidas por los diferentes gobiernos del Sexenio Democrático) fueron recibidas con desagrado, sobre todo, porque suponían que, a partir del 1.º de enero de 1871, los obreros del arsenal (en su mayoría indígenas) deberían sujetarse al pago de tributo y a la prestación personal, perdiendo, con ello, el privilegio de excepción que tenían, desde antiguo.

Los primeros en protestar fueron algunos funcionarios y religiosos españoles partidarios del antiguo régimen isabelino, como el teniente Montesinos, el oficial de Administración Militar Morquecho y los religiosos Antonio Rufián (de la orden de San Juan de Dios) y Gómez (prior del convento de los padres recoletos de Cavite), quienes se opusieron abiertamente a las nuevas medidas, aludiendo que el propio gobernador general del archipiélago, Rafael Izquierdo, las había considerado como una «*injusticia*». Rápidamente, se unieron a las protestas diversos grupos de filipinos



Figura 20: Imagen de satélite de la península de Cavite, en la actualidad.

descontentos, que quisieron aprovechar la ocasión que se presentaba para ensayar un movimiento insurreccional contra los españoles, cuyo objetivo final era acabar con la administración española y proclamar la independencia de todo el archipiélago.

El complot indígena, únicamente extendido por las provincias de Manila y Cavite, contaba con dos tramas, una militar y otra civil, que, lógicamente, debían actuar de forma coordinada y diligente. En la trama militar, participaron los sargentos mestizos Lamadrid, Bonifacio Octavo y Patricio, los cabos de Infantería de Marina Pedro Monosón y Tolentino (que fueron los encargados de soliviantar los ánimos y recoger firmas de comprometidos entre los artilleros del Fuerte de San Felipe y en el Regimiento de Infantería n.º 7 (que constituían la guarnición militar de dicha plaza), así como dentro del arsenal naval de Cavite e, incluso (aunque con escaso éxito), en parte de la marinería indígena de la escuadra, sobre todo de la fragata *Berenguela*). Otros participantes fueron el cabo 1.º del Regimiento de Infantería Teodoro Real, el maquinista Regino Cosca y el escribiente del arsenal Vicente Generoso. Por su parte, la trama civil estuvo encabezada por los religiosos nativos José Burgos (doctor en teología y cura párroco de la catedral de Manila), Mariano Gómez (cura de Bacoor), Jacinto Zamora Guevara (cura de Quiapo), por los abogados Regidor, Pardo, Serra y Sánchez, el dirigente local Eduardo Camerino (indultado, un año antes, por el anterior capitán general, De la Torre) y por otros comerciantes locales, como el contratista del arsenal Máximo Inocencio (que también se consideraba afectado por las nuevas reformas administrativas) y Francisco Saldua (que era el más violento y que proponía, claramente, «*eliminar a todos los peninsulares*»).

El plan de los insurgentes consistía en aprovechar la salida del arsenal de Cavite del grueso de la escuadra de Filipinas, con destino a Joló (iniciada el 23 de diciembre de 1871), con el comandante general del apostadero Manuel Mac Crohon y el grueso de las fuerzas de Infantería de Marina a bordo, para provocar un incendio en Tondo, que creara confusión entre las autoridades españolas, al que seguiría un levantamiento general de las fuerzas indígenas del Regimiento de Artillería de Manila, que ocuparía la fortaleza de la Real Fuerza de Santiago. Por su parte, en Cavite, unos disparos de cañón serían la señal convenida para que se alzaran en armas las fuerzas indígenas del Regimiento de Artillería del Fuerte de San Felipe y de Infantería de Marina del arsenal, a las que se unirían unos 500 civiles armados dirigidos por Eduardo Camerino. La fecha elegida para el inicio de la sublevación era el domingo 21 de enero de 1871 y la hora prevista las 12 de la noche.



Figura 21: Imagen de satélite del tramo final de la península de Cavite, con el detalle del Arsenal Naval en su parte meridional.

### *Conocimiento de los planes de insurrección por las autoridades españolas y medidas adoptadas*

En la mañana del viernes 19 (y, por tanto, dos días antes de la fecha prevista para el inicio de la sublevación), el jefe encargado de la comandancia general de Marina de Cavite, capitán de fragata Manuel Carvallo, recibió en Manila dos anónimos escritos en los que se le informaba de todo lo que se preparaba<sup>17</sup>. El primero de los citados anónimos, decía lo siguiente: «*Manila 17 de Enero de 1872. Sr. D. Manuel Carballo: Por diferentes sexos, clases, oficios y estado, de quien he oído decir que en la ciudad de Manila ha de haber una sublevación altamente extraña el sábado 20 del corriente, a la hora más privada de la noche, que según tratan de hacer conforme al plan manifestado que solo está aguardando que aleje de la bahía el vapor Valiente, creo menester resguardar el arsenal con mucha precaución porque es el sitio de la población que más le interesa los atentados, creo que V.*

<sup>17</sup> Informe del comandante general accidental de Marina del apostadero de Filipinas al ministro de Marina y vicepresidente del Almirantazgo, emitido el 5 de febrero de 1872. *La Gaceta de Madrid*, N.º 84. 24 de marzo de 1872.

*Con superior alcance sabrá dictar órdenes tan medidas que no de lugar á este tan desgraciado pensamiento. Noticias muy ciertas que da un natural de este suelo». Por su parte, el segundo de los anónimos rezaba de la siguiente manera: «Sr. Capitán del puerto, Comandante general interino: Pongo en su conocimiento que, enterado esta misma noche en el mercado de esta y en las murallas para que el día viernes o sábado de esta semana dará un cañonazo en el fuerte de Manila, señal de una sublevación contra los españoles, logra esta ocasión por no estar toda la escuadra. El que sirve de cabeza de motín es el M.R. P. Burgos en Manila, y en Cavite los sargentos de artillería y cabos de infantería de Marina indígena. Asimismo, Sr. Comandante general, ruega este que suscribe para que mire con atención, y que Dios ayude vuestros pensamientos. Y estas mismas manifestaciones tendrá el Sr. Comandante del arsenal, el Capitán general y el Gobernador de esta plaza. Lo más acertado, señor, resguardar los fuertes de Manila y Cavite con soldados españoles, y que recoja a todos los cabos y sargentos indígenas, siendo el motín ó el que conquista a todos los que están en esta plaza el cabo Pedro y Celestino, de infantería e Marina; que inmediatamente que asegure a los dos, y que ordenen al Gobernador de esta plaza para que haga requisita y prendan a los soldados cumplidos que están en Cavite. El que da noticia es un indio, que desea el bien y la tranquilidad.»*

Manuel Carballo, y a pesar de no dar un crédito absoluto a los anónimos recibidos, los remitió, inmediatamente, al capitán general del archipiélago y procedió a adoptar una serie de medidas preventivas que evitaran toda posible sorpresa, aunque procurando evitar, en lo posible, alarmas innecesarias. Sin pérdida de tiempo se desplazó a Cavite, en cuyo arsenal dispuso que todas las guardias se reforzaran y tuvieran a su frente oficiales peninsulares, que en el cuartel de Infantería de Marina permaneciera un capitán y dos subalternos de manera continua y que el servicio de ronda se hiciera por todos los buques de forma rigurosa. Asimismo, ordenó que pernoctaran dentro del arsenal todo el personal militar (incluido el de las unidades navales que se encontraban en carena) y que las armas portátiles de los buques, depositadas y en composición en los talleres de Artillería, se alistasen y repartiessen a cada uno, con sus municiones correspondientes.

Ante la ausencia del grueso de la escuadra (que se encontraba, desde un mes antes, en concreto desde el pasado 23 de diciembre, realizando una nueva expedición por el archipiélago de Joló), se ordenó que se mantuvieran totalmente preparados los cañoneros *Samar* y *Bulusan* para actuar en el momento en que se hiciera necesario, y que se botase al agua la goleta *Filomena* (subida en varadero para limpiar fondos), a pesar de la escasa marea que había en esos momentos. También, y como medida preventiva, se apresó y se puso bajo

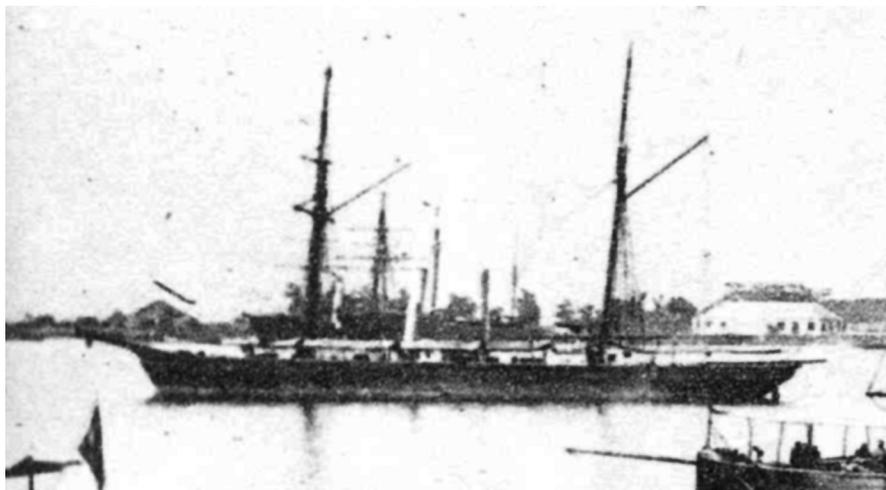


Figura 22: Goleta de hélice *Santa Filomena*, de 510 toneladas de desplazamiento, máquinas de 100 c.v. nominales, que le proporcionaban una velocidad de 8 nudos, y un armamento de dos cañones rayados de 16 cm. y uno de 12 cm. Fotografía del libro *Buques de Vapor de la Armada Española*. J. Lledó Calabug.

arresto vigilado a los citados cabos Pedro y Tolentino, mencionados en los anónimos recibidos, vigilándose también, estrechamente, al resto de los cabos indígenas. Finalmente, se reforzó la vigilancia del río Pasig de Manila con una falúa del crucero de bahía al servicio del corregidor.

*Se inicia la sublevación en el Fuerte de San Felipe y en el arsenal de Cavite*

Los planes inicialmente previstos por los insurrectos sufrieron un ligero contratiempo, provocado por el nerviosismo de alguno de los comprometidos, en concreto, del destacamento indígena del 7.º Batallón de Artillería que guarnecía el Fuerte de San Felipe, o ciudadela de Cavite (formado por un teniente y un sargento peninsulares, y un sargento, cuatro cabos segundos, un corneta y 32 soldados indígenas), el cual, al comprobar las medidas preventivas que estaban adoptando los mandos españoles de la plaza, se sublevaron hacia las ocho de la noche del sábado 20 de enero, adelantando, con ello, en 24 horas, el inicio de la sublevación. El teniente y el sargento españoles al mando de la fortaleza fueron asesinados en los primeros momentos, al intentar oponerse a la sublevación, junto con una criada filipina, resultado también herida la esposa del teniente, e ileso un fraile español, y, media hora más tarde (entre las ocho y las nueve de la noche),



Figura 23: Puerta principal del Fuerte de San Felipe de Cavite, en el que, a las ocho de la noche del sábado 20 de enero de 1872, se inició la sublevación de Cavite. Fotografía del libro *Memoria del 98. El País*.

los ya sublevados comenzaron a efectuar los primeros disparos de fusil contra el arsenal, como señal de inicio de la insurrección.

En esos mismos momentos, la fuerza de Infantería de Marina que había quedado en Cavite (constituida por tan solo 54 miembros, en su mayoría indígenas) se encontraba formada en el patio de armas de su cuartel, preparándose para realizar el relevo de guardias del arsenal, pero, al oír los primeros disparos del Fuerte de San Felipe, la mayor parte de sus componentes (en concreto 38 individuos de dicho cuerpo) se unieron a la sublevación e intentaron eliminar a sus mandos peninsulares y ocupar la cárcel del lugar, al grito de «*mueran todos los españoles y viva la independencia*», «*entablado una terrible refriega con sus oficiales y clases europeas que intentaron contenerlos, en cuya refriega quedaron muertos, como buenos y esforzados el capitán José Torres Silva, el sargento 1.º Miguel Gómez Herrera, herido de gravedad el teniente Guillermo Herce, que falleció a las pocas horas, y, levemente, el capitán Santiago Sandes*»<sup>18</sup>. El capitán Torres, el sargento Gómez Herrera, y un soldado europeo resultaron muertos en los primeros momentos de la insurrección, cuando intentaban contener a los sublevados, mientras que el teniente Guillermo Herce, sería herido, gravemente, en el momento en que intentaba abrir la puerta del cuartel (al pare-

<sup>18</sup> Informe del comandante general accidental de Marina del apostadero de Filipinas al ministro de Marina y vicepresidente del Almirantazgo, ya citado.



Figura 24: Foto de satélite con el detalle del Arsenal de Cavite en la actualidad y los restos del Fuerte de San Felipe, junto a su entrada de tierra.

cer, por los disparos efectuados por el cabo 1.º indígena Justo Lindon), con objeto de facilitar la entrada de las tropas de Infantería que, presumiblemente, acudirían a sofocar la insurrección.

El capitán Pedro Mayobre López, jefe accidental de las tropas de Infantería de Marina (por ausencia de su teniente coronel titular, que se encontraba en la ya mencionada expedición a Joló), pidió, rápidamente, ayuda y el envío de refuerzos al primer jefe del Regimiento de Infantería n.º 7 que guarnecía la plaza de Cavite, el cual, poco después, y al frente de 500 hombres, penetraba a viva fuerza en el cuartel de Infantería de Marina (desde cuyas ventanas le hicieron un nutrido fuego los sublevados), rompiendo sus puertas con hachas y zapapicos facilitados por el comandante del presidio (el capitán de carabineros Guillermo Conesa Navarro). Ya en el interior del cuartel, se entabló un duro combate, que incluyó una decidida carga a la bayoneta, tras la que se logró herir o apresar a trece insurrectos y hacer huir al resto hacia el Fuerte de San Felipe. Diez infantes de Marina indígenas que no habían participado en la insurrección (pero que *«habían dado muestras*

*inequívocas de estar comprometidos en la sublevación»*), fueron enviados, de manera preventiva, al cuartel del Regimiento de Infantería n.º 7, quedando dieciséis soldados de Infantería del Ejército como retén en el recién liberado cuartel de Infantería de Marina.

Casi simultáneamente con estos hechos, los doce infantes de Marina indígenas que hacían guardia en la puerta exterior del arsenal abandonaron precipitadamente sus puestos y se refugiaron, también, en la fortaleza de San Felipe, comenzando a disparar contra los españoles, desde posiciones ventajosas que dominaban, prácticamente, todo el recinto del arsenal y su entrada por tierra.

La primera defensa del arsenal la organizó el teniente de Infantería de Marina Ramón Pardo Pardo, que se encontraba realizando, en esos precisos momentos, el servicio de ronda del recinto naval, mediante la disposición de guardias *«listas con armas cargadas y distribuidas para contestar el fuego que ya hacían desde las murallas los sublevados»*. Poco después, y al acudir al recinto el comandante del arsenal, capitán de fragata Luis Gaminde, dispuso su defensa con la escasa fuerza disponible, compuesta por la marinería de las goletas *Filomena* y *Animosa*, personal del depósito del arsenal, empleados de la maestranza y unos pocos soldados de Infantería de Marina de las guardias y retenes del interior (en total, algo menos de sesenta hombres), formando trozos avanzados que distribuyó, estratégicamente, por todo el recinto. En el trozo más avanzado, se colocó el comandante de la goleta de hélice *Santa Filomena*, teniente de navío de 1.ª clase Pascual Aguado, que muy pronto resultó herido de gravedad y tuvo que ser reemplazado, en un primer momento, por el contraмаestre de dicho buque, José Sánchez Lojo, y, posteriormente, por el oficial 2.º del Cuerpo Administrativo, Juan Serón Marenco<sup>19</sup> y el alférez de navío Gabriel Lessenne. Por su parte, los trozos de la goleta de hélice *Animosa* (en varadero, para componer su casco, máquina y caldera) se situaron en retaguardia y estuvieron mandados, alternativamente, por su segundo comandante, el alférez de navío Eulogio Merchán Rico (y comandante accidental del buque, por ausencia de su comandante titular, el teniente de navío José Pardo Figueroa) y por el también alférez de navío Eduardo García de Cáceres, y secundados por el contraмаestre Miguel Millón y los terceros habilitados Vicente Acosta y Francisco Elorriaga, así como por diferentes clases y marineros, tanto peninsulares como indígenas. Todos ellos actuaron con indudable valor y evitaron que el recinto del arsenal cayera en manos de los sublevados, destacando, en esos primeros com-

---

<sup>19</sup> Su hermano Francisco, por aquellas fechas contador de navío de 2.ª clase y, con los años, general del cuerpo de Contadores de Marina, estaba casado con Josefina Rolandi Butigieg, tía bisabuela del autor de este artículo.

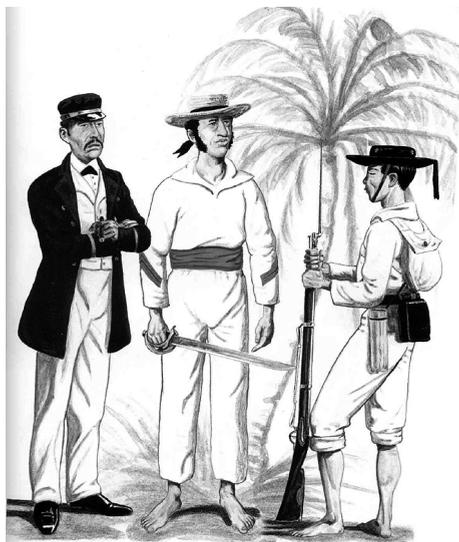


Figura 25: Tropas de marinería nativas en la segunda mitad del siglo XIX. Grabado del libro *Filipinas 1847-1851*. A.L. Martín Gómez.

bates, el oficial 1.º del Cuerpo administrativo de la Armada, Angel Baleato, que sería herido mortalmente de dos disparos enemigos, mientras desempeñaba una comisión de enlace encomendada por el comandante del arsenal.

*Primer asalto frustrado al fuerte de San Felipe. Las noticias de la insurrección en Cavite llegan a Manila. Medidas adoptadas y rápido envío de refuerzos*

Iniciada la sublevación, y ante el fragor de los primeros combates, un buen número de oficiales de Marina que se encontraban en el núcleo urbano de Cavite, acudieron rápidamente al arsenal, para incorporarse a sus respectivos destinos. Uno de ellos sería el joven teniente de Infantería de Marina, José Sancho Méndez-Núñez (tío bisabuelo del autor de este artículo, y, con los años, general de brigada de dicho cuerpo)<sup>20</sup>, que, revólver en mano,

<sup>20</sup> El teniente de Infantería de Marina, José Sancho Méndez Núñez, sobrino del vicealmirante Casto Méndez Núñez, el héroe del Callao, y tío bisabuelo del autor de este artículo, salvaría su vida, milagrosamente, durante estas jornadas, primero mientras atravesaba, bajo el fuego enemigo, la peligrosa avenida que le separaba de la puerta del arsenal (donde caería herido mortalmente, su compañero de travesía, el médico mayor y jefe de Sanidad del arsenal, Rómulo Valdivieso) y, posteriormente, durante el asalto al fuerte de San Felipe, en el que participó al frente de fuerzas de la Marina, por la parte de la muralla próxima al arsenal.

y en compañía de otros oficiales, acudió hacia el arsenal, atravesando la larga avenida que separaba el núcleo urbano de Cavite del recinto naval, bajo un nutrido fuego de fusilería que le hacían los rebeldes desde el fuerte exterior de San Felipe. La mayoría conseguiría su objetivo, aunque no todos, como sería el desafortunado caso del médico mayor y jefe de Sanidad del arsenal, Rómulo Valdivieso, que caería muerto durante su intento.

Hacia las diez de la noche, el gobernador militar de Cavite, al frente de dos compañías del Regimiento de Infantería n.º 7 (de La Princesa), y con apoyo de fuerzas de Marina, iniciaron un primer y frustrado asalto al Fuerte de San Felipe por su lienzo de muralla próximo a las puertas del arsenal, en el que cayeron muertos el alférez de navío Rafael Ordóñez, el contramaestre, graduado de alférez de fragata, José Fernández Acebedo<sup>21</sup>, que mandaba la guardia de la puerta exterior del arsenal, y el capitán de la 2.ª Compañía del regimiento de Infantería n.º 7, Luis Vila, resultando heridos varios soldados. Al comprobar la dificultad de la acción, por la escasa fuerza atacante disponible y la decidida defensa que realizaban los sublevados desde sus ventajosas posiciones, se retiró a Cavite, dejando, como defensa exterior de las puertas del arsenal naval y auxilio de la próxima fábrica de tabacos (defendida por carabineros), una guardia de 20 soldados de Infantería, al mando de un teniente. Durante toda la noche del 20 de enero, el fuego de fusilería y de cañón del sublevado Fuerte de San Felipe (que contaba con 12 cañones de diferentes calibres), sobre el arsenal fue muy nutrido, siendo contestado, en todo momento, por las tropas leales.

Ya en Cavite, el gobernador militar recibió la visita del segundo ayudante de la plaza, teniente Agustín Vázquez, y del civil español, José Gómez, ofreciéndose a desplazarse a Manila para informar de lo que estaba sucediendo a las autoridades de la capital. Obtenida la autorización, los citados españoles se pusieron en camino en un coche de caballos y sin protección militar alguna, siendo interceptados y asesinados, durante su recorrido, por una partida de nativos rebeldes.

Pero la noticia del alzamiento de Cavite terminaría llegando a Manila, en concreto hacia las doce y media de la noche y por medio de un parte que le llevó, en mano, el comandante de Ingenieros de la Armada Manuel Guinart, al jefe encargado de la comandancia general de Marina, capitán de fragata Manuel Carvallo, quien, inmediatamente (como a la una de la madru-

---

<sup>21</sup> En el último tercio del siglo XX, y desde julio de 1977, un patrullero de la Armada española (el P-15, de 144 toneladas de desplazamiento y 36 metros de eslora), presta sus servicios con el nombre de Patrullero Acevedo, en honor de este contramaestre ferrolano muerto en los combates de Cavite, durante la noche del 20 de enero de 1872.

gada del 21 de enero), dio cuenta de los hechos al capitán general del archipiélago, Rafael Izquierdo, junto con la petición de envío urgente de refuerzos. Éste, y sin pérdida de tiempo, se dirigió, en persona, a la Real Fuerza de Santiago, para calibrar el estado de ánimo de su guarnición (en su mayoría nativa) y al comprobar que éstas no secundarían la insurrección, ordenó al teniente gobernador, general Felipe Ginovés Espiner, que encabezara los regimientos filipinos n<sup>os</sup> 1 (del Rey) y 2 (de la Reina) y se dirigiera a Cavite, para sofocar la sublevación de esta plaza, acompañados de respectivas dotaciones de artillería, ingenieros y servicios médicos.

Pocas horas después, y en la misma mañana del domingo 21 de enero, Manuel Carvallo embarcó en el cañonero *Balusan*, en compañía de algún personal de la capitania del puerto de Manila, y, llevando consigo un importante cargamento de municiones, se dirigió, por mar, al arsenal de Cavite. En el río Balig de Manila dejó dos falúas armadas y otras embarcaciones menores, con las máquinas encendidas («*sobre la máquina*»), así como todos los vapores mercantes disponibles en el puerto, por si resultaban necesarios para el transporte de tropas. Durante su ausencia de Manila, el teniente de navío retirado y ayudante de matrículas, Bonifacio Roselló, quedaría encargado, interinamente, de la capitania del puerto.

### *Llegada de los primeros refuerzos a Cavite y asalto final al Fuerte de San Felipe*

Al llegar al arsenal de Cavite (hacia las 11 de la mañana del 21), Carvallo encontró ya perfectamente organizada la defensa del mismo (y dirigida por su comandante general, capitán de fragata Luis Gaminde), procediendo a pertrechar a sus defensores con la munición traída y a reforzar sus guardias con 25 marineros desembarcados del cañonero *Balusan* y de la capitania del puerto de Manila, que se apostaron en parapetos, desde los que se contestaba al fuego que se recibía del fuerte de San Felipe, con ayuda de dos cañones pedreros montados en puntos estratégicos del arsenal. Por la parte del mar, el cañonero *Samar* y otras embarcaciones menores quedaron encargadas de vigilar las avenidas del arsenal ante cualquier posible ataque por sorpresa que pudiera intentar el enemigo, así como de «*rechazar a las muchas barcas que venían con gente armada de Bacor, a ayudar a los rebeldes*».

Comprobado que los insurgentes permanecían refugiados en el Fuerte de San Felipe y que no parecía probable una acción de éstos sobre el arsenal, hacia las cuatro y media de la madrugada Carvallo regresó a Manila, a

bordo del cañonero *Balusan*, donde se entrevistó, nuevamente, con el capitán general, al que informó del estado de la situación en Cavite y recomendó el pronto envío de las fuerzas de refuerzo, ya preparadas y listas para su inmediato traslado a Cavite.

Pocas horas después, y como a las ocho de la mañana del lunes 21 de enero, 800 hombres de los regimientos de Infantería filipinos n<sup>os</sup> 1 (del Rey) y 2 (de la Reina), al mando del general Ginovés, y reforzados con cuatro piezas de artillería de 12 centímetros, con 30 artilleros españoles y 30 indígenas y su correspondientes municiones y reservas, y algunas fuerzas de ingenieros y servicios sanitarios, embarcaron en tres vapores mercantes y se dirigieron a Cavite. Por su parte, Carvallo y el general Ginovés, acompañados del coronel jefe de Estado Mayor, José Rubí, el coronel comandante de Ingenieros de Manila, dos comandantes, dos ayudantes de campo y el teniente de navío de 1.<sup>a</sup> clase Santiago Patero, se embarcaron en el cañonero *Balusan* y se adelantaron para identificar el punto más idóneo donde efectuar el desembarco de las tropas, que se realizó, poco después, y hacia las diez de la mañana, sin ninguna novedad. Al pasar frente al sublevado fuerte de San Felipe, el cañonero *Balusan* realizó tres disparos de cañón sobre el mismo, que no fueron contestados por los insurrectos.

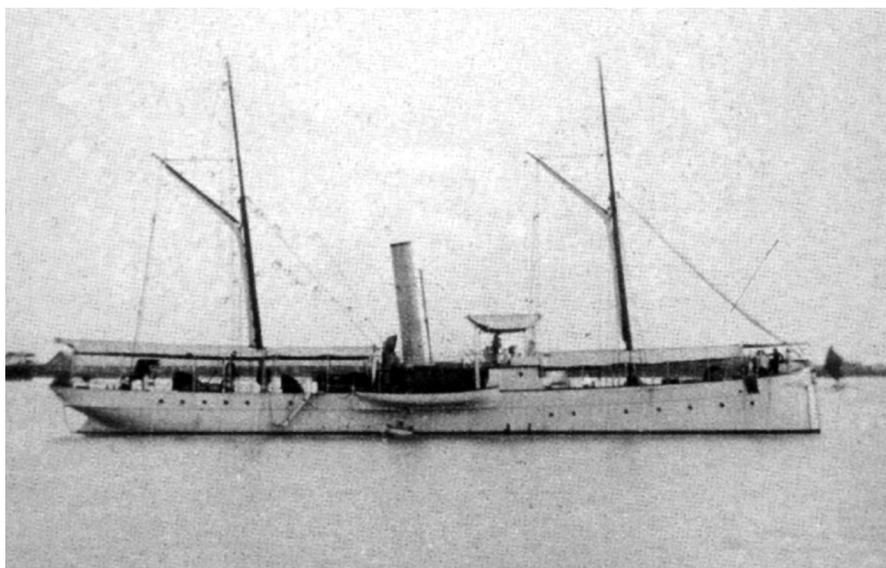


Figura 26: Cañonero *Samar*, con casco de acero y 83 toneladas de desplazamiento. Armado con un cañón de 16 cm a proa y otro de 8 cm a popa, ambos rayados, este cañonero realizaría la defensa por mar del arsenal de Cavite, durante los sucesos del 20 al 22 de enero de 1872. Fotografía del libro *La Guerra del 98*. A.R. Rodríguez González.

Los refuerzos desembarcados se dirigieron, rápidamente, a la población de Cavite, donde se alojaron en el cuartel del Regimiento n.º 7, procediéndose, inmediatamente, a reforzar diferentes puntos de la población. El arsenal (con el que solo existía comunicación segura por mar, al continuar su avenida de entrada por tierra totalmente bajo los fuegos del fuerte sublevado) sería reforzado con 50 hombres del Regimiento n.º 1, que relevaron algunos puestos de la marinería (muy fatigada, al estar bajo el fuego enemigo desde la noche anterior) y, esa misma noche, con otros 50 hombres llegados desde Manila, mientras que otros 150 hombres del Regimiento n.º 1 pasaban a reforzar la cárcel, el cuartel de Infantería de Marina y la fábrica de tabacos.

Mientras tanto, y a lo largo de todo el lunes 21, los sublevados del Fuerte de San Felipe quedaron totalmente rodeados y sitiados por las fuerzas gubernamentales, que ya hicieron algunas decenas de prisioneros y 24 muertos entre los rebeldes que intentaban fugarse del fuerte. El fuego de los sublevados se fue haciendo, poco a poco, menos intenso y, por el contrario, mucho más activo el de los sitiadores, que castigaban duramente a los sitiados con certeros disparos efectuados por tiradores selectos emplazados en

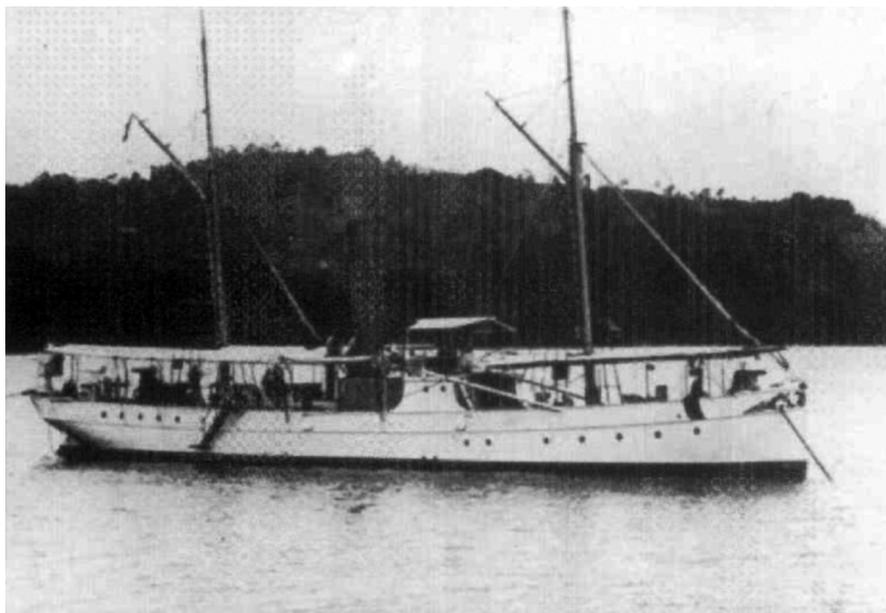


Figura 27: Cañonero *Arayat*, con casco de acero y 53 toneladas de desplazamiento. Armado con un cañón rayado de 12 cm a proa. En un cañonero similar a este, concretamente en el *Bulusán*, el capitán de fragata Carvallo y el general Ginovés se desplazarían a Cavite en la mañana del lunes 21 de enero de 1872. Fotografía del libro *La Guerra del 98*. A.R. Rodríguez González.

los tejados de los edificios del arsenal y desde dos pequeñas piezas pedreras de artillería situadas en puntos estratégicos del mismo, a los que se unieron los disparos efectuados por la artillería naval del cañonero *Samar*, que consiguieron desmontar varias piezas enemigas y producir varios muertos entre los sublevados. Por su parte, la artillería del fuerte sublevado también conseguiría alcanzar con sus disparos al arsenal y a las fuerzas atacantes, logrando, uno de sus disparos, atravesar la parte alta del costado del cañonero *Samar*, aunque sin consecuencias graves, y otro herir, de diferente consideración, a siete componentes de la guardia del arsenal.

Durante esta jornada, destacaría la actuación del ya citado teniente de Infantería de Marina, Ramón Pardo Pardo, quien se ofrecería voluntario para subir, con varios marineros, a los tejados de la Casa de la Comandancia del arsenal, desde la que batió, con sus certeros disparos de fusilería, a los servidores de una pieza de artillería enemiga emplazada frente a la misma y que había sido la responsable, pocas horas antes, de los impactos sobre el cañonero *Samar* y la guardia del arsenal.

Todo estaba preparado para el asalto final, el cual no debía retrasarse mucho tiempo, ante las noticias que acababan de recibirse sobre la posible llegada de 400 nuevos rebeldes, que, desde el vecino pueblo de Bacoor, se dirigían hacia Cavite para unirse a los sublevados. Para intentar evitarlo, el comandante jefe de la Guardia Civil de Manila se dirigió hacia Cavite, situando a sus fuerzas en posiciones que controlaban todas las avenidas de entrada a esta población.

La escasa respuesta de los sublevados desde el fuerte de San Felipe durante toda la tarde y noche del 21 hacía presagiar que los rebeldes se encontraban ya muy desanimados y que su resistencia al asalto sería escasa (al comprobar que las tropas filipinas llegadas desde Manila no solo no se habían unido a la sublevación, sino que, por el contrario, iban a encargarse de realizar el asalto final), pero, a pesar de ello, se transmitió, entre todas las fuerzas leales, la clara y contundente orden de apoderarse de la fortaleza a todo trance, «*pasando a cuchillo, a cuantos insurrectos opusiesen la menor resistencia*».

Finalmente, y al amanecer (en concreto, hacia las seis de la mañana) del martes 22, las fuerzas gubernamentales iniciaron el ataque del Fuerte de San Felipe de Cavite, que comenzó con un intenso fuego de artillería, con granadas explosivas, contra la puerta de la fortaleza (que consiguió batirse) y el interior del fuerte, que realizaron un total de 84 disparos (21 por pieza). A continuación, y al más clásico estilo decimonónico, hacia las seis y media de la mañana se dio la señal de asalto, al grito de «*¡Viva España!*» y a los aires del toque de «*paso de ataque*» entonado por las músicas de los regimientos.

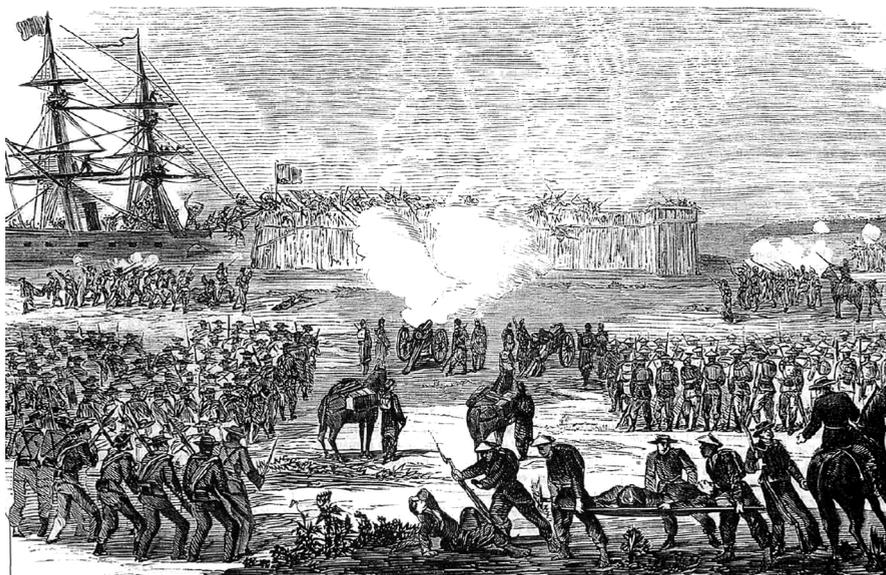


Figura 28: Asalto a un fuerte de la época en Filipinas. Durante el asalto del Fuerte de San Felipe de Cavite en la mañana del 22 de enero de 1872, y en las jornadas previas al mismo, se producirían 150 bajas, entre muertos y heridos, entre ellos 49 muertos de los sublevados y 24 de los asaltantes. Grabado de *El Mundo Milita*, 1861.

El asalto fue rápido y con la ayuda de escalas, siendo realizado, de forma simultánea y por distintos frentes, por tres columnas de ataque, compuestas por compañías de los regimientos de Infantería 2.º y 7.º, mandadas y encabezadas por sus respectivos jefes peninsulares, a las que se unió una tercera, por el lienzo de muralla del arsenal, formada por fuerzas del Regimiento de Infantería n.º 1 y de la Marina. En esta tercera columna actuarían los tenientes de Infantería de Marina Ramón Pardo y José Sancho Méndez-Núñez, al frente de fuerzas de marinería, que consiguieron batir a varios insurrectos que intentaban huir por dicho sector, entre los que se encontraba el citado cabo 1.º indígena Justo Lindon, responsable de la muerte del teniente de Infantería de Marina Guillermo Herce, dos días antes.

La resistencia fue muy escasa y, en menos de media hora (hacia las siete de la mañana), la fortaleza había sido ocupada totalmente. No se hicieron prácticamente prisioneros durante el asalto, y la mayoría de los 35 rebeldes que todavía permanecían en su interior, fueron «*incontinenti pasados por las armas*», como refleja, clara y duramente, el informe oficial de los hechos<sup>22</sup>.

<sup>22</sup> Informe del comandante general accidental de Marina del apostadero de Filipinas al ministro de Marina y vicepresidente del Almirantazgo, ya citado.



Figura 29: Impactos de proyectiles de artillería en uno de los muros del Fuerte de San Felipe durante el ataque del 22 de enero de 1872. Fotografía del libro *Memoria del 98. El País*.

En su interior se encontraron los cadáveres de dos militares españoles (el teniente gobernador de la fortaleza y un sargento), junto con el de una criada filipina, asesinados por los sublevados en la noche del 20 de enero, así como herida (en una pierna) la esposa del oficial y, totalmente ileso, un fraile de la orden de San Juan de Dios, que fueron rápidamente liberados y atendidos. La insurrección de Cavite había acabado.

### *BALANCE FINAL DE LOS HECHOS*

#### *Valoración general*

La insurrección de Cavite tan solo había durado 35 horas (desde las ocho de la noche del sábado 20 de enero de 1872, hasta las siete de la mañana del lunes 22), y, desde todo punto de vista, había constituido un completo fracaso para los sublevados.

El primer fracaso fue el político, al no conseguir sus dirigentes y organizadores que se llevaran a efecto los iniciales planes de sublevación general en Manila, Cavite, Bacoor y otros puntos de la isla de Luzón (provincias de Manila, Cavite, Laguna y Batangas), y que solamente se materializaran, en solitario, en la plaza de Cavite, y, además, de forma precipitada e incompleta. La trama civil no se vio, prácticamente, por ninguna parte, incluidos los quinientos civiles armados comprometidos por Eduardo Camerino, que no aparecieron en ningún momento de la insurrección, salvo, de forma muy

reducida, en las pequeñas embarcaciones que fueron dispersadas frente al arsenal naval.

Resultó evidente, que el supuesto deseo generalizado de los filipinos de la época por alcanzar su independencia (comprensible, por otro lado, como el de cualquier pueblo colonizado y marginado del control de su gobierno) no era real o no estaba todavía suficientemente maduro y extendido, como se comprobaría en esta ocasión e, incluso, un cuarto de siglo después, durante el proceso final de independencia de 1896-1898. El respaldo de la mayoría del pueblo filipino a la insurrección fue prácticamente nulo, salvo casos muy puntuales, y, en la mayor parte de los casos, más relacionados con intereses particulares, que con verdaderos deseos de emancipación, siendo muchos más los filipinos que se mantuvieron fieles a las autoridades españolas, que los que siguieron a los sublevados.

Desde el punto de vista militar, el fracaso también sería total. Faltó organización, compromiso real y masivo de las fuerzas nativas de las dos principales guarniciones del archipiélago (Manila y Cavite) y un mando militar preparado y unificado de la sublevación, a lo que, indudablemente, se uniría, la adecuada respuesta de las autoridades españolas, que con sus oportunas medidas preventivas, muy posiblemente restaron muchos comprometidos iniciales a la insurrección y frustraron la prevista sublevación en la capital, Manila, que resultaba totalmente imprescindible para el pretendido triunfo final de la insurrección.

Las supuestas implicaciones masivas de las fuerzas nativas no se materializaron, finalmente, al permanecer, en su totalidad, fieles a las autoridades españolas todas las tropas nativas de la capital, Manila (del 1.<sup>er</sup> y 2.<sup>o</sup> Regimientos de Infantería) y del 7.<sup>o</sup> Regimiento de Infantería en Cavite, así como prácticamente toda la marinería indígena. Solamente respondieron a la sublevación, las escasas fuerzas de Artillería de la fortaleza de San Felipe y una parte de las tropas de Infantería de Marina que permanecían en su cuartel de Cavite. En total, poco más de dos centenares de hombres, a los que les fallaron el resto de los supuestos implicados, entre ellos los quinientos civiles armados comprometidos por el dirigente Eduardo Camerino.

Por el contrario, por parte española, y en esta ocasión, todo fueron aciertos, lo cual no deja de sorprender, dada la precaria situación de sus fuerzas disponibles (en su mayoría indígenas o desplazadas con motivo de la expedición a Joló). Los aciertos comenzarían con el buen uso de la información secreta y anónima recibida desde varios días antes de la insurrección y con la adopción de una serie de oportunas medidas preventivas, que, sin duda, desanimaron a muchos posibles comprometidos y restaron posibilidades de éxito a los finalmente implicados. A este primer acierto, seguiría la adecua-

ALMIRANTAZGO

Parte que da á los Excmos. Sres. Ministro de Marina y Vicepresidente del Almirantazgo al Comandante general accidental de Marina del Apostadero de Filipinas, relativo á la sublevacion ocurrida en Cavite.

COMANDANTE GENERAL DE MARINA. Excmo. Sr. D. FRANCISCO DE P. LAFUENTE.—Núm. 198.—Cavite, E. P. Por la comunicacion que con fecha 22 del próximo pasado tuvo el honor de dirigirme á este cuerpo se habrá V. E. enterado á grandes rasgos de los graves y tristes sucesos que tuvieron lugar en la plaza de Cavite y arsenal, como consecuencia de la sedicida rebelion de la fuerza de Artilleria indigena que guardaba el fuero de San Felipe y parte de la tropa de infanteria de Marina. La memoria del tiempo hasta la salida del correo que se verificó á las pocas horas de terminada la insurreccion; los graves cuclidos y situaciones que en aquellos momentos pesaban sobre mí, y la falta de datos circunstanciados para hacer la verdadera relacion de lo ocurrido, no me permitieron entonces dar algun detalle. Hoy puedo ya hacerlo, y comprendo desde luego tan triste resultado.

En vista de lo mas importante de los sucesos acaecidos que me copia acompaño á este parte, y en los cuales, como verá V. E., se demuestran una sublevacion contra los españoles, que debía tener lugar sin embargo en Manila y Cavite.

A pesar del sesazo vago que tales sucesos tienen en otros tiempos, la circunstancia de convenir en algunos puntos con otros sucesos que de algun tiempo atrás se han sucedido en Manila y Cavite, me dirigió al Excmo. Sr. Capitan general de esta Isla, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

Y con tanta mayor necesidad de tener á la vista las precauciones, cuando que estando fuera toda la sesion y sin recursos propios en el arsenal para defenderse, podían poligrasarse las espaldas de Cavite, como en el establecimiento. En el momento en que me encontraba en el punto de partida para ir á Cavite, me dirigí al Excmo. Sr. Capitan general de esta Isla, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

En el arsenal dispongo que todas las guardias se reforzaran y vivieran á su vez, como en el caso de Manila, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

Tomadas estas disposiciones preventivas, relacionadas á mi parte por la comunicacion que se advierte entre los avisos mandados á otros lugares de Manila, como en el caso de Manila, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

Entre otras y media y nueva de la noche del 20 empezaron á otros lugares de Manila, como en el caso de Manila, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

En el mismo día á la salida de las sublevaciones presento en el cuartel á viva fuerza suficiente las desgracias de los sublevados, que hubieron ocasionado hasta la fuerza de San Felipe para recoger el mismo día de las insurrecciones, concluyéndose en el cuartel entre heridos y prisioneros.

En el día 21 por la mañana se situó en el punto exterior del arsenal, compuesto de 40 soldados de las compañías indigenas, abandonando voluntariamente el punto de escape la maralla de la fortaleza, se retiró en ella, volviendo sus armas contra nosotros.

Entre tanto el Comandante del arsenal disponga de la fuerza del establecimiento con la marina de las pelotas y Animoes, gente del depósito, empleados exaltados en el arsenal y los soldados de la fuerza de San Felipe y de las guardias y retines interiores que se mantuvieron á nuestro lado. Se disponieron tropas avanzadas uno á otros para nuestro honor en caso de ataque á viva fuerza, costandome el sufrido fuego que hicieron los sublevados, reordenándose parapetados al abrigo de la fortaleza, cuyos fuegos de cañon y fusil dominan todo el arsenal. En el día avanzado de dichos sucesos se colocó con parte de un regulo el Comandante de la Flotilla, To-

21 MARZO DE 1872

GACETA DE MADRID, N.º 84

mente de navio de primera clase D. Pascual Aguado, que muy pronto llegó á Cavite, acompañándole en su punto, el primero el Contralmirante don Juan José Sanchez Lajo, y después el Oficial segundo del Cuerpo administrativo D. Juan Serrón y el Alférez de navio D. Gabriel Lesenne, quedando el primero á las inmediatas órdenes de este.

Los trozos de la Animoes que competieron la gloria de ocupar tambien los sitios de mayor peligro fueron mandados alternativamente por su segundo el Alférez de navio D. Eugenio Merlián y el del mismo grado D. Eduardo García de Caceres, secundados por el Contralmirante Miguel Millán, y los tercetos habilitados Vicente Acosta y Francisco Oberinger distinguiéndose en su portada y tenaz resistencia. Oficiales, clases y marineros, así indigenas como europeos.

Llamados por el deber á sus puestos los Oficiales que quedaban en Cavite, sucesos al venir al arsenal un tercio de los fusil, que dejó muerto en el acto al Médico mayor y Jefe de Sanidad del arsenal D. Dionisio Yañiz. Poco antes, al descomponerse el mayor arroyo, una gran cantidad que el Comandante del arsenal le habia enviado, murió de los balazos el Oficial primero del Cuerpo administrativo de la Armada D. Angel Balbino.

El Gobernador de la plaza, á la cabeza del regimiento núm. 7, intentó penetrar en el arsenal cercado tambien sublevado; pero el primer Contralmirante graduado de Alférez, don fraga D. José Fernandez Arece, que guardó la puerta exterior, con heroico arrojo y levantado patriotismo salió al encuentro de las tropas, y dando un viva á España intentó salvar la plaza, que los sublevados oponian, cayendo muerto en el acto.

Acto continuo el Alférez de navio D. Rafael Orozco, que acompañaba al Gobernador de la plaza, trató el parapeto con heroísmo y al salir, acompañado de un soldado, cayó muerto de tres balazos. El soldado, arrojado al este distrito y valiente Oficial, lo mismo que el del Contralmirante graduado de Alférez de navio don fraga D. José Fernandez Arece, que guardó la puerta exterior, con heroico arrojo y levantado patriotismo salió al encuentro de las tropas, y dando un viva á España intentó salvar la plaza, que los sublevados oponian, cayendo muerto en el acto.

En el momento en que me encontraba en el punto de partida para ir á Cavite, me dirigí al Excmo. Sr. Capitan general de esta Isla, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

En el momento en que me encontraba en el punto de partida para ir á Cavite, me dirigí al Excmo. Sr. Capitan general de esta Isla, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

En el momento en que me encontraba en el punto de partida para ir á Cavite, me dirigí al Excmo. Sr. Capitan general de esta Isla, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

En el momento en que me encontraba en el punto de partida para ir á Cavite, me dirigí al Excmo. Sr. Capitan general de esta Isla, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

En el momento en que me encontraba en el punto de partida para ir á Cavite, me dirigí al Excmo. Sr. Capitan general de esta Isla, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

En el momento en que me encontraba en el punto de partida para ir á Cavite, me dirigí al Excmo. Sr. Capitan general de esta Isla, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

En el momento en que me encontraba en el punto de partida para ir á Cavite, me dirigí al Excmo. Sr. Capitan general de esta Isla, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

En el momento en que me encontraba en el punto de partida para ir á Cavite, me dirigí al Excmo. Sr. Capitan general de esta Isla, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

En el momento en que me encontraba en el punto de partida para ir á Cavite, me dirigí al Excmo. Sr. Capitan general de esta Isla, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

En el momento en que me encontraba en el punto de partida para ir á Cavite, me dirigí al Excmo. Sr. Capitan general de esta Isla, y me dirigí en seguida á Cavite para que tomara en el personal cuantas medidas de precaucion que le parecieron oportunas durante el viaje, pero habiendo existido una escasez de datos en la cual pudieran ser perjudicados.

Paso, como antes dicho, con relativa tranquilidad y sin gran esfuerzo ni movimiento de los rebeldes. El día 21 de febrero de 1872, durante la cual, como en el día anterior, se escaparon algunos fugitivos.

Al amanecer del 22 las fuerzas del ejército ocuparon el campo de artillería sobre la fortaleza de San Felipe y momentos después penetraron las tropas en el fuerte, donde se encontraban de 30 á 35 hombres que incontinenti fueron pasados por las armas.

Al amanecer del 22 las fuerzas del ejército ocuparon el campo de artillería sobre la fortaleza de San Felipe y momentos después penetraron las tropas en el fuerte, donde se encontraban de 30 á 35 hombres que incontinenti fueron pasados por las armas.

Al amanecer del 22 las fuerzas del ejército ocuparon el campo de artillería sobre la fortaleza de San Felipe y momentos después penetraron las tropas en el fuerte, donde se encontraban de 30 á 35 hombres que incontinenti fueron pasados por las armas.

Al amanecer del 22 las fuerzas del ejército ocuparon el campo de artillería sobre la fortaleza de San Felipe y momentos después penetraron las tropas en el fuerte, donde se encontraban de 30 á 35 hombres que incontinenti fueron pasados por las armas.

Al amanecer del 22 las fuerzas del ejército ocuparon el campo de artillería sobre la fortaleza de San Felipe y momentos después penetraron las tropas en el fuerte, donde se encontraban de 30 á 35 hombres que incontinenti fueron pasados por las armas.

Al amanecer del 22 las fuerzas del ejército ocuparon el campo de artillería sobre la fortaleza de San Felipe y momentos después penetraron las tropas en el fuerte, donde se encontraban de 30 á 35 hombres que incontinenti fueron pasados por las armas.

Al amanecer del 22 las fuerzas del ejército ocuparon el campo de artillería sobre la fortaleza de San Felipe y momentos después penetraron las tropas en el fuerte, donde se encontraban de 30 á 35 hombres que incontinenti fueron pasados por las armas.

Al amanecer del 22 las fuerzas del ejército ocuparon el campo de artillería sobre la fortaleza de San Felipe y momentos después penetraron las tropas en el fuerte, donde se encontraban de 30 á 35 hombres que incontinenti fueron pasados por las armas.

Al amanecer del 22 las fuerzas del ejército ocuparon el campo de artillería sobre la fortaleza de San Felipe y momentos después penetraron las tropas en el fuerte, donde se encontraban de 30 á 35 hombres que incontinenti fueron pasados por las armas.

Al amanecer del 22 las fuerzas del ejército ocuparon el campo de artillería sobre la fortaleza de San Felipe y momentos después penetraron las tropas en el fuerte, donde se encontraban de 30 á 35 hombres que incontinenti fueron pasados por las armas.

Al amanecer del 22 las fuerzas del ejército ocuparon el campo de artillería sobre la fortaleza de San Felipe y momentos después penetraron las tropas en el fuerte, donde se encontraban de 30 á 35 hombres que incontinenti fueron pasados por las armas.

Al amanecer del 22 las fuerzas del ejército ocuparon el campo de artillería sobre la fortaleza de San Felipe y momentos después penetraron las tropas en el fuerte, donde se encontraban de 30 á 35 hombres que incontinenti fueron pasados por las armas.

Al amanecer del 22 las fuerzas del ejército ocuparon el campo de artillería sobre la fortaleza de San Felipe y momentos después penetraron las tropas en el fuerte, donde se encontraban de 30 á 35 hombres que incontinenti fueron pasados por las armas.

Al amanecer del 22 las fuerzas del ejército ocuparon el campo de artillería sobre la fortaleza de San Felipe y momentos después penetraron las tropas en el fuerte, donde se encontraban de 30 á 35 hombres que incontinenti fueron pasados por las armas.

Figura 30: Informe del comandante general accidental de Marina del apostadero de Filipinas al ministro de Marina y vicepresidente del Almirantazgo, emitido el 25 de febrero de 1872. La Gaceta de Madrid, N.º 84. 24 de marzo de 1872.

da y rápida actuación de las autoridades militares del archipiélago. Fue un verdadero éxito la actuación del capitán general del archipiélago, Rafael Izquierdo, consiguiendo la fidelidad de las fuerzas indígenas de los regimientos de Infantería en Manila (que resultaron vitales a la hora de enfrentarse a los sublevados), así como la del diligente gobernador militar de Cavite y de todas las fuerzas de Marina (especialmente del jefe encargado, interinamente, de la Comandancia general de Marina del archipiélago, capitán de fragata Manuel Carballo, y del comandante del arsenal de Cavite, capitán de fragata Luis Gaminde), que actuaron con extraordinaria celeridad y acierto, a pesar de sus escasos medios disponibles. No hay que olvidar, que durante la sublevación de Cavite, el verdadero peso de los combates lo soportaron, en ambos bandos, las propias tropas filipinas nativas. Salvo los mandos, en su totalidad peninsulares (o «*europesos*», como se decía en la época), la tropa era básicamente nativa y su fidelidad a las autoridades españolas siempre resultaba dudosa y dependía, en la mayor parte de los casos, de su relación personal con sus mandos directos.

En lo referente a la Marina de Guerra, su actuación sería especialmente encomiable y singularmente valerosa, siendo el comportamiento de sus mandos en la defensa del arsenal, sin excepción alguna, decisivo y digno de engrosar las páginas más gloriosas de la historia de su cuerpo, como lo demuestra el importante número de bajas que registró durante los hechos y los elogiosos comentarios que recogió en su informe el capitán general del archipiélago, en el que resaltó «*El comportamiento de todas las clases de la Armada fue el que correspondía a los buenos y leales servidores de España: Jefes, Oficiales, Contramaestres y marineros, todos rivalizaron en valor, abnegación y patriotismo, del mismo modo que lo hizo el ejército que combatió á su lado*»<sup>23</sup>.

#### *Estimación de bajas y primeras medidas adoptadas*

De acuerdo con los informes emitidos por las autoridades militares del archipiélago (del Ejército y de la Marina), durante los duros combates de los días 20 a 22 de enero de 1872 se produjeron cerca de 150 bajas, entre muertos y heridos. Los sublevados serían los que llevarían la peor parte, con 49 muertos (una treintena de ellos en el asalto final al Fuerte de San Felipe) y prácticamente ningún herido (debido a que, en su mayoría, fueron remata-

---

<sup>23</sup> Informe del gobernador general de Filipinas, general Rafael Izquierdo, al ministro de la Guerra, emitido el 31 de enero de 1872. *La Gaceta de Madrid*, N.º 84. 24 de marzo de 1872.

dos durante los combates), mientras que las fuerzas gubernamentales sufrirían 24 muertos (un jefe, 9 oficiales, un suboficial y 13 soldados y marineros), junto con 62 heridos de diferente consideración (9 oficiales y 53 soldados).

Las fuerzas del Ejército sufrieron medio centenar de bajas, entre las que se contaron 9 muertos (4 oficiales y 5 individuos de la clase de tropa) y 43 heridos de diferente consideración (6 oficiales y 37 individuos de la clase de tropa). Los oficiales fallecidos serían el 2.º ayudante de Estado Mayor de plazas, Agustín Vázquez Hidalgo, el capitán de la 2.ª Compañía del Regimiento n.º 7 de La Princesa, Luis Vila, el alférez del mismo regimiento, Manuel Montesinos, y el teniente de Artillería, Nicolás Rodríguez.

Por su parte, las bajas la Marina, entre muertos y heridos, ascendieron a una treintena, resultando 15 muertos (un jefe, cinco oficiales, un suboficial y ocho individuos de la clase de marinería y tropa), así como 19 heridos de diferente consideración. Entre los fallecidos estuvieron el médico mayor y jefe de Sanidad del arsenal, Rómulo Valdivieso, el oficial 1.º del Cuerpo administrativo de la Armada, Ángel Baleato, el capitán de Infantería de Marina José Torres Silva, el alférez de navío Rafael Ordóñez, el teniente de Infantería de Marina Guillermo Herce, el contraamaestre, graduado de alférez de fragata, José Fernández Acebedo y el sargento 1.º de Infantería de Marina Miguel Gómez Herrera; y, entre los heridos, el teniente de navío de 1.ª clase Pascual Aguado, el capitán de Infantería de Marina Santiago Sandes, el teniente del mismo cuerpo Ramón Pardo, y 16 individuos más de la clase de tropa y marinería.

Todos los muertos y heridos, serían trasladados, mientras duraron los combates, al Taller de Recorrida del arsenal y atendidos por el jefe de Sanidad del establecimiento, Juan Mendoza, y, posteriormente, finalizada la sublevación, al hospital de Cavite, en cuyo cementerio se dio sepultura a los fallecidos (en concreto, 49 cadáveres de insurrectos y 24 de las fuerzas leales).

También cabría destacar (y así se recoge en el Informe al Almirantazgo del comandante general accidental de Marina del Apostadero de Filipinas, Manuel Carballo, emitido el 5 de febrero de 1872) la brillante actuación, durante los hechos, de diferente personal de la Armada, como fueron los casos del capitán de fragata Luis Gaminde, el teniente de navío Domingo Caravaca, los alféreces de navío Eulogio Merchán, Gabriel Lessenne y Eduardo García de Cáceres, el oficial del Cuerpo administrativo Juan Serón, el condestable José Garsón, los contraamaestres Luis López García y Jesús M.ª Manzo Pereira, los tenientes de Infantería de Marina Ramón Pardo y José Sancho Méndez-Núñez y los sargentos, del mismo cuerpo, Manuel Conejero y Antonio Lozano.

*Relación nominal de los Oficiales e individuos de tropa muertos ó heridos en las operaciones que han tenido lugar en Cavite los días 20, 21 y 22 del actual con motivo de la insurrección habida en aquella plaza.*

**Rey, número 1.**

Plácido Gandula, soldado de la segunda compañía. Muerto.

**Reina, número 2.**

Jorge Güibuyen Coropa, soldado de la primera compañía. Herido en el brazo izquierdo.

**Princesa, número 7.**

Arendio San Buenaventura, músico perteneciente á la primera compañía. Herido grave de bala en el pié izquierdo.

Guillermo del Rosario, soldado de la primera compañía. Herido grave de bala en la pierna izquierda.

Antonio Paculba, soldado de la primera compañía. Herido leve de bala en el muslo izquierdo.

D. Vicente Lopez Morquecho, Alférez de la primera compañía. Cuatro heridas, una en la cara, dos en los brazos y otra en la ingle izquierda, grave.

José Auras, soldado de la primera compañía. Muerto.

D. Luis Vila, Capitán de la segunda compañía. Muerto.

D. Manuel Ortiz, Teniente de la segunda compañía. Herida grave de bala en el muslo izquierdo.

Pedro Yumbuy, soldado de la segunda compañía. Herida grave de bala en el brazo izquierdo.

Mariano Ormanil, soldado de la segunda compañía. Herida grave en la cabeza.

Hermenegildo Atienza, soldado de la segunda compañía. Herida leve de bala en el muslo.

Eusebio Borja, soldado de la segunda compañía. Herida en el muslo izquierdo.

Pedro Olarte, músico perteneciente á la tercera compañía. Herida grave de bala en la cabeza.

Teodoro Panaligan, soldado de la cuarta compañía. Herida grave de bala en el muslo izquierdo.

José Algandria, cabo segundo de la cuarta compañía. Herida grave de proyectil traspasando las ingles. Falleció el 21 por la noche.

Demito Cerezo, soldado de la cuarta compañía. Herida grave de bala en la clavícula derecha y en la cara.

Mamerto Hilario, soldado de la quinta compañía. Herida muy grave en la axila derecha. Falleció en la madrugada del 23.

Pablo de Castro, cabo segundo de la quinta compañía. Herida leve de bala en el pié izquierdo.

D. Manuel Montesinos, Alférez. Muerto.

Isidro Goog, soldado de la sexta compañía. Herida muy grave de proyectil que penetró por entre las dos últimas costillas falsas del costado izquierdo y salió por el hipocóndrio derecho. Falleció el 23.

**Estado Mayor de plazas.**

D. Aguslin Vazquez ó Hidalgo, segundo Ayudante. Varias heridas graves de bala y arma blanca. Falleció el 29.

**Artillería.**

D. Nicolás Rodríguez, Teniente. Muerto.

Además hay contusos leves dos Capitanes, un Teniente, un Alférez y 23 individuos de tropa.

Manila 30 de Enero de 1872.—El Coronel, Jefe de Estado Mayor, José Rubi.

Figura 31: Relación de bajas entre las tropas del Ejército, durante el asalto al Fuerte de San Felipe de Cavite. Del Informe del gobernador general de Filipinas, general Rafael Izquierdo, al ministro de la Guerra, emitido el 31 de enero de 1872. *La Gaceta de Madrid*, N.º 84. 24 de marzo de 1872.

Recuperado el Fuerte de San Felipe, bajo cuyos fuegos se había encontrado sometido el arsenal durante toda la insurrección, el establecimiento volvió a recuperar, en pocos días, su casi normal funcionamiento, solamente alterado por algunas medidas precautorias que se mantuvieron durante varias semanas, ante «*la eventualidad remota de nuevos trastornos*», procediéndose, de inmediato, a reparar los ingenieros de la Armada los escasos desperfectos sufridos en las instalaciones. La artillería y las municiones llegadas desde Manila, fueron reembarcadas en las goletas *Filomena* y *Animosa*, dejándose «*lista de máquina*» la primera, por si se hacía necesaria una nueva intervención, y la segunda para que pudiera utilizarse como batería, aunque remolcada por otro buque.

Por su parte, el grueso de las fuerzas del Ejército llegadas desde Manila regresó a la capital en los siguientes días, con la salvedad de dos compañías de cada regimiento, que permanecieron en Cavite, durante unos pocos días más, como refuerzo de su guarnición, del arsenal y de la recuperada fortaleza de San Felipe, y de otras dos compañías, que, al mando del coronel de la Guardia Civil de Manila, recorrieron los pueblos vecinos de la provincia de Cavite, deteniendo a posibles sospechosos y en prevención de posibles alteraciones del orden público.

*Prisiones realizadas, juicios sumarísimos, condenas, cumplimiento de sentencias e indultos finales*

Las detenciones y la apertura de sumarios de presuntos implicados comenzaron a las pocas horas de sofocada la insurrección de Cavite. A los 71 prisioneros rebeldes apresados durante la insurrección y los posteriores combates (una parte procedente del arsenal y otros de la fortaleza de San Felipe), se unirían 14 individuos del Regimiento de Artillería de Cavite (considerados «*cómplices e instigadores de la rebelión*») y cerca de una decena de civiles supuestamente implicados en los hechos y apresados durante los siguientes días. En este segundo grupo estarían los conocidos religiosos José Burgos (párroco de San Pedro, doctor en teología y derecho, fiscal eclesiástico de Manila, canónigo magistral de su catedral e hijo de un militar español y de una nativa filipina), Agustín Mendoza (párroco de Santa Cruz, en Manila), Mariano López y Feliciano López, así como los civiles Joaquín Pardo de Tavera (médico), Enrique Parayso, Antonio M.<sup>a</sup> Regidor, José M.<sup>a</sup> Basa y Pío Basa, que fueron rápidamente enviados a la capital, Manila, incomunicados en la Real fuerza de Santiago y sus expedientes remitidos al fiscal del tribunal militar.

Pocos días después (el 26 de enero), un primer Consejo de Guerra que juzgó sumarísimamente a los detenidos durante los combates emitió 41 duras sentencias de muerte, 28 de las cuales fueron, finalmente, conmutadas por el general gobernador y reducidas a diez años de «*prisión con retención*», al estimar éste ya muy elevada la mortandad habida durante los combates y suficiente la ejecución de 13 implicados «*para servir de saludable escarmiento*».

A primeras horas de la mañana del día siguiente (siete de la mañana del 27 de enero), y con asistencia de todos los cuerpos de la guarnición, nueve de los condenados a muerte fueron ejecutados en la capital, Manila, y los cuatro restantes en la plaza de Cavite.

Tras estas primeras detenciones, juicios sumarísimos y ejecuciones «*en caliente*», en los siguientes meses prosiguieron las indagaciones y la búsqueda de otros posibles implicados en la sublevación de Cavite, que dieron como resultado la detención de otra treintena de sospechosos, como fueron los curas Mariano Gómez (de 85 años de edad), Jacinto Zamora y Guevara, y los abogados Serra y Sánchez, todos ellos supuestamente implicados en formar parte de la Junta de Gobierno que pensaba instaurarse tras el triunfo de la insurrección, así como de algunos militares y personal de la Maestranza de la Armada, como el maquinista de la marinería Regino Cosca, el escribiente del arsenal Vicente Generoso y el cabo 1.º del Regimiento de Infantería Teodoro Real<sup>24</sup>. En estas detenciones, el capitán general del archipiélago, Rafael Izquierdo (reconocido francmasón), al parecer tuvo un especial cuidado en excluir de las mismas a los francmasones filipinos implicados en la insurrección, hecho que sería muy criticado, tanto en Filipinas, como en España, por el trato de evidente privilegio que suponía, con respecto del resto de los encausados.

Los juicios fueron también rápidos y, a pesar de las escasas pruebas disponibles, la débil defensa presentada por sus abogados y el evidente deseo de proseguir con el mensaje de dureza ante cualquier posible nuevo intento insurreccional, terminó dando por resultado, el 15 de febrero, el que los tribunales militares los declararan culpables y que se dictaran tres nuevas sentencias a muerte (a garrote vil) y más de una veintena de condenas de entre 10 y 8 años de prisión mayor, que se cumplirían en las islas Marianas. Los condenados a la pena capital fueron los presbíteros filipinos José Burgos, Mariano Gómez y Jacinto Zamora, de los que se solicitó la previa degradación canónica al arzobispo de Manila, Gregorio Melitón Martínez, que

---

<sup>24</sup> JOVER ZAMORA, José M.ª: *La Era Isabelina y el Sexenio Democrático-II*. Página 1.203. Editorial Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1981.

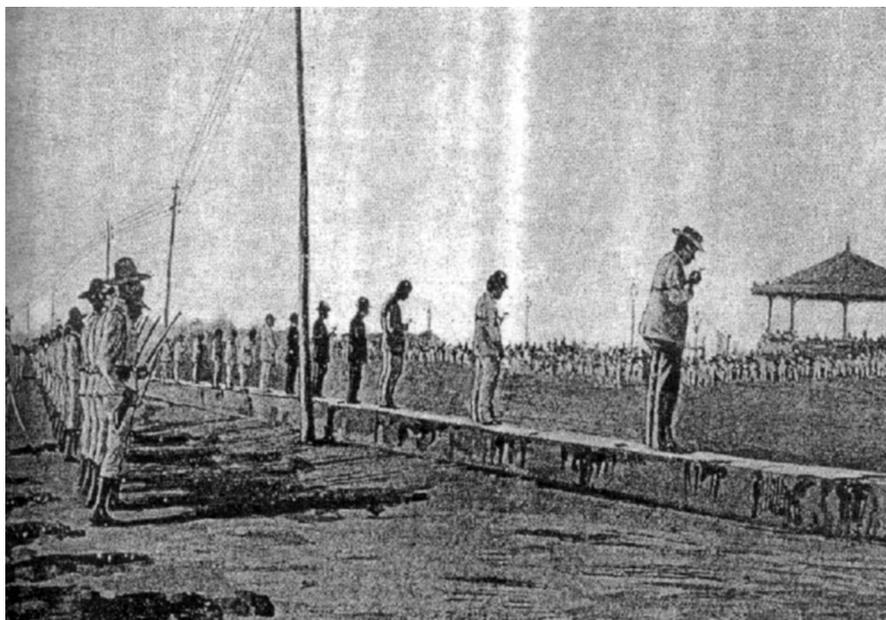


Figura 32: Fusilamientos de condenados filipinos en el Campo de Camarines, en las afueras de Manila, a finales del siglo XIX. Grabado del libro *La Guerra olvidada de Filipinas 1896-1898*. Andrés Más Chao.

denegó la solicitud y, por el contrario, rogó el indulto de los condenados, apelando «a los sentimientos misericordiosos del gobernador general». La contestación de éste fue inmediata y rotunda: «¡Que Dios les perdone en el cielo! Aquí, en la tierra, su crimen ha sido tan grande y la ley les condena a un castigo severo y ejemplar, en justa satisfacción de los sagrados intereses que han afrentado»<sup>25</sup>. Finalmente, las tres nuevas sentencias a la última pena fueron ejecutadas a las ocho de la mañana del 17 de febrero, en el campo de Bagumbayan (hoy Parque Rizal).

Un año más tarde, y tras proclamarse la 1.<sup>a</sup> República en España (11 de febrero de 1873), un decreto del nuevo gobierno republicano (de 19 de marzo de 1873) aprobó la revisión de las causas y, siete meses después (el 23 de octubre del mismo año) la conmutación de las sentencias por el confinamiento de los condenados en la isla de Ibiza y en el Penal de Cartagena. Los afectados no aceptaron la nueva resolución y reclamaron el indulto definitivo, que, finalmente, se les concedería siete meses más tarde (el 31 de mayo de 1874), aunque (y por petición del nuevo gobernador general del

<sup>25</sup> MOLINA, Antonio M.: Obra citada. Página 255.

archipiélago, José Malcampo) con la prohibición expresa de regresar a las Filipinas, que, incluso, terminaría levantándose dos años después (el 18 de abril de 1876).

En menos de cinco años se había cerrado el espinoso tema de los implicados en la insurrección de Cavite de enero de 1872, que constituyó un primer y tímido intento de reivindicación por las armas del movimiento independentista filipino, que no volvería a reactivarse hasta casi un cuarto de siglo más tarde (en concreto, hasta agosto de 1896), en que comenzó una nueva sublevación contra los españoles, en la que, los conspiradores del denominado Katipunan, realizaron varios ataques contra guarniciones de las provincias de Manila y Cavite (incluidas sus capitales), que dejaron como resultado un importante número de muertos y heridos. Dos años más tarde, en el aciago año 1898, la desastrosa guerra contra los EE.UU., propiciaría, nuevamente, la insurrección de los filipinos y la pérdida definitiva del archipiélago, que pasaría a soberanía norteamericana (pasando de una vieja a una nueva dependencia colonial), hasta medio siglo más tarde (julio de 1946), en que las Filipinas obtendrían su tan esperada y demandada independencia definitiva, tras una dura y larga guerra independentista contra los nuevos colonizadores norteamericanos y una, todavía más dura, invasión japonesa, durante la II Guerra Mundial.

# MOTÍN DE LOS SARGENTOS DE LA GRANJA EN 1836

Santos VELAZ SÁNCHEZ<sup>1</sup>

## *RESUMEN*

El Motín de la Granja fue realizado bajo la dirección de los sargentos de la Guardia Real, tropas cuya misión era la defensa y custodia de la familia real que se encontraba descansando en el palacio de la Granja de San Ildefonso. La mayoría de los sargentos terminaban de llegar del frente de la Primera Guerra Carlista donde habían sido condecorados con los máximos honores por su bravura en el combate frente a los carlistas en defensa de los derechos dinásticos de Isabel II.

Es la primera vez en la Historia de España que la clase de tropa, a la que pertenecían los sargentos, se subleva culminando con gran éxito la revolución que semanas antes se había iniciado en la mayoría de las provincias españolas.

La Reina Regente, Doña María Cristina de Borbón y Dos Sicilias, cuarta esposa del Rey Fernando VII, accede a las exigencias de los amotinados nombrando un nuevo gobierno e instaurando la constitución de 1812.

*PALABRAS CLAVE:* Sargento, Motín, Reina Gobernadora, Constitución de 1812, La Granja de San Ildefonso.

## *ABSTRACT*

The Munity of La Granja was led by the sergeants of the Royal Guard, troops whose mission was the defence and the protection of the Royal

---

<sup>1</sup> Comandante de Artillería en la Reserva y Licenciado en Geografía e Historia.

Family, who was resting in the Royal Palace of La Granja de San Ildefonso. Most of the sergeants had just arrived from the First Carlist War, where they had been decorated with full military honours for their bravery in the combat against the Carlists in the defence of the dynastic rights of Isabella II.

It is the first time in the Spanish History in which the troops, which the sergeants were part of, rise up concluding successfully the revolution which had started some weeks before in most of the Spanish provinces.

The Queen Regent, Maria Christina of Bourbon-Two Sicilies, forth wife of King Fernando VII, agreed to the demands of the mutineers creating a new government and setting up the Constitution of 1812.

*KEY WORDS:* Sergeant, Munity, Governing Queen, Constitution of 1812, La Granja de San Ildefonso.

\* \* \* \* \*

**E**n el siglo XIX adquirieron un especial protagonismo los sargentos del ejército español en dos momentos revolucionarios: el primero protagonizado por los sargentos de la guarnición de la Granja en 1836, conocido como *La Sargentada* o *El Motín de los Sargentos de la Granja*, que tuvo un éxito rotundo, y el segundo *El Levantamiento de los Sargentos del Cuartel de San Gil en 1866*, de triste recuerdo por la cruel represión que el gobierno aplicó a los sargentos sublevados.

El Motín de la Granja sucedió en un momento delicado para España, con una guerra civil –la carlista– en pleno apogeo y una encarnizada lucha política entre liberales moderados y exaltados partidarios de la futura reina Isabel II. El Ejército a su vez, reproducía esa misma lucha política en los cuarteles con partidarios de uno y otro bando, ocasionando una gran incertidumbre e inestabilidad.

Al mismo tiempo, no hay duda de que los acontecimientos revolucionarios de 1830 ocurridos en Europa y especialmente en Francia influyeron en la clase política y militar española, teniendo en cuenta además que una parte significativa de la misma se hallaba exiliada en París.

### *EL ESTATUTO REAL*

El Estatuto Real vigente en España en los momentos del Motín, estaba más próximo a una Carta Otorgada que a una Constitución. Promulgado el día 10 de abril de 1834, es breve, con sólo 50 artículos y establecía un sis-

tema bicameral de influencia inglesa, jovellanista y de la Carta Otorgada que existía en Francia; sistemas jurídicos que conocían muy bien los liberales que durante bastante tiempo habían permanecido exiliados tanto en Inglaterra como en Francia en tiempos de Fernando VII.

Desde su proclamación generó la división entre los liberales moderados partidarios del Estatuto y los exaltados o progresistas contrarios a él. Éstos últimos se decantaban por la Constitución de 1812 mucho más enraizada en los principios liberales fundamentales como la soberanía nacional o los derechos individuales.

Como telón de fondo de la primera Guerra Carlista, los gobiernos moderados partidarios del Estatuto –Martínez de la Rosa, Toreno e Isturitz– conscientes de la necesidad de reformarlo, no fueron, sin embargo, capaces de atraerse al grupo de liberales exaltados que propugnaban su acoso y derribo y así, el 13 de agosto de 1836, este grupo con el apoyo del ejército obligó a la Reina Gobernadora a derogar el Estatuto y restablecer la Constitución de 1812. Este suceso es conocido como *El Motín de los Sargentos de la Granja*.

#### *FUERZAS QUE INTERVINIERON EN LA PREPARACIÓN Y APOYARON EL MOTÍN*

##### *La Milicia Nacional*

El origen de la Milicia Nacional está recogido en la Constitución de Cádiz (Título VIII, artículos 362-365). Fue creada el 15 de abril de 1814 para la defensa de la Constitución, y más tarde del Régimen Liberal. Fue disuelta pocos días después por Fernando VII a su regreso de Francia y reaparecerá coincidiendo con los periodos revolucionarios que se sucedieron a lo largo del siglo XIX. Fue conocida con los siguientes nombres<sup>2</sup>:

- En el Trienio Liberal, en los años 1820 al 1823, *Milicia Nacional Local*.
- En la época de la Primera Guerra Carlista y las Regencias desde el año 1833 al 1843, *Milicia Urbana, Guardia Nacional y Milicia Nacional*.
- En el período revolucionario de los años 1854 al 1856, *Milicia Nacional*.
- En el Sexenio Democrático 1873-1875, *Milicia Nacional*.

<sup>2</sup> Carpeta de uniformes de la Milicia Nacional. IHCM.

El nombre de *nacional* fue por oposición a *real*, produciéndose una fuerte pugna por el control de esta milicia, que se convirtió con el paso del tiempo en el brazo armado de la burguesía liberal que terminaba de nacer. Este enfrentamiento creará graves conflictos entre liberales moderados y exaltados, por una parte, y por otra, entre las autoridades nacionales, provinciales y locales. Los movimientos revolucionarios protagonizados por la Guardia Nacional los días anteriores al motín en varias provincias, servirán de apoyo y estímulo a la guarnición de la Granja en su pronunciamiento, y una vez producido el mismo, el gobierno de la nación se encontrará con la imposibilidad de utilizar las tropas acantonadas en Madrid por temor a un levantamiento generalizado de la Guardia Nacional madrileña.

Al ser una fuerza ciudadana e independiente del ejército, estuvo reglamentada por la *Ordenanza para el régimen, constitución, y servicio de la Milicia Nacional Local de la Península e Islas adyacentes* de 1822 y por un Reglamento aprobado en 1873.

El General Evaristo San Miguel, en el acto celebrado en Zaragoza el 18 de abril de 1836, con motivo de la toma de mando de la Capitanía General de Aragón, piropeaba a la Guardia Nacional con la arenga siguiente<sup>3</sup>: «...*Guardias Nacionales: la patria al entregaros las armas que lleváis, os ha dado la prueba mayor de su confianza. Cuando llega el momento del peligro fraternizáis en todo con los soldados del ejército. En vuestros hogares desempeñáis la misión más honrosa que puede distinguir a su ciudadano. Sois los conservadores de la tranquilidad y el orden público. Representan vuestras filas la salvaguarda de las leyes. Sin respeto a las leyes no hay libertad; sin libertad no hay patria...*».

### *La Masonería*

En España está documentada una logia de fundación y obediencia inglesas en Cádiz desde 1753, con afiliación de unos 500 miembros. La proximidad de Gibraltar favoreció su creación y supervivencia debido a las influencias británicas.

La masonería jugó un papel importante en la preparación del Motín de la Granja, como venía sucediendo en los anteriores intentos de sublevación durante la época de Fernando VII. Los masones tuvieron un papel relevante bajo la dirección del conde de Montijo, Gran Maestre, en la preparación

---

<sup>3</sup> Gaceta de Madrid 1836.

y desarrollo del Motín de Aranjuez que derribó al Rey Carlos IV y elevó al reinado a su hijo Fernando VII.

Pero desde muy pronto la masonería intentó a su vez derrocar a Fernando VII y la proclamación de la república en España. Sin embargo, con una opinión pública aún no suficiente madura para ese cambio, la estrategia pasará por el apoyo a todos los pronunciamientos contra el rey, desde los que fracasaron de Díaz Porlier, Lacy, Milans y Vidal, y El Triángulo; hasta el exitoso de Riego en 1820, que dio paso al Trienio Liberal, época en la que la masonería influirá de forma importante en la vida política y militar de España, asentándose en numerosas sociedades secretas. Para el profesor Artola *«El Pronunciamiento de Díaz Porlier en el año 1815, es el primero del que ha quedado constancia de la intención de convocatoria de cortes y de reforma constitucional»*.

La masonería estaba prohibida en España, pero fueron muchos los masones que ocuparon puestos importantes en la política, en el ejército y en la administración. Después de la muerte de Fernando VII, María Cristina promulgó una amplia amnistía, pudiendo regresar muchos exiliados que, adiestrados por la masonería europea, instalaron por toda España logias y clubes que comenzarán a trabajar activamente a favor del liberalismo más exaltado. Para el historiador Pirala<sup>4</sup> *«...La caída de Mendizábal en mayo de 1836 alarmó a los clubes que se unieron y declararon la patria en peligro. Desde este momento era necesario obrar; pero unos querían combatir en el terreno legal, otros en el de la fuerza; y como en todas las circunstancias críticas prevalece siempre la proposición más audaz, se acordó pensar en restablecer desde luego la Constitución de 1812...»*

Istúriz llegó al poder tras desbancar a Mendizábal en mayo de 1836. Varios historiadores, entre ellos el conservador Melchor Ferrer<sup>5</sup>, cree que *«Istúriz desobedeció las instrucciones de las logias masónicas, a las que pertenecía desde los años anteriores al 20; partidario del liberalismo moderado y contrario al pacto con los carlistas, la prensa liberal progresista y la masonería lo acusaron de pro-carlista, partidario de la transacción»*.

### *La Prensa*

El Estatuto Real autorizó, en los Reales Decretos de 4 de enero y 1 de junio de 1834, las publicaciones de libros, revistas, folletos y periódicos.

---

<sup>4</sup> PIRALA, Antonio: *Historia de la Guerra Civil y de los Partidos Liberal y Carlista*. Madrid 1869. Tomo III.

<sup>5</sup> FERRER, Melchor y otros: *Historia del tradicionalismo español*. Ed. Católica española. Sevilla 1945.

Las publicaciones más importantes en ese periodo eran: *El Español* y *La Abeja*, afines al partido moderado; *El Eco del Comercio*, *El Jorobado* y *El Tribuno*, partidarios del partido progresista. La prensa jugó un papel muy importante en la difusión de las ideas liberales y agitó las revueltas políticas. Y así, uno de los sargentos que participó en los Sucesos de la Granja afirmó que durante la Guerra Carlista en las provincias Vascas, los sargentos en su gran mayoría estaban suscritos a los periódicos *El Eco del Comercio* y *El Jorobado*.

*El Eco del Comercio*<sup>6</sup> por ejemplo, nació en mayo de 1834 bajo la dirección de Fermín Caballero y en 1836, su redactor Ángel Iznardi fue acusado de comprar a los sargentos que se sublevaron en la Granja. Este periódico desde su nacimiento pasó a convertirse en el órgano oficioso del progresismo, publicando las directrices de los diputados afines a tal movimiento, y entre ellas la necesidad de priorizar a la Milicia Nacional en contraposición a un Ejército Nacional que era incapaz de dar fin a la guerra carlista de forma satisfactoria. No es anecdótico entonces señalar, como en fechas próximas al inicio del motín —en concreto el 3 de agosto— el comandante militar prohibió la lectura del periódico a los oficiales y sargentos por considerar que el citado alentaba al amotinamiento de la guarnición.

### PROTAGONISTAS MÁS IMPORTANTES DEL MOTÍN

#### *La Reina Regente*

Doña María Cristina de Borbón y Dos Sicilias se casó con su tío Fernando VII en 1829, convirtiéndose en su cuarta esposa. De este matrimonio nacerán dos hijas; una de ellas será la futura reina de España, Isabel II.

A María Cristina le tocará vivir dos momentos difíciles en el Real Sitio de la Granja de San Ildefonso. El primero de ellos ocurrió en 1832 durante la grave enfermedad del Rey Fernando VII; los elementos conservadores que rodeaban al rey, ante el temor de su muerte, conminaron a derogar la Pragmática, por lo cual su hija, la Princesa Isabel, quedaba excluida del trono. María Cristina aceptó la situación convencida de su necesidad para evitar una guerra civil si D. Carlos, hermano del rey, no accedía al trono. La

---

<sup>6</sup> *Examen Crítico de las revoluciones de España 1820-1823 y 1836*. París 1837, Tomo II. De autor anónimo, que dice sobre *El Eco del Comercio*: «Órgano perpetuo del partido anarquista, y lo que todavía es peor, patrono, defensor, y apologista de cuantas sublevaciones mas ó menos sangrientas se han verificado en tres años».

enérgica protesta de la hermana de la reina, Luisa Carlota, y la mejoría momentánea experimentada por Fernando VII hizo que la situación cambiase anulándose los decretos anteriores y nombrándose sucesora a su hija Isabel y Reina Regente, durante su minoría de edad, a su esposa.

El segundo momento ocurrió en el mismo lugar en el año 1836, fue el suceso conocido como *El Motín de los Sargentos de la Granja* por el que la guarnición de la Granja se sublevó y obligó a la Regente María Cristina a instaurar la Constitución de 1812 y a derogar el Estatuto Real vigente.

A los tres meses de quedar viuda, María Cristina se casó en secreto el 28 de diciembre de 1833 con D. Agustín Fernando Muñoz y Sánchez<sup>7</sup>, nacido en Tarancón el 4 de mayo de 1.808, oficial de la guardia de corps, que realizaba servicios junto a su persona. Este matrimonio morganático se mantuvo secreto el tiempo que se pudo. Más tarde, siendo reina Isabel II, lo refrendó y lo autorizó también el Papa. D. Fernando era una buena persona y un buen marido del que estuvo enamorada María Cristina toda su vida. Tuvieron 10 hijos. Isabel II colmó de títulos y honores a su padrastro; entre otros le concedió el ducado de Riansares, el Toisón y le nombró Teniente General de los Reales Ejércitos. D. Fernando apoyó la construcción de los primeros ferrocarriles en España y fue mecenas de varios artistas.

María Cristina, durante los sucesos de la Granja, lo que más temió fue que los amotinados le causaran algún daño a su esposo Don Fernando y que tuviese que renunciar a la Regencia. Algunos autores afirman que los sargentos la amenazaron con dar muerte a su esposo si María Cristina no accedía a las demandas de estos<sup>8</sup>. Sin embargo, por sus hijas no temió, ni por ella, ya que los sublevados daban vivas a la Reina y a las princesas.

### *Mendizábal*

Para la mayoría de los historiadores moderados (Javier de Burgos, Miraflores y Galiano), Mendizábal fue el responsable del Motín. Juan de Dios Álvarez Méndez (*Mendizábal*), reemplazó al Conde de Toreno en la Presidencia del Consejo de Ministros<sup>9</sup>. Se hizo cargo del gobierno en 1835, en un momento delicado en que España se encontraba dividida, sin autoridad,

---

<sup>7</sup> Hoja de Servicio del Teniente General D. Fernando Muñoz. Archivo General Militar de Segovia. *Expedientes de personas célebres*.

<sup>8</sup> BORROW, George: *La Biblia en España*. Alianza Editorial, Madrid 1993.

<sup>9</sup> CHRISTIANSEN, E.: *Los orígenes del poder militar en España, 1800-1854*. Ed. Aguilar, Madrid 1974.

y cuyo verdadero poder residía en las juntas, que lo ejercían en nombre de la soberanía popular. Estas juntas, que proclamaban la unión de todos los liberales, pusieron en sus manos el gobierno de la nación. Su política se fundamentó, básicamente, en conseguir fondos para el tesoro; con el objeto de terminar la guerra logró de las Cortes un voto de confianza, en virtud del cual consolidó la desamortización. A pesar de ser amigo de los ingleses, no accedió a las peticiones de éstos, que querían la firma de un tratado comercial a su favor y en perjuicio de Cataluña. Renegoció la deuda exterior, pero sus medidas militares no contaron con el apoyo de Francia, cuyo rey Luis Felipe odiaba a Mendizábal y conspiró contra él hasta su caída.

La situación interna del país era crítica. Todas las tentativas para fortalecer su gabinete, con la remoción de mandos militares, y relevo de los generales Quesada, San Román y Ezpeleta, no contaron con la aprobación del general Córdova, que no simpatizaba con Mendizábal, ni de la Reina Gobernadora. En abril de 1836, en el discurso de apertura de las cortes, Mendizábal tuvo que dar cuenta del uso que había hecho del voto de confianza que las Cortes le habían concedido y de diversos pronunciamientos, que tuvieron lugar en Málaga, Barcelona y Zaragoza. Ante la dura oposición de los diputados moderados capitaneados por Istúriz y el poco apoyo de la reina Gobernadora, en mayo de ese mismo año Mendizábal dimitió siendo sustituido por Istúriz.

Con Mendizábal se asentaron en el poder los liberales radicales, que no reconocían más representación que la electiva de las Cortes, y la Soberanía Nacional, principios reconocidos en la Constitución de 1812. Esta teoría iba en contra del Estatuto Real, por lo que la Corona evitará convocarlos para las funciones de gobierno, urdiendo la llegada al poder a través del pronunciamiento militar o levantamiento urbano, apoyándose en el ejército, la milicia urbana o nacional, la burguesía urbana etc., como había ocurrido en 1820, 1835, 1836.

### *Los sargentos que formaron la comisión del Motín*

Los datos de los sargentos que intervinieron en la dirección del Motín se pueden consultar en sus expedientes militares que se conservan en el Archivo General Militar de Segovia, situado en el Alcázar de Segovia.

### *El Sargento Juan de Lucas*

Lucas nació en 1812 en Aranda de Duero (Burgos), Sargento segundo del Cuarto Regimiento de la Guardia Real. Fue nombrado miembro de la

comisión que se formó para exponer a la Reina Gobernadora las reivindicaciones de los amotinados en los sucesos de la Granja de 1836.

Después del Motín, acosado por las autoridades civiles y militares, tanto moderadas como progresistas, acusado de participar en varias intentonas contra el gobierno nacido del Motín de la Granja y temiendo por su vida, desertó al bando carlista. Como carlista tomó parte en el asalto de Morella, donde fue condecorado y ascendido a teniente. Más tarde, en la zona de Castilla la Vieja, formando parte de las tropas del Cura Merino, fue herido y hecho prisionero. Después de casi dos años pasando calamidades por distintos hospitales y aún no repuesto de sus heridas, fue condenado por un consejo de guerra verbal por el delito de desertión, aplicándosele inmediatamente la sentencia en 1839 (*ver Anexo número 6*).

### *El Sargento Higinio García*

Higinio García, Sargento segundo del Regimiento Provincial de Segovia y escribiente del Conde de San Román, se incorporó a la comisión de sargentos encargados de exponer las peticiones de los amotinados a la Reina Gobernadora. Por sus conocimientos y sus relaciones con la sociedad de la Granja y de Segovia, se granjeó la confianza de los amotinados, pasando a formar parte del grupo de sargentos encargados de la dirección del motín y de abortar la contra revolución capitaneada por el General Méndez de Vigo mandada por el gobierno de Madrid.

Higinio al día siguiente del Motín se desplazó a Segovia movilizándolo a su Guardia Nacional, y proclamando la Constitución de 1812 con la ayuda del interventor de correos José Ibáñez. De vuelta al Real Sitio apoyó —en previsión de la posible llegada de tropas enviadas desde Madrid para sofocar la rebelión— la defensa del mismo con la instalación de varios cañones traídos desde el Colegio de Artillería.

Después del Motín Higinio sufrió, como el resto de sargentos, acusaciones por su participación en numerosos complots para derribar al gobierno, por lo que fue arrestado en diversas ocasiones siendo deportado a las provincias de Albacete, Murcia y La Coruña, donde permaneció preso en el penal del Castillo de San Antón (*ver el pasaporte que le autoriza a viajar a Albacete, Anexo número 5*).

Higinio, a pesar de su difícil situación, no abandonó el ejército. Alcanzó el empleo de capitán, y fue recompensado ya muy anciano con el empleo de comandante por el Ministro de la Guerra D. Nicolás Estévanez, que rela-

taba este hecho en sus memorias de la forma siguiente<sup>10</sup>: «...no concedí gracia ni ascenso por amistad ni recomendación; los concedí por propuestas de los generales o por acciones de guerra. Tal vez si se rebusca, se halle alguna irregular concesión hecha por mí, y ahora recuerdo que concedí el empleo de comandante a un capitán retirado: A Higinio García, el sargento famoso de La Granja, a quien España debió la Constitución del 37. En el año 1837 (Estévez se confunde porque el año del Motín fue el 36) mereció ser fusilado; en 1873 no era ya el sargento sedicioso, era un anciano, figura histórica de otra generación casi extinguida, a quien debían su posición muchos hombres políticos y algunos generales que no se acordaban de el que trajo las gallinas...».

### *El Sargento Alejandro Gómez Bracamonde*

Nacido en Valladolid, el 26 de febrero de 1814, ingresó en el ejército a los dieciséis años, como cabo primero sin tiempo limitado, el 29 de marzo de 1830. En septiembre pasó a la compañía de Granaderos al servicio de la Guardia Real, donde permaneció hasta el 4 de marzo de 1833, que salió para el Ejército de Observación hacia Portugal. Sargento segundo del Segundo Regimiento de la Guardia Real, tenía 22 años en el momento de los sucesos del Motín, fue la persona que más detalladamente ha contado los sucesos ocurridos durante el Motín de los Sargentos de la Granja<sup>11</sup>.

Comenzada la guerra civil, al regreso de Portugal, pasó al ejército del norte, desde 1833 a 1836. El 27 de septiembre de 1834 se le concedió por diploma el uso de la Cruz de M.<sup>a</sup> Isabel Luisa, por su valor y servicios prestados. Después fue recomendado por las acciones de Elizondo, Azcurra y Piedramillera; en enero de 1835 participó en los enfrentamientos de Orbi-zu; en febrero en Puente Argüijas, y en atención a su gran valor, se le concedió la Cruz de San Fernando de primera clase.

El expediente militar del Sargento Alejandro Gómez, que se custodia en el Archivo General Militar de Segovia, contiene numerosa documentación relativa al Motín y a las peticiones que periódicamente solicitaba al gobierno de turno, sobre todo en la época en la que gobernaban los progresistas, para ayudar a sus compañeros, los sargentos que vivían miserablemente olvidados de aquellos políticos que, gracias al Motín, habían alcanzado

<sup>10</sup> ESTÉVEZ, Nicolás: *Mis Memorias, Prólogo de José L. Fernández-Rua*. Ed. Teba. Madrid 1975.

<sup>11</sup> GÓMEZ, Alejandro: *Los Sucesos de la Granja en 1836*. Madrid 1864, 2.<sup>a</sup> Edición.

puestos relevantes en la política y en el ejército (*ver instancia que dirige a las Cortes, Anexo número 4*).

Alejandro escribió en 1864 el único libro publicado de primera mano que relata paso a paso cómo se desarrolló el Motín titulado *Los Sucesos de la Granja en 1836*. Este libro también se extiende por la grave situación en la que se encontraba España y las causas que motivaron el Motín, la posterior batalla de Matilla y las persecuciones a las que se vieron sometidos los sargentos por aquellos dirigentes políticos y militares que ellos habían alzado al poder.

La última noticia que tenemos de él fué la petición que realizó a las Cortes en 1869, después del destronamiento de Isabel II, (*ver instancia que dirige a las Cortes, anexo número 4*).

Con palabras del profesor Seco Serrano<sup>12</sup>, «*de todos los sargentos, sólo Gómez tenía clara idea del significado y trascendencia de aquel golpe*».

## EL MOTÍN

### *Situación en la que se encontraba España en 1836*

Para el Sargento Alejandro Gómez el Motín sucede por el estado calamitoso en el que se encontraba España, y enumera las siguientes cuestiones<sup>13</sup>:

- «...*Estaba indicada en aquella época por la prensa la idea de que el Gobierno trataba de hacer abandonar las Provincias Vascongadas por nuestro Ejército, estableciendo como divisoria el río Ebro y a beneficio de una intervención extranjera hacer un arreglo de paz, casándose la Reina con el hijo mayor del Pretendiente y proclamando a éste Rey de España.*
- *Como entonces era el Estatuto la ley fundamental del Estado, entre ésta y el absolutismo había de hacerse una amalgama, para que cediendo ambos partidos resultase un absolutismo ilustrado.*
- *Por más que ésta no fuese la idea, no parece sino que toda la marcha del Gobierno se dirigía á justificar estos planes y no había provincia en España donde los conocidos por sus ideales liberales no estuviesen perseguidos y desterrados hasta en los pueblos de menor importancia.*

<sup>12</sup> SECO SERRANO, Carlos: *Historia del Conservadurismo Español*. Ed. Temas de Hoy, Madrid 2000.

<sup>13</sup> GÓMEZ, Alejandro: *Los Sucesos de la Granja en 1836*. Madrid 1864, 2.<sup>a</sup> Edición.

- *De aquí las sublevaciones como las del conde de las Navas en Andalucía, y posteriormente los pronunciamientos de la Coruña, Granada, Málaga, Sevilla, Alicante, Castellón y Zaragoza, proclamando en ellas el restablecimiento del Código de 1812.*
- *El Gobierno se vio, pues, en una situación insostenible y difícil: faltábanle recursos para imponer su dominación en las provincias y rechazar las agresiones carlistas, y se había enajenado las simpatías de los liberales, únicos en quienes se apoyó el Trono para salvarse á la muerte de Fernando VII.*
- *Con tales elementos de perturbación, que llegaban hasta nosotros; con nuestra mudanza repentina de una clase de vida de campaña a otra de guarnición, y socorrido el soldado con nueve cuartos en vez de los trece, queriéndole ahogar hasta el entusiasmo, ¿cómo no había de tener el resultado que dio? ¿Cómo no había de extrañarse aquella saña contra el partido liberal? ¿Cómo no el desarme de la Milicia Nacional en su mayor parte y donde pudo hacerse? Verificado ya con la de Madrid, no quedaba duda del plan en aquella época. ¡Se habría derramado tanta sangre para llegar a un fin semejante!*
- *Esta es la verdad de aquella situación, que por otra parte se veía demostrada al ver simultáneos pronunciamientos en puntos distante entre sí y sin connivencia entre los pronunciados, como sucedió con la columna de la Rivera en Navarra el mismo día que tuvo lugar el movimiento de la Granja...».*

Los hechos ocurridos los días próximos al Motín, y expuestos por otras fuentes coinciden con los relatados por el Sargento Alejandro Gómez.

A finales del mes de junio se publicaba en *La Gaceta de Madrid* una serie de desmentidos negando la intención por parte del Gobierno y la Reina Gobernadora de llegar a un acuerdo con los carlistas, siendo falsas las afirmaciones que señalaban que se estaba preparando una intervención francesa. Estos desmentidos del órgano de prensa nacional no lograban apaciguar los ánimos, sino que los avivaban al tenerse conocimiento del ejército que se estaba formando en el sur de Francia, en la ciudad de Pau, para presuntamente invadir de nuevo el territorio español, teniendo en cuenta, además, los antecedentes del año 1823, cuando el Duque de Angulema y los Cien Mil Hijos de San Luis terminaron con el periodo constitucional del Trienio Liberal y los liberales más exaltados fueron sometidos a durísimos procesos judiciales por orden de Fernando VII. Fue tal vez el temor a que se repitiesen estos acontecimientos, una de las causas fundamentales que provocaron *el Motín de la guarnición de la Granja*.

En Málaga se produjo la primera revuelta el 25 de julio, extendiéndose por toda Andalucía y el resto de España. Los revolucionarios nombraron jefe al comandante de carabineros D. Antonio Escalante. La revuelta fue sangrienta, se asesinó al comandante militar Saint Just que les hizo frente y al jefe político Conde de Donadío. Esta Junta revolucionaria envió el día 28 de julio de 1836 una Exposición a la Reina Gobernadora<sup>14</sup> en la que le daban cuenta de la rebelión general de la mayoría de las provincias y le exigían «...*que se reponga la constitución de 1812, con la cualidad de que las Cortes puedan reformarla y mejorarla desde el momento en que se reúnan...*».

La revolución de Málaga se extendió por Extremadura y Levante. Las provincias de Granada, Huelva, Sevilla, toda Andalucía, no obedecían ya al gobierno de Istúriz y exigían el restablecimiento de la Constitución del año 12. Igualmente La Coruña, Barcelona, Valencia, Cartagena, Badajoz, y gran parte del ejército del norte. Sólo Madrid, bajo la férrea disciplina y control del general Quesada, se mantenía en orden, pero los clubes y logias eran un hervidero de conspiraciones esperando arrebatar el poder a Quesada.

En Zaragoza, el Capitán General Evaristo San Miguel se puso al frente de la revolución para evitar males mayores, acordando con las autoridades civiles la proclamación de la Constitución de Cádiz. Envían un comunicado a la Corte avisando que se convertían en una provincia independiente de la autoridad del gobierno de su Majestad, por considerar al gobierno inepto e inútil. Lo firmaban Evaristo y 45 políticos más.

El día 3 de agosto, a las siete y media de la tarde, estaba preparado el Motín para darse en Madrid, de la misma forma que se dio en la Granja. A la cabeza parece ser que estaba el famoso capitán Cordero, que no fue capaz de llevarlo a cabo con éxito al no coordinar la Guardia Nacional y la tropa.

El día 4 de agosto, desde la Granja, la Reina Gobernadora proclamaba un manifiesto<sup>15</sup> a la Nación para tratar de atraerse a la obediencia a las provincias sublevadas y declarando que la intención del gobierno era lograr la derrota de los carlistas y la felicidad de los españoles.

El 5 de agosto, Istúriz<sup>16</sup> ordenó al embajador de S. M. que comunicara al gobierno francés la autorización para la entrada en España de las tropas francesas, preparadas en Pau para poder retirar del ejército del norte las tropas propias, suficientes para castigar a los rebeldes que no obedecían al

---

<sup>14</sup> PIRALA, Antonio: *Historia de la Guerra Civil y de los Partidos Liberal y Carlista*. Madrid 1869. Tomo III.

<sup>15</sup> Gaceta de Madrid año 1836.

<sup>16</sup> BURGOS, Javier de: *Anales del Reinado de Isabel II*, obra póstuma. Madrid 1850, Tomo III.

gobierno. En Madrid se encontraba un agente especial, M. Bois-Lecomte, enviado por Francia para ultimar los preparativos de la intervención. El primer anuncio de M. Bois-Lecomte consistía en el refuerzo de diez mil hombres a la legión extranjera, que ya se encontraba en Navarra, sin perjuicio de cooperar con otra de igual número en Cataluña y Aragón, si se consideraba necesario. El gobierno de Istúriz confiaba en la capacidad militar del general Quesada y de la Guardia Real para controlar la situación de la capital, y el resto de las provincias, e inmediatamente emprender las reformas necesarias para apaciguar el país.

Pero la situación no dejaba de ser preocupante y así, cuando trascendió la noticia de que el general Córdova, jefe del ejército del norte, se había entrevistado con el general Bruno Villarreal, comandante de las tropas carlistas en La Puebla de Arganzón<sup>17</sup>, localidad al oeste de Vitoria, se produjo una fuerte inquietud al interpretar que dichas conversaciones se realizaban para, de una forma velada, poner fin a la guerra. Al parecer los jefes hablaron sólo sobre el trato a prisioneros y represalias, pero sin embargo, después del Motín, Córdova tuvo que huir a Francia, donde por orden de la Reina Gobernadora trabajó a favor de llegar a un acuerdo con los carlistas.

Barrio Ayuso, el único ministro que en esos momentos se encontraba cerca de la Reina Gobernadora en la Granja, había aconsejado la conveniencia de nombrar como presidente del gabinete a Calatrava, al que suponía con el poder necesario para conjurar la tempestad y restablecer el orden en las provincias sublevadas. Si así lo hubiera hecho, posiblemente no hubiera sido necesario el Motín, porque después de iniciado, su nombre fue impuesto por los amotinados. Barrio Ayuso gozaba de las simpatías de los sargentos, que no exigieron su relevo, y tenía un conocimiento real de la situación. El Marqués de Miraflores, presidente del estamento de Próceres, relataba<sup>18</sup>: «*No me sorprendió la revolución, pues la había previsto y había propuesto, en una carta que le envié a la Reina el 26 de julio, los medios más eficaces para conjurarla*».

### *Desarrollo del Motín*

A los pocos días de la victoria en la batalla de Arlaban, en el mes de junio, el gobierno ordenaba a unidades que combatían en las Provincias

---

<sup>17</sup> Anónimo: *Examen Crítico de las revoluciones de España 1820-1823 y 1836*. París 1837, Tomo II.

<sup>18</sup> CONDE DE MIRAFLORES: *Memoria para escribir los 7 primeros años del reinado de Isabel II*. Madrid 1843.

Vascongadas el regreso a Madrid para relevar o reforzar a parte de las tropas que prestaban servicio en la casa real. En un primer momento, son acantonadas en el Pardo, donde las recibe el Conde de San Román, como comandante general de la Guardia Provincial. Se les da una comida de bienvenida; a los brindis el capellán lo hizo por la libertad. Estas palabras, tan frecuentes en todas las acciones de guerra frente al enemigo, produjeron allí un escándalo, por lo que los oficiales dieron por terminada la comida y a los sargentos, familiarizados con el brindis que siempre iba acompañado con los vivas a la Reina, al ejército y a sus generales, les extrañó no gustándoles la actitud de sus jefes.

Las tropas fueron trasladadas a Madrid, con el objeto de recibir nuevos uniformes, y salir más tarde para La Granja para relevar a parte de la guarnición, pues a los pocos días se trasladó la Corte al Real Sitio. El traslado de las tropas del Pardo a Madrid se hizo por la noche, para ocultarlo, nadie debía saber que se habían extraído tropas del frente.

Dichas tropas fueron trasladadas a la Granja. De tal modo que se encontraban en el Real Sitio: cuatro compañías del Cuarto Regimiento de la Guardia Real de Infantería de 120 hombres cada una, otras cuatro de la Guardia Real Provincial, dos escuadrones de la Guardia de Corps, dos de granaderos de Caballería y una partida de salvaguardias. A la unidad de provinciales pertenecía el Sargento Alejandro Gómez y a la de la Guardia Real el Sargento Juan de Lucas, otro de los sargentos que, como hemos señalado anteriormente, participó en el Motín del 12 de agosto de 1836.

La Granja de San Ildefonso, es, como se sabe, un pequeño municipio situado a 11 Km. de Segovia y a 76 Km. de Madrid, con una altitud de 1.191 m. en la vertiente norte de la sierra de Guadarrama, cordillera que separa las dos castillas, y rodeada de los ríos Valsaín y Cambrones, de cuya unión nace el río Eresma, afluente del Duero, con una temperatura agradable y fresca en verano. Era costumbre de los monarcas borbones, desde Felipe V, pasar los veranos en el palacio y jardines que mandó construir el primer monarca Borbón, a modo y manera que lo eran, entonces, los palacios y jardines franceses. En el verano de 1836 cuando se encontraba la Reina Gobernadora descansando y alejada de los rigores del calor veraniego de Madrid, se produjo el Motín.

El 24 de julio la aproximación de una partida carlista al mando del general Basilio García a una distancia relativamente escasa de la Corte provocó —lo que por la rápida actuación de la guarnición de la Granja supuso una simple alarma—, un estado de pánico entre los miembros de la misma que denotaba claramente el estado de tensión y nerviosismo que reinaba alrededor de dicha Corte.

El día 12 de agosto llegó al Real Sitio, huido de Madrid, un nacional de caballería y en el café del Teatro daba la noticia de los sucesos de Madrid, donde explicaba que la capital estaba en estado de sitio, que la Guardia Nacional había sido desarmada por orden del gobierno y centenares de liberales habían sido encarcelados. La noticia corrió como la pólvora entre la guarnición, los elementos civiles liberales y la Guardia Nacional. El Conde de San Román, temiendo desórdenes, ordenó que las músicas y bandas militares no tocasen otras marchas que las de ordenanza y que la tropa no cantase canciones patrióticas.

Aquél día, ante la necesidad de saber más de los sucesos de Madrid, en el punto de reunión acostumbrado, los soldados cantaban con más entusiasmo que nunca. En un gran grupo de sargentos de todas las armas estaba también el Tambor Mayor de la Guardia Provincial, al que invitaron muchos a que aquella tarde, en la lista, tocase el himno de Riego, para ir calentando el ambiente. Tenía lugar ésta hacia las seis y media, y la banda acostumbraba a tocar diferentes piezas. Formados ya para este acto, y al tiempo de romper la marcha el batallón para volver al cuartel, el Tambor Mayor, dirigiéndose a la banda, le encargó tocase la marcha granadera; pero los pífanos acompañaron a ésta con el himno de Riego. Apenas se apercibió el comandante, mandó hacer alto al batallón y callar a la banda; después, con descompuesta voz de represión, les hizo entrar en el cuartel, arrojando a toda la banda. Dispuso también reforzar la guardia de prevención y que todos los oficiales se quedasen en sus compañías, prohibiendo la salida a los sargentos. La coincidencia de estar anunciada para aquella noche, en el teatro, la comedia titulada *A las diez de la noche o los síntomas de una conjuración*, hizo que se escogiese esta hora para el pronunciamiento, y el redoble de silencio fue la señal para llevarlo a efecto.

El historiador Javier de Burgos, para desprestigiar al Tambor Mayor, afirma que es el mismo que anteriormente había pertenecido al batallón de realistas de Talavera y sobresalía por su afición a apalear a liberales. El sargento Alejandro Gómez lo desmiente afirmando que este Tambor Mayor era del provincial de Ávila y que nunca había sido realista.

La mayoría de los oficiales se habían marchado con permiso a Madrid para asistir en el teatro de la Cruz a la representación del estreno de la ópera de Donizetti *L'esule di Roma*, cuya protagonista era una bella mujer de gran popularidad. Hay historiadores que afirman que lo que hacían estos oficiales era quitarse de en medio para facilitar el Motín.

Sobre las diez de la noche del día 12 de agosto los granaderos del Primer Regimiento de la Guardia de Provinciales dieron la voz de *a las armas* en la compañía de tiradores, apoyados rápidamente por el Cuarto Regi-

miento de Infantería, sin que por parte de nadie se hiciese la menor resistencia, ni hubiera un oficial que tirase de su espada para contener aquella insurrección. Con el mayor orden salieron las compañías del cuartel, y formadas frente a éste, se sacó la bandera con los honores de ordenanza, dando vivas a la Constitución, a la Reina constitucional, al general Mina, a Inglaterra y muera a los generales Quesada y San Román.

Javier de Burgos y Miraflores culpan a los oficiales de no haber hecho nada para abortar la sublevación. Estos oficiales podían haber aprovechado la indecisión de la unidad de los guardias de corps y de los granaderos a caballo de la guardia, que en un principio no se habían amotinado ante la pasividad de sus oficiales, y la ausencia de los mandos superiores que se encerraron en palacio. Estas tropas leales, ante tal panorama, prefirieron unirse a los amotinados antes de enfrentarse a sus compañeros.

*En el anexo número 3 podemos observar todavía las ruinas del cuartel del Pajarón, donde estaban acuarteladas las tropas. Está situado a la izquierda, según se llega de Segovia, junto a la carretera, a escasos metros fuera de la ciudad. Para entrar en la Granja tenían que pasar por la puerta de hierro, que había sido cerrada a los primeros síntomas de sedición y llevadas a Palacio sus llaves. La compañía de cazadores de provinciales se desplegó en guerrilla para tomar dicha puerta. El batallón de guardias, que estaba acuartelado dentro de la población, secundó el movimiento, más como les cerrasen la puerta del cuartel para detenerlos, los soldados saltaban por las ventanas, hasta que abierta, salieron los demás, rompiendo entonces con una bayoneta las cerraduras de las puertas de hierro, para que entrase la compañía de cazadores. Formados ya los dos batallones, se dirigieron a Palacio; un primer forcejeo con los Guardias de Corps terminó con la adhesión de éstos, de los granaderos de caballería y de los salvaguardias.*

Reunida ya toda la guarnición en la plazuela llamada de la Cacharrería, contigua al Palacio, subieron a ver a la Reina los jefes de aquella fuerza y le informaron de que eran los sargentos la causa de la insurrección. La Reina acordó entonces que bajaran los dos comandantes de Provinciales y Guardia con el encargo de que subiese una comisión de estos a verla y expusieran el motivo de la insurrección.

Al llegar estos comandantes se tocó orden general, y al comunicarse a cada cuerpo esta real disposición, se trató en el corro de orden de los sargentos designar al que había de subir a cumplirla. La primera intención de todos fue comisionar al más antiguo; pero objetando el ayudante Conti, que en su opinión carecía el designado de *instrucción y despejo necesarios*, el comandante D. José Baró Iñiguez dio el nombre de Alejandro Gómez. Por el de Guardias fue asimismo nombrado otro sargento llamado Juan de

Lucas. Después de dejar las armas, los dos sargentos fueron acompañados por los comandantes. Se abrieron las puertas de Palacio, a donde entraron con un soldado que sin ser nombrado para la comisión se unió a ella por curiosidad o despiste. Fueron las únicas personas que penetraron en el recinto.

Al final de la escalera les aguardaban el Conde de San Román y el Duque de Alagón, que insistieron en el respeto y obediencia debidos a la persona de la Reina. Les llevaron a su presencia y de manera muy respetuosa besaron su mano con una rodilla en tierra, fijándose las miradas de los que allí se encontraban con curiosidad extrema.

En la estancia la Reina Gobernadora estaba bien acompañada. Además del Conde de San Román y del Duque de Alagón, se encontraban Barrio Ayuso, ministro de Gracia y Justicia, el Alcalde Mayor de La Granja, Sr. Izaga, el Conde de Cerralvo, los comandantes de toda la guarnición, la Marquesa de Santa Cruz y doce guardias de corps.

Tomó la palabra la Reina, que vestía un elegante vestido de color blanco; preguntó a los sargentos qué querían, se miraron entre sí para ver cuál de ellos respondía, y ante la falta de decisión, el Sr. Ibáñez, uno de los comandantes, mandó a Alejandro Gómez que lo hiciera. Éste comenzó hablando acerca de los tres años que habían luchado en las Vascongadas, donde habían perecido la mayor parte de sus compañeros. Llena de extrañeza ante tal contestación, la Reina preguntó si sabían por qué se habían batido, y ante el silencio de los sargentos, ella misma argumentó que por los legítimos derechos de su hija Isabel. Alejandro Gómez, una vez repuesto del sobresalto natural de la primera impresión, contestó que, efectivamente, era por esos derechos, pero que creían que también lo hacían por la libertad. La respuesta no se hizo esperar, y se expresó la Reina en los siguientes términos<sup>19</sup>: «...libertad, es que tengan fuerza las leyes, que se respete y obedezca a las autoridades constituidas». A lo que contestó Alejandro; «entonces, señora, no será libertad el oponerse a la voluntad nacional expresada en casi todas las provincias, para que se publique la Constitución; no será libertad el desarme de la Milicia Nacional en todos los puntos donde no están pronunciados; no será libertad el destierro y persecución de muchos liberales en todas las provincias, como está sucediendo hoy mismo en Madrid; y no será libertad el querer hacer un arreglo con los facciosos para volver a los tiempos en que tanto se perseguía a los que después han sido el mayor apoyo de su majestad...».

---

<sup>19</sup> GÓMEZ, Alejandro: *Los Sucesos de la Granja en 1836*. Madrid 1864, 2.<sup>a</sup> Edición.

Tomaba un aspecto tan grave aquél acto, que a todos parecía disgustar aquella conferencia. La Reina manifestó que no era libertad cuanto decían, y que ignoraba que fuese aquél el estado del país tal como se lo presentaban. Alejandro Gómez, ya más calmado, manifestó a su majestad que, para devolver la calma y tranquilidad a la nación y evitar la efusión de sangre, se hacía indispensable que se mandase publicar la Constitución de 1812, porque tal era el motivo de la insurrección.

Con cierta sorpresa la Reina preguntó si había leído el Código, a lo que respondió de forma afirmativa, recalcando: *Señora, aprendí con él a leer*. Al momento pidió que se lo trajesen, y tomándolo el Sr. Barrio Ayuso buscó el artículo 192, que leyó su majestad, sobre la regencia, que deben ser tres o cinco los regentes, y fundada en esto, exclamó<sup>20</sup>: *Es decir, que sois vosotros los que queréis traer a Don Carlos al Trono, pues por esta Constitución no puedo ser yo la Regente del reino ni la tutora de mis hijas, y eso por vosotros que tantas pruebas me habéis dado de adhesión*.

Ante tamaña dificultad, los dos sargentos piden consejo a los comandantes de los batallones que acordaron proponer a la Reina lo siguiente: *Mandar publicar la Constitución con la cláusula de que quedase en vigor toda ella menos el artículo en cuestión*. Mayores obstáculos suponía para los presentes extender el decreto, pues era preciso la reunión del ministerio que debía refrendarlo, en razón de que sin esa circunstancia no podía verificarse.

Mientras tanto la Reina quiso oír los consejos de los embajadores, Sr. Lord Clarendon –inglés–, y Bois-le-Conte –francés, que ejercía de embajador dado que el titular estaba gravemente enfermo, y que murió precisamente al día siguiente–. Los diplomáticos le aconsejaron que, ante la situación de indefensión en la que ella se encontraba y para evitar males mayores, accediese a conceder las peticiones de los amotinados.

Se acordó entonces pasar una real orden al general San Román en la que la Reina manifestaba su voluntad de que en la próxima reunión de las Cortes, se presentase al Gobierno un proyecto de Constitución; a los sargentos en principio le pareció bien pero expusieron la duda sobre si los demás estarían de acuerdo. *Después de tres horas finalizó esta primera reunión*.

Al presentarse los sargentos a la guarnición explican lo sucedido a la tropa, pero cuando se les informa de que la Reina no había firmado el decreto restableciendo la Constitución, se enfurecieron tanto que, cuando el comandante comienza la lectura de la real orden, un grito general de *fuera*,

---

<sup>20</sup> *Ibidem*.

con algunos disparos al aire, hacen suspender la lectura y, asustados los jefes militares, vuelven a meterse en Palacio.

De nuevo a los sargentos se les mandó subir, y ante la imposibilidad de convencer a la guarnición, se acordó extender el decreto siguiente<sup>21</sup>: *Como Reina Gobernadora de España, ordeno y mando: que se publique la Constitución política del año de 1812, en el interin que reunida la nación en Cortes, manifieste expresamente su voluntad, de otra Constitución, conforme a las necesidades de la misma. —En San Ildefonso a 13 de agosto de 1836—*. Yo la Reina Gobernadora. Para salvar la dificultad de la Regencia en el artículo de la Constitución, se añadió al decreto que, una vez que las Cortes se reunieran, la reformarían.

Al bajar de Palacio los sargentos, acompañados de los dos comandantes, enseñaron el decreto por el que se mandaba publicar la Constitución, pero la falta de costumbre de ver la firma de la Reina hacía dudar que fuese real, pues la suponían apócrifa. Entonces un paisano se acercó y manifestó que él la conocía y efectivamente los convenció de que era verdadera. Este paisano era el Sargento Higinio García, escribiente del Conde de San Román. Desde este momento el Sargento Higinio se convierte en un elemento activo de la revolución, a pesar de ser evidente que no participó en su preparación.

Seguidamente se dispuso la retirada a sus cuarteles de toda la guarnición. El día siguiente se pasó en el mayor orden; a las seis tuvo lugar la formación, desfilando toda la guarnición por delante de Palacio; se juró la Constitución y se puso una lápida conmemorativa en el Ayuntamiento de la ciudad con el lema *Viva Isabel II y la Constitución*.

En la mañana del día 13 llegó un emisario a Madrid y entregó una nota redactada por el ministro Barrio Ayuso en la que decía: *Son las diez de la noche; los batallones de esta guarnición se han sublevado y han proclamado la Constitución; que vengan fuerzas pronto, pronto*. Poco más tarde llega un oficial de la Guardia Provincial enviado por San Román, quien dio cuenta a Istúriz y a Quesada de todo lo ocurrido en la Granja hasta las tres de la madrugada.

Se convocó a los consejos de ministros y de gobierno, al capitán general Quesada y al presidente del Estamento de próceres, Marqués de Miraflores. En la reunión se expuso la situación en la que se encontraba la Reina Gobernadora y su familia estudiando las distintas fórmulas que existían para dar una solución satisfactoria a tan grave problema.

---

<sup>21</sup> GÓMEZ, Alejandro: *Los Sucesos de la Granja en 1836*. Madrid 1864, 2.<sup>a</sup> Edición.

Entre los participantes a la reunión se formaron dos bandos, uno formado por Istúriz, Quesada y Miraflores, partidarios de acudir con tropas desde Madrid para castigar a los sublevados; el otro capitaneado por el Duque de Ahumada, que era partidario de no sacar tropas de Madrid por el temor a desórdenes. Opinaban que debería acudir el ministro de la guerra, general Santiago Méndez de Vigo, que podría tener cierta influencia entre los sublevados al haber combatido con ellos en Navarra. Ahumada también se opuso a trastocar la titularidad de la Regencia por el estado de sublevación de toda España. Al final las tesis de Ahumada salieron adelante y se ordenó el traslado a la Granja del Ministro de la Guerra, Santiago Méndez de Vigo para parlamentar con los sublevados y solucionar el problema. Para el historiador Pírala<sup>22</sup> «es Barrio Ayuso el que solicitó por vía telégrafo a Istúriz por orden de S. M., que se presentará en la Granja el Ministro de la Guerra, por haberlo exigido así las tropas sublevadas».

Mientras en la Granja –como se señaló con anterioridad–, ante la posibilidad de la llegada de fuerzas para sofocar a los amotinados, se preparó la defensa con la artillería traída desde el Colegio de Artillería de Segovia y con un gran número de guardias nacionales de Segovia y de la Granja que se habían unido a la revuelta. Alejandro aseguraba: *Muy graves hubieran sido las consecuencias si la ceguera del Gobierno hubiera encontrado fuerzas para batirnos.*

En la madrugada del día 15 llegó a la Granja el Ministro de la Guerra, D. Santiago Méndez Vigo, e informado por los comandantes de los acontecimientos, mandó que se presentara ante él Alejandro Gómez. Una vez en su presencia le reconoció y se alegró de que fuera él preguntándole al instante por los motivos de la insurrección. El sargento le contó pormenorizadamente los hechos. Al término del relato, Méndez Vigo le pidió que denunciase a quienes les habían seducido. Ante la negativa del sargento, el Ministro insistió en que le ocultaba los verdaderos autores, y por más que Alejandro dijera que habían sido ellos mismos, sin ayuda de nadie, empezó el Ministro a nombrar a personas que pudieran estar tras ellos, indicando entre los mismos al señor embajador de Inglaterra Lord Clarendon.

Viendo que así nada conseguía, Méndez Vigo pasó a lo que consideraba la contrarrevolución, a través de la extorsión de los sargentos, con la recompensa de tres talegas de oro, que tenía allí abiertas. En palabras de Alejandro<sup>23</sup> la respuesta fue: *«Le dije que le daba las gracias y que sus pro-*

---

<sup>22</sup> PIRALA, Antonio: *Historia de la Guerra Civil y de los Partidos Liberal y Carlista*. Madrid 1869. Tomo III.

<sup>23</sup> GÓMEZ, Alejandro: *Los Sucesos de la Granja en 1836*. Madrid 1864, 2.ª Edición.

mesas, si bien eran demasiado grandes y generosas, llevaban una segunda intención que nada me favorecía; pero como insistiese en que éramos instrumentos, le conteste que prefería serlo de salvación de mis compañeros, que vender su confianza a tan caro precio, sin escuchar la voz de mi conciencia». El Sargento Higinio García se enfrentó al ministro apercibiéndole de que si continuaba amenazando y malmetiendo a la tropa, pasaría lo que no había pasado hasta entonces.

Con la presencia del ministro en la Granja y todos sus intentos para detener la revolución, los amotinados, desconfiando de las maniobras de Palacio, ordenaron cerrar las verjas prohibiendo la salida ni entrada de nadie. Se realizó una elaborada petición a la Reina Gobernadora que decía<sup>24</sup>:

- 1.º *Deposición de sus destinos de los señores conde de San Román y Marqués de Moncayo.*
- 2.º *Real Decreto para que se devuelvan las armas a los nacionales de Madrid, o al menos a las dos terceras partes de los desarmados.*
- 3.º *Decreto-circular a las provincias y ejército para que las autoridades principales de unas y otros juren e instalen la Constitución del año 12, conforme la tiene jurada S. M. en la mañana del 13.*
- 4.º *Nombramiento de nuevo ministerio, a excepción de los Sres. Méndez Vigo y Barrio Ayuso, por no merecer la confianza de la nación los que dejan de nombrarse.*
- 5.º *S. M. dispondrá que en toda esta tarde hasta las doce de la noche, se expidan los decretos y órdenes que arriba se solicitan. La bondad de S. M., que tantas pruebas ha dado a los españoles en proporcionarles la felicidad de que los despojó el despotismo, mirará con eficacia que sus súbditos den el más pronto cumplimiento a cuanto arriba se menciona, y verificado que sea cuanto se lleva indicado, tendrá la gloria esta guarnición de acompañar a SS. MM. a la villa de Madrid. San Ildefonso a 14 de agosto de 1836 –La guarnición–.*

Una comisión llevó estas peticiones a Palacio, que fueron recibidas por la Reina y el Sr. Méndez Vigo, sin objeciones. Se procedió a redactar los decretos de nombramientos y destituciones en función de aquella petición. Hubo un momento de fuerte tensión entre Méndez Vigo y los de la comisión, al entregarle éstos una carta de Istúriz que habían interceptado en la que se le pedía información sobre los adelantos para sofocar la sublevación o, en todo caso, la necesidad de fuerzas para llevarlo a cabo. Méndez Vigo

---

<sup>24</sup> *Ibidem.*

se disculpó ante aquella misiva y trató de disuadirlos, pidiendo que le acompañaran en todos los actos que debía realizar para poner en práctica los Decretos.

A las dos y media de la mañana salió Méndez Vigo con una comisión, que estaba formada por un capitán de nacionales, un guardia de corps, un músico y el Sargento Alejandro Gómez. Llegaron a Madrid a las ocho y media de la mañana, y entrando todos en la Presidencia de Ministros, se procedió a hacer efectivos los Decretos que el Ministro portaba. El primer nombramiento, el del general Seoane como capitán general, tuvo efectos inmediatos, mandando poner en libertad a los presos políticos; uno de ellos fue el coronel Montenegro, antiguo jefe de Alejandro Gómez.

Una vez que los Decretos fueron publicados por Gaceta extraordinaria, la comisión, unos cuantos nacionales y el general Rodil volvieron a La Granja y fueron recibidos con júbilo por sus compañeros ante la feliz terminación de esa empresa. De nuevo en presencia de S. M. acordaron escoltar tanto a ella como a las infantas a Madrid. Aquella misma tarde emprendieron el viaje, no queriendo hacerlo la Reina con toda la guarnición sino con una pequeña partida.

Todas las autoridades cuya vida peligraba se escondieron y salieron del país disfrazadas con dirección a Francia, Inglaterra, Gibraltar y Portugal. El general Quesada, que desafió el peligro, recibió una muerte trágica a mano de unos incontrolados, que lo reconocieron cuando se dirigía sin escolta al pueblo de Hortaleza. Su cuerpo fue mutilado y sus miembros fueron expuestos como trofeo en el Nuevo Café.

El sargento Alejandro Gómez admitió que los sucesos de la Granja constituyeron una revolución militar en la que se quebrantaron las leyes de la disciplina militar; pero que este delito –según él– lo cometió toda la guarnición desde el primer jefe hasta el último soldado.

### *Los historiadores y el Motín*

Alonso Baquer<sup>25</sup> señalaba que en el motín de la Granja *el golpe directo sobre el vértice del Estado se adelanta a la temida explosión del populacho y trastoca, por iniciativa de los mismos amotinados, en militares los liderazgos previstos de condición civil*. Asimismo, reflejaba Christiansen<sup>26</sup> que

---

<sup>25</sup> ALONSO BAQUER, Miguel: *El modelo español de pronunciamiento*. Madrid 1983.

<sup>26</sup> CHRISTIANSEN, E.: *Los orígenes del poder militar en España, 1800-1854*. Ed. Aguilar, Madrid 1974.

los generales exaltados, Méndez Vigo, Seoane y Rodill, se apoderaron del gobierno y se lo entregaron a su partido, valiéndose precisamente de su popularidad entre los amotinados. Para Tuñón de Lara<sup>27</sup> el motín se convirtió en un epifenómeno del vasto movimiento de rebeldía que las Juntas provinciales, los medios burgueses, artesanos, etc. (a través de la Milicia Nacional en la mayoría de los casos), habían extendido por todo el país. Según Canovas del Castillo<sup>28</sup> *El Motín de la Granja es el último pronunciamiento romántico*. En todo caso, parece una opinión generalizada de que los sargentos, con su motín, se adelantaron a una situación revolucionaria –mucho más radical– que se extendía por todo el país.

### *El Motín en la literatura*

Benito Pérez Galdós entendió muy bien el problema del soldado español que luchaba por su reina y por la defensa del liberalismo y así narra en sus Episodios Nacionales los sucesos de la Granja (Episodio de Luchana): «...Puede que ahora salgan esos infelices con que han armado toda esta tremolina para pedir aumento de paga, lo que me parece muy justo, porque ya sabrá usted que ya no les dan más que nueve cuartos de los que ocho son para el rancho. Reconozcamos que el soldado español es la virtud misma, pues por un cuarto diario consagra a la patria su existencia, por un cuarto se somete a los rigores de la disciplina, por un cuarto nos custodia y nos defiende hasta dejarse matar. No creo que en ningún país exista abnegación más barata. Pero ya verá usted como estos desdichados vienen pidiendo algo que no les importa, algo que no ha de remediar su pobreza. Verá usted como se descuelgan reclamando más libertad, libertad que no ha de hacerles a ellos más libres ni tampoco menos pobres. Algunos habrá quizás entre ellos que crea que la Constitución del 12 les va a dar cuarto y medio...».

El escritor Larra, de tendencia progresista, pero que había conseguido un escaño en las Cortes a favor del partido de Iztúriz, hace referencia del Motín en varios de sus artículos de costumbres, y con su habitual gracejo llegó a escribir: *Dios nos asista, el poder de las talegas y el Día de Difuntos de 1836*.

Eugenio de Tapia, escritor, político y jurisconsulto, liberal exaltado y muy activo en el Trienio Liberal, cantó al Motín de los sargentos con el poema titulado *Un militar valiente*:

<sup>27</sup> TUÑÓN DE LARA, M.: *Estudios de historia contemporánea*. Madrid 1977.

<sup>28</sup> CÁNOVAS DEL CASTILLO, A.: *El solitario y su tiempo*. Madrid 1883.

*Después que se alzó en la Granja  
aquel bizarro sargento  
que dio con las bayonetas  
la ley al hispano suelo,  
volvimos al año doce  
a gatas retrocediendo  
como en el fondo del río  
suelen andar los cangrejos.  
La máquina del Estado  
dio un estrepitoso vuelco  
los urbanos en Milicia  
Nacional se convirtieron.*

## BIBLIOGRAFÍA Y DOCUMENTACIÓN

- ALONSO BAQUER, Miguel: *El modelo español de pronunciamiento*. Madrid 1983.
- ARTOLA, Miguel: *La Burguesía Revolucionaria 1808-1874*. Madrid 1983, Alianza Editorial.
- BORROW, Jorge: *La Biblia en España*. Alianza Editorial, Madrid 1993.
- BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ, Alfonso: *La Expedición del General Gómez*. Editora Nacional, Madrid 1984 y *La Primera Guerra Carlista*. Ed. Actas, Madrid 1992.
- BURGOS, Javier de: *Anales del Reinado de Isabel II*. Obra póstuma, Madrid 1850.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, A.: *El solitario y su tiempo*. Madrid 1883.
- CHRISTIANSEN, E.: *Los orígenes del poder militar en España, 1800-1854*, Ed. Aguilar, Madrid 1974.
- CIERVA, Ricardo de la: *El triángulo, alumna de la libertad*.
- COMELLAS, José L.: *Los primeros pronunciamientos en España, 1814-1820*, CSIC, Madrid 1958.
- CONDE DE MIRAFLORES: *Memoria para escribir los 7 primeros años del reinado de Isabel II*, Madrid 1843.
- DONOSO CORTÉS, Juan: *Obras Completas*. Madrid 1956.
- Hemeroteca Municipal de Madrid. «El Eco del Comercio» 19-2-1840.
- ESPADAS BURGOS, Manuel: *La Milicia Nacional*. Madrid 1972.
- ESTEBAN, Jorge de: *Constituciones Españolas y Extranjeras*. Madrid, Editorial Taurus, 2 tomos.
- ESTÉVANEZ, Nicolás: *Mis Memórias, Prólogo de José L. Fernandez-Rua*. Ed. Teba Madrid 1975.
- FERRER, Melchor y otros: *Historia del tradicionalismo español*. Ed. Católica española, Sevilla 1945.
- Gaceta de Madrid* años 1835 y 1836. Archivo General Militar de Madrid, IHCM.
- GÓMEZ, Alejandro: *Los Sucesos de la Granja en 1836*. Madrid 1864, 2.<sup>a</sup> Edición.
- Archivo General Militar de Segovia. Expedientes de personas célebres. Hoja de Servicios del Teniente General D. Fernando Muñoz.
- Archivo General Militar de Segovia. Hojas de Servicios de los sargentos: Alejandro Gómez Bracamonte, Higinio García y Juan de Lucas.
- Archivo General Militar de Segovia. Hojas de Servicios de los Generales: Rodil, Quesada, Méndez de Vigo, Córdova, Moscoso, N. López, Seoane y Gómez.

- PACHECO, Joaquín Francisco: *Historia de la Regencia de la Reina Cristina*. Madrid 1841.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Los Episodios Nacionales, Luchana y Mendizábal*.
- PÉREZ GARZÓN, Sisinio: *Milicia Nacional y Revolución Burguesa*. Madrid 1978.
- PIRALA, Antonio: *Historia de la Guerra Civil y de los Partidos Liberal y Carlista*. Madrid 1869.
- SÁNCHEZ AGESTA, Luis: *Historia del Constitucionalismo Español*. Madrid 1974.
- SECO SERRANO, Carlos: *Historia del Conservadurismo Español*. Ed. Temas de Hoy. Madrid 2000.
- TUÑÓN DE LARA, M.: *Estudios de historia contemporánea*. Madrid 1977.
- VILLARROYA, Joaquín Tomás de: *Breve historia del Constitucionalismo Español*. Centro de Estudios Constitucionales. Madrid.

## ANEXOS

1. *Reales Decretos expedidos por la Reina Gobernadora.*
2. *Los sargentos parlamentando con la Reina Gobernadora.*
3. *Ruinas del Cuartel del Pajarón.*
4. *Petición del Sargento Alejandro Gómez a las Cortes nacidas de la Revolución de 1869.*
5. *Pasaporte del Sargento Higinio García por el que se le autoriza viajar a Albacete.*
6. *Oficio comunicando el fusilamiento de Juan de Lucas.*

1. *Reales Decretos expedidos por la Reina Gobernadora*<sup>29</sup>

---

Como Reina Gobernadora de España, ordeno y mando que se publique la Constitución política del año 1812, en el ínterin que reunida la nación en Cortes, manifieste expresamente su voluntad, ó dé otra constitución conforme á las necesidades de la misma. En San Ildefonso á 13 de agosto de 1836.-YO LA REINA GOBERNADORA.-A don Santiago Méndez Vigo.

---

Habiendo desaparecido las circunstancias por las que tuve á bien declarar en estado de sitio la capital, he venido en mandar en nombre de mi augusta hija la reina doña Isabel II, que cesen desde luego en todas sus partes los efectos de aquella disposición. Tendréislo entendido, y dispondréis lo necesario á su cumplimiento.-YO LA REINA GOBERNADORA.-En San Ildefonso á 14 de agosto de 1836.-A don Santiago Méndez Vigo.

---

Como Reina Regente y Gobernadora durante la menor edad de mi augusta hija la reina doña Isabel II, vengo a nombrar para la secretaría del despacho de Estado con la presidencia del Consejo de Ministro, á don José María Calatrava; para la de Hacienda, á don Joaquín Ferrer, y para la de Gobernación del reino á don Ramón Gil de la Cuadra, en reemplazo de don Francisco Javier Isturiz, don Félix D'Olaberriague y Blanco y el duque de Rivas, que respectivamente los desempeñan en el día; siendo mi voluntad que el nuevo presidente del consejo me proponga á la brevedad posible los sujetos mas actos para sustituir a don Antonio Alcalá Galiano, don Manuel Barrio Ayuso y don Santiago Méndez Vigo; continuando éste entre tanto para la comunicación de mis reales decretos. Tendréislo entendido, y lo comunicareis á quien corresponda.-YO LA REINA GOBERNADORA.- En San Ildefonso a 14 de agosto de 1836.-A don Santiago Méndez Vigo.

---

Como reina Gobernadora y en nombre de mi augusta hija la reina doña Isabel II, he venido en decretar que se reorganice la guardia nacional de Madrid, volviendo desde luego las armas hasta las dos terceras partes, á lo menos, de los guardias últimamente desarmados. Tendréislo entendido, y

---

<sup>29</sup> BURGOS, Javier de: *Anales del Reinado de Isabel II*. Obra póstuma. Madrid 1850, Tomo III.

dispondréis lo conveniente para su puntual cumplimiento.-YO LA REINA GOBERNADORA.-En San Ildefonso á 14 de agosto de 1836.- A don Santiago Méndez Vigo.

---

En nombre de mi augusta hija la reina doña Isabel II, y como reina Regente y Gobernadora de estos reinos, he venido en relevar de los cargos de capitán general de Castilla la Nueva y comandante general de la guardia real de infantería al Teniente General Marqués de Moncayo, y nombrar para que le reemplace al mariscal de campo don Antonio Seoane, quien además volverá á encargarse de la comandancia general de la guardia real de caballería. Tendréislo entendido, y dispondréis lo necesario á su cumplimiento.-YO LA REINA GOBERNADORA.-En San Ildefonso á 14 de agosto de 1836.-A don Santiago Méndez Vigo.

---

Como reina Regente y Gobernadora durante la menor edad de mi excelsa hija la reina dona Isabel II, he venido en relevar de los cargos de inspector general de milicias provinciales y comandante general de la guardia real de la misma arma al teniente general de la guardia real de la misma arma al teniente general conde de San Román, y nombro para reemplazarle en ambos mandos al de la misma clase Marqués de Rodil. Tendréislo entendido, y lo comunicareis a quien corresponda.-YO LA REINA GOBERNADORA.-En San Ildefonso á 14 de agosto de 1836.-A don Santiago Méndez Vigo.

---

2. *Los sargentos parlamentando con la Reina Gobernadora*



3. *Ruinas del Cuartel del Pajarón*



4. *Petición del Sargento Alejandro Gómez a las Cortes nacidas de la Revolución de 1869*

*A. Gómez*



*Nº 230*

*15*

À LAS CÒRTEES CONSTITUYENTES

los Sargentos de la Granja.

**D**ON ALEJANDRO GÓMEZ, Contador de la Fábrica Nacional del Sello, por sí y á nombre de los pocos Sargentos que aún sobreviven de aquella fecha, acude á las Córtes Constituyentes con el más profundo respeto y expone: Que habiendo sido uno de los Sargentos que en el memorable día 15 de Agosto de 1836 inauguraron nuestra tercera época constitucional en el Real Sitio de la Granja, se cree hoy en el grato deber de recurrir al Congreso para felicitarle por la noble y alta misión que el pueblo Español le ha confiado, y para ofrecerle sus humildes personas, su porvenir y su vida entera, si necesario fuere, á consolidar los principios proclamados en la gloriosa Revolución de Setiembre, que han de servir de base á las nuevas leyes del Estado.

Entonces, como ahora, se derrumbó una situación funestamente memorable, sostenida con el llanto de los pueblos y el despotismo de unos cuantos indignos españoles, que medraban confiados en la lealtad y paciencia de los buenos. Ahora, como entonces, se ha incensado la estatua de la Libertad, enlodada tantos años y arrastrada como un objeto de befa y escarnio, de anatema y maldición. Entonces, como ahora, la mansion común de los hombres libres y de las garantías sociales se hallaba en el fango de los calabozos; desterrados y fugitivos los mejores españoles, y la Nación entera caminando presurosa á la deshonra y menosprecio de las demás. ¿Y quién mirar pudiera con indiferencia situación tan lamentable y vergonzosa? ¡dijérase que negaba á su madre patria el hijo indigno, que estando en su mano, se negara á dar término á tantos males!

Así lo comprendió el que suscribe, cuando al verse marcado por el dedo del Angel salvador de los pueblos, é inspirado de su ardiente celo patriótico, marchó presuroso y espontáneamente, en union de sus leales compañeros, al punto do

yacía oculta la libertad del pueblo, y "descorrió el velo que por tanto tiempo la enroscaba. Si á tan humilde persona cupo gloria tanta, no por eso manchó su heroica accion el menor exceso; ni una victima, ni una gota de sangre derramó en su camino, ni el mezquino interés personal le impulsó para ello; todo lo expuso, todo lo sacrificó, todo lo consagró á la idea de librar á sus hermanos del vergonzoso yugo de la tiranía y despotismo; y sin embargo, no se ha librado de envidiosas é infundadas censuras, de persecuciones y calumnias, fomentadas por aquellos que reputan como crímenes los actos más justos y leales de los otros, mirándolos tan solo por el prisma de su mismo proceder.

Los exponentes pudieran hacer una triste y sombría narracion de los padecimientos que les ha legado el memorable suceso de la Granja: pudieran tambien escribirlos con lágrimas de sangre; empero bastante públicos han sido, y algun día la historia hará justicia á los Sargentos que en aquel tan memorable merecieron bien de la patria, inaugurando la obra del pedestal sobre que debía descansar el emblema de la libertad: por ello el que suscribe y en representation de sus pocos compañeros que aún existen,

SUPPLICAN á las Córtes se dignen acordar una recompensa nacional para los que tomaron parte en aquellos sucesos, toda vez que en treinta y tres años que han trascurrido, no ha habido para estos más que persecuciones y desdichas, acogiendo á la vez benévolutamente tan humilde felicitacion y sincero afecto de los Sargentos de la Granja y del decidido patriota y honrado ciudadano

*Alejandro Gómez*

Madrid 31 de Marzo de 1869.



5. Pasaporte del Sargento Higinio García por el que se le autoriza viajar a Albacete



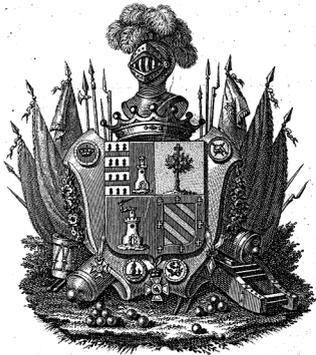
**D. ANTONIO MARIA ALVAREZ DE THOMAS,**  
MARISCAL DE CAMPO DE LOS EJERCITOS NACIONALES Y CA-  
PITAN GENERAL DE CASTILLA LA NUEVA, ETC.

Notado al N.º 584  
RUTA.

FIRMA DEL PORTADOR.

Concedo libre y seguro pasaporte á *Higinio Garcia Sargento Segundo*  
*del Provincial de Segovia que pasa á Albacete á servir or-*  
*denes del gobierno.*

Por tanto ordeno y mando á los Gefes militares y Autoridades civiles sujetos á mi jurisdiccion y á los que no lo están pido y encargo no le pongan impedimento alguno en su viaje, antes bien le faciliten los auxilios que al respaldo se espresarán, pagando los bagages á los precios reglados por S. M., como igualmente los que necesite y puedan contribuir al Real servicio. Debiendo presentarse con este pasaporte al Comisario de Guerra que en esta plaza está encargado de pasar revista ásu respectivo cuerpo. Dado en Madrid á *Diez* de *Febrero* de mil ochocientos treinta y siete.



Vale por

*José Caparros*  
Gratis y sin enmienda.

6. Oficio comunicando el fusilamiento de Juan de Lucas.



Orden general del E. de Armas de 1839.  
En Huesca.

N.º 4.º  
N.º 5.º  
Adjunto único. Vista y fallada en Consejo de guerra verbal, la causa  
formada contra el Sargento que fué del 1.º Batallón del 1.º regim.  
de la 4.ª B. de P. Juan de Lucas, acusado del delito de rebelión contra  
su jefe en Agosto de 1837, con otros dos sargentos, por haberse rebelado  
contra su jefe de esta misma compañía y apoderado por las tropas de la  
1.ª División del ejército al paso del rebolde. Asimismo para las provin-  
cias, ha sido sentenciado á su paso por las armas por la capitada  
como traidor, cuya sentencia aprobada p.º el Sr. Capitán gene-  
ral de este ejército después de visto el parecer del Sr. Auditor de guerra,  
ha sido ejecutada en el día de hoy en el cantón de Alcañiz con  
todas las formalidades de ordenanza.

Lo que se ordena al E. de A. se ha de saber esta gene-  
ral del ejército para conocimiento de todos los individuos que lo  
componen.

El General Cap. de C. M. G.  
Francisco de Arce

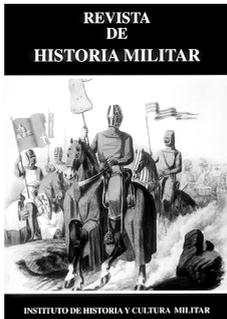


Vice G. Director del Cuerpo E. M.



**OBRAS DE CARÁCTER HISTÓRICO-MILITAR  
EDITADAS POR EL MINISTERIO DE DEFENSA**





### *Revista de Historia Militar*

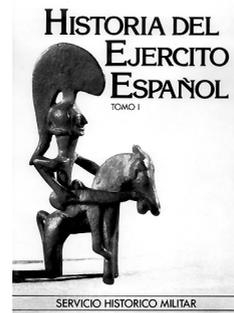
Números 51 al 96, ambos inclusive.

Números extraordinarios dedicados a:

- *Francisco Villamartín, escritor militar* (1983, agotado).
- *III centenario del marqués de Santa Cruz de Marcenado* (1985, agotado).
- *V centenario de Hernán Cortés* (1986, agotado).
- *Índice general números 1 al 85* (1999).
- *Primeras jornadas sobre historia de las Órdenes Militares* (2000).
- *Conquistar y defender. Los recursos militares en la Edad Media hispánica* (2001).
- *Historia militar: métodos y recursos de investigación* (2002).
- *Los franceses en Madrid, 1808* (2004).
- *Patria, Nación y Estado* (2005).
- *Entre el Dos de Mayo y Napoleón en Chamartín* (2005).

### *Historia del Ejército español*

- Tomo I: *Los orígenes (desde los tiempos primitivos hasta la invasión musulmana)*. Segunda edición, 1983, 448 páginas con 30 láminas.
- Tomo II: *Los ejércitos de la Reconquista*. 1984, 235 páginas con 32 láminas, (agotado).



### *Tratado de heráldica militar*

- Tomo I, libros 1º y 2º, 1983, 288 páginas sobre papel ahuesado, 68 láminas a ocho colores y 50 en blanco y negro (escudos de armas, esmaltes heráldicos, coronas, cascos, etc.).
- Tomo II, libro 3º (diferentes métodos de blasonar y lemas heráldicos) y libro 4º (terminología armera y el arnés), 1984, 389 páginas sobre papel ahuesado, 8 láminas a ocho colores y 1 en blanco y negro.



### *El Ejército de los Borbones*

- Tomo I: *Reinados de Felipe V y Luis I (1700-1746)*. 1990 (agotado).
- Tomo II: *Reinados de Fernando VI y Carlos III (1745-1788)*. 1991 (agotado).
- Tomo III: *Las tropas de ultramar (siglo XVIII)*. 1992, dos volúmenes, 1.058 páginas, 143 láminas a color (agotado).
- Tomo IV: *Reinado de Carlos IV (1788-1808)*. 663 páginas y 143 láminas a color.
- Tomo V: *Reinado de Fernando VII (1808-1833)*. Tres volúmenes.
- Tomo VI: *Reinado de Isabel II (1833-1868)*.

### *Historiales de los Cuerpos y del Ejército en general*

- Tomo I: *Emblemática general del Ejército. Historiales de los Regimientos de Infantería núms. 1 al 11* (agotado).
- Tomo II: *Regimientos de Infantería núms. 12 al 30* (agotado).
- Tomo III: *Regimientos de Infantería núms. 31 al 40* (agotado).
- Tomo IV: *Regimientos de Infantería núms. 41 al 54*. 1973, 403 páginas, 17 láminas en color.
- Tomo V: *Regimientos de Infantería núms. 55 al 60*. 1981, 35 láminas en color y 14 en blanco y negro.
- Tomo VI: *Regimiento de Infantería «Alcázar de Toledo» núm. 61 y Regimiento de Infantería «Lealtad» núm. 30*. 1984, 288 páginas, 20 láminas a cuatro colores y 5 en blanco y negro.
- Tomo VII: *Regimiento de Cazadores de Montaña «Arapiles» núm. 62*. 1986 (agotado).
- Tomo VIII: *Regimiento de Cazadores de Montaña «Barcelona» núm. 63 y Batallones «Cataluña», «Barcelona», «Chiclana» y «Badajoz»*. 1988, 347 páginas, 31 láminas en color y 5 en blanco y negro.
- Tomo IX: *Regimientos «América» y «Constitución», y Batallón «Estella»*. 1992, 350 páginas, 42 láminas a color y 9 en blanco y negro.
- Tomo X: *Regimiento de Infantería Cazadores de Montaña «Sicilia» núm. 67 (batallones de Infantería «Colón» y «Legazpi»)*.
- Tomo XII: *Regimientos, de Caballería Ligero Acorazado «Santiago nº 1, Husares de la Princesa, Cazadores de Jaén, 2º y 6º Provisional»*.





**Regimiento de Caballería «Dragones de Santiago» núm. 1** (agotado).

**Regimiento mixto de Artillería núm. 2.** 1965 (agotado).

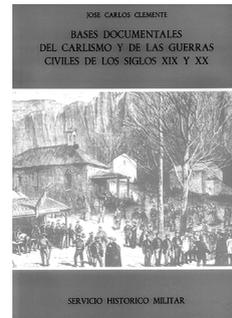
**Regimiento de Zapadores núm. 1 para cuerpo de ejército.** 1965 (agotado).

**Historial del regimiento de Caballería «Lanceros del Rey».** 1989, facsímil con 121 páginas en papel couché mate a cinco colores (agotado).

**Organización de la Artillería española en el siglo XVIII.** 1982, 376 páginas (Agotado).

**Las campañas de la Caballería española en el siglo XIX.** 1985, tomos I y II, 960 páginas, 48 gráficos y 16 láminas en color.

**Bases documentales del carlismo y guerras civiles de los siglos XIX y XX.** 1985, tomos I y II, 480 páginas, 11 láminas en blanco y negro y 9 en color.



**Evolución de las divisas en las Armas del Ejército español** (agotado).

**Historia de tres Laureadas: «El regimiento de Artillería núm. 46».** 1984, 918 páginas, 10 láminas en color y 23 en blanco y negro.



**Blasones militares.** 1987, Edición restringida, 440 páginas, tamaño folio, en papel couché (ciento cincuenta documentos (pasaportes, licencias, nombramientos, etc.) con el sello de las autoridades militares que los expidieron; ciento veinticuatro escudos de armas, en color, de ilustres personalidades militares de los tres últimos siglos; catorce retratos y reseñas de otros tantos virreyes del Perú).

***Galería militar contemporánea***

- Tomo I: *La Real y Militar Orden de San Fernando (Primera parte)*. 2ª edición, 1984, 435 páginas.
- Tomo II: *Medalla Militar. Primera parte: Generales y coroneles (1970)*. 622 páginas, (agotado).
- Tomo III: *Medalla Militar. Segunda parte: Tenientes coroneles y comandantes*. 1973, 497 páginas, (agotado).
- Tomo IV: *Medalla Militar. Tercera parte: Oficiales*. 1974, 498 páginas, (agotado).
- Tomo V: *Medalla Militar. Cuarta parte: Suboficiales, tropa y condecoraciones colectivas*, (agotado).
- Tomo VI: *La Real y Militar Orden de San Fernando (Segunda parte)*. 1980, 354 páginas, (agotado).
- Tomo VII: *Medalla militar. Quinta parte. Condecoraciones en las campañas de Africa de 1893 a 1935*. 1980, 335 páginas, (agotado)

***Carlos III. Tropas de la Casa Real. Reales cédulas***. Edición restringida del Servicio Histórico Militar, 1988, 350 páginas, tamaño folio, en papel verjurado, 24 láminas en papel couché y color, 12 de ellas dobles (agotado).

***Índice bibliográfico de la Colección Documental del Fraile***. 1983, 449 páginas.

***Catálogo de los fondos cartográficos del Servicio Histórico Militar***. 1981, 2 volúmenes.

***Cerramientos y trazas de Montea***. Edición en colaboración entre Servicio Histórico Militar y CEHOPU.



***Historia de la música militar de España***. Ricardo Fernández de Latorre, Instituto de Historia y Cultura Militar, 2000, 688 páginas tamaño holandesa, contiene CD de música militar.



### Carpetas de láminas:

- *Ejército austro-húngaro*. Carpeta de Armas y carpeta de Servicios, 4 láminas cada una.
- *Caballería europea*. 4 láminas.
- *Milicia Nacional Local Voluntaria de Madrid*. Dos carpetas de 6 láminas.
- *Ejército alemán, siglo XIX*. 6 láminas.
- *Carlos III. Tropas de Casa Real*. 6 láminas.
- *Ejército francés (siglos XVIII y XIX)*. 6 láminas.
- *Carlos III. Estados militares de España*. 6 láminas.
- *Primer regimiento de la Guardia Real de Infantería. Vestuario 1700-1816*. 6 láminas.
- *Tropas de ultramar*. 6 láminas.
- *El ejército de los Estados Unidos (siglo XVIII)*. 6 láminas.
- *Comitiva regia del matrimonio de Alfonso XII y la archiduquesa María Cristina*. 14 láminas.
- *El ejército de Fernando VII*. 8 láminas.
- *Colección marqués de Zambrano I* (carpetas 1 y 2).

### Ultramar:

#### ***Cartografía y relaciones históricas de ultramar***



- Tomo I: *América en general* (dos volúmenes).
- Tomo II: *EE.UU y Canadá*. Reeditado en 1989 (dos volúmenes).
- Tomo III: *Méjico*. Reeditado en 1990 (dos volúmenes).
- Tomo IV: *América Central*. Reeditado en 1990 (dos volúmenes).
- Tomo V: *Colombia, Panamá y Venezuela* (dos volúmenes).
- Tomo VI: *Venezuela*. Editado en 1990 (dos volúmenes).
- Tomo VII: *El Río de la Plata*. Editado en 1992 (dos volúmenes).
- Tomo VIII: *El Perú*. Editado en 1996 (dos volúmenes).
- Tomo IX: *Grandes y Pequeñas Antillas*. 1999 (cuatro volúmenes).
- Tomo X: *Filipinas*. Editado en 1996 (dos volúmenes).

Historia:

**Coronel Juan Guillermo de Marquiegui: *Un personaje americano al servicio de España (1777-1840)*.** Madrid, 1928, 245 páginas, 8 láminas en color y 12 en blanco y negro.



***La guerra del Caribe en el siglo XVIII.*** Reedición de 1990, aportación del Servicio Histórico Militar a la conmemoración del V Centenario (agotado).

***La conquista de México.*** Facsímil de la obra de Antonio Solís y Ribadeneyra editada en 1704 en Bruselas (agotado.)

Fortalezas:

***El Real Felipe del Callao. Primer Castillo de la Mar del Sur.*** 1983, 96 páginas, 27 láminas en color y 39 en blanco y negro.

***Las fortalezas de Puerto Cabello.*** Aportación del Servicio Histórico Militar a la conmemoración del V Centenario, 1988, 366 páginas en papel couché y 137 láminas.



***El Castillo de San Lorenzo el Real de Chagre.*** Ministerio de Defensa, Servicio Histórico Militar y M.O.P.U.

África:

***Dos expediciones españolas contra Argel (1541-1771)*** (agotado).

***Historia de las campañas de Marruecos***

- Tomo I: *Campañas anteriores a 1900* (agotado).
- Tomo II: *1900-1918* (agotado).
- Tomo III: *1919-1923*. 724 páginas (agotado).
- Tomo IV: *1923-1927*. 270 páginas.

## OBSERVACIONES

Todas estas obras pueden adquirirse, personalmente, en el Instituto de Historia y Cultura Militar y en la Librería de Defensa (calle de Pedro Teixeira, s/n, planta baja), o por teléfono al 91 205 42 02.

